





EL VIAGERO
UNIVERSAL.

QUADERNO XIX.

EL

VIAGERO UNIVERSAL,

Ó NOTICIA DEL MUNDO

ANTIGUO Y NUEVO.

OBRA RECOPILADA

DE LOS MEJORES VIAGEROS

POR D. P. E. P.

TOMO VII.

CON LICENCIA.
Madrid, en la Imprenta de Villalpando,
AÑO 1796.

region de los muertos, juzgando que los vientres de los salvages de la Tartaria me han servido de sepulcro. Nada estrañaré que hayais formado este juicio, pues las ideas que se tienen en Europa de estas naciones, llamadas salvages, deben haceros temblar siempre que os participo mi resolucion de visitar y exâminar los desiertos mas remotos; pero quando hayais leido el viage que acabo de hacer á los Hotentotes y Cafres, que son entre nosotros la última ponderacion de la barbarie, quedareis convencida de que un hombre puede estar mas seguro entre ellos que en muchos países civilizados.

No os negaré que la mayor parte de las naciones que habitan la Tartaria, como son reliquias de imperios civilizados, y de costumbres corrompidas, han conservado muchos vicios de la Sociedad, á los quales han añadido la ferocidad que les inspira su independencia y falta de cultura. De aquí es que en todas las naciones errantes que se hallan en el mismo caso que los Tártaros, se observan las mismas costumbres, como lo habreis visto en los Arabes; pero los salvages que nunca han sido civilizados, son muy diferentes. Los vicios que necesariamente proceden de la Sociedad, no pueden reprimirse sino por medio de buenas leyes, de la cultura, y sobre todo con el freno de la verdadera Religion; por consiguiente,

los pueblos que se han corrompido en la Sociedad, y que despues se hallan sin estos frenos poderosos, degeneran en monstruos. No así los que siempre han vivido al modo de los antiguos Patriarcas, como vereis por mis cartas.

Aunque se me ofreció una proporcion muy ventajosa para visitar la Siberia y volver por aquella parte á Europa (1) preferí la ocasion de embarcarme para el Cabo de Buena Esperanza en un navío Holandés, que se hacía á la vela para aquellas partes. He resuelto reservar la Europa para lo último de mis viages, y no pienso volver á ella hasta haber recorrido toda el Africa, América, y las islas del mar del Sur.

Nuestra navegacion fue muy larga y penosa, principalmente quando nos acercamas al Cabo de Buena Esperanza: este Cabo, que mas bien deberia llamarse de mala esperanza, porque los que se acercan á él están en continuo peligro de la vida, está

(1) Mr. Laporte se introduce despues de la Tartaria en la Siberia, Rusia, Alemania, &c. luego salta á la América septentrional, y así va salpicando todas las partes del Globo sin ningun método. Yo he tenido por mas acertado recorrer el Africa despues que se ha concluido el Asia, pasar despues á la América, y concluir esta coleccion con la Europa; rematando con el viage de España. Por tanto he abandonado para siempre á Mr. Laporte, valiéndome para lo restante de esta coleccion de los Viageros mas acreditados, que iré extractando en lo sucesivo.

situado en la punta meridional del Africa en uno de los climas mas benignos del universo. Fue descubierto á fines del siglo XV por los Portugueses, conducidos por Vasco de Gama, los quales horrorizados de las freqüentes y terribles tempestades, que padecieron al doblarle, le llamaron *Cabo de las tormentas*, y no se atrevieron á acercarse á aquella costa. Las grandes ventajas que despues se prometieron para la navegacion de la India, les hicieron mudar este nombre de mal agüero en el de *Buena Esperanza.* Sin embargo, fueron muy débiles los esfuerzos que hicieron para establecerse en aquel parage, que por su situacion, fertilidad y genio dócil de sus habitantes, es una de las mejores escalas para pasar de Europa á la India Oriental. Enviaron una colonia al Cabo, pero los que se embarcaron para formar aquel establecimiento, creyeron que estaba poblado el país de anthropóphagos, que se alimentaban de carne humana, y este terror pánico no les dexó intentar el desembarco. Algunos años despues Francisco de Almeyda, Virey de Goa, fue muerto en la playa en una riña que los Portugueses suscitaron contra los Hotentotes, los quales habian venido pacíficos y descuidados, pero los Portugueses les hicieron fuego, y fueron todos ellos con su General víctimas de la venganza de los Hotentotes. Esta desgra-

cia y otras que se siguieron, fueron el orígen del ódio mutuo entre Hotentotes y Portugueses, y éstos miraron en adelante con horror este país, abandonando la idea de formar en él un establecimiento. Los Portugueses para vengar la muerte de Almeyda, y de otros muchos de su nacion que perecieron á manos de los Hotentotes, hicieron transportar á la playa un cañon de artillería, que fingieron querian regalar á estos salvages, los quales se acercaron incautamente: entónces los Portugueses hicieron fuego á metralla contra ellos, y mataron gran número. Esta perfidia les quitó toda esperanza de reconciliarse con los Hotentotes, y éstos concibieron el mayor ódio contra esta nacion.

Los Ingleses, á quienes sus muchos viages al Cabo debian haber instruido en las ventajas que se podian sacar de aquel establecimiento, no fueron mas felices que los Portugueses: todos los esfuerzos de su Compañía de las Indias se reduxeron á enviar algunos malhechores al Cabo, los quales perecieron de miseria por la mayor parte, y los demas no cuidaron mas que de escaparse de aquel presidio. Despues de esta tentativa dieron la preferencia á la isla de Santa Elena, que es muy inferior al Cabo para la utilidad del comercio.

Estaba reservada para los Holandeses la

posesion de este país : sus navíos habian hecho aguada muchas veces en aquella costa, pero no pensaron en establecerse en ella hasta la mitad del siglo pasado. No espereis encontrar en las empresas de los Holandeses aquella variedad y singularidad de sucesos que dieron materia á los Portugueses para un poema epico : como su principal objeto era el comercio, todas sus expediciones no han sido mas que viages de comerciantes. No vereis en ellos mas que una tropa de mercaderes, que saliendo de Amsterdan con sus mercaderías, llegan á las costas del Africa, y comercian con los Negros, que les dan en cambio oro y marfil. Como no siempre se conformaban en el precio, se originaban entre ellos algunas riñas que se reducian á darse algunos palos y puñadas, despues de lo qual se separaban con la esperanza recíproca de volver á encontrarse mas tratables.

Los primeros viages de los Ingleses á lo largo de estas mismas costas presentan el carácter de la pirateria. No eran tampoco mas que unos mercaderes que llebaban á aquellos países remotos cobre, hierro y telas ; pero si encontraban Portugueses, Españoles, Holandeses, Franceses ó Turcos, envidiosos del comercio de estas naciones, jamas dexaban de acometerlos, y vencedores ó vencidos volvian á su patria mas ó

menos ricos, segun la suerte de la guerra, de la navegacion, y la disposicion de los pueblos les eran mas ó menos favorables. Establecian factorias donde no hallaban contradiccion: hacian alianzas con los Príncipes, cuya amistad lograban grangearse: ya los recibian como amigos, ya los perseguian como á enemigos perjudiciales, experimentando alternativamente el afecto y el odio, la buena fe y la perfidia de las naciones, adonde los conducia su comercio. Este es el concepto, Señora, que debeis formar de la mayor parte de las expediciones Inglesas sobre las costas de Africa.

La Compañía Francesa de las Indias tenia interés en poseer un establecimiento en el Cabo por causa de su comercio de Pondicheri, pero los Holandeses se habian ya anticipado, por lo qual todas sus expediciones se reduxeron á Madagascar y á la isla de Francia. Los Españoles se hallaban demasiado ocupados en los inmensos y ricos países de la América, para que pudiesen pensar en establecerse en los arenales desiertos del Africa. Colón, Cortés y Pizarro no hubieran suministrado tan abundante materia para formar poemas epicos, si no hubieran viajado mas que al Africa.

Un tal Van-Riebeck, cirujano de un navío Holandés, fue el principal fundador de la colonia Holandesa del Cabo de Buena Es-

peranza. En virtud de la relacion que hizo á su República de la bondad de aquel territorio, se equiparon tres navíos para tomar posesion de él, y se le dió el mando á Van-Riebeck. Sin embargo, el terreno no es excelente, y la abundancia que en él se advierte, no se debe atribuir sino á la eleccion que se ha hecho de los mejores cantones, á lo templado del clima, donde no hay que temer las heladas ni granizos, y á lo bien estercolado que se halla por la multitud de ganados que crian, principalmente de ovejas.

Van-Riebeck fue nombrado Gobernador de la nueva colonia: compró á los naturales un terreño considerable, y construyó una fortaleza para defenderse de los Hotentotes. No hizo con ellos ningun trato formal: les dió algunos pedazos de hierro, algunas cuentas de vidrio, y los embriagó con aguardiente, todo lo qual no ascendió á mil florines, pero él no se descuidó en poner quatro mil á cuenta de la República, segun costumbre. Ofreció sesenta aranzadas de tierra á cada particular en la nueva colonia con derecho de propiedad y de dexarlas en herencia á sus sucesores, con tal que en el espacio de tres años se pusiesen en estado no solamente de subsistir sin ningun socorro, sino tambien de contribuir á la manutencion del presidio. Se les dieron tambien mugeres, que fueron sacadas del

Colegio de las huérfanas, y de las demas casas de caridad de Holanda. En fin, se concedió á los nuevos colonos la libertad de volverse á Europa al cabo de tres años con la facultad de disponer de sus haciendas, si no podian acostumbrarse al clima. Estas condiciones, que se cumplieron con fidelidad, atrajeron al Cabo gran número de labradores, los quales pusieron esta colonia en un estado muy floreciente en pocos años. Despues, habiéndose apropiado los Gobernadores el derecho de vender las tierras, se dispuso que los que tomasen nuevas alquerias, diesen á la Compañía un escudo mensual, y á veces dos, hipotecados sobre la misma hacienda: el que vende una heredad ó una casa, paga por la venta la quadragésima parte del precio ajustado. Todas estas posesiones se extienden al rededor de la punta meridional del Africa, desde la bahía de Saldaña hasta la tierra de Natal. Ya veis que la adquisicion de estos vastos dominios costó muy poco á los Holandeses, pero los demas gastos han sido excesivos por falta de economía.

Los habitantes del Cabo de Buena Esperanza se dividen en quatro distritos, que se han formado sucesivamente: el mas considerable y antiguo es el que tiene el nombre del Cabo, donde están la capital, las fortalezas y el centro del poder de los Ho-

landeses en Africa : los otros se llaman Stellenbosch, Drakestein, y Schwellendhan; perdonad, Señora, la dureza de estos nombres que ofenderán vuestro oido, y para evitar esta molestia los usaré muy rara vez.

El distrito del Cabo comprehende un territorio bastante espacioso, cuyos parages mas notables son las montañas de la Tabla, del Leon, del Diablo, del Tigre y de la Vaca, la bahía del bosque y la de Saldaña. Yo tenia el mayor deseo de conocer este país : las Lusiadas de Camoes me habian dado la mas alta idea de este famoso Cabo, y quando vi la perspectiva que presenta mirándole desde el mar, conocí el fundamento que tuvo para idear la aparicion de aquel espantoso gigante á Vasco de Gama, el qual pasage excede á lo mas súblime de Homero y Virgilio.

Apenas desembarqué, fuí á entregar las cartas de recomendacion que llevaba para varias personas, y principalmente para Mr. Boers Fiscal, el qual me recibió con las demostraciones de la mas fina amistad ; y los grandes socorros que recibí en lo sucesivo de este verdadero amigo, me hicieron conocer, que sus ofertas no eran unos meros cumplimientos de ceremonia, como los que otros acostumbran hacer para engañar mejor á los estrangeros.

La ciudad del Cabo está situada á la falda de las montañas de la Tabla y del Leon, formando un anfiteatro que se prolonga hasta la orilla del mar. Las calles, aunque anchas, no son cómodas, porque están mal empedradas: las casas, cuya construccion es casi uniforme, son bellas y espaciosas: están cubiertas de juncos, para evitar los inconvenientes que podian seguirse de unos techos mas pesados, quando los vientos impetuosos los derribasen. Lo interior de las casas no anuncia un luxo frívolo; los muebles son sencillos, pero de un gusto noble: no se ven allí colgaduras exquisitas: algunas pinturas y espejos son sus mayores adornos.

La entrada de la ciudad por la plaza del castillo presenta una perspectiva magnifica, porque en aquella parte están situados los mas bellos edificios. Por un lado se descubre el jardin de la compañía en toda su extension; por otro las fuentes, cuyas aguas baxan de la Tabla por una hendidura de la sierra que se descubre desde la ciudad. Esta agua es excelente, y provee en abundancia no solo á la ciudad, sino tambien á todos los navíos que vienen á hacer aguada.

En general, los hombres me parecieron bien formados, y las mugeres bastante bellas: quedé admirado al ver que éstas se adornan y visten con el mismo primor que

en Francia, pero las falta la gracia y la elegancia, lo qual creo depende de la educacion, porque como siempre las crian las esclavas, y viven con mucha familiaridad con ellas, contraen con el trato algo de su grosería. La educacion de los hombres está aun mas descuidada, exceptuando los hijos de los ricos que vienen á Europa á instruirse, porque en el Cabo no hay mas preceptores que los Maestros de escribir. Casi todas las mugeres tocan el clave, y ésta es su única habilidad: son muy aficionadas á cantar y á baylar, y apenas hay semana en que no haya algunos bayles. Los Oficiales de los navíos que están en la rada las proporcionan muchas veces esta diversion: quando yo llegué, el Gobernador habia establecido la costumbre de dar un bayle público todos los meses, y las personas distinguidas de la ciudad seguian su exemplo.

Estrañé mucho que no hubiese ningun café ni posada en una colonia, adonde llegan tantos estrangeros; pero esto consistirá en que casi todas las casas particulares sirven para hospedarse. El precio ordinario por la posada y la comida es un duro al dia, lo qual es muy caro en atencion á lo muy baratos que valen los víveres. Quando yo llegué, estaba la carne casi de valde, pues vi dar trece libras de carnero por cosa de una peseta, un buey por doce á quince

duros, así de lo demas. El pescado es muy abundante en el Cabo, y hay algunas especies de peces de exquisito gusto. La caza no se encuentra sino á algunas leguas de la ciudad; la mas comun son quatro especies de gazelas, cuyos nombres Holandeses son muy duros al oido: las liebres son muy abundantes. Se encuentran tambien varias especies de perdices, mas ó menos grandes y gustosas, pero las codornices son lo mismo que las de Europa.

Por mas que digan los elogiadores de esta colonia, me parece que nuestras frutas han degenerado mucho en este país: las ubas fueron las únicas que me parecieron deliciosas, las cerezas son raras y malas, las manzanas y las peras no son nada mejores, y no se conservan. En recompensa las cidras y las naranjas son excelentes, los higos delicados y sanos. Los vinos llamados del Cabo se hacen de la uba que se coge en las viñas de Constancia. Es preciso que la mayor parte de los que se venden en Europa, sean falsificados, pues en este Canton no hay mas que dos haciendas en que se coge cosecha de vino: pero gracias á nuestros comerciantes de Europa, ellos fabrican vino del Cabo, como vino de Tokai, sin moverse de sus casas. Lo que puedo decir de estos vinos tan famosos del Cabo, es que son muy inferiores á los de España y

á los de Canarias, aun bebidos en la misma ciudad del Cabo. No se crian aquí esparragos ni alcachofas, pero todas las demas legumbres Europeas se han naturalizado en este terreno; y durarian todo el año, si el viento de S. E. que reyna por espacio de tres meses, no secase el terreno de suerte que es incapaz de todo cultivo. Este viento es tan impetuoso, que es preciso cercar todos los quadros de las huertas y jardines con una empalizada, para defenderlos de su furia: lo mismo se practica con los árboles pequeños, los quales á pesar de esta precaucion jamas arrojan ramas por el lado de este viento, y están siempre encorbados al lado opuesto, lo qual les da un aspecto muy triste.

Muchas veces he sido testigo de los estragos que hace este viento; en el espacio de 24 horas todos los jardines quedan arrasados, y como si los hubiesen barrido. Sopla este viento desde Enero hasta Abril en toda esta punta de Africa, y hasta lo interior de las tierras: se anuncia por una nubecilla blanca, que se descubre sobre la cima de la montaña de la Tabla al lado de la del Diablo: inmediatamente empieza á refrescarse el ayre, la nube va poco á poco aumentándose, hasta que cubre toda la cima de la montaña, y entónces dicen como por proverbio, *la montaña ya se ha*

puesto la peluca. Este nublado se precipita sobre la ciudad, y parece que un diluvio va á inundarla; pero al paso que va acercándose á la falda de la montaña, va disipándose, y parece que se reduce á nada. Muchas veces me puse á exâminar este fenómeno sin poder comprender su causa; pero en adelante hallándome en la bahía de Falso, al otro lado de la montaña, observé el orígen y progresos de esta tempestad. El viento empieza al principio con poca fuerza, acarreando una especie de niebla que parece arranca de la superficie del mar. Esta niebla se espesa, y se comprime por el obstáculo que le opone la montaña de la Tabla por el lado del Sur, y entónces para vencer este estorbo, va amontonándose poco á poco, y elevándose sobre sí misma hasta la cima, que es quando se descubre la nubecilla blanca, la qual anuncia el viento que despues sopla con violencia á proporcion de la resistencia que la opone la montaña. Esta tempestad por lo regular dura tres dias, y á veces continúa por algunos mas: suele tambien cesar de repente, y entónces se experimenta un calor excesivo. Quando cesa muchas veces de este modo en los tres meses que reyna este viento, es un pronóstico seguro de muchas enfermedades. El ímpetu de este viento es tan grande, que á veces no se puede andar por las ca-

lles, y á pesar del cuidado y exâctitud con que se cierran puertas y ventanas, el polvo penetra hasta lo mas interior de las casas y muebles. Pero aunque este viento es muy incomodo, sin embargo acarrea la mayor utilidad á la ciudad, pues la purifica de los vapores mefiticos, causados por las inmundicias que se amontonan en la ciudad, principalmente en el matadero, á cuyas puertas dexan corromperse los pies, cabezas, y demas despojos de las reses, las quales no se aprovechan allí por la grande abundancia de carne. Estas exhalaciones pútridas corrompen el ayre, y causan enfermedades muy peligrosas en la estacion en que no reyna este viento de S. E.

El azote mas terrible de esta colonia es el mal de garganta, que mata á las personas mas robustas en tres ó quatro dias. Las viruelas es otra plaga de todas las colonias; no se conocia esta enfermedad en esta parte del globo hasta la llegada de los Europeos, y desde que los Holandeses poseen esta colonia, ha estado dos veces muy cerca de arruinarse por esta epidemia: principalmente entre los Hotentotes fueron mayores sus estragos, y aun al presente son muy acosados de ella. Como los navíos de Europa son los que traen este contagio, luego que arriba alguno á la rada, se envian los cirujanos de la compañía para visitarle con el

mayor escrúpulo. Si descubren el menor vestigio de este mal, prohiben con el mayor rigor toda comunicacion entre la ciudad y la tripulacion: se embarga todo su cargamento, sin permitir que se desembarque la menor cosa; y hacen de dia y noche la guardia con la mayor vigilancia. Si se averiguase que en algun navio de la compañía se habia ocultado esta enfermedad, el Capitan y todos los Oficiales serian degradados y condenados á una gran multa: si el navio fuese estrangero, seria confiscado.

La estacion de las lluvias empieza aquí á fines de Abril, y son mas abundantes y freqüentes en la ciudad que en todas las cercanías. Sucede con freqüencia, que está lloviendo con la mayor abundancia sobre toda la parte que cae al E. de la cadena de montañas enormes que se extienden hasta la extremidad de la punta de Africa, al mismo tiempo que en la parte del O. se goza del tiempo mas sereno y seco. Esta es una débil imágen de lo que sucede en las costas del Malabar y de Coromandel, pero aquí es mas maravilloso este espectáculo, porque es mas sensible, y el espacio mas corto: de suerte que en el término de breves horas se puede pasar del invierno al verano, porque aquí no hay mas diferencia entre estas dos estaciones que el llover ó el estar sereno.

Los estrangeros generalmente son muy bien recibidos en el Cabo por los Oficiales de la compañía y por algunos Colonos; pero en particular los Ingleses son adorados, sea por la conexîon que hay entre las dos naciones, sea por la generosidad que afectan los Ingleses. De todas las naciones la menos estimada es la Francesa, y les he oido decir con motivo de la última guerra entre la Francia y la Gran Bretaña, que mas bien quisieran ser conquistados por los Ingleses que deber su conservacion á las armas Francesas (1).

El gobierno de esta colonia está encargado á ocho tribunales, cada uno de los quales tiene su departamento. El primero, llamado el Gran Consejo, tiene la inspeccion general del comercio y de la navegacion: exerce con una autoridad absoluta el poder legislativo, y tiene la facultad de hacer la paz y la guerra con sus vecinos. Este tribunal se compone de ocho Miembros, presididos por el Gobernador, que tiene dos votos en las deliberaciones: el segundo tribunal, llamado de justicia, juzga todos los pleytos civiles y criminales, pe-

(1) Es bien notoria la gran facilidad con que los Ingleses se han apoderado de todo el Cabo de Buena Esperanza en el año pasado de 1795: lo qual es una gran prueba de lo que dice aqui Mr. Vaillant.

ro se puede apelar de su sentencia para Batavia ó para Holanda, depositando una suma de cien florines: este tribunal se compone de los mismos Individuos que el anterior y otros tres oficiales. En los demas tribunales se tratan otros asuntos de policía, de religion, militares y otros.

Ademas de estos tribunales, la Compañía mantiene gran número de oficiales y dependientes, cuya manutencion asciende á 400 mil florines anuales. Pára ocurrir á todos estos gastos cobra el diezmo de todos los bienes raices, á lo qual se añaden los impuestos sobre el vino, aguardiente, tabaco, cerveza, y lo que saca de las tierras, cuya propiedad se ha reservado. Al presente, la Compañía hace á los nuevos Colonos los mismos partidos que al principio del establecimiento, y no solamente les adelanta de fiado esclavos, utensilios, y otros socorros, sino que tambien les perdona el diezmo, si las tierras no producen bien al principio, hasta que se hallen en estado de pagar. Si el fuego ó algun otro accidente les arruina las casas, les adelantan los gastos necesarios para reedificarlas. Con la misma indulgencia trata á las tribus de los Hotentotes que han querido sujetarse al cultivo de los campos y á otros trabajos.

A pesar de la moderacion de la Compañía Holandesa en el Cabo, he oido á mu-

chos Colonos quejarse de su gobierno, porque no les permite vender sus granos á los estrangeros, ni construir embarcaciones ligeras para traficar con los establecimientos vecinos, principalmente para ir á buscar madera y leña. Se quejan tambien de que les cobran un interés de seis por ciento por el dinero que toman prestado para sus urgencias: y porque siendo las tres partes de habitantes Luteranos, no les permiten tener ministros de su secta; y en fin, murmuran de que se permitan los Chinos, desterrados de Batavia, los quales se mantienen de los hurtos que hacen los esclavos, comprándoles todo lo que roban, y revendiéndolo despues.

Estos esclavos del Cabo son una mezcla de gentiles, mahometanos, y de algunos christianos, de lo qual os hablaré mas largamente en otra ocasion. Los Holandeses jamas les hablan de religion, y no se cuidan de instruirlos en nada, dexándolos que se abandonen á todos los vicios.

A pesar de tener el mejor trigo del mundo el pan de esta colonia es muy malo, porque la harina no está bien molida, y el pan sale muy moreno y apelmazado. Sea por pereza ó por ignorancia, la cerveza es aun peor que el pan, y los ricos la hacen venir de Holanda para sus banquetes.

CARTA LXXVIII.

Continuacion del Cabo de Buena Esperanza.

Al tiempo que llegué á esta Colonia se supo en ella la noticia del rompimiento entre la Inglaterra y la Holanda ; y temiendo el Gobierno de la Colonia que los Ingleses vendrian á apoderarse de los navíos que estaban en la bahía de la Tabla , dió órden para que pasasen á la de Saldaña , donde estarian mas ocultos. Aprovecheme de esta ocasion para visitar aquel parage , y me embarqué en uno de los navíos. Esta bahía se llamó de *Saldaña* del nombre de Antonio de Saldaña , Oficial Portugués , que fue el primero que la descubrió y reconoció en el siglo XVI. Esta bahía sirvió á los navíos Europeos para descansar y hacer aguada, hasta que los Holandeses se establecieron en el Cabo. Los Franceses habian construido en ella un fortin , el qual abandonaron despues.

Llegamos á esta bahía , que se introduce diagonalmente sobre la derecha de su embocadura por espacio de unas siete leguas, y en ella están las embarcaciones muy seguras de los vientos. Los labradores de las

cercanias traen á los navíos que se hallan en esta bahía todo género de provisiones y mas baratas que en la ciudad. En este golfo se ven muchas ballenas de las que llaman los Holandeses Noord-Raaper, y aunque disparé algunos balazos á algunas que se levantaban sobre el agua, no las hizo ninguna mella. En las cercanias hay infinita abundancia de conejos, y de toda especie de caza. Las panteras son allí muy comunes, pero no son tan feroces como en otras partes del Africa, porque como tienen caza en abundancia, jamas se hallan atormentadas del hambre.

Un dia me convidó á cazar el Capitan del navío en que habia ido á esta bahía: ibamos juntos, pero á breve rato nos separamos, como si la fortuna hubiera querido familiarizarme muy desde luego con los peligros que habia venido á buscar. Con los tiros que disparé, se levantó una gazela; mi perro la siguió, y parándose junto á un matorral espeso, empezó á ladrar dando vueltas al rededor de aquella espesura. Creyendo yo que la gazela se habria escondido allí, corrí con la esperanza de matarla: mi presencia y mi voz animaban en extremo á mi perro. Yo esperaba por instantes que saliese la gazela, pero cansado de aguardarla en vano, me entré por lo mas espeso del matorral, apartando con el fusil las ramas que

me impedian el paso. No podré expresaros, Señora, el horror y espanto que experimenté, quando al llegar al centro de la espesura, me vi en frente de una enorme y furiosa pantera. Luego que me vió, su aspecto, sus ojos encendidos clavados en mí, su cuello tendido, su boca entreabierta, y su sordo rugido me hicieron creer que iba á lanzarse á mí y á devorarme. El corage tranquilo de mi perro me salvó, pues contuvo á la fiera en aquella actitud, causándola respeto, y yo fuí retirándome hácia atras poco á poco hasta salir del matorral: mi admirable perro imitaba todos mis movimientos, pegado siempre á su amo y resuelto sin duda á perecer conmigo. Luego que me vi en campo raso, corrí hácia nuestro campamento, mirando hácia atras de quando en quando. Yo habia oido algunos tiros, que creí fuesen de mi compañero, el qual llegó muy tarde. Su admiracion al verme sin lesion fue igual á su alegría, pues me confesó, que por el modo de ladrar de mi perro habia creido que me hallaba empeñado con alguna hiena ó tigre, y viendo que yo no correspondia á sus tiros me habia juzgado muerto.

Ibamos freqüentemente á la isla Schaapen á cazar conejos, y en una de estas cazerías estuvimos á pique de perecer. Cerca de nuestra chalupa se levantó de repente una

de aquellas ballenas de que he hablado, causándonos el mayor terror; y temiendo que al dexarse caer, no nos sumergiese baxo su enorme peso, nuestros marineros se tiraron al agua; pero el piloto viró de bordo con tanta destreza que nos libramos de aquel monstruo. Este animal se habia levantado del agua mas de doce pies, y al sumergirse nos salpicó de agua y causó tan violenta conmocion en la chalupa, que faltó poco para sumergirnos. A no haber sido por la presencia de ánimo de nuestro piloto, no hay duda que todos hubieramos perecido. Esta especie de ballena tiene de 60 á 80 pies de largo, y á veces mas: freqüentemente se levanta sobre el agua hasta la mitad de la longitud de su cuerpo, y quando esta enorme masa se dexa caer, el estruendo que hace es igual á un cañonazo.

Una noche que estabamos cenando, nuestro navío hizo un movimiento convulsivo tan extraordinario, que saltamos todos de la mesa, creyendo que se habrian roto los cables de nuestras anclas, y el navío habia chocado con la roca que estaba cerca. Pero vimos que el navío estaba bien asegurado, y exâminando la causa, hallamos que una ballena habia pasado por entre nuestros cables que se cruzaban, y habiendósele enredado la cola entre ellos, hacia los mayores esfuerzos para desenredarse. La tripu-

lacion saltó al instante sobre las chalupas, con harpones para matar la ballena, pero al acercarse, logró escapar de entre los cables, y nos dexó con el sentimiento de no haber podido vengarnos del gran susto que nos habia causado.

A la entrada de la bahía de Saldaña hay una isla pequeña, llamada de las Marmotas: no sé si las habria antiguamente, pero yo no he visto ninguna. Me contaron que habiendo muerto en aquella bahía un Capitan de navío Dinamarqués, le habian enterrado en aquella isla, erigiéndole un túmulo. Tenia yo gran deseo de registrar esta isla, no por ver el tal monumento, sino por averiguar la causa de un ruido sordo, bastante espantoso, que oia siempre que pasaba junto á esta isla. Comuniqué mi deseo al Capitan, y al punto consintió en darme gusto, acompañándome. A medida que nos ibamos acercando, se aumentaba el ruido; y habiendo desembarcado, trepamos por el peñasco hasta llegar á la llanura. Jamas se ha presentado espectáculo igual á los ojos de ningun hombre. De repente se levantó de toda la superficie de la isla una nube impenetrable, que formaba á unos 40 pies sobre nuestras cabezas un toldo inmenso, ó por mejor decir un cielo de aves de todas especies y colores: creí que todas las aves del Africa se habian reuni-

do allí : sus chillidos y graznidos mezclados formaban una algazara tan horrible, que á cada instante tenia que taparme los oidos y envolverme la cabeza, para disminuir su violencia y descansar un rato de aquel estruendo que me ensordecia. El alboroto de tantos millares de aves fue muy enorme, porque como era la estacion en que estaban criando, las hembras se mostraban furiosas por defender sus huevos y pollos ; parecian unas harpias encarnizadas contra nosotros : nos aturdian con sus gritos : á veces se precipitaban revolando al rededor de nuestras cabezas. No las espantaban los repetidos fusilazos que disparabamos, y no habia medio para evitar este furioso nublado : no podiamos dar un paso sin hollar huevos y pollos, de que estaba cubierto todo el suelo. Las cabernas y hendiduras de los peñascos estaban habitadas por *Phocas y Mors*, especies de becerros y leones marinos : matamos uno de estos últimos, que era monstruoso.

Los agugeros mas pequeños servian de guarida á una especie de buhos, llamados *Manchot* : esta ave, que tiene cerca de dos pies de alto, se mantiene derecha perpendicularmente sobre sus pies, lo qual la da un aspecto tanto mas ridículo, quanto sus alas enteramente desnudas de plumas la cuelgan feamente á los lados, y no la sir-

ven sino para nadar. Segun ibamos internándonos en la isla, encontrabamos tropas inumerables de ellas, las quales muy erguidas no se apartaban para hacernos paso, y principalmente rodeaban el túmulo del Capitan Dinamarqués, como si quisiesen estorbar que nos acercasemos. La naturaleza habia hecho para adornar el sepulcro de este pobre Capitan lo que la fantasía de un Poeta ó de un Artista va á buscar á países imaginarios para dar un aspecto lugúbre á semejantes monumentos. Los gritos melancólicos del Manchot, su figura horrible, y los ahullidos de los becerros marinos infundian una tristeza que no se puede expresar con palabras. El tal monumento nada tenia de notable, pues se reducia á un quadrilongo de tres pies de alto, formado de piedras amontonadas en seco. Yo hubiera querido trastornar aquellas piedràs, para ver si con los tristes despojos del Capitan encontraba alguna noticia de su persona, pero lo omití temiendo la superstiscion de los Holandeses, que tienen un respeto religioso á los muertos, y si despues hubiera sucedido alguna desgracia al navío, no hubieran dexado de atribuirlo al haber yo profanado la cenizas del difunto. Llenamos pues nuestra chalupa de los animales que habiamos muerto, de los quales sacamos mucho aceyte.

Recibimos por tierra un expreso del Gobernador de la ciudad, en que avisaba que la esquadra de Mr. de Suffren habia llegado al Cabo, y juntamente mandaba que el navío en que hice mi viage al Cabo, se hiciese á la vela para Ceylan. Esta fue nuestra desgracia; pues habiendo sido apresado este navío por los Ingleses, supieron donde se hallaban los navíos Holandeses, y al punto se presentó la esquadra del Comodoro Jonston á la entrada de la bahía. Como no teniamos fuerzas para resistir, no hallaron los marineros mejor arbitrio que abandonar los navíos, y salvarse en tierra: solo mi amigo el Capitan pegó fuego al suyo, segun las órdenes que tenia; todos los demas fueron apresados y saqueados por los Ingleses, y yo perdí todo mi equipage y colecciones.

Halleme entónces en la situacion mas triste, solo, sin ningun recurso, mas que mi fusil, dos pesos en mi bolsillo, y el vestido que llevaba puesto. Acórdeme entónces de un colono á quien habia tratado en mis excursiones, que vivia á quatro leguas de allí, llamado Slaber, y me dirigí á su habitacion. El buen colono me recibió con la mayor humanidad, me suministró todos los socorros de que necesitaba, y me ofreció todos sus haberes.

Mr. Boers, luego que supo mi desgra-

cia, y el lugar en donde me habia refugiado, no tardó en venir á buscarme: ¡qué no pueda yo grabar con letras de oro las expresiones de amistad de aquel hombre sensible y humano! Instóme para que volviese con él al Cabo, ofreciéndome todo lo que necesitase para los preparativos del viage que yo tenia proyectado á lo interior, y que me parecia ya imposible por la pérdida de mi equipage. Cedí á sus generosas instancias, y le prometí volver al Cabo, luego que hubiese recogido en la bahía de Saldaña algunas de sus producciones naturales, para empezar de nuevo la coleccion que me habian robado los Ingleses.

Aproveché muy bien los dias que allí permanecí: la caza, que es mi pasion dominante, me exponia á continuos peligros, y por este medio me habia adquirido en aquellas cercanias la fama de intrépido y valeroso. Un dia al volver de mi cazería, encontré en casa de mi huesped á un colono llamado Smith, que venia á implorar mi socorro contra una terrible pantera, que le destruia sus ganados. Prometile gustoso mi auxîlio, y al dia siguiente al amanecer marché acompañado de algunos jóvenes; Smith y su comitiva me esperaban en la llanura, de suerte que entre todos eramos 18 cazadores, con igual número de perros. Yo iba armado de mi fusil de dos tiros, y

además de una carabina, que me llevaba un Hotentote, criado mio. Al cabo de largo tato, que andubimos siguiendo el rastro de la pantera, nuestros perros que habian andado dispersos, se reunieron, y estrechándose unos con otros se dirigieron á un matorral muy espeso, al rededor del qual empezaron á ladrar y á ahullar con el mayor ahinco.

Al punto salté de mi caballo, entregandóselo á mi Hotentote, y corriendo hácia el sitio, me puse sobre un cerrillo, que estaba á 50 pasos del matorral; pero mirando hácia atras, vi que ninguno de mis compañeros se atrevía á acercarse; solamente un hijo de mi huesped, jóven robusto, de seis pies de alto, se puso á mi lado, protestando que no me abandonaria aunque perdiese la vida, pero el pobre mozo temblaba de miedo. Habiánme dicho, que para irritar á la pantera, se gritaba, *saa*, *saa*, pero que era muy peligroso hacerlo, porque se tiraba al que pronunciaba estas palabras; sin embargo, yo grité, *saa*, *saa*, así para hacer salir á la fiera de su guarida, como para animar á los perros. Todo fue en vano: los perros y la pantera, temiéndose mutuamente, se mantenian en sus puestos, sin que ninguno se atreviese á penetrar en el matorral; solamente mi perro animado con mis voces se presentaba al fren-

te de todos, y se introducia un poco en la espesura. La horrible pantera daba bramidos espantosos: al menor movimiento que hacia, todos los perros huian precipitadamente. Algunos fusilazos disparados á tiento, hicieron salir á la fiera, y al punto todos mis compañeros, y el mismo Slaber huyeron vergonzosamente, dexándome solo con mi Hotentote. La pantera, dirigiéndose á otro matorral, pasó á 50 pasos de nosotros, corriendo tras ella todos los perros, y nosotros la disparamos al paso nuestros tres tiros. El matorral en donde se refugió no era tan espeso ni grande como el otro, y el rastro de la sangre me hizo juzgar que la habiamos herido. Acosámosla por mas de una hora, disparando á tiento mas de 40 fusilazos: en fin, cansado de esta maniobra interminable, monté á caballo, y fuí á colocarme á la parte opuesta á los perros, presumiendo que la fiera, ocupada en defenderse de los perros, podria ser acometida con mas facilidad por la espalda: en efecto la vi sentada sobre las piernas traseras, y esgrimiendo sus garras contra mi perro, que se la acercaba ladrando. Despues que la apunté á mi salvo, disparé la carabina, y eché mano al punto del fusil para asegundar el golpe; pero apenas disparé, la pantera desapareció de mi vista. Aunque yo estaba bien seguro de haberla

herido, no quiese tener la temeridad de penetrar en el matorral; pero como no se oia ya el ruido de la fiera, creí que estaba muerta ó herida mortalmente. Grité, pues, á mis compañeros, que viniesen, para que juntando todos nuestros tiros, la acabasemos de matar, si es que aun vivia; pero todos á una voz me respondieron que no se atrevian. Indignado y furioso dixe á mi Hotentote, no menos animoso que yo: » amigo, la fiera debe estar muerta ó moribunda: monta á caballo, acercaté, y observa con precaucion en qué estado se halla: yo guardaré la entrada, y si sale, la acabaré de matar. Apenas entró en la espesura, me gritó, que la pantera estaba tendida á lo largo, y que no daba ninguna señal de vida: y para asegurarse la disparó un carabinazo. Corrí á él, lleno de alegría, y entre los dos sacamos la pantera, que era de un tamaño enorme: desde la raiz de la cola hasta el hocico tenia siete pies y dos pulgadas, con dos pies y diez pulgadas de circunferencia, y reconocí en ella todos los caractéres de la pantera, descritos por Buffon, aunque en toda la Colonia la llaman tigre. Los Colonos temen mucho mas á la pantera que al leon, porque éste siempre anuncia su venida con rugidos espantosos, dando lugar á la defensa ó á ponerse en salvo; pero la pantera uniendo la astucia con la

ferocidad, se acerca siempre con el mayor silencio, se introduce con sagacidad, y saltando sobre la presa, desaparece con ella ántes de que se advierta su venida. Desollamos nuestra pantera, y permití á mi Hotentote que se adornase con su piel: él, ufano con el triunfo en que habia tenido tanta parte, insultaba á los cobardes que no nos habian acompañado. Yo venia tambien lleno de orgullo, creyéndome el Hércules ó el Theséo del Africa: y en efecto, Señora, ¿creis que las hazañas de estos verdaderos héroes fueron otra cosa que el limpiar los montes de fieras, y los caminos de ladrones?

Concluidas mis investigaciones en la bahía de Saldaña, me despedí de mi honrado huesped, y me volví al Cabo. Con los socorros que me franqueó mi generoso amigo Boers, hice construir dos grandes carros de quatro ruedas, entoldados con una lona doble, en los quales llevaba dos grandes caxones para colocar las colecciones de aves, insectos, &c. que formase, y juntamente hice provision de aguardiente, tabaco, pólvora, balas, fusiles con todo lo necesario para mi servicio, y además una tienda de campaña. Compré 30 bueyes para los carros, y para cazar llevaba tres caballos, nueve perros, con cinco Hotentotes para mi servicio: en lo sucesivo au-

menté el número de los perros, y de los Hotentotes, estos últimos llegaron á veces hasta 40.

Luego que todo estuvo dispuesto, emprendí mi viage el 18 de Diciembre de 1781, dirigiéndome á la parte que se llama la Holanda Hotentota, porque fue desmontada por los Hotentotes. Entónces fue quando empecé á reflexîonar sobre mi situacion: hallándome solo, y á merced de los Hotentotes que me acompañaban, era preciso arreglar mis operaciones, y hacerme respetar, porque conozco bastante á los hombres, para saber el modo de manejarlos, no con el rigor, sino con la firmeza y vigilancia: con estos medios observados con la mayor atencion, logré que cada uno de los mios desempeñase el oficio que se le encargaba.

Caminamos algunas jornadas por parages bastante dificiles, en que padecimos algunos trabajos: pasamos por las habitaciones de varios Colonos, que me hicieron los mayores obsequios, y en ellas aumenté el número de mis bueyes y Hotentotes. En una de estas habitaciones me previne de un gallo, que me sirvió admirablemente de relox, dispertándome al amanecer, para emprender mis cazerías y excursiones. Otro animal que me fue de la mayor utilidad por su admirable instinto, fue un mono de la especie que llaman *Bawian* en el Cabo: se

me hizo muy familiar, y se aficionó tanto á mí, que parecia mi page. Este precioso animal nos sirvió mucho en el viage, porque quando encontrabamos algunas frutas ó raices desconocidas de mis Hotentotes, no nos atreviamos á tocar á ellas, hasta que mi *Kees*, nombre que puse al mono, las probaba; quando las desechaba, las dexabamos por juzgar serian dañosas ó desagradables. La qualidad que mas estimaba en mi Kees era su gran vigilancia, pues la menor señal de peligro le dispertaba de repente, y con sus gritos y ademanes nos avisaba de la invasion de las fieras, ántes que los perros lo advirtiesen. Estos se habituaron tanto á la seguridad que les daba Kees, que dormian tranquilamente; y quando los dispertaba, se ponian á mirarle esperando la señal: al menor movimiento de su cabeza, se disparaban todos los perros juntos hácia la parte que les habia señalado el mono.

Muchas veces le llevaba conmigo á caza: ¡qué alegría mostraba en sus ojos y movimientos! venia á besarme, corria, saltaba, y en todos sus ademanes me mostraba el gusto que en esto le daba. En el camino se divertia en trepar á los árboles, para buscar una goma que le agradaba mucho: otras veces me descubria panales de miel en las hendiduras de los peñascos, y en los huecos de los árboles. Quando no encontraba

goma ni miel, buscaba unas raices, que devoraba con el mayor apetito; por su desgracia yo las probé, y me parecieron muy refrigerantes y de exquisito gusto, por lo qual le obligaba á que las repartiese conmigo. Pero Kees era muy astuto; quando encontraba de estas raices, si yo no estaba á distancia de tomar mi parte, se daba la mayor priesa á devorarlas, teniendo los ojos clavados en mí, y medía el tiempo tan exâctamente, que quando yo llegaba, ya las tenia todas devoradas. Algunas veces quando yo llegaba ántes de que él concluyese su operacion, procuraba ocultar los pedazos que le restaban, pero aplicándole un bofeton le obligaba á restituir mi parte, teniendo el pobre animal que ceder á la ley del mas fuerte. Kees no era vengativo, ni conservaba rencor, y yo le hacia comprender facilmente la injusticia y dureza de su egoismo.

Para arrancar estas raices, se valía de un medio muy ingenioso, que me divertia mucho: cogia con los dientes la punta de la raiz, y retirando la cabeza atras con fuerza, la arrancaba por lo regular; pero quando este medio no bastaba, asia con los dientes de la punta de la raiz juntamente con las hojas, y dando una volteleta entera sobre sus espaldas, arrancaba la raiz con el extraordinario esfuerzo que hacia. No

admirais, Señora, el sagaz instinto de este animal, ¿y no os divierte mas la relacion de sus admirables propiedades, que la descripcion de ciudades, edificios, &c. en que otros Viageros emplean toda su eloqüencia? Como sé muy bien, quanta instruccion podeis sacar de estas propiedades, proseguiré describiéndolas con el mismo placer que tuve al observarlas, y creo que tendreis al leerlas.

Quando en los viages se hallaba fatigado, montaba sobre uno de los perros, que tenia la complacencia de llevarle por horas enteras; pero el mas fuerte y grande de todos, que podia mas facilmente prestarse á hacerle este favor, era el único que lo rehusaba. Luego que Kees montaba sobre él, se paraba, y dexaba que toda la caravana siguiese adelante sin moverse de su puesto: el timido Kees se obstinaba tambien en no desmontar, pero quando nos perdia de vista, su miedo le obligaba á apearse, y entónces el perro y el mono corrian hasta alcanzarnos, y sin embargo, el astuto perro le dexaba ir un poco delante, y le observaba con la mayor atencion para que no se le echase encima. Por lo demas, Kees habia adquirido una especie de predominio sobre todos los perros, lo qual se debe atribuir á la superioridad de su instinto, pues entre los animales, así como entre los hom-

bres, la sagacidad ordinariamente prevalece á la fuerza. Mi Kees no podia sufrir convidados, y quando estaba comiendo, si se le acercaba algun perro, le regalaba con un bofeton, y el perro no hacia mas defensa que retirarse. Una singularidad que no puedo concebir, es que despues de las serpientes el animal á quien mas temia eran los monos de su especie. Me hubiera sido fácil coger y domesticar á algunos monos salvages; pero habia cobrado tanto cariño á mi Kees, que no quise darle zelos repartiéndolo con otros de su especie. Muchas veces Kees oia á estos gritar en las montañas: yo no sé por qué violencia correspondia á sus gritos; ellos se acercaban al oir su voz, y al punto que Kees descubria á algunos, huía dando horribles gritos, y venia á acogerse entre mis piernas, como implorando el favor de todos, y temblando como azogado: costaba mucho trabajo tranquilizarle, y solamente al cabo de largo rato iba recobrando ánimo.

Era muy propenso á hurtar, como casi todos los animales domésticos; pero Kees tenia una habilidad para robar, que me causaba la mayor admiracion. Los castigos que le daban mis criados, jamas consiguieron corregirle de este defecto. Era muy diestro en desatar los cordeles de los cestos en que llevabamos las provisiones, principal-

mente si habia leche, á la que era muy apasionado, de suerte que á veces me dexó en ayunas: castigabale yo en estas ocasiones, y entónces se escapaba, y no volvia á la tienda hasta la noche. Su aficion al aguardiente era extremada: quando alguna vez daba yo este regalo á mis Hotentotes, seguia con una vista impaciente la botella que pasaba de mano en mano, y no cesaba de hacer ademanes, hasta que al fin se le daba su porcion. Al principio se lo hacia beber en un vaso; pero como tragaba tanto por las narices como por la boca, causándole una terrible tos, despues se lo echaba en un plato. Una noche que estaba bebiéndolo muy á su sabor, tuve la malignidad de arrojar en el plato un pedazo de papel encendido, que comunicando la llama al aguardiente, quemó al pobre Kees. Él huyó dando horribles gritos, y desde entónces no fué posible hacérselo probar. Quando se le mostraba la botella, castañeteaba los dientes, y se escapaba gruñendo.

Me he dilatado en referir las habilidades de mi Kees, por el placer que tengo en recordar la diversion que me dió con sus monadas en varias ocasiones, distrayendo mi imaginacion de las ideas melancólicas que á veces me oprimian en los vastos desiertos del Africa; y creo os será mas agradable esta relacion, que si me detuviese en des-

cribiros los países escabrosos y áridos por donde pasé, y rios que atravesé.

Habiendo sentado mi campo en un bosque llamado del Gran Padre, observé que me faltaba una perra, que era la mas querida: despues de varias investigaciones y diligencias vanas para encontrarla, mandé á uno de mis Hotentotes que montase á caballo, y volviendo por el mismo camino que habiamos trahido, buscase la perra á toda costa. Al cabo de quatro horas vimos volver al Hotentote corriendo á rienda suelta, trayendo sobre el arzon un caxon y un gran cesto: la perra venia delante corriendo, y saltando á mis brazos me hizo mil caricias. El Hotentote me dixo que la habia encontrado á dos leguas de aquel sitio echada en el camino junto al caxon y el cesto, que se habian caido de un carro sin advertirlo: habia pasado todo el dia sin comer, y probablemente hubiera muerto allí de hambre, siendo víctima de su fidelidad, ó habria sido devorada por alguna fiera. Aunque habreis oido referir muchos exemplos de la fidelidad de los perros, no he querido omitir éste que confirma el admirable instinto de este animal.

Mi diversion en estos desiertos era la caza y la conversacion con mis Hotentotes, que me divertia en extremo. Haciales mil preguntas sobre su religion, costumbres,

gobierno y usos, segun lo que habia leido en varios Viageros: ellos unas veces se reian con mofa, otras se indignaban, diciendo mil imprecaciones contra los impostores, y otras se encogian de hombros. Acuérdome que una noche para picarlos, empecé á despreciar sus facultades intelectuales, ponderando el talento de ciertas gentes de industria que en las capitales de Europa se procuran todas las comodidades de la vida con muy poco trabajo, solo con adular, mentir y trampear, ponderando yo estas habilidades como un gran mérito. Por mas que yo esforzaba mis sofisterías, todos ellos de comun acuerdo preferian su vida campestre á las pretendidas delicias de los Cortesanos, y hablaban con el mayor desprecio de los medios que éstos emplean, teniéndolos por indignos de hombres.

Al cabo de algunas jornadas llegamos al último puesto de la Compañía Holandesa, en donde hay un Comandante, un Subalterno, y unos 15 hombres, los quales se ocupan en cortar madera, y construir los carros para conducirla al Cabo: operacion absurda, porque si se hiciese un almacen de esta madera en la bahía Mossel, una mala barca podria conducir al Cabo en un viage mas madera que todos los carros en tres años. ¿Habrá quién crea que los Directores de la Compañía hacen salir todos los años

de Amsterdan navíos cargados de tablas y vigas de todos tamaños para enviarlos á dos mil leguas de distancia, á un país que tiene bosques inmensos de los mejores árboles del mundo? Una de las cosas que mas me indignaron en estos Colonos fue el ver, que teniendo á la mano tanta abundancia de madera, no tienen ánimo para construirse habitaciones en que se pueda vivir con alguna comodidad. Sus casas son unas malas chozas de tierra: una piel de bufalo, atada por los quatro extremos á otras tantas estacas, les sirve de cama: una estera cierra la puerta, la qual tambien es la única ventana; dos ó tres sillas rotas, un mal cofre viejo, y una miserable mesa forman todos sus muebles. Estas indecentes chozas hacen el mayor contraste con la amenidad del país, que parece un paraiso; pues el país de Auteniqua, que se extiende hasta estos puestos, es uno de los mas deliciosos que he visto en mis viages. Abunda de caza, y de legumbres en todo el discurso del año; las flores y yerbas aromáticas de que está cubierto el país, suministran á las abejas materia para sus deliciosos panales, que se encuentran á cada paso. Los arroyuelos, que se despeñan de las montañas, se cruzan por todas partes, y con su riesgo mantienen la fertilidad y amenidad por todo el discurso del año.

Como mi princial aficion era formar una

coleccion de las aves raras que se encuentran en esta parte del mundo, discurrí un arbitrio para cogerlas vivas, sin que se estropeasen en las redes y lazos. Despues de echar en mi fusil la pólvora suficiente, metia en vez de taco un trozo de vela de sebo, atacándolo para que ajustase exâctamente: despues llenaba el cañon de agua hasta la boca, y disparando á las aves á una distancia proporcionada, caían aturdidas, sin padecer mas daño que el mojarse, y de esta suerte logré coger vivas las mas bellas aves del Africa. No creo necesario advertir, que jamas disparaba horizontalmente.

CARTA LXXIX.

País de los Hotentotes.

A proporcion que iba alejándome de las Colonias é internándome en el país, todas las cosas tomaban diferente aspecto: los campos eran mas magníficos; el terreno me parecia mas rico y fecundo; la naturaleza mas fuerte y magestuosa, y el conjunto de montes y llanos presentaba unas vistas y perspectivas admirables. Este contraste con las tierras áridas y abrasadas del Cabo me hacia creer que ya me hallaba á mas de mil leguas de distancia de aquella Colonia. Arrebatado de admiracion solia exclamar: „¿será posible, que estas soberbias regiones hayan de ser perpetuamente habitadas por tigres y leones? Qué haya habido negociantes tan insensatos, que por las únicas miras sordidas de un comercio tan mezquino hayan preferido la bahía tempestuosa de la Tabla á las infinitas radas y puertos naturales de los amenos países que rodean las costas orientales del Africa?" Con estas consideraciones paseaba yo aquel delicioso país, y me lisonjeaba formando vanos deseos de nuevos establecimientos en aquella parte, que jamas se-

rán oidos por la política perezosa de los Holandeses.

Encontramos gran número de búfalos, que nos sirvieron admirablemente para proveernos de carne fresca; bien que las gazelas contribuyeron tambien mucho á nuestro regalo. Una de éstas, huyendo de nueve perros salvages que la perseguian, vino á dar en una red que teniamos puesta á secar en nuestro campamento; y aunque la hizo pedazos, fue cogida viva por mis perros y Hotentotes: los perros salvages se quedaron parados mostrando en sus ademanes la impaciencia de haber perdido su presa. Quisiera yo haber podido coger alguno de aquellos perros, para cuyo efecto se dirigieron ocultamente hácia ellos algunos de mis Hotentotes; pero como son mas sagaces que los domésticos, los sintieron al punto, y escaparon.

Las huellas de elefantes que habiamos visto varias veces, me tenian con la mayor impaciéncia de cazar alguno de ellos: seguimoslas por largo trecho, y habiendo llegado á una parte del bosque en donde habia un largo espacio despejado sin mas árboles que alguna maleza y matorrales, uno de mis Hotentotes que habia subido á un árbol para observar, nos hizo señas con la mano que nos detuviésemos, porque habia descubierto elefantes. Deliberamos sobre el

modo de conducirnos, y se resolvió dirigirnos á ellos por la parte opuesta al viento, para que no nos descubriesen por el olfato. Mi Hotentote me conduxo tan cerca de uno de ellos, por entre los matorrales, que casi le estabamos tocando, sin que yo le hubiese aun visto, no porque el miedo me hubiese alucinado, sino porque extendia mi vista mas léjos, y no podia creer que tenia tan cerca al enemigo, que me parecia un pedazo de peñasco. Mi esforzado Hotentote me lo mostraba con el dedo, y me repetia con la mayor impaciencia, *mirale, mirale*: yo sin embargo, volvia la vista á todas partes, y no le distinguia, hasta que un movimiento que hizo el elefante, me sacó de mi aturdimiento, y sin perder tiempo le disparé un fusilazo, del qual cayó muerto. Al ruido escaparon huyendo con la mayor velocidad otros treinta elefantes: pero esto no fue mas que el preludio de una escena mas peligrosa.

Quando yo me divertia en vér á los elefantes huir, meneando sus grandes orejas, uno de ellos pasó junto á nosotros, y le disparamos varios tiros, que le hirieron peligrosamente. Corrimos tras él, disparándole muchos balazos: el elefante volvió furioso contra el Hotentote que le habia disparado el último tiro; disparáronle otro, que no sirvió sino para aumentar la furia del

animal. Todos los Hotentotes echaron á huir; pero yo que me habia adelantado incautamente cargado con mi fusil que pesaba 30 libras, no podia escapar tan facilmente como ellos, de suerte que el elefante iba ya dándome alcance. No quedándome otro recurso, me tendí detras del tronco de un árbol grueso: inmediatamente llega el elefante, pero por fortuna espantado del ruido que hacian mis Hotentotes, se paró á escuchar. Yo pudiera haberle disparado desde el sitio en que me habia escondido; pero como el elefante habia recibido tantos balazos inútilmente, y me cogia en mala disposicion, tomé el partido de estarme quieto esperando mi suerte, resuelto á vender bien cara mi vida, si se dirigia á mí. Mis Hotentotes me llamaban á grandes gritos, y creyendo por mi silencio que estaria muerto, volvieron desesperados á buscarme. El elefante asustado retrocedió saltando á distancia de seis pasos de mí, sin haberme visto: entónces levantándome, le disparé un fusilazo, pero desapareció de mi vista, dexando en el rastro de sangre señales evidentes de sus mortales heridas.

No debo omitir aquí un rasgo de sensibilidad y fidelidad de uno de mis Hotentotes, llamado Klaas, que al partir del Cabo me entregó Mr. Boers, asegurándome que podia contar con su valor y fidelidad.

Este fiel criado fue el único que no me abandonó quando me vió tan cerca del elefante; pero viendo que yo habia desaparecido de repente, por haberme escondido detras del tronco, acudió á socorrerme y me buscaba en vano. Yo le oia cerca del matorral llamarme con una voz ahogada entre sollozos; y despues dirigiéndose á sus cobardes compañeros que huían á lo léjos, les improperaba su cobardia, diciéndoles en su lenguage expresivo, y con el tono mas dolorido: „Qué será de nosotros, si tenemos la des„gracia de encontrar á nuestro infelíz amo „despedazado entre los pies del elefante? O „atrevereis á volver al Cabo sin él? Con qué „ánimo os presentareis al Fiscal? Por mas „escusas que deis, se os tendrá por sus vi„les asesinos. Vosotros en efecto le habeis „asesinado. Volved al campamento: robad „todo lo que encontreis: haced lo que se os „antoje: yo por mi parte no he de mover„me de aquí: vivo ó muerto he de encon„trar á mi amo, y he de perecer con él." Acompañaba estas palabras con tales gemidos y sollozos, que á pesar de la situacion crítica en que me hallaba, me arrancó lágrimas de ternura. Apenas disparé mi fusil, me vi rodeado de los mios, y abrazado por mi fiel Klaas, que me estrechaba en sus brazos sin poder separarse de mí: me besaba el rostro, el cuerpo, los vestidos, todos sus

ademanes manifestaban la pureza y ternura de aquella alma sensible. Sus compañeros penetrados de dolor me pedian perdon de su cobardía, extendiendo hácia mí sus manos en actitud suplicante: yo los consolé á todos, y desde aquel momento Klaas fue mi valido, ó por mejor decir el confidente de todos mis placeres, desgracias y pensamientos.

He querido referiros, Señora, este suceso tan por menor, para que os desengañeis de las injustas preocupaciones que se tienen en Europa acerca del carácter de estos pobres Hotentotes. ¿Creeis que hubiera muchos criados Europeos, que en un desierto expusiesen la vida por su amo? y que en iguales circunstancias, pudiendo aprovecharse de todos los géneros y provisiones que habia en mis carros, siendo tan apasionados los Hotentotes principalmente al aguardiente y tabaco, pudiendo tan facilmente justificarse de mi muerte atribuyéndola á las fieras, ó quedándose entre las tribus de Hotentotes de aquel desierto, quisiesen sacrificarse por un estrangero, de quien casi ningun favor habian recibido, y que debian considerar como un enemigo natural de su nacion?

Como se acercaba ya la noche, hicimos rancho junto al elefante que por fortuna maté de un tiro, y empezamos á dis-

poner la cena. Mis Hotentotes asaron varios pedazos del elefante para ellos, y dispusieron para mi algunos trozos de la trompa: esta fue la primera vez que probé este manjar, pero me pareció tan exquisito, que propuse no seria la última. Klaas me aseguró, que quando hubiese probado los pies, me olvidaria muy pronto de la trompa; y para convencerme, dispuso darme un almuerzo de ellos para la mañana siguiente. Abrió en tierra un hoyo de tres ó quatro pies en quadro, y llenándole de lumbre, mantuvo allí una grande hoguera por algunas horas: quando le pareció que el tal hornillo estaria bastante caldeado, le limpió de las brasas y ceniza, y metiendo en él los quatro pies del elefante, los cubrió con rescoldo, echando encima toda la lumbre, sobre la qual puso leña seca, manteniendo este fuego hasta la mañana. Yo fuí el único que dormí toda la noche; todos los demas estuvieron velando, segun las órdenes de Klaas: contáronme que habian visto al rededor muchos búfalos y elefantes, pero la multitud de nuestras hogueras les habia impedido acercarse.

Presentóme Klaas para almorzar un pie del elefante, que se habia hinchado tanto en el fuego, que no se conocia lo que era. Exhalaba un olor tan agradable, que me dí priesa á probarlo, y hallé en efecto que

era el bocado mas delicioso que habia probado en mi vida. Mis Hotentotes se regalaron con otros pedazos del elefante, que les parecian no menos delicados. Estas menudencias quizá os parecerán pueriles ó indiferentes, pero como no se han contado hasta ahora mas que fábulas absurdas sobre el país que he recorrido, me parece necesario insinuar algo de lo mucho que yo he visto.

Ninguna cosa me admiraba mas en los Hotentotes que la sutileza de su vista, fortificada con sus continuas y prolixas observaciones. Aunque los elefantes no dexan casi ninguna huella perceptible en aquel terreno tan duro, cubierto de hojas secas que el viento muda á cada instante; sin embargo, estos Africanos no solo conocen el camino por donde ha pasado el animal, sino tambien el tiempo que hace pasó, y qué camino se debe tomar para encontrarle. Al principio yo nada comprendia, pero á fuerza de observaciones y preceptos de mis Hotentotes, llegué á adquirir un conocimiento perfecto de esta arte de adivinar para la caza por un conjunto de señales casi imperceptibles.

En una de estas cazerías de elefantes, estuve observando su modo de comer las ramas de los arbustos y matorrales. Antes de cogerlas, las daban tres ó quatro golpes con

la trompa, para sacudir las hormigas y demas insectos: despues recogian con la trompa un manojo de estas ramas, y dirigiéndole á la boca, siempre de izquierda á derecha, se las tragaban sin masticarlas mucho. Observé que preferian las ramas que tenian mas ojas, y que eran muy apasionados á una fruta amarilla, que llaman cerezas en este país. Luego que hube exâminado á quatro de estos animales á mi salvo, disparé á la cabeza del que estaba mas cerca de mí, y le maté: en menos de diez minutos derribé tambien en tierra á los otros tres, porque quando los elefantes van en tropa y son acosados, si cae muerto el primero á quien se dispara, se puede tener seguridad de matar á todos los otros, particularidad de que hablaré mas largamente en otra parte. Uno de mis Hotentotes mató á un elefante muy jóven que aun mamaba, y seria del tamaño de un becerro de cinco á seis meses.

Una singularidad que me admiró mucho, é igualmente á mis Hotentotes, que me dixeron no habian visto otro exemplar, quizá no seria creida por aquellos Naturalistas, que están acostumbrados á no salir de la rutina de sus libros, teniendo por principios invariables todo lo que les cuentan los cazadores de gabinete. La madre del pequeño elefante no tenia mas que una mamila en

medio del pecho, la qual estaba llena de leche: habiéndola yo exprimido con los dedos, la probé y era muy dulce pero nada agradable: la leche salia por cinco agugerillos bien perceptibles. Las otras hembras tenian dos mamilas, colocadas regularmente en el pecho como las mugeres, y tan bien formadas que muchas mugeres las envidiarian.

Prosiguiendo nuestro viage, al cabo de algunos dias encontramos un aduar de Hotentotes, que nos recibieron con las mayores demostraciones de afecto. La afabilidad y buena fe de estos salvages me hizo cobrarles el mayor cariño, repartiendo con ellos mi caza, y dándoles tabaco y aguardiente: y quando hubimos de separarnos, el sentimiento fue igual por ambas partes. Todo este desierto está habitado por tribus de Hotentotes Gonaqueses, que se diferencian absolutamente de los del Cabo, y los llaman Hotentotes salvages. Antes de proseguir adelante, debo comunicaros las observaciones que he hecho sobre esta nacion, de la qual no tenemos hasta ahora mas que ideas imperfectas.

Los Hotentotes no componen, como antiguamente, una nacion uniforme en sus usos y costumbres: el establecimiento de la Colonia Holandesa fue la época funesta que los desunió á todos, y la causa de las diferen-

cias que tanto los distinguen al presente.

Quando en 1652, el Cirujano Riebeck fue á formar su establecimiento en el Cabo, empleó todos los medios mas propios para conciliarse el afecto de los Hotentotes; estos infelices no conociendo que baxo de aquel cebo se ocultaba el mayor veneno, se dexaron seducir, y no echaron de ver que éste era el principio de despojarlos de sus derechos, tranquilidad y felicidad. Estos verdaderos Cosmópolitas, indolentes por naturaleza, y que no se cuidaban de la agricultura, ¿cómo habian de inquietarse porque unos estrangeros viniesen á ocupar un rincon de tierra, inútil para ellos, y pocas veces habitada? Siempre que no les faltasen pastos para sus ganados, que son sus únicas riquezas, les importaba poco ir á buscarlos un poco mas cerca ó léjos. La avara política de los Holandeses concibió las mayores esperanzas de unos principios tan pacíficos, y como es tan diestra esta nacion para aprovecharse de las ocasiones de ganancia, no se descuidó en consumar la obra, ofreciendo á los incautos Hotentotes dos poderosos cebos para seducirlos, el aguardiente y el tabaco. Desde este punto, se acabó la libertad, y el carácter de los Hotentotes: estos infelices salvages, apasionándose á estos dos venenos, procuraron no alejarse de la capital que se los suministraba. Por otra

parte, los Holandeses que por una pipa de tabaco, ó un vaso de aguardiente podian adquirir un buey, trataban al principio con algun miramiento á unos vecinos tan útiles. Con estos medios la Colonia se fue extendiendo insensiblemente, y adquiriendo cada dia nuevas fuerzas: bien pronto se vió elevarse sobre unos cimientos, que ya no era posible destruir, aquella potencia formidable, que dictó sus leyes á toda esta parte de Africa, obligando á alejarse á todos los que querian oponerse á su engrandecimiento y á los progresos de su codicia. La prosperidad del establecimiento atrajo nuevos colonos: juzgaron que la ley del mas fuerte era suficiente derecho para extenderse á su arbitrio: este principio destruyó los sagrados derechos de la propiedad: se apoderaron indistintamente de todas las tierras que les parecieron buenas, y obligaron á los Hotentotes á abandonar todo el país.

Estos salvages así oprimidos, y acosados por todas partes, se dividieron y tomaron dos partidos opuestos: los que amaban aun la conservacion de sus ganados, se retiraron á las montañas hácia el Norte, y Nord-Este; pero este fue el número mas corto. Los otros, corrompidos por algunos vasos de aguardiente y trozos de tabaco, pobres, despojados de todo lo que poseían, no pensaron en retirarse de aquel país funesto,

sino que abandonando sus costumbres y carácter, de que ya no conservan ni aun memoria, se entregaron por criados de los Blancos, que no teniendo bastantes brazos para cultivar sus tierras, cargaron enteramente los trabajos penosos sobre estos infelices Hotentotes, cada dia mas degenerados y envilecidos.

Algunas tribus miserables se han establecido y viven como pueden, en varios cantones de la Colonia, pero no tienen ni aun la libertad de elegir á su xefe: como están en el distrito y baxo el dominio del Gobierno Holandés, el Gobernador es el que se ha apropiado el derecho de nombrarle. El electo va á la ciudad á recibir de manos del Gobernador un baston con el puño de cobre: le ponen tambien al cuello en señal de su dignidad una media luna ó sotagola tambien de cobre, con una inscripcion en letras gruesas, que dice *Capitan*. Desde este punto su triste tribu, que ya hace tiempo perdió su nombre propio, toma el del nuevo caudillo que la dan, llamándola por exemplo, la tribu del Capitan Keiss, y el tal Capitan Keiss, hechura del Gobernador, se hace una espia suya, y un tirano de su tribu.

El Gobernador no conoce jamas por sí mismo á los que elige, y regularmente el colono mas inmediato al aduar es el que

solicita el nombramiento para algun protegido suyo, porque cuenta con el agradecimiento de este, esperando que le pondrá todos sus vasallos á su discrecion en caso necesario. De esta suerte, sin tomar ningunos informes, sin ningun respeto ni razon se precisa á un aduar débil y sin fuerzas á recibir la ley de un hombre que por lo regular es incapaz de gobernar.

Tales son en general los Hotentotes, conocidos al presente con el nombre de Hotentotes del Cabo, ú Hotentotes de las Colonias, los quales no deben ser confundidos con los Hotentotes salvages, á quienes por escarnio llaman *Hotentotes Jackales*; como éstos se hallan muy apartados del mando arbitrario del Gobierno Holandés, conservan todavía en el desierto que habitan, toda la pureza de sus costumbres primitivas. Llegué, pues, al punto de mi viage, donde no teniendo ya relacion con los primeros Hotentotes, á quienes dexaba á tanta distancia, me hallé en medio de los segundos. Mas adelante os especificaré las diferencias que los distinguen; y para daros de paso una idea del carácter de los Hotentotes salvages, basta una sola observacion, que es fruto de una larga experiencia. En todas las partes en donde los Salvages están absolutamente separados de los Blancos, y viven aislados, sus costumbres son dulces y hu-

manas, y éstas se alteran y corrompen á proporcion que se van acercando á los Blancos; los que viven entre ellos rara vez dexan de ser unos monstruos. Esta asercion, aunque es dolorosa, es una verdad de hecho, que tiene muy pocas excepciones. Quando al Norte del Cabo me he hallado baxo del Trópico entre naciones muy remotas, quando veía tribus enteras de Salvages rodearme con los ademanes de la admiracion, y que con una curiosidad de niños se acercaban á mí con confianza, me pasaban la mano por la barba, por el rostro, por los cabellos, decia yo entre mí: „nada tengo „que temer de estos hombres, porque sin „duda esta es la primera vez que ven á un „Blanco."

Toda la tribu, que tanto sentia separarse de mí, me acompañó hasta el rio Louri á 4 leguas de Gamtos: y habiendo hecho alto, les regalé algunos vasos de aguardiente y trozos de tabaco. Las mugeres principalmente no querian separarse de mis Hotentotes, pero no permití que nos acompañase mas que una de ellas, la qual era muy diestra para ordeñar mis bacas y cabras, y para lavar mi ropa blanca; pero lo que mas me inclinó á concederla esta gracia fue el saber que mi amigo Klaas la habia tomado por muger, por lo que consentí con gusto en su union, y me acompañó

hasta el fin de mi viage, sirviéndome con la mayor fidelidad.

A pocas leguas de allí encontramos otro *Kraal*, ó aduar de Salvages, que se componia de nueve ó diez chozas en que habria unas 60 personas. Estos me aconsejaron, que no pasase el rio Bossiman, que corre cerca de la costa, sino que tomase el camino de la izquierda dirigiéndome á lo interior del país para evitar el encuentro de una tropa numerosa de Cafres, que arrasaban todo el país á sangre y fuego. Este aviso me obligó á tomar varias precauciones para no ser sorprendido; y al tiempo de ponerme en marcha, esta tribu de Salvages me suplicó la permitiese ir en mi compañía para establecerse en otra parte, donde estuviesen mas seguros de las incursiones de los Cafres. Ninguna cosa me podia ser mas agradable que esta proposicion en las circunstancias presentes, pero me hice de rogar, para que estimasen mas el favor, y para tenerlos mas dependientes de mi voluntad. Con este refuerzo daba á mi comitiva un aspecto respetable, y con el auxîlio de algunos fusiles que llevaba en mis carros podia hacer frente á millares de azagayas que son unas especies de lanzas ó dardos de que usan los Cafres. En el discurso de mi marcha no podia menos de hacer algunas reflexîones sobre mi situacion. A tres mil

leguas de mi patria, yo solo de mi especie, rodeado de tantos Salvages, acometido continuamente de las fieras mas feroces, me veía capitaneando por los desiertos del Africa una tropa de hombres sujetos á mis órdenes, que me confiaban su conservacion, habiendo entre ellos muchos que cuerpo á cuerpo me harian temblar; pero vi por experiencia que no es el mas fuerte el que da la ley á los hombres, sino el mas sagaz y prudente.

Prosiguiendo adelante mi camino, observé varios rastros de la crueldad de los Cafres, pues encontramos algunas chozas quemadas, y abandonadas. Un dia se acogió á nosotros otra tribu de Hotentotes compuesta de 15 hombres, muchas mugeres y algunos niños, que venian huyendo del fuego de la guerra. Habiéndoles hecho varias preguntas, supe de ellos todo lo que deseaba acerca del orígen de esta guerra de los Cafres. No podia yo resolverme á mirar á estos Salvages como bestias feroces, sedientas de sangre, que no perdonaban á ningun sexô ni edad, principalmente conociendo yo tan perfectamente á los Colonos. Este conocimiento me daba sospechas de su perfidia, haciéndome presumir que tendrian mucha culpa de los horrores de que se quejaban tan amargamente. ¿Por qué habian de comprender los Cafres en esta guerra á una nacion

tan pácifica y dulce como los Hotentotes, si no tuviesen un motivo muy poderoso para tan cruel venganza? Los Cafres no son una nacion perversa; viven como los demas Salvages de esta parte del Africa del producto de sus ganados; son indolentes por naturaleza, y solo toman las armas precisados por las circunstancias. Quise, pues, averiguar el motivo de una guerra tan atroz, que tiene asoladas aquellas amenas regiones. Estos buenos Hotentotes, que se me habian entregado con tanta confianza, me hablaron sin reserva. En efecto, supe de ellos, que las vexaciones y la cruel tiranía de los Colonos eran la única causa de la guerra, y que la razon estaba de parte de los Cafres: que los Bósimanes, especie de vandidos desertores de la Colonia, que no pertenecen á ninguna nacion, y se mantienen de lo que roban, se aprovechan de esta ocasion, para robar indistintamente á Cafres, Hotentotes y Colonos: que estos malvados habian obligado á los Cafres á comprender en la proscripcion á los Hotentotes, á quienes consideraban como espias de los Blancos, sirviéndose éstos de aquellos para armarles lazos: que en efecto, tenian fundamentos sobrados para pensar así, porque los Colonos se servian de los Hotentotes como de unos instrumentos ciegos para sus designios, y por consiguiente los Cafres no pu-

diendo distinguir entre los Hotentotes corrompidos de la Colonia y los Salvages, los trataban á todos como á enemigos.

Instruyéronme muy por menor en todas las circunstancias de esta guerra, en la qual los Cafres habian llevado la peor parte, porque sus azagayas no son comparables con las armas de fuego, que los Colonos saben manejar muy bien, como acostumbrados á la caza. Añadieron que un navío Ingles habia naufragado algunas semanas ántes sobre la costa, y que una parte de la tripulacion y pasageros que se habian salvado en tierra, cayó en manos de los Cafres, que habian muerto á muchos de ellos, reservándose solamente algunas mugeres, y los demas andaban errantes por los montes, donde perecian de necesidad: entre ellos habia algunos oficiales Franceses, prisioneros de guerra, que enviaban á Europa.

Esta relacion me afligió sobre manera: discurrí mil medios para ir á socorrer á aquellos infelices, que segun mi cálculo distarian como unas 50 leguas. Mi tropa se sublevó contra mí quando manifesté mi deseo de marchar á aquel parage, y á no ser por mi firmeza y presencia de ánimo hubiera perecido á manos de los amotinados. Ayudado solamente de dos ó tres de los mios infundí respeto á aquellos salvages, po-

niendo una pistola á la frente de uno de los mas sediciosos; pero aunque se sosegaron, no pude conseguir nada de ellos. Así los Hotentotes que se habian juntado conmigo, como todos los mios me dixeron con el mayor descaro, que no querian ir á ser degollados por los Cafres, y que al punto iban á retroceder hácia la Colonia. Todas mis amenazas y súplicas, juntas con las de Klaas fueron vanas; al dia siguiente se separaron de mí todos los que ántes se habian juntado con mi comitiva.

Pensando que los Colonos me ayudarian para tan loable empresa como era salvar á aquellos infelices naúfragos, monté á caballo, y sin reparar en peligros, corrí al parage, donde los 15 Hotentotes me dixeron se hallaba una gran tropa de ellos. Al cabo de andar algunas leguas, los encontré: todas mis súplicas y exhortaciones fueron oidas con la mas fria indiferencia, y despues de fatigarme en vano, hube devolverme á mi campo maldiciendo el egoismo insensible de aquellos Colonos.

Sin embargo, habia observado que tenian un refuerzo de Hotentotes Mestizos, los quales son muy valerosos é intrépidos, y se habian distinguido en todos los combates contra los Cafres. Dexé, pues, á tres de mis Hotentotes, para que se mezclasen con ellos, y viesen si podian engan-

charlos para que me acompañasen, principalmente los que sabian la lengua de los Cafres y conocian aquel país. Al dia siguiente vi venir á mis tres Hotentotes trayendo consigo á tres estrangeros: el uno de ellos, llamado Hans, hijo de un Blanco y de una Hotentota, habia vivido casi siempre entre los Cafres, y sabia su lengua. Bien pronto me gané su confianza con algunos vasos de aguardiente, y le hice contar todo lo que sabia. Con su relacion me confirmé en la opinion de que los Cafres en general son pacíficos y tranquilos; pero me aseguró, que acosados, robados y asesinados continuamente por los Blancos, se habian visto precisados á tomar las armas para defenderse: que los Colonos publicaban por todas partes que los Cafres eran una nacion bárbara y sanguinaria, para justificar los robos y atrocidades que diariamente cometian contra ellos, haciéndolas pasar por represalias: que con el pretexto de que les habian robado algunos bueyes, habian exterminado tribus enteras de Cafres, sin distincion de sexô ni edad, robandoles sus ganados, y asolando sus campos: que pareciéndoles mas breve este método de adquirir ganados, que el criarlos ellos mismos, lo practicaban con tanta libertad, que en el espacio de un año se habian repartido entre ellos mas de 20@ re-

ses, degollando cruelmente á todos los que se oponian á sus robos. Sobre esto me contó varias anécdotas, de las quales solamente referiré la siguiente.

Una tropa de Colonos habia destruido un aduar de Cafres; un muchacho de unos doce años fue el único que se salvó escondiéndose en un hoyo, pero fue descubierto por uno de los Colonos, que se lo llevó como esclavo. Tuvo la desgracia de agradar al Comandante, el qual pretendió apropiarsele: el que le habia apresado, se resistia fuertemente á entregarle: uno y otro se irritaron, y el Comandante lleno de cólera, dirigiéndose á la inocente víctima, dixo: "ya »que no sea mio, tampoco será tuyo", y disparó un balazo al pecho del muchacho, que cayó muerto.

Tambien he sabido que á veces estos malvados, para divertirse, habian colocado á sus prisioneros á cierta distancia, sirviéndoles de blanco para sus tiros. Sería muy prolixo si hubiese de referir todas las atrocidades enormes que los Colonos cometen continuamente contra aquellos miserables Salvages indefensos y sin proteccion, y además tengo poderosos motivos para callar. Lo dicho basta para que formeis idea de los Colonos de esta parte de Africa, á quienes la indolencia del gobierno Holandés abandona á sus propios excesos, y aun temeria

castigarlos. Si alguna vez el Gobierno recibe quejas de estos atroces atentados, llegan tan desfiguradas las noticias, ó hay tantos interesados en desmentirlas, que jamas se toma providencia.

He aquí lo que sucede freqüentemente. Llega á la capital un Colono, distante de ella 200 leguas: se queja al Gobierno de que los Cafres le han robado sus ganados, y solicita un *Comando*, esto es, la facultad de ir á recobrar con la ayuda de sus vecinos lo que le han robado. El Gobierno no comprehende la astucia, ó disimula que la conoce: se da el *Comando* sin mas informe, y sin considerar que es una sentencia de muerte contra un millar de inocentes. El monstruo, armado con el permiso del Gobierno, junta á sus vecinos, que consideran esta empresa como una especulacion de comercio, roban, destruyen, asesinan hasta saciar su codicia, y si los Cafres se defienden, ó quieren recobrar por fuerza sus ganados, exclaman que es una nacion de antropófagos. Hablando yo un dia con algunos Colonos sobre la indiferencia con que mira el Gobierno estos excesos, me dixeron, que á veces habian recibido órdenes del Gobierno para ir al Cabo á dar cuenta de su conducta, pero que jamás se hace caso.

Repliqué yo, que estrañaba no fuesen

acompañadas estas órdenes con un destacamento de tropas que conduxesen á los culpados y desobedientes á buen recaudo: »Sabeis lo que sucederia entónces? me respondieron: nos juntariamos todos, matariamos á la mayor parte de los soldados, y los remitiriamos salados con los que quedasen, con la amenaza de hacer lo mismo con todos los que viniesen."

Pero no creais que estos Colonos son hombres de valor; no son mas que feroces y crueles, propiedad de todos los cobardes. Al contrario, la mayor parte de las mugeres, no menos diestras que sus maridos en manejar el caballo y el fusil, son animosas é infatigables. Yo he conocido á una viuda que por sí misma gobernaba su hacienda; quando las fieras venian á acometer á sus ganados, montaba á caballo y las perseguia hasta matarlas ó precisarlas á abandonar el canton. Tambien he visto á una jóven de 21 años, que acompañaba siempre á su padre, quando junto con otros iba á rechazar á los Bosimanes: esta verdadera Amazona despreciaba sus flechas envenenadas, los perseguia con el mayor empeño, y no paraba hasta matarlos á fusilazos.

En una hacienda me contaron una tragedia que acababa de suceder á una viu-

da que vivia en una habitacion distante con dos hijos, de los quales el mayor tenia 19 años. Una noche obscura se alborotó su ganado por haber entrado en el redil un leon, que hacia los mayores estragos en los bueyes: acudieron á las armas, pero ninguno de los Hotentotes que la servian, ni aun sus mismos hijos, se atrevieron á entrar en el redil para matar al leon. La viuda intrépida salta dentro con su fusil, busca á la fiera que apenas se podia distinguir por la obscuridad, y la dispara un fusilazo; por desgracia no hizo mas que herirla, y el leon furioso se tiró á ella y la derribó. A los gritos de la pobre madre acuden los hijos, y hallan al terrible leon encarnizado en ella: llenos de rábia y desesperacion le deguellan sobre el cuerpo ensangrentado de su madre, cuyas heridas eran tantas y tan mortales, que fueron inútiles todos los remedios, y murió aquella misma noche.

Además de las noticias que me habia dado Hans, me dixo que el territorio en que actualmente me hallaba, pertenecia á los dominios de un Señor poderoso, que tenia su residencia á 30 leguas de aquel parage hácia el Norte, y se llamaba el *Rey Faró*. Aconsejóme fuese á buscarle, asegurándome que nada tenia que temer de aquellos pobres Cafres; que ántes bien gustarian mucho de verme, é informarme de todo, para que quando volviese

al Cabo, desengañase al Gobierno de las calumnias que esparcian los Colonos contra ellos, y de este modo los dexarian en paz, que era el único favor que deseaban de los Blancos.

Aunque este proyecto lisongeaba mucho á mi sensibilidad, proporcionandome el socorrer á los infelices Europeos errantes, que no se apartaban de mi imaginacion, consideré que seria una temeridad el fiarme ciegamente de un hombre á quien veia por la primera vez, y que debia serme sospechoso por muchas razones. Preferí pues el enviar una diputacion al Rey Faró, de la qual comision se encargó Hans con mucho gusto, y le dí por compañeros á dos de mis mas fieles Hotentotes. Debian dar cuenta al Rey de todo lo que yo habia hecho al cabo de once meses de haber salido del Cabo; y para que se persuadiese que sola la curiosidad me conducia á sus estados, encargué á mis mensageros le dixesen, que yo habia nacido en otro mundo, que era estraño de los Colonos que le hacian la guerra, que no tenia amistad ni vivia con ellos, que desaprobaba absolutamente su conducta; que mientras estuviese en sus estados, procuraria ser útil á los Cafres, como lo habia hecho con los Hotentotes salvages, y que quando volviese al Cabo, restableceria la armonía entre él y los Colonos.

Despues de haber dado estas y otras instrucciones á mis mensageros, los despaché con algunos regalos para aquel Príncipe, y me prometieron volver pronto á Koks-Kraal, donde yo debia esperarlos.

Despachados mis mensageros, me puse tambien en marcha hácia el sitio determinado; y habiendo hecho alto, al dia siguiente nos empleamos en cazar gazelas de que hicimos gran provision, porque ya nos iban faltando los víveres. Los Hotentotes son voraces quando tienen abundancia de provisiones; pero al mismo tiempo se contentan con muy poco quando hay escasez En esta parte los comparo á los animales carnivoros, que devoran toda su presa en un instante sin cuidarse de lo venidero; y en efecto el lobo y la hiena aguantan muchos dias sin comer, tragando greda como para engañar el hambre. El Hotentote es capaz de comerse en un solo dia diez ó doce libras de carne; y quando no hay otra cosa, algunas langostas, un poco de miel silvestre, ó un pedazo de cuero de su calzado bastan para socorrer su necesidad. Jamas pude persuadir á mis Hotentotes que era prudencia reservar algunos víveres para otro dia: no solamente comen todo lo que pueden, sino que reparten con qualquiera lo que les sobra. No pasan cuidado por lo que será mañana: *quando no haya que comer*, dicen, *cazaremos*

ó dormiremos. El sueño es para ellos un remedio, que les sirve maravillosamente en sus necesidades: jamas he pasado por paises estériles en que es rara la caza, que no haya encontrado tribus enteras de Hotentotes dormidos en sus *Kraales*, lo qual me era una prueba segura de que lo pasaban miserablemente; pero lo que mas de e estrañarse, y que no me atreveria á afirmar, sino tuviese mil experiencias, es que tienen el sueño á su disposicion, durmiendo siempre que quieren, y de este modo engañan á su arbitrio la necesidad mas urgente de la naturaleza. Sin embargo, hay ocasiones en que el hambre por ser muy continua les hace estar dispiertos á pesar de su costumbre, y entonces usan de otro remedio, que parecerá aun mas estraño, pero es incontestable. Los he visto en estas ocasiones apretarse estrechamente el estómago con una correa, y de este modo disminuyen el hambre, la toleran por mas tiempo, y la satisfacen con muy poca comida. Este remedio de las ligaduras lo aplican tambien para todas sus enfermedades: se atan fuertemente la cabeza ó qualquier otra parte que les duela, y juzgan que apretando el dolor le obligan á huirse. Muchas veces presencié estas operaciones, y ví que despues de hecha la ligadura á satisfaccion del doliente, quedaba sosegado, y me aseguraba que experimen-

taba alivio. Aunque parezca extravagante esta costumbre, yo creo que no la usarian tan generalmente, si en efecto no produxese buenos efectos.

Al cabo de dos dias llegué á Koks-Kraal, donde debia esperar á mis mensageros: allí establecí mi campamento tomando todas las precauciones necesarias, para asegurar mis ganados de las fieras, y ponerme á cubierto de las invasiones de los Cafres. Rara noche pasaba sin que viniesen algunas fieras á rondar al rededor de nuestro campo. No hay cosa mas facil que adivinar por la noche, qué especie de animal se acerca. Si es un leon, los perros sin moverse de su puesto, empiezan á ahullar tristemente: muestran la mayor inquietud, se acercan al hombre, se estrechan á él, le hacen mil alhagos, como quien dice, *defiéndeme*. Los otros animales domésticos se muestran no menos agitados: todos se ponen en pie: los bueyes á media voz dan unos bramidos dolorosos: los caballos patean, y se vuelven á todas partes: las cabras hacen varios ademanes de espanto: las ovejas baxando la cabeza se aprietan unas contra otras, y permanecen inmóbles. El espanto de mi pobre Kees en estas ocasiones era el mas notable; temblaba de miedo, daba unos quexidos lastimosos, y se arrimaba á mi lado con un desfallecimiento mortal. Mi gallo era el único que

estaba animoso, y temia mas el olor de una comadreja que á todos los leones del Africa. Cada animal tiene su contrario, y cede al mas fuerte: solo el hombre á ninguno teme sino á su semejante.

Si es una hiena la que anda en las cercanías, el perro mas atrevido la persigue hasta cierta distancia, y no parece la teme mucho: los bueyes y los caballos permanecen tendidos, sin dar muestras de temor. Quando es un Jakal, especie de zorra, los perros le persiguen con vigor y lo mas lejos que pueden, á no ser que se hallen cerca leones ó hienas, porque en este caso retroceden corriendo hácia el campamento. Los Hotentotes dicen que el Jakal es la espia de las demas fieras, que viene á provocar á los perros, para que siguiendole, caigan en las garras de los leones ó hienas, con los quales participa de la presa. Lo que yo he observado muchas veces, es que apenas empiezan los Jakales á dar sus acostumbrados ahullidos, al punto acuden las hienas, las quales no se manifiestan hasta ver que los perros se han adelantado mucho. No hay cosa mas temible que una noche tempestuosa en estos desiertos del Africa, pues ademas de los horribles truenos, de los espantosos rayos, de las grandes avenidas de agua, y de la piedra de tamaño enorme, son muy temibles entonces las fie-

ras: estas se acercan á las tiendas y rediles sin rugir ni ahullar, y como los perros por causa de la humedad del ayre no pueden ventearlas, hacen los mayores estragos sin ser sentidas.

Habiendo sabido que en el rio inmediato á mi campo habia hipopótamos, dispuse una cazería, y tuve la fortuna de matar uno de ellos, que desde la punta del ocico hasta el nacimiento de la cola tenia 10 pies y 7 pulgadas de largo, con 8 pies y 11 pulgadas de circunferencia: sus colmillos arqueados no tenian mas que cinco pulgadas de largo con una pulgada de diámetro por lo mas grueso, lo qual me hizo creer que era muy jóven. Yo habia cuidado de que me asasen un pie del hipopótamo del mismo modo que los del elefante, y hallé que su gusto era aun mas delicado, y jamas he comido cosa mas exquisita.

Aunque el hipopótamo tiene mucha grasa, esta no es fastidiosa ni produce los malos efectos que la de los otros animales: mis cazadores la derretian y se bebian escudillas de ella como si fuera caldo, sin que les hiciese daño. Ademas se frotaron el cuerpo con ella, y estaban tan brillantes, que parecia se habian untado con barniz.

Al dia siguiente mis Hotentotes se ocuparon en hacer de la piel del hipopótamo lo que llaman alli *Chamboc*, que son unos

látigos para arrear los bueyes: tienen la misma forma que los que se usan en Europa para montar á caballo, pero son mas gruesos y largos: como la piel del hipopótamo tendrá dos pulgadas de grueso, la cortan en tiras de dos pulgadas de ancho, por lo qual estas correas tienen dos pulgadas en quadro, y unos seis pies de largo. Para secarlas las cuelgan atando un peso al extremo, y á fuerza de martillo les redondean las esquinas, haciendo que por uno de los extremos remate en una punta muy sutil. Los que hacen mas delgados para montar á caballo, tienen sobre los de Europa la ventaja de no romperse jamas, mayormente si de tiempo en tiempo los frotan con un poco de aceyte. El mismo uso hacen de la piel del rhinoceronte, y en el Cabo dan á estos látigos la preferencia, porque aunque no son tan sólidos como los de hipopótamo, se pulimentan mejor, y tienen un color de concha casi transparente: unos y otros valen muy caros.

Por lo demas, la piel de este animal no puede servir para otros usos, por ser muy gruesa y de la misma naturaleza que la del puerco, á quien se semeja mucho el hipopótamo. Su carne se diferencia muy poco del tocino, y si se salase con las precauciones necesarias, se daria la preferencia al hipopótamo. En los colmillos del hipopótamo

se advierte una ventaja sobre el marfil de los del elefante, pues éste con el tiempo se vuelve amarillo, y el otro conserva perpetuamente toda su blancura.

Mi Hotentote Klaas, volviendo de su caza, me traxo dos aves que nunca habia yo visto: la primera, llamada *Indicador*, es muy estimada de los Hotentotes, porque como no se alimenta sino de cera y miel, le sirve para descubrir los panales. La otra era una águila de una especie que ningun autor ha descrito: era enteramente negra, y su caracter tenia algo de buitre, aunque se distingue mucho en sus costumbres, bien que el águila algunas veces imita al buitre, pues quando el hambre la aprieta, se ceba en la carne mas podrida como el buitre. Pido perdon á los Poetas por haber degradado tanto á esta ave mensagera de Júpiter, y que hace tan noble figura en los escudos de armas.

CARTA LXXX.

Continuacion de los Hotentotes.

No sé si tendreis, Señora, tanto placer en leer las particularidades de mi viage por este desierto, como yo en recordarlas para ponerlas en vuestra noticia: de mí sé decir, que de todos quantos viages he hecho, ninguno se me viene á la memoria con mas freqüencia ni con igual placer. La vida libre, independiente y segura que allí pasé, la novedad de los objetos que continuamente se presentaban á mi vista, y las diversiones que me proporcionaba la caza, me hacen considerar este corto periodo de mi vida, como el mas feliz de toda ella.

Ocupado yo en mis cazerias, esperando las resultas de mi embaxada á los Cafres, recibí un dia la visita de unos 20 Gonaqueses, en cuya relacion quiero detenerme algo mas de lo acostumbrado, porque con la lectura de esta sencilla relacion aprendereis mas verdades sobre el estado positivo de estos Africanos, que con todos los discursos de los Filosofos.

El caudillo de esta tropa se acercó á mí

para saludarme; las mugeres ataviadas con todos los adornos de su sexô en este pais venian detras de él: todas ellas estaban muy relucientes, porque acababan de arrebolarse, esto es, que despues de haberse untado con grasa, se habian frotado con unos pólvos que hacen de una raiz, llamada *bugú* en aquel pais, la qual tiene un olor agradable. Tenian el rostro pintado, cada una de diferente modo, y cada qual de ellas me presentó un regalito: una me dió huebos de abestruz, otra un recental, otras me ofrecieron abundancia de leche en unos cestillos que me parecieron de mimbres. Este último regalo me pasmó: leche en canastillos! decia yo; he aquí una invencion, que supone harta industria! y acordándome de las vasijas de cobre en que se guarda la leche en varias partes de Europa, para envenenarse, conocí que los pueblos mas cultos con todas sus artes y hombres sábios no igualan muchas veces en las cosas mas necesarias para la vida, á las naciones que desprecian como salvages. Estos cestillos se hacen de mimbres tan delgados, y tan estrechamente unidos, que sirven para llevar agua sin que se trasmine una gota, y me fueron muy útiles en adelante. El caudillo de los Gonaqueses me dixo, que eran obra de los Cafres, quienes los venden á los Hotentotes en cambio de otros generos.

Este caudillo se llamaba Haabas, el qual me regaló un manojo de plumas de abestruz de las mas exquisitas, y para mostrarle el grande aprecio que hacia de su regalo, al punto quité el penacho que llevaba en mi sombrero, y puse en su lugar las plumas de abestruz. Observé en el rostro del buen viejo el gusto que le habia causado esta accion, y me lo manifestó con las palabras mas expresivas. Para recompensar su generosidad, le dí algunas libras de tabaco; esto me proporcionó una escena muy divertida. Haabas hizo señal á los suyos para que se acercasen; en un momento se formaron en círculo sentados en cuclillas; repartió entre ellos todo el tabaco, y observé con la mayor complacencia que la porcion que se reservó Haabas era igual á la de cada uno de los otros. Quedé encantado de este rasgo de equidad y honradez, por lo qual añadí á su regalo un cuchillo, un puñal, una caxita y un collar de gruesas cuentas de vidrio. A las mugeres regalé collares, y alambre para brazaletes: en medio de estas ofrendas recíprocas, y de los afectos mutuos que nos inspiraban, observé una jóven como de 16 años, la qual manifestaba menos codicia de participar de las preseas que yo repartia entre sus compañeras, qué curiosidad en exâminar mi persona. La ví tan embebecida en contemplarme, que para satisfacer su curio-

sidad, me acerqué á ella: su figura era de las mas graciosas: no he visto dentadura mas fina y bella que la suya: su talle elegante y airoso, y la morbidez de todas sus formas pudieran haber servido de modelo á los mas diestros Artistas. Era una de las Gracias, ó la misma Venus, baxo la figura de una Gonaquesa.

Hícela algunos regalos, y entre otras bugerías la dí un pañuelo encarnado, con el qual se adornó la cabeza: despues me pidió algunas alhajas para una hermana suya, que se habia quedado en el aduar. Mostróme á su madre que se hallaba presente, y me dixo que no tenia padre: como sus respuestas eran tan graciosas, yo la fatigaba con preguntas continuas. Roguéla se quedase en mi compañía, haciéndola las mayores promesas, y propo- niéndola conducirla conmigo á Europa, donde la decia que las mugeres son reynas, y tienen siempre grandes tropas de esclavos adoradores: pero la inocente Gonaquesa, lejos de dexarse seducir de mis lisonjas y promesas, despreció mi proposicion, y dió muestras de impaciencia y enfado. Un Monarca no hubiera podido vencer su resistencia, y yo me divertia viendo el sentimiento que la causaba la sola idea de abandonar á su familia y pais. En esto fixó la vista en mi silla, y me señaló un cuchillo que yo habia dexado encima de ella; al punto se lo dí, y

ella fue á entregarselo á su madre.

Toda su ocupacion era adornarse con las nuevas galas que yo la habia dado: palpaba sus brazos, su collar, su cintura, se pasaba la mano por la cabeza para tocar el pañuelo que la agradaba sobre todo; y para divertirla mas, la presenté mi espejo, en el qual se miraba con la mayor complacencia, haciendo mil ademanes en que mostraba el placer que la causaban sus nuevos atavios. Por mas esfuerzos que hice no pude persuadirla á que dexase de untarse el rostro con grasa, pues mostró tanta aficion á este afeite como las Europeas á su arrebol, y demas aguas, pomadas y untos, que son no menos asquerosos que la grasa, y positivamente mas perjudiciales. Todo se la antojaba á mi bella Gonaquesa, pero á la menor resistencia mia, desistia de su pretension, sin mostrar enojo ni tristeza por mi negativa. Como su nombre era muy dificil de pronunciar, yo la llamé *Narina*, que en lengua Hotentota significa *flor*, y la encargué conservase este nombre toda su vida por mi respeto, lo qual me prometió.

Todo aquel dia se pasó en diversiones: yo les dí una buena comida, y su racion de aguardiente: lo que mas me admiró fue que mis Hotentotes destribuyeron entre los nuevos huespedes el aguardiente que les habia tocado, siendo la cosa que ellos mas apete-

cen. Narina no quiso probarlo, y esta sobriedad aumentó el cariño que yo la habia tomado, porque detesto este licor, y extraño como nuestras mugeres se atreven á beber este veneno. Mis huespedes se entregaron al regocijo: toda la gente danzó: mis Hotentotes obsequiaron á los Gonaqueses con su música, cantando sus tonadillas acostumbradas, y por todas partes reinaba la alegria. Por la noche los regalé con thé y café: Narina gustaba al parecer del thé, y hacia ascos al café por su color: tapela los ojos, y la hice beber media taza que no dexó de gustarla, pero siempre se volvia al thé. Observé que no lo hácia por aficion á esta bebida, sino que tragaba el agua con ansia para llegar al terron de azucar que estaba en el fondo. Concluida la cena que fue frugal, se retiraron mis Gonaqueses á dormir al sitio que yo les habia señalado, reservando solamente al buen viejo Haabas para que durmiese en uno de mis carros, y mandé á dos de los mios velasen junto á los huespedes para librarlos de las fieras.

Al amanecer fuí á visitar el rancho de los Gonaqueses: todos ellos, revueltos en sus *Kros*, que son unos mantos de pieles con que se cubren de dia y noche, dormian profundamente: Narina dormia con su madre sobre una estera que yo la habia dado para defenderlas de la humedad. Para soprehen-

derlos disparé al aire un fusilazo, y ví de repente sacar de entre sus Kros las cabezas con varios ademanes de terror. Sin embargo algunos no dispertaron, lo que no debe estrañarse, pues el sueño de los Hotentotes se acerca mucho á un letargo. Marché á mis cacerías acostumbradas, y volviendo á mi campo dentro de algunas horas, me dixeron que las mugeres habian ido á bañarse al rio. Deseoso de ver aquella ceremonia, acudí al parage en que se bañaban, atrahido de su algazara y risas: llegué sin que me viesen por entre la maleza, y las ví nadar y retozar en el agua con la mayor agilidad. Pero todos sus juegos cesaron luego que me descubrí disparando un fusilazo: metiéronse todas en el agua hasta la boca, y se estuvieron quietas muy avergonzadas. Senteme sobre sus vestidos, mofandome de ellas, y mostrándolas sus delantales y vestidos, las convidaba á que saliesen. Todas me rogaban me alejase, y la madre de Narina, que estaba en tierra, se reia de la confusion de sus compañeras: pero viendo que yo no queria separarme, tomaron el único partido que pudo sugerirlas su sagacidad para lograr su intento. Conociendo el cariño que yo habia cobrado á Narina, su madre la echó al agua su Kros y delantal; ella se vistió y saliendo del agua, vino á suplicarme con la mayor ternura é ingenuidad que me alejase para

que sus compañeras tuviesen lugar de vestirse. Yo fingí alguna resistencia, pero ella cogiéndome por la mano, me hizo alejarme hasta que las perdí de vista, y entonces salieron y se vistieron á toda prisa. Al cabo de algun rato nos alcanzaron, y se veia en sus rostros el rubor que las habia causado: yo me avergonzé de haberme divertido á costa de su pudor, el qual se mostraba en sus semblantes con sus colores nativos, bien diferente de aquella reserva pérfida, con que nuestras mugeres se enmascaran, y que no es mas que un artificio para atraer.

En el poco tiempo que habia pasado con estos salvages, tuve tiempo suficiente para hacer varias observaciones sobre su carácter, usos y costumbres. Advertí que para hablar daban chasquidos con la lengua como los Hotentotes; pero aunque en esto son ambas lenguas semejantes, se diferencian en la pronunciacion de ciertas finales, que ni yo ni los mios podiamos comprehender. Se distinguian tambien los Gonaqueses de los Hotentotes, en que aquellos tienen el color mas obscuro, la nariz menos chata, el cuerpo mas alto y mejor formado, y sus formas son mas nobles. Quando se acercan á uno, le presentan la mano, diciendo *tabé*, que quiere decir, *yo te saludo*: esta palabra y ceremonia, que se observa tambien entre los Cafres, no se práctica entre los Ho-

tentotes, propiamente tales.

Esta afinidad de usos, costumbres, y aun de conformacion, la vecindad de la gran Cafreria, y las noticias que despues me dieron, me han convencido de que estas tribus de Gonaqueses, que participan igualmente del Cafre y del Hotentote, deben ser el producto de estas dos naciones, que se habran mezclado en tiempos antiguos.

El vestido de los Gonaqueses, aunque mas bien dispuesto y con mejor simetría, tiene la misma forma que el de los Hotentotes; pero como son de estatura mas alta, hacen sus *kros* de pieles de becerros, en vez de que los Hotentotes los hacen de pieles de carnero. Muchos de ellos llevan pendiente al cuello un pedazo de marfil ó un hueso de carnero muy blanco, y esta oposicion de los dos colores hace muy buen efecto.

Quando los calores son muy excesivos, los hombres se despojan de todos sus vestidos, sin conservar mas que lo que llaman *Jakales*, que es un pedazo de la piel de este animal, con que se cubren las partes vergonzosas, asegurándolo á la cintura. Las mugeres, que como en todo el mundo, son mas esmeradas que los hombres en el adorno, usan tambien de mantos de pieles pero mas aseados: el delantal con que se cubren, es mas ancho que el de los hombres, y está labrado con mucho primor. En tiempo de

los grandes calores no conservan mas que estos delantales con un pedazo de piel, que las cuelga por detras desde la cintura hasta las pantorrillas. Las muchachas van desnudas hasta los nueve años, y quando llegan á esta edad, las ponen el delantal. En otra ocasion os hablaré mas largamente de las particularidades que distinguen á esta nacion.

Despidióse de mí Haabas para volverse á su aduar, exhortándome á que acercase mas mi campo á aquel sitio, que distaba de allí unas 10 leguas, lo qual le prometí, y envié uno de mis Hotentotes para que lo acompañase y se informase de la situacion de aquel país. Quando volvió mi Hotentote vino acompañado de dos nuevos Gonaqueses, que me traían un buey de parte de su caudillo, suplicándome lo aceptase. Narina me enviaba un cesto de leche de cabra, porque sabia me gustaba mucho: yo correspondí á sus regalos con tabaco y aguardiente. Uno de los Gonaqueses era primo de Narina, y se la semejaba mucho, siendo uno de los Salvages mas bien formados que he visto. Este bello jóven me informó de varias particularidades que habia omitido Haabas: dixóme, que ántes de la guerra de los Cafres, su tribu no se componia mas que de una sola familia, cuyo último caudillo habia sido el abuelo de Narina. Muerto éste,

habia permanecido por mucho tiempo sin caudillo, pero sobreviniendo la guerra, la tribu de Haabas, que antiguamente habitaba junto á la desembocadura del rio, habia venido á juntarse con la suya, para reunir sus fuerzas en caso que fuesen acometidos por el enemigo comun: que al principio la venida de Haabas habia ocasionado muchos disturbios, porque la tribu no queria reconocerle por caudillo, diciendo que ella tenia el derecho de elegir al que quisiese, y que no era justo que unos advenedizos diesen la ley á una tribu, que habia tenido la bondad de recibirlos en su seno. Añadió que con este motivo hubo algunas riñas y se derramó sangre; pero que en fin el interes comun los habia obligado á reunirse contra una invasion de los Cafres: la conducta valerosa y prudente de Haabas, que rechazó al enemigo, hizo que unánimemente se le proclamase por caudillo de las dos tribus, que estrechándose con casamientos y buena amistad ya no formaban mas que una sola.

Al dia siguiente regalé á estos Gonaqueses como habia hecho con los otros; y para divertirlos y hacerles formar de mí un concepto ventajoso, los llevé á caza, y quedaron admirados de mi destreza y de mi fusil de dos tiros. Prometiles que al dia siguiente iria á visitar su Kraal ó aduar, y con esto se

marcharon para dar parte á Haabas de mi id

Aunque son inmensos los desiertos d
Africa, no se debe calcular su poblacion po
los innumerables enxambres de Negros, qu
habitan junto á las costas del Océano desd
el reyno de Marruecos siguiendo la costa
O. hasta el Cabo de Buena Esperanza. Cier
tamente no hay ninguna proporcion por l
qual se puedan hacer cómputos que teng
algun fundamento, mayormente despues qu
por un comercio aprobado por el númer
mas corto, y abominado por los mas, lo
Europeos han inducido á los Negros á en
tregarles sus prisioneros, ó los individuo
mas débiles de entre ellos: por esta caus
los Negros se han hecho inhumanos y pe
fidos: los caudillos venden á sus súbditos
la madre á sus hijos, y todos los lazos de
la naturaleza han sido rotos.

Pero este tráfico exêcrable es ignorado
aun en lo interior del Continente: el desier
to es propiamente un desierto, y solamente
á largas distancias se encuentran algunas tri
bus, siempre poco numerosas, que se man
tienen de los frutos de la tierra, ó del pro
ducto de sus ganados, y es preciso caminar
muchas leguas para llegar de un aduar á
otro. El calor del clima, los arenales abra-
sados, la esterilidad de terreno, la falta de
agua, las montañas áridas, los animales fe-
roces, y principalmente el temperamento

flegmático y frio de los Hotentotes son otros tantos obstáculos para la reproduccion de la especie, y es muy raro entre ellos el que un padre llegue á tener seis hijos. De aquí es que el país de los Gonaqueses, en donde me hallaba, apenas tendria tres mil habitantes en una extension de 30 ó 40 leguas, y la tribu de Haabas, que á lo mas contaba 400 personas, de todas edades y sexôs, era tenida por una de las mas numerosas.

No eran estos como aquellos Hotentotes degenerados y miserables, que se envilecen en el seno de las Colonias, hombres despreciables y despreciados, que no conservan de su antiguo orígen mas que un nombre vano, y que solamente á costa de su libertad gozan de una sombra de paz, que compran bien caro por los trabajos excesivos á que los obligan, y por el despotismo de sus Capitanes, siempre vendidos al Gobierno Holandés: aquí tuve el placer de observar y admirar una nacion libre y valerosa, que nada estimaba mas que su independencia, y que no se dexaba seducir con otros atractivos.

Para ir á visitar á aquella tribu, me pareció conveniente adornarme todo lo posible, para causar mas respeto á aquellos Salvages. Yo me habia dexado crecer la barba, y esto lo hice no por descuido ni por

otro motivo que por política; fue una de las primeras ideas que me ocurrieron quando disponia mi viage en el Cabo. Estaba yo bien instruido de las guerras que habia en la sazon entre los Cafres y los Colonos, y sabia que éstos eran aborrecidos mortalmente por aquellos Salvages; y como era muy posible que en mi viaje encontrase con algunos Cafres, me era de la mayor importancia el presentarme con una figura, que al primer aspecto me diferenciase de los Colonos. Este pensamiento me ha producido las mayores ventajas, y en todos los aduares que recorrí, fuí siempre recibido como una persona extraordinaria y de una nueva especie. Mi método de vida y modales contribuian mucho para mantener esta ilusion; mi grande aversion al tabaco y aguardiente, que tanto aman los Colonos y Hotentotes, fomentaba el buen concepto que á primera vista habian formado de mí, lo qual me inspiraba una seguridad y desembarazo que acababa de acreditarme en el concepto de los Salvages. Ninguna cosa me detenia, marchaba y me presentaba en qualquier parte con la mayor serenidad, y de este modo pudiera haber atravesado toda el Africa hasta la Berbería sin el menor sobresalto ni peligro. Mi barba larga, pues, era mi principal salvo-conducto, y además me era muy útil, pues quando me la lavaba, la dexaba

bien empapada en agua, lo qual me servia de refrigerio en el ardor del dia.

Adornado lo mejor que pude, marché á caballo con mi fiel Klaas y quatro de mis Hotentotes, conducido por el primo de Narina: luego que llegamos cerca del aduar, disparamos todos nuestros tiros, y esta salva fue para el aduar una señal de alegría que expresaron con una gritería general. Todas las personas que componian aquella tribu salian de sus chozas y me observaban con la mayor curiosidad; pero al irme acercando, las mugeres y los niños se metieron en sus habitaciones, no quedando mas que los hombres, los quales vinieron á encontrarme: entónces apeándome, saludé al buen anciano, diciendo, *tabé*, *tabé*, Haabas, y dándole la mano. El correspondió á mi saludo con la mayor cordialidad: todos los demas me saludaron tambien, pero omitiendo por respeto el darme la mano, lo suplieron con una inclinacion de cabeza, repitiendo todos el *tabé*. Acompañado de toda esta gente pasé á exâminar el aduar: las chozas de los Gonaqueses no tienen mas que una puerta muy baxa, como las de los Hotentotes, de suerte que tenia que baxarme mucho para registrar lo interior.

Llegando á la choza de Haabas, me mostró á su muger, la qual era vieja y fea: sin embargo, como buen cortesano la

hice mis obsequios, y la presenté la cax en que llevaba todas mis bujerias, para qu escogiese lo que mas la agradase, lo qu ella hizó con mucha franqueza y desem barazo, escogiendo collares blancos y roxo porque los demas colores, dixo, no la sen taban bien. Lás demas mugeres levanta ban las manos en ademan de admiracion y decian que jamás se habia visto en nacion Gonaquesa muger mas rica en jo yas, que la de Haabas. Para conten su envidia, repartí entre ellas todas cuentas de vidrio; y á los hombres di t baco, cuchillos y navajas, dexándolos á t dos contentos.

Haabas me suplicó de parte de algun ancianos impedidos, que no podian salir sus chozas, le acompañase para ir á visita los, yo me presté gustoso á esta visita, marchamos á sus chozas. Hallé que tod ellos estaban asistidos por muchachos de á 10 años, los quales estaban encarga de darles el alimento, y de toda la asisten cia que exîge la edad caduca. Admiróme mu cho una institucion tan humana y respeta ble entre salvages, y manifesté á Haaba toda mi satisfaccion y aprobacion de seme jante conducta. Aunque estos ancianos n tenian mas enfermedad, que su edad ca duca, y no se observaba en ellos ningun de aquellos achaques, que son tan com

nes entre las naciones civilizadas, advertí con admiracion, que no tenian canas, y apenas se percibia en la extremidad de sus cabellos una ligera apariencia de color pardo.

Conduxéronme despues á una choza absolutamente separada de las otras, en la qual se hallaba un infeliz, cubierto de llagas de pies á cabeza. Incliméme para entrar, pero el hedor intolerable me hizo retroceder: este desgraciado se hallaba alli solo, mas de un año hacia, sin que nadie se atreviese á acercarse, porque tenian por contagiosa su enfermedad, y en efecto su muger y dos hijos habian muerto dos meses antes; por lo que dexándole la comida á la puerta de la choza, se retiraban sin darle ningun otro socorro. Compadecido de su desgracia, persuadí á los Salvages, que aquella enfermedad no era contagiosa, y los obligué con las persuasiones mas eficaces á que le hiciesen una nueva choza, le sacasen de la antigua, le limpiasen, y le hiciesen una untura, con que creí se le aliviarian los dolores, ya que el sanarle me pareció imposible. Sin duda en un viage al Cabo de Buena Esperanza habia este infeliz contrahido aquella enfermedad desoladora, que es tan comun en los Hotentotes de la Colonia. El miserable enfermo experimentó mucho alivio con los socorros que se le suministraron, y en adelante ninguno temió acer-

cársele para darle la comida; pero su enfermedad estaba ya tan arraigada, que no pude conseguir mas que prolongarle algun tiempo la vida.

Despues que acabamos de comer, me despedí de la tribu, porque apenas me quedaba tiempo para volver á mi campo: la despedida fue acompañada de las mismas ceremonias, y se vinieron conmigo unos veinte Gonaqueses, á quienes hice regalar y obsequiar con todo género de diversiones.

Uno de los medios para conservar entre los Salvages la superioridad que se apropian los Europeos, no consiste en intimidarlos, causándoles terror y espanto. Este desatinado sistema debió de ser inventado por algun loco temerario, ó por algun cobarde al frente de una tropa numerosa. El exemplo reciente de esta verdad que nos ofrecen nuestros viages, es una prueba decisiva de que los hombres no se domestican á fusilazos ni á cuchilladas: el fin trágico de uno de estos osados navegantes (1) debe servir de perpetuo exemplo y escarmiento para los que quieran seguir tan funestas máxîmas. Me he convencido de que no conviene arriesgarse á hacer á los Sal-

(1) El Capitan Cook que fue muerto en la Isla de Sandwick por los mismos Salvages que antes habian querido adorarle como á un Dios.

vages peticiones que les cuesten muchos sacrificios; que es prudencia pretender con moderacion para conseguir mas; que solo á fuerza de complacencia se logra el grangearse su afecto, y que el punto principal para todo lo que se quiera de ellos, es hacerse amar. Con semejantes principios ya podeis presumir, Señora, que no creo nada de lo que se cuenta de los *devoradores de hombres*, y que no hay país tan desierto y desconocido, donde yo no me presentase tranquilamente y sin rezelo alguno. La desconfianza es la única causa de su barbarie, si se puede dár este nombre á aquel ahinco con que apartamos lejos de nosotros, y aun procuramos destruir todo lo que nos parece se dirige á perturbar nuestro reposo y seguridad.

El afecto que me habian cobrado mis buenos Gonaqueses, los obligó á venir casi todos á mi campo sucesivamente: todos los dias parecia una procesion continua de unos que venian y otros que se volvian: á todos recibia yo con igual cordialidad, y todo el dia era una fiesta continua de danzas y regocijos. No debo pasar en silencio la grande honestidad de las Gonaquesas, muy distintas en esto de algunas Hotentotas que habiamos encontrado en nuestro viage: mostraron la mayor reserva y modestia, y quando se marchaban de mi campo sus mari-

dos y padres, todas ellas iban delante. Esto era efecto natural de su pudor, pues no advertí en los hombres ninguna señal de zelos.

Esta es la ocasion de referiros las diferencias que he observado entre los Hotentotes, y principalmente entre los Gonaqueses y las demas tribus que habia encontrado. El Kraal ó aduar de Haabas, que distaba como unos 400 pasos del rio Groot Vis, estaba situado á la falda de un monte, que se extendia con una cuesta insensible hasta una cordillera de montañas, cubiertas de un bosque de árboles muy grandes: un arroyuelo le atravesaba y corria desaguar en el rio. Todas las chozas, que serian como unas 40, construidas en un espacio de unos 600 pies quadrados, formaban varios semicirculos, y estaban unidas entre sí con algunos cercados ó rediles, en donde cada familia encerraba por el dia los becerros y corderos, á los quales no dexan ir con sus madres, y no les permiten mamar sino por la mañana y la noche, que es quando las mugeres ordeñan las vacas, ovejas y cabras. Ademas de estos, habia tres grandes cercados, destinados á encerrar por la noche todo el ganado de la tribu.

Las chozas, semejantes en la forma redonda á las de los Hotentotes, tienen de

á 10 pies de diámetro, y están cubiertas de pieles de buey ó de carnero, pero lo mas ordinario es de esteras. No tienen mas que una sola abertura, muy estrecha y baxa, y en medio de esta especie de horno es donde la familia enciende su hogar: el humo espeso de que están llenas estas chozas, no teniendo mas salida que la puerta, juntamente con el hedor que siempre hay en ellas, sufocaria á qualquier Europeo que permaneciese dentro de ellas por dos minutos; pero la costumbre hace todo esto tolerable á los Salvages. A la verdad, ellos no permanecen dentro por el dia, pero en llegando la noche, cada uno se mete en su choza, extiende su estera, la cubre con un pellejo de carnero, y duermen allí como en una cama de pluma. Quando hace algun fresco por la noche, se cubren con una piel semejante á la de abaxo, de las quales los Gonaqueses tienen siempre provision: por la mañana, recogen en un lio todas las camas, y las arriman á un rincon de la choza. Quando hace buen tiempo, las exponen al sol y al ayre, y sacuden aquellos muebles para limpiarlos no de chinches como en Europa, sino de unos insectos muy incómodos que produce el calor del clima á pesar de todo el esmero que tienen en limpiarse y espulgarse.

Os dixe mas arriba que las Gonaquesas

son mas esmeradas en ataviarse que las Hotentotas de la Colonia : sin embargo , sus vestidos no se distinguen en la forma , excepto que las Gonaquesas usan de mantos mas anchos , y el delantal que llaman *neuypkros* , es tambien mas ancho , y las llega hasta las rodillas. El luxo y magnificencia de que se precian las Gonaquesas , consiste en los adornos , y aun pudiera decir en las bordaduras , que emplean en estos vestidos: el arte y gusto de cada una de ellas se muestran principalmente en el adorno de su delantal , esmerándose cada qual en el diseño, y en la mezcla de los colores. Los gorros de que usan , son por lo regular de piel de zebra , porque la piel blanca de este animal con fajas negras da cierto realce á su fisonomía : además , son mas ó menos suntuosas segun la cantidad de cuentas de vidrio que poseen , y con las quales se adornan el delantal , gorro , y todas las partes de su cuerpo. Quando quieren lucirlo , se recargan de brazaletes , collares , cinturones: con otros bordados se adornan las piernas en forma de borceguies : las que no pueden llegar á este grado de magnificencia , se limitan á adornar , principalmente las piernas , con el mismo junco de que hacen sus esteras , ó con correas de cuero de buey, redondeadas con el martillo. Este uso es lo que ha dado motivo á algunos Viageros para

inventar, copiándose unos á otros, que estas mugeres se rodean los brazos y piernas con tripas recien sacadas de los cuerpos de los animales, y que devoran estos adornos á proporcion que se van pudriendo, error grosero, y que merece quedar sepultado con los libros que le han producido. Puede muy bien haber sucedido, que un Hotentote, acosado del hambre, haya devorado sus correas como el único recurso para salvar su vida; pero porque en los horrores de un sitio de una ciudad se hayan visto los habitantes reducidos á comer los alimentos mas viles, ¿se deberá concluir, que los hombres civilizados se alimentan ordinariamente de carnes podridas y otros manjares asquerosos?

En su origen los anillos de cuero y de juncos con que los Hotentotes se rodeaban sus piernas, no eran mas que un preservativo indispensable contra las picaduras de las espinas y de las serpientes que abundan en estas regiones del Africa; pero el luxo transforma en abusos las invenciones mas útiles. A estas pieles y á estos anillos, que tan bien les servian, las mugeres han substituido las sartas de vidrio, cuya fragilidad no las puede preservar de ningun daño. Así es como entre los Salvages, igualmente que en las naciones mas cultas, degeneran y se corrompen con el tiempo las invenciones

mas útiles. El luxo de las Hotentotas, aunque parezca absurdo, manifiesta que la vanidad se extiende á todos los climas, y que á despecho de la naturaleza, la muger en todas partes es muger.

La costumbre de ver á las Hotentotas no ha podido hacerme mirar con indiferencia el uso tan comun entre ellas de pintarse el rostro de mil modos diferentes: siempre me ha parecido horrible y asqueroso; no puedo comprehender que gracia conciben ellas las añade esta necedad de embadurnarse de un modo tan ridículo y hediondo.

Los dos colores que ellas mas aprecian, son el roxo y el negro: el primero lo componen con una especie de vermellon, que se encuentra en varios parages, el qual parece ladrillo molido, y lo mezclan con grasa. El negro no es otra cosa que el ollin ó el carbon de leña floxa. Es cierto que algunas mugeres se contentan con pintarse solamente las prominencias de las mexillas, pero la mayor parte de ellas se desfiguran el rostro con divisiones de varios colores, variadas con simetría, y emplean mucho tiempo en esta pintura. Estos dos colores preferidos de las Hotentotas se perfuman siempre con polvos de *bugú*; y aunque esta mezcla no lisonjea al olfato de un Europeo, quizá un Hotentote no tendria por mas tolerables nuestras pomadas y aguas de olor.

A lo menos el bugú tiene sobre nuestras pomadas y arreboles la ventaja de no ser dañoso al cutis; y la Hotentota que no conoce el ámbar, el almizcle, ni demas perfumes, tampoco padece jaquecas, vertigos, ni vapores histéricos.

Los hombres jamás se pintan el rostro; pero muchas veces los he visto servirse de la preparacion de los dos colores mezclados, para pintarse el labio superior hasta la nariz, á fin de gozar el placer de respirar aquel olor. Pero no se crea que las Hotentotas se dediquen tanto á ataviarse, que abandonen ó se descuiden de las ocupaciones útiles y diarias á que las destinó la naturaleza, y los usos del país. No he oido hablar entre ellos mas que de algunos dias de fiesta, que vienen muy de tarde en tarde. Como estan separados de la Europa por la inmensidad de los mares, y de las Colonias Holandesas por desiertos y montañas intransitables, el mal exemplo no ha podido corromperlas; y léjos de imitar nuestra depravacion, quando tienen la fortuna de ser madres, se entregan con mas esmero que en ningun otro país al cuidado de sus hijos.

Desde que el niño nace, no se aparta de las espaldas de su madre, asegurándole con correas y pieles para que no pueda caerse. La madre jamas dexa al hijo, sea que

vaya á trabajar ó que dance: y estos niños de quienes no se descubre mas que la cabeza, nunca lloran sino quando tienen necesidad de mamar. Entónces la madre l atrae hácia adelante, y sin sacarle le dá d mamar. Quando las mugeres son ya alg viejas, y han criado varias veces, no nece sitan traer el niño hácia adelante para dar le de mamar, sino que pasan la teta p debaxo del brazo ó sobre el hombro; e niño cesa de llorar, y la madre prosigue s trabajo ó su danza.

Quando juzgan que el niño está ya e disposicion de manejarse por sí mismo, sientan en el suelo delante de la choza: á fuerza de andar arrastrando fortifica miembros, y poco á poco se acostumbra manteners en pie, de suerte que en m poco tiempo se pone en estado de correr seguir á sus padres. Este método tan senc llo y natural es muy superior á nuestros br tes y carretoncillos: porque en estos el pe del cuerpo obliga á los niños á apoyarse s bre sus débiles piernas, y como éstas n tienen suficiente fuerza para sostener tant peso, y por otra parte estan muy tiernas de aquí es que por lo regular nuestros niños suelen tener las piernas torcidas, y quedan desfigurados para toda la vida por el uso d semejantes artificios para acostumbrarlos andar. En ninguna parte del mundo p

donde he viajado, he visto entre los Salvages cojos, zambos ni xibados: es preciso viajar por Europa para encontrarlos.

Otra de las cosas que contribuyen á dar á los hijos de los Salvages aquella flexîbilidad, ligereza y fuerza que en ellos admiramos, es el cuidado que tienen las madres de frotarlos con la grasa de carnero. Los hombres tambien se ven precisados á usar de este unto, para restituir á la piel la suavidad y flexîbilidad que la quitan los ardores del sol y la sequedad del aire. Mas adelante vereis, Señora, que yo mismo tuve que sujetarme á esta práctica, que me parecia tan absurda y asquerosa, para librarme de las picaduras de los insectos. Los Hotentotes, menos favorecidos de la naturaleza en sus producciones que los Caribes de América, no tienen como estos el *rocú*, que les suministra un remedio continuo. Este arbol produce una fruta ó baynilla, que abriéndose contiene unos 60 granos; cuyo hollejo es grasiento y roxizo. Los Caribes que van siempre desnudos, se frotan con él todas las mañanas de pies á cabeza, y por medio de esta untura se preservan de la impresion del sol, de la picadura de los mosquitos, é impide la traspiracion que es demasiado abundante entre los trópicos.

Quando una Hotentota está de parto, una vieja de la tribu hace siempre el oficio

de partera. Sus partos siempre son felices: entre los Hotentotes no se conoce ni necesita la operacion cesarea, ni la symphysis: jámás es necesario ventilar la qüestion tan freqüente entre nosotros, de si convendrá salvar la vida de la madre á costa del feto, ó al reves. Me he informado varias veces de los mismos Hotentotes, si era cierto que una madre que pare dos hijos de un parto, al punto mata al uno. Dixeronme que este delito contra la naturaleza es muy raro, y se mira con el mayor horror entre ellos; y si alguna vez se han visto exemplares de esta crueldad, era por el temor de no poder criar á los dos á un tiempo, y que por este recelo sacrificaban al uno para que no pereciesen los dos. Por lo que hace á los Gonaqueses manifestaron la mayor indignacion de que les hiciese esta pregunta, asegurándome que entre ellos jamás se ha visto exemplar de esta crueldad impía. Lo que me parece mas estraño é injusto es que algunos Viageros saquen una conseqüencia general de algun hecho particular, para ponderar la supuesta crueldad y barbarie de estas naciones: porque en efecto, ¿no nos indignariamos todos los Europeos contra un Viagero de los paises bárbaros, si afirmase que entre nosotros es costumbre general exponer los hijos, abandonándolos en las calles? Sin embargo, son mas comunes entre nosotros estos

atentados contra la humanidad, que la pretendida muerte de uno de los mellizos entre los Salvages: yo he visto en muchas tribus madres que criaban sus dos mellizos, y lo hacian con mucho placer y esmero.

Yo ciertamente no estraño que unos Viageros de la calidad de Kolbe finjan fábulas, ó crean buenamente todas las que les cuenten; pero me admiro que un Sparmann no haya tenido reparo en atestiguar esta barbarie: he aquí sus palabras. "Otra costumbre no me»nos horrible, que hasta ahora no ha sido »mencionada por ninguno, pero de cuya »exîstencia entre los Hotentotes me *han cer»tificado* plenamente, es que quando muere »una madre que está criando, entierran con »ella vivo al hijo á quien daba de mamar. »En este mismo año sucedió el caso siguien»te en el pais en que yo me hallaba á la sa»zon. Una Hotentota habia muerto de fie»bre epidémica: las otras Hotentotas que no »podian ó no querian criar una niña de pe»cho que habia dexado, la tenian envuelta »viva en una piel de carnero para enterrarla »con su madre; pero algunos Colonos de las »cercanías de aquella hacienda las impidie»ron executar su designio, bien que la niña »murió de convulsiones. Mi huespeda me »dixo, que ella misma habia encontrado en »el distrito de Swellendam un niño Hoten»tote, envuelto entre pieles, atado fuerte-

„mente á un arbol cerca del parage en que „su madre habia sido enterrada; el niño es- „taba aun vivo, y se le pudo salvar, ha- „biéndole criado los padres de Madama Kock, „y murió á los ocho años. Resulta de estos „exemplos y de otros muchos hechos que me „han referido los Colonos, &c."

Primeramente se debe inferir de las pa- labras de este Botánico, que nada habia visto de lo que refiere, pues declara aquí como en todo lo demas de su obra, que habia oido contar todos estos hechos á los Colonos. El mucho trato que tuvo con ellos debiera haberle hecho conocer, qué cauda se debe hacer de todo lo que refieren, y de este modo nos hubiera escusado de mu- chas fábulas, que debiera mas bien haber combatido que apoyado. No se debe hacer juicio del carácter y costumbres de los pue- blos por estas voces vagas: en las relacio- nes mas verídicas hay siempre circunstan- cias que si no se exâminan bien, pueden inducir en error al que no haya sido testigo ocular. ¿No bastaba que aquella madre, de quien se habló la primera, hubiese muerto de enfermedad epidémica, para que las de- mas Hotentotas huyesen del niño, suponién- dole inficionado? mayormente sabiendose que los Hotentotes tienen tanto horror á las enfermedades contagiosas, que abandonan á punto hasta sus ganados, que son su unica

riqueza. Por lo que hace al segundo niño hallado en el canton de Swellendam, suponiendo que la relacion fuese verdadera, podia haber sucedido por hallarse su madre en las mismas circunstancias, y hasta que me hagan ver las causas de esta pretendida barbarie, no daré crédito á ninguna de estas fábulas atribuidas á la nacion mas humana y dulce de quantas he conocido. Pero yo creo, que todos estos cuentos ridículos sobre estos pobres Salvajes estarian olvidados ya hace mucho tiempo con las historias de los duendes y fantasmas, sino hubiera viejas que los repitiesen, y niños que los escuchasen.

Parece que los Viageros han tomado por empeño el desacreditar é infamar á la nacion Salvaje, la mas tranquila y humana del mundo conocido, al mismo tiempo que llenos de la mayor estimacion y respeto á uno de los pueblos Orientales, los Chinos, no hacen alto del uso constante de las Chinas en Pekin de exponer ó arrojar por la noche sus hijos á la calle, para que al amanecer los carros y las bestias de carga los destrocen, ó los Puercos los devoren.

Los Viageros del Asia refieren, que los principales Señores del Thibet van en romería á Putola, lugar de la residencia del Gran Lama, y compran los excrementos de este impostor, los quales llevan colgados al cuello como amuletos, y polvorean

seria facil representar como una ceremonia religiosa, si no se exâminase con cuidado su verdadero motivo.

Las Hotentotas son casaderas á la edad de doce ó trece años; y entónces, luego que hallan algun jóven que sea de su gusto, reciben de sus padres el permiso de cohabitar con él sin mas ceremonia.

En esta nacion no hay diferencia de clases ni estados: el luxo y la vanidad, que en otros paises consumen las haciendas, no se conocen entre los Hotentotes; reducidos á las simples necesidades de la naturaleza, hallan facilmente los remedios de satisfacerlas: por consiguiente no puede haber entre ellos ninguno de aquellos inconvenientes que en otras partes se oponen á la union de dos amantes. Sin embargo, estos enlaces formados tan sencillamente son mas durables entre estos Salvages de lo que se piensa, y el amor á los hijos les hace cada dia mas dulce y necesaria su union.

Luego que está ajustada la boda, no hay mas ceremonia que el festejarse mutuamente las dos familias, matando carneros ó un buey para celebrar un banquete. Los padres dan á los novios algunas reses; ellos construyen su choza, y toman posesion de ella el mismo dia, para vivir juntos por todo el tiempo que dure entre ellos la buena armonía; porque si se origina entre ellos al-

guna desaveniencia que no pueda componerse sino con la separacion, al punto se verifica el divorcio, y cada qual de ellos puede volver á casarse. El buen órden exîge que se repartan los bienes que tenian en comun: pero si sucede que el marido quiere quedarse con todo, no faltan defensores á la muger, y en estas ocasiones suele tomar parte en la discordia toda la tribu, ocasionando riñas, que se termínan con recibir la ley del partido mas fuerte. La madre se queda con los hijos pequeños, principalmente si son hembras; los varones, si son grandes, siguen al padre, y son de su partido.

Estas desgracias son raras; pero es digno de advertirse, que asi para este caso como para las demas desavenencias que se orignan entre ellos, no tienen ninguna ley ni costumbre establecida para arreglarlas. Es una pura fábula todo lo que refiere Kolbe de sus tribunales de justicia, de su modo de proceder en las causas civiles, del Consejo Supremo de la nacion, de las cárceles, de las asambleas públicas, en una palabra, de todos aquellos establecimientos que son impropios del nombre de Salvages. Jamas he oido que haya habido entre ellos ningun homicidio; pero si sucediese, la familia del difunto se contentaria con la pena del talion.

La poligamia es permitida entre los Hotentotes; pero como una muger basta para sus necesidades, regularmente se contentan con ella. Jamas se ha visto que una muger viva á un mismo tiempo con dos hombres: esta infame prostitucion es tan abominada de los Gonaqueses, que el marido que tuviese noticia de la menor infidelidad de su muger, la podria matar sin ningun peligro.

Como esta carta va ya demasiado larga, dexaré para otra la relacion de los demas usos y costumbres que he observado en esta nacion: sobre lo qual no referiré sino lo que yo mismo he observado, y que hallareis muy distinto de todo lo que han referido otros Viageros, que se han contentado con adornar sus relaciones con los cuentos de los Colonos, ó han copiado ciegamente lo que otros han escrito.

Fin del quaderno XIX.



EL VIAGERO UNIVERSAL.

QUADERNO VEINTE.

CARTA LXXXI.

Continuacion de los Hotentotes.

Bien tendreis presente, Señora, la embaxada que envié al Rey Faró de los Cafres con Hans y algunos de mis Hotentotes; esto me tenia con el mayor cuidado por el peligro á que me veia expuesto. ¿Quién sabe, me decia yo, si este Hans será un traidor que dará parte á los Cafres del lugar en que me hallo, y los exôrtará á que vengan á asesinarnos para apoderarse de todo lo que hay en mi campo? Para sosegar estas inquietudes que continuamente asaltaban mi imaginacion, procuraba variar mis diversiones, ya en la caza, ya en hacer apuntamientos acerca de los usos y costumbres de estos Salvages, cuya enumeracion voy á proseguir.

Los Gonaqueses no usan de mas vesti-

do que su *kros* ó manto de pieles, y su *jakal* ó delantal: llevan siempre la cabeza descubierta, á no ser que llueva ó haga frio, que en tal caso se la cubren con un gorro de pieles. Adornan ordinariamente sus cabellos con cuentas de vidrio, ó con algunas plumas y otros atavíos. Todos generalmente usan de una especie de sandalias que sujetan con correas: adornan tambien sus piernas y brazos, aunque no con tanta profusion como las mugeres, con brazaletes de marfil, cuya blancura les agrada mucho, pero no tanto como los de laton: de estos últimos hacen el mayor aprecio, y á fuerza de limpiarlos conservan siempre todo su brillo.

Son muy aficionados á la caza, en la qual muestran la mayor sagacidad y destreza. Ademas de los lazos y trampas que arman para la caza mayor, se ponen en espera, la acometen descubiertamente, y matan las fieras con saetas envenenadas, ó con sus azagayas. Estas dos armas son las únicas que usan: el animal herido de una flecha envenenada, al punto experimenta los efectos del veneno, que la coagula la sangre; pero ha sucedido mas de una vez, que un elefante herido ha ido á morir veinte ó treinta leguas del parage en que recibió el golpe mortal. Luego que el animal espira, se contentan con cortar toda la carne inmediata

á la herida, porque la tienen por dañosa; pero lo restante del animal no participa nada del veneno. Yo he comido muchas veces de esta carne, sin haber experimentado la menor incomodidad; pero confieso que no me hubiera atrevido á hacer esta prueba con la carne de un animal, en cuyo cuerpo hubiese permanecido el veneno por algun tiempo.

A la primera vista de sus flechas no se sospecharia lo mortíferas que son: no tienen la longitud ni el alcance que las que usan los Caribes en América; pero su misma pequeñez las hace tanto mas peligrosas, quanto es imposible percibirlas quando vienen por el ayre, y por consiguiente evitarlas. La menor herida que hacen es mortal, si el veneno toca á la sangre: el remedio mas seguro es cortar inmediatamente la parte herida, si es algun miembro; pero si es en la caxa del cuerpo, es inevitable la muerte. El mango de estas saetas es de caña, y las labran con mucha arte: no tiene mas que unas diez y ocho pulgadas, ó á lo mas, dos pies de largo, en vez de que las usadas por los Caribes tienen seis pies. Aguzan un pedazo de hueso de tres ó quatro pulgadas de largo, y de menor diametro que la caña, el qual se mete en una de las dos extremidades, pero sin asegurarle; de esta suerte, quan-

do la saeta penetra en el cuerpo, es facil separar la caña, pero el hueso queda siempre metido en la carne, siendo muy dificil sacarle, porque tiene al lado un gancho pequeño de hierro; de manera que con su resistencia, y las incisiones que es preciso hacer para sacarle, hace inútiles todos los medios del arte para extraerle sin peligro. Este hueso es el que va untado con el veneno, el qual tiene la consistencia de la almaciga, y á cuya punta suelen añadir un hierrecito triangular, que hace la herida aun mas peligrosa.

Cada pueblo tiene su método para componer sus venenos, segun las plantas que se crian en sus cercanías: tambien las extraen de ciertas especies de serpientes, y este último es preferido por los Salvages á causa de su mayor actividad. No me ha sido posible hacerles descubrir el modo con que preparan el veneno extraido de las serpientes, secreto que guardan con la mayor obstinacion: lo único que puedo asegurar es que su efecto es muy pronto, y he tenido muchas ocasiones para hacer la experiencia. Sin embargo, me inclino á creer, que con el tiempo estos venenos pierden mucho de su actividad, á pesar de la experiencia que se hizo en Francia con el que traxo M. de la Condamine del Perú; pues creo que el veneno de los Salvages de Amé-

rica es muy diferente del que usan los de Africa. Los arcos son proporcionados á las flechas, y no tienen mas que dos pies y medio de largo, ó á lo mas, tres: la cuerda se hace de tripas de animales.

La azagaya es una arma harto débil en manos de un Hotentote, y ademas su mucha longitud la hace poco peligrosa, pues como se la ve venir por el ayre, es facil evitar su herida. Fuera de esto, es muy incierto su golpe á distancia de quarenta pasos, y solamente en una refriega puede ser de alguna utilidad. Tiene la figura de una lanza, pero como se emplea en dispararla á lo lejos, la madera del hasta es mas leve y débil, y va disminuyendo su grueso hasta la extremidad opuesta al hierro. Estos Salvages no saben hacer buen uso de ella; el guerrero mas diestro en lanzarla, es el que queda mas pronto desarmado. Los Gonaqueses y todos los demas Hotentotes no llevan nunca mas que una, y el embarazo que les causa, juntamente con la poca ventaja que de ella sacan, manifiestan que esta no es su arma favorita, y que el arco y la saeta son las armas propias del Hotentote. He visto á algunos muy diestros en disparar la azagaya; pero los mas no saben manejarla. No sucede lo mismo á los Cafres, de quienes os hablaré mas adelante.

Estos, pues, son los recursos y medios que emplean algunos de los Salvages de Africa para ofender y defenderse: algunos Europeos se indignarán, y los llamarán medios atroces; pero deben acordarse que antes de la invencion de sus instrumentos desoladores, que por medio de la pólvora causan en un momento tan horribles estragos, no se conocian en Europa otras armas que el hierro, y se sabía igualmente el arte de duplicar las causas de la muerte en las armas arrojadizas.

Los Hotentotes ignoran los primeros elementos de la agricultura: jamas siembran ni plantan, y por consiguiente no hay cosechas. Todo lo que dice Kolbe de su modo de labrar la tierra y de componer la manteca, pertenece unicamente á los Hotentotes que estan al servicio de los Colonos: los Salvages beben la leche en su estado natural, y si se hubiesen de aficionar á la agricultura, seguramente empezarian por el cultivo de las viñas y del tabaco, porque el fumar y el beber es para ellos el placer dominante, y todos ellos, jóvenes y viejos, mugeres y hombres tienen á á estas dos cosas la mayor aficion. Quando quieren embriagarse, hacen una bebida compuesta de miel, y de una raiz que dexan fermentar en cierta cantidad de agua: pero esta especie de aguamiel no es su bebida

ordinaria : jamas hacen provision de ella, y de una vez se beben toda la que hacen, cosa que no practican sino raras veces.

Fuman una planta que llaman *dagha*, la qual no es indígena, pues no es otra cosa que el cáñamo de Europa. Algunos Colonos la cultivan, y venden muy caras sus hojas secas á los Hotentotes, recibiendo en cambio bueyes. Hay Salvages que prefieren estas hojas á las del tabaco, pero los mas las mezclan unas con otras.

No estiman tanto las pipas que se envian de Europa, como las que ellos mismos se fabrican de bambú, de barro cocido, ó de una piedra blanda, que agujerean con mucha sutileza sin romperla. Las hacen muy capaces, y mientras mas anchas son, mas las estiman: he visto algunas, cuyo tubo para el humo tenia mas de una pulgada de diámetro interior.

No se hallan entre los Gonaqueses personas que se dediquen particularmente á un género de trabajo para satisfacer al gusto ó capricho ageno : la muger que quiere tener un asiento ó cama mas blanda, se fabrica ella misma sus esteras : quando tienen necesidad de un kros, cada qual es sastre y curtidor para sí mismo : los cazadores no tienen mas armas que las que ellos mismos se fabrican : en fin, un esposo no tiene mas habitacion que la que él mismo

construye para sí, y para su esposa.

No niego que seria dificil no hallar en otras naciones mas inteligencia y arte: los únicos muebles que usan estos Salvages, son una vagilla de barro muy fragil, y poco varia: rara vez cuecen los Gonaqueses sus comidas, pues siempre prefieren la carne asada ó frita. Sus vasos de barro estan destinados principalmente para derretir la grasa, que conservan despues en calabazas, en sacos de piel, ó en vegigas.

Aunque crian muchos ganados, que consisten en vacas y ovejas, rara vez matan una res, á no ser por alguna ocurrencia extraordinaria, ó por ser muy viejas. Su principal alimento es la leche de sus vacas y ovejas; á esto añaden lo que cazan, y de tiempo en tiempo matan un carnero. Para castrar á estos animales tienen un método, que aunque es diferente del de Europa, no dexa de producir su efecto, y tiene la ventaja de no exîgir ningun cuidado: se contentan con apretar entre dos piedras llanas la parte que nosotros les cortamos, y así comprimida adquiere un volumen extraordinario, que es un bocado exquisito, quando se mata despues el carnero ó buey.

La costumbre de criar bueyes para la guerra no se practica en esta parte del Africa, pues es peculiar de los grandes Namaqueses, de la qual hablaré quando trate de

esta nacion. Los únicos que doman los Hotentotes, no les sirven mas que para transportar sus vagages quando se mudan de un parage á otro: los demas estan destinados para cambiarlos por los géneros de que necesitan.

Para sujetar á los becerros les horadan la ternilla de las narices, y atraviesan por aquella abertura un palo de ocho á diez pulgadas de largo con una pulgada de diámetro, atando una correa á las dos puntas del palo para tenerle sujeto; y este freno, que sirve para manejarlos, les dura hasta la muerte. Para acostumbrarlos á la carga, desde que son de tierna edad, los van cargando y aumentando insensiblemente la carga por grados, hasta que les hacen llevar 300 libras, el qual peso acarrean por espacio de muchas leguas sin gran molestia. Para cargarlos los cinchan estrechamente reduciendo el volumen de su vientre á menos de la mitad; á veces tambien montan los Hotentotes sobre estos animales porque no tienen caballos; y aun en las Colonias suelen servirse de bueyes los habitantes para cavalgar, porque su paso y trote son muy sentados, y he visto bueyes exercitados en la equitacion, que no cedian en la velocidad al mejor caballo.

El ordeñar las ovejas y vacas está encargado á las mugeres, y como jamas las atormentan, son muy dóciles, y no es ne-

cesario sujetarlas. Conviene advertir que en Africa una vaca no da leche quando la privan del becerro, sea porque le maten ó por otra causa, por lo qual evitan con mucho cuidado esta desgracia que los privaria de su mayor recurso. No es menos digno de atencion el instinto que tienen las vacas para retener la leche hasta que haya mamado su becerro; pero los Hotentotes para precisarla á soltar la leche tienen un método muy fácil, aunque asqueroso: mientras que una muger tiene prevenido el tarro, y asida la ubre, otra sopla con fuerza por medio de una caña en la vagina: el vientre de la vaca se hincha prodigiosamente, y no puede retener la leche, la qual mana en abundancia. Quando muere el becerro guardan su piel, y cubren con ella á otro becerro, engañando por este medio á la madre, que continúa dando leche; pero este engaño regularmente no dura mas de un mes, y así es una gran pérdida para el dueño la muerte de un becerro, pues quando éste no muere, la vaca continúa dando leche hasta seis semanas antes de volver á parir. La especie de las vacas Africanas es la misma que la de Europa sin ninguna diferencia, y son mas ó menos grándes á proporcion de la fertilidad ó esterilidad del terreno. Generalmente hablando dan muy poca leche, y he observado que en todos los paises es mayor ó me-

nor la abundancia de leche que dan los ganados, á proporcion del mayor ó menor grado de calor.

Los carneros que crian los Salvages en la parte del E. son de la especie que llaman carneros del Cabo. Se ha ponderado mucho el grueso de su cola, pero es una pura exâgeracion, pues su peso ordinario es de tres o quatro libras. Estando yo en la Ciudad del Cabo, ví mostrar uno de estos animales como una maravilla por el tamaño de su cola, y sin embargo no pesaba mas que nueve libras y media. Esta no es mas que un pedazo de sebo, que es de singular calidad, pues derretido no adquiere la consistencia del sebo de las demas partes del animal, quedándose como una manteca blanda, y por lo mismo es preferido por los Hotentotes para sus unturas, y para *buguarse* ó pintarse el rostro. Los Colonos lo emplean en sus fritadas, y mezclado con otras substancias mantecosas se endurece como la manteca de vacas, y suple la falta de ésta, principalmente en los cantones de la Colonia en que por su aridez no pueden criar vacas.

En los terrenos áridos y abrasados no puede subsistir ningun otro animal sino las cabras, las quales son aquí de una especie muy bella: su tamaño varía segun los cantones; pero en todas partes son buenas, y

dan tanta leche como las vacas. Paren dos veces al año como las ovejas; éstas paren casi siempre dos corderos de un parto, y las cabras tres, y muchas veces quatro.

Los Hotentotes no conocen el puerco, y aun los Colonos Europeos se desdeñan de criarlos. Sin embargo, los he visto en algunos cantones, donde los dexan vivir y multiplicarse en libertad: para cogerlos es preciso perseguirlos y matarlos á escopetazos. Entre los Hotentotes no se estiman las aves domésticas, y aun quando quisieran, no podrian criarlas, porque no cogen ninguna especie de granos para mantenerlas.

Las raices de que se alimentan mas comunmente son en corto número: jamas las cuecen, porque les agradan mas crudas, y la experiencia me ha hecho conocer que tienen razon. La que yo preferia á todas, llamada *kamen* por los Hotentotes, es gruesa como un melon, de un sabor agradable y dulce, y es excelente para apagar la sed. ¡Qué admirable disposicion de la Providencia en un país abrasado, en donde se pereceria de sed á cada paso, por no encontrarse en ciertas estaciones ningun manantial ni arroyo! Aunque esta raiz es muy comun, no se encuentra facilmente, porque quando está perfectamente madura se la secan las hojas, las quales separándose no dexan ningun rastro de la raiz; pero con un poco conocimiento

del país, se reconoce el terreno en que por lo comun se crian.

Quando yo abrasado con el ardor del sol, rendido de cansancio, seca la boca y fauces, cubierto de sudor y polvo, sin encontrar la menor sombra, y no pudiendo aguantar mas la sed, suspiraba por los charcos mas corrompidos, despues que todas mis investigaciones habian sido inútiles, ¡quánto me felicitaba de tener entre mis animales domésticos un servidor tan útil y necesario para mi conservacion como mi mono! En estos momentos críticos mi fiel compañero Kees no se apartaba de mí: bien pronto encontraba algunas de estas raices: como no tenian hojas á la sazon, para poder hacer presa, eran inútiles sus cabriolas y volteletas: entónces escarbaba al rededor con sus manos, y como este medio era muy lento, acudia yo y con mi cuchillo la arrancaba, repartiendo fielmente con mi compañero la fruta preciosa que me habia descubierto.

Igual refrigerio me daban otras dos raices del grueso de un dedo, pero muy largas: eran tiernas y dulces, y su sabor á anís ó á hinojo me las hacia preferir, quando tenia la fortuna de encontrarlas.

En los cantones pedregosos se cria una especie de batata, llamada por los Salvages *kaanap*: contiene un jugo lacteo muy dulce,

y se chupa la carne para extraerle. Quise probar á cocerla, y ví que habia perdido casi todo su gusto, no quedándola mas que un residuo insípido.

Otras raices, asadas baxo el rescoldo, se parecen mucho en el gusto á nuestras castañas. Las frutas salvages se reducen á un corto número: jamas he encontrado sino algunos arbolillos, cuyas bayas mas ó menos desagradables, solo podrian ser del gusto de los niños. Hay algunas de estas frutas silvestres que son purgantes, y no se emplean mas que para este uso.

Dexando las descripciones de las plantas para los Botánicos, voy á volver á mis Gonaqueses. Con la simple inspeccion de estos Salvages, es muy dificil averiguar su edad: á la verdad, los viejos tienen arrugas: la extremidad de sus cabellos pardea algo, pero jamas encanecen, y yo presumo que su edad anciana es á los setenta años.

Estos Salvages miden el año por las épocas de sequedad y de llubias, y esta division es general entre todos los que habitan debaxo de los trópicos: le subdividen en lunas, y en el cómputo de los dias no pasan del número de los dedos de las manos, esto es, de diez. En pasando de este número, designan los dias ó el tiempo por algun suceso notable, por exemplo, una tempestad extraordinaria, el haber muerto á un elefan-

te, una epidemia de ganados, una emigracion, &c. Indican los instantes del dia por el curso del sol, y dicen señalando con el dedo: „el sol estaba allí, quando yo salí, »y quando he vuelto, estaba allí." Este método no es exâcto, pero á pesar de su inexâctitud, basta para el uso de esta nacion, porque no tienen citas á que acudir, ni pleytos que seguir, ni perfidias que cometer, ni infamias que publicar, ni poderosos á quienes adular; en una palabra, no tienen precision de hacer cosa alguna á hora señalada.

Quando los Hotentotes estan enfermos, ademas de las ligaduras de que he hablado, recurren á algunas plantas medicinales, cuya virtud conocen por una larga práctica. Hay entre ellos algunos muy instruidos en este conocimiento, mucho mas util que todos nuestros sabios sistemas de nomenclaturas, y son consultados por los demas como entre nosotros los Médicos. Sin embargo, como no hay ciencia mas obscura que la Medicina; y las enfermedades internas no se presentan á la vista de un modo sensible, se hallan muy embarazados en el modo de curarlas: pero con la diferencia de hacer mas ó menos víctimas, estos curanderos son tan charlatanes como los nuestros, y demuestran claramente que la enfermedad era incurable, supuesto que el enfermo muere.

Algo mas inteligentes son en la curacion de las heridas, y aun en las fracturas y dislocaciones; es cosa muy rara el ver un Hotentote estropeado.

Una delicadeza digna de reparo en Salvages los obliga á vivir separados, quando estan enfermos; y teniendo por cosa vergonzosa el enfermar, jamas se les ve en esta situacion. Es muy ageno del caracter de un Hotentote el exponer á la vista de todos su enfermedad para excitar la compasion y las limosnas; este recurso forzado es muy inutil en un pais donde todos son compasivos.

No tienen ninguna idea de la sangría, ni del modo de usarla, y creo que ninguno de entre ellos se dexaria hacer esta operacion. Por lo que hace á los Hotentotes Colonos, como estan habituados á las costumbres Europeas, han adoptado tambien sus enfermedades y remedios.

Las operaciones hechas por los Médicos Hotentotes, de que habla el famoso Kolbe, el uso que atribuye á los Salvages del desierto de consultar las entrañas de un carnero, de colgar al cuello del enfermo el redaño del animal hasta que allí se pudre, y todos los cuentos de esta especie, son unicamente propios para divertir á niños. Aun es mas falso, que en los adultos estos Médicos supuestos gozan de mu-

autoridad que los Sacerdotes: entre los Hotentotes no hay médicos, ni Sacerdotes, ni grados, y en la lengua Hotentota no hay palabras que expresen estas ideas.

Para conocer hasta que extremo llegó el delirio de este visionario, basta leer en su obra que un médico Hotentote usó del Vitriolo Romano para curar á uno que estaba enfermo de lepra. ¿Cómo habian de conocer estos Bárbaros una sal que no se encuentra entre ellos, pues es el resultado de una operacion química? Era preciso para dar alguna verosimilitud á estos cuentos, suponer en esta nacion nuestros conocimientos, nuestras artes, alambiques, hornillos, y todo el aparato de la farmacia. Pero dexemos á Kolbe.

Luego que muere un Hotentote, le envuelven en un kros viejo, de suerte que todos sus miembros queden cubiertos. Sus parientes llevan el cadaver á cierta distancia del aduar, y le ponen en un hoyo que abren para este fin, y le cubren de tierra y de piedras, si las hay en aquel parage; pero como la sepultura es poco profunda, regularmente sucede que el cadaver es devorado por las fieras y jakales. Aunque parezca bárbaro este modo de portarse con sus difuntos, no iguala al abandono de aquellos antiguos y famosos Parsis, que aun al presente observan constantemente la costum-

bre antigua de exponer los cadáveres de sus parientes sobre sitios elevados, ó en campo raso, para que los devoren las fieras y aves de rapiña. Los Hotentotes creen haber cumplido con todo lo que exîge de ellos la piedad, enterrando á sus muertos del modo dicho: y quando hallan que las fieras los desentierran, se afligen y lamentan, manifestando toda su humanidad y sensibilidad.

Quando el muerto es un Caudillo del aduar, aumentan las ceremonias, esto es, se acumula mayor monton de tierra y piedras sobre su sepultura. La familia del difunto manifiesta el dolor por su muerte, á proporcion del amor que le hubiesen tenido: pasan las noches dando gritos y alharidos, mezclados con imprecaciones contra la muerte. Los amigos aumentan los clamores, que á lo lejos se equivocan con la algazara de algun gran regocijo; pero las señales del dolor no son equívocas para los que estan cerca; y los he visto derramar abundantes y amargas lágrimas.

Mr. Sparmann fue testigo en la Colonia de una escena que refiere así: „Dos „viejas daban grandes golpes y empellones „á uno de sus compatriotas moribundo, ó „que ya habia muerto, y le decian al oido pa„labras de improperio y de consuelo.” No conviene dexarse engañar de cuentos de esta especie: si las viejas hubieran creido que

el Hotentote estaba muerto, seguramente hubieran omitido los golpes y caricias; pero estos movimientos que el Doctor Sparmann refiere como unas agitaciones convulsivas de desesperacion, no son menos que un medio que usan los Hotentotes en lugar de nuestros licores espirituosos, á los quales se recurre en Europa para convencerse de si el enfermo ha muerto. Las agitaciones violentas usadas por las viejas, son un remedio igualmente eficaz, y que probablemente produce buenos efectos, pues Mr. Sparmann añade, que el moribundo volvió en su acuerdo.

Las viruelas, que tantas veces han asolado los aduares de los Hotentotes de la Colonia, no se han padecido mas que una vez entre los Gonaqueses; pero en esta ocasion destruyeron la mitad de su gente. Desde entonces las temen tanto, y les inspiran tanto horror, que á la primer noticia de esta epidemia en la Colonia, lo abandonan todo, y huyen á lo mas interior del desierto. Convencidos de que no hay remedio para esta enfermedad desoladora, dexan abandonados á todos los que estan contagiados, aunque sean los parientes mas cercanos, negándose á los gritos de la naturaleza. Este horror tan natural en una nacion Salvage, no contradice en nada á su compasion y á la pureza de sus costumbres; la imagen de la desolacion de las familias,

siempre presente en su imaginacion, los precisa á olvidarse de las obligaciones mas sagradas. Pero causa indignacion leer en los autores antiguos, y repetido en los modernos, que los Hotentotes quando mudan de domicilio, abandonan sin compasion á sus ancianos, y todo lo que les puede embarazar la marcha, presentando este hecho como una costumbre general. La verdad es que á no hallarse en unas circunstancias tan imperiosas como las que he dicho, no tienen necesidad de acelerar ni precipitar su marcha, y por consiguiente no hay motivo para que abandonen lo que tanto estiman: y ultimamente nunca creeré que los Hotentotes quando se ven precisados á este extremo, dexen de tener el mayor sentimiento. Quando se ven acometidos por un enemigo superior, y no pueden hacerle resistencia, se dispersan como pueden, y en estos casos es el único partido que pueden tomar. En semejantes ocasiones es preciso que se queden atras los ancianos, los niños, y todo lo que no puede marchar con la mayor prontitud; ¿y quién será el que se atreva á imputar por delito á los Hotentotes, lo que en igual caso harian tambien los Europeos?

Aun diré mas: los Salvages suelen hacer lo mismo quando se ven acometidos del hambre, enemigo no menos temible que las viruelas y la guerra. En este caso, el aban-

dono de algunos individuos, que precisamente habian de perecer de qualquier modo, es un sacrificio necesario para el bien de todos, pues aun los mismos que escapan no estan seguros de evitar la muerte. Mas de las tres quartas partes perecen en el camino en medio de los arenales y montañas escabrosas, abrasados de sed, y consumidos de hambre: el corto número que se salva, tiene que andar muchas jornadas hasta encontrar algun débil recurso.

Estos son los motivos que obligan á los Hotentotes á una barbarie, á la qual son precisados por una fuerza mas poderosa que la obligacion y el amor. Creo que no se contarán entre los exemplos de su barbarie aquellas emigraciones indispensables; á las quales los precisa la diferencia de las estaciones. Quando una sequedad extraordinaria ha agotado los manantiales y lagunas que los rodean, quando el ardor del Sol ha abrasado todos los pastos, ó se ha declarado una epidemia en los ganados de las cercanías, qualquiera de estas causas los precisa á mudar de domicilio; pero esta traslacion necesaria se executa siempre tranquilamente sin confusion, aunque con prontitud. Envian delante los ganados, cargan sobre los bueyes á los viejos y á los que no pueden andar: no dexan detras á nadie, todos juntos viajan tranquilamente, y van á

establecerse en el primer parage que encuentran mas propio para sus necesidades y para su modo de vivir. Muchas veces he encontrado tribus de Hotentotes que se mudaban de un lugar á otro por algunos de los motivos insinuados: viejos, mugeres, niños y enfermos, todos iban juntos, sin que abandonasen á ninguno. ¿Quántas veces con algunos trozos de tabaco, ó algunos vasos de aguardiente, que reanimaban á estos infelices, he tenido el consuelo y placer de verlos derramar lágrimas de agradecimiento? Y quando separándome de ellos llegaba al sitio que habian abandonado, y registraba con el mayor cuidado por todas partes, jamas hallé el menor rastro de la bárbara insensibilidad que se les atribuye, habiéndose llevado consigo todo lo que componia su aduar.

Los hijos, ó á falta de éstos, los parientes mas cercanos, se apropian todo lo que pertenecia al difunto; pero la qualidad de Caudillo del Kral no es hereditaria, pues siempre es elegido por la tribu, y su autoridad es muy limitada. Aunque puede hacer todo el bien que quiera, no es dueño de hacer á nadie mal. No lleva ninguna insignia exterior de distincion; no es mas privilegiado que los otros, excepto el no estar obligado á cuidar de los ganados por su turno como los demas; esta es su

única esencion. En las juntas prevalece su dictamen, sí se juzga acertado; pero si no, se desprecia. Quando se trata de ir á pelear, no hay distinciones de grados de Generales ó Capitanes, todos son soldados: los mas atrevidos van al frente, y quando ganan una victoria, el honor es comun á todos.

De todas las naciones que he visto hasta ahora, la Gonaquesa es la mas libre é independiente; pero quizá estos infelices se verán precisados con el tiempo á sujetarse á los Holandeses, ó á retirarse á los mas remotos desiertos. Como generalmente todas las tierras del Este son buenas, los Colonos procuran estenderse por esta parte todo lo que pueden, y con el tiempo llegarán á ocuparlas todas: entonces estos infelices aduares experimentarán la misma suerte que los Hotentotes; y la exîstencia de estas naciones se tendrá por fábula en la posteridad, á no ser que algun Viagero osado se arriesgue á penetrar hasta los desiertos remotos en que habitan los Namaqueses: los peñascos desnudos y montañas estériles que éstos habitan, no ofrecen ningun atractivo para la avaricia de los Holandeses, y por consiguiente los dexarán perpetuar su miserable exîstencia.

Las naciones citadas por Kolbe con el nombre de *Gumjemans*, y *Koopmans* jamas han exîstido. El nombre de *Gumjemans* na-

da significa en la lengua Hotentota, y sin duda fue corrompido por algun Viagero que por no entender la lengua lo escribiria mal. Debia haber escrito *Goedmans*, palabra Holandesa compuesta, que significa *buenos hombres*, epiteto que dieron los primeros Colonos á todos los Hotentotes en general, porque los experimentaron pacíficos y sencillos. Igualmente dieron el nombre de *Koopmans* á los que empezaron á comerciar con ellos, y esta es otra palabra compuesta, que en buen Holandés significa *comerciante* ó *tratante*; pero que no conviene mas bien á una nacion que á otra. He aquí como por no comprehender las lenguas de los paises, los Viageros retienen mal los nombres, los escriben peor, y cometiendo un barbarismo forman una palabra salvage. Las costumbres y todo lo concerniente á las naciones extrañas jamas se podrán escribir bien, si no se entienden las lenguas de los paises por donde se viaja.

Por exemplo, si los autores que han asegurado que los Hotentotes adoraban á la luna, hubieran entendido lo que esta nacion canta por las noches, hubieran conocido que no se trata en estas canciones de ningun culto ni adoracion á este astro; hubieran visto que el asunto de estas canciones es alguna aventura sucedida á alguno de ellos, ó de algun aduar vecino. Los Hotentotes no menos im-

provisadores que los Negros, son capaces de estar cantando toda una noche sobre un mismo asunto, repitiendo mil veces una misma cosa: y prefieren la noche al dia para estas canciones, porque como es mas fresca, los convida á la danza y al canto.

Quando quieren entregarse á estos inocentes placeres, asiéndose de las manos forman un círculo mas ó menos grande á proporcion del número de los baylarines y baylarinas que se mezclan con simetria. Esta cadena da varias vueltas y las deshacen: de quando en quando sueltan las manos y dan palmadas para llevar el compas; las voces se reunen con los instrumentos, y repiten continuamente *ho*, *ho*, que es su estrivillo. Algunas veces uno de los baylarines se mete en el centro, y allí él solo hace una especie de paso Inglés, cuyo mérito consiste en executarlo con velocidad y exâctitud, sin mover el pie de su puesto. Despues todos se sueltan de las manos, dan vueltas unos tras otros despacio, afectando un aspecto triste y dolorido, con la cabeza inclinada hácia un hombro, y los ojos clavados en tierra: á esta pantomima se siguen de repente las mayores demostraciones de regocijo, y este contraste los divierte mucho quando está bien executado. Todo el bayle se reduce en suma á un conjunto alternado de pantomimas burlescas y alegres. Debe advertirse que los dan-

zantes hacen continuamente un murmullo sordo y monótono, el qual no se interrumpe sino quando se reunen á los espectadores para cantar en coro su maravilloso *ho*, *ho*, que parece ser el alma de su algaravia. Regugularmente se concluye el bayle con una danza general, esto es, que se deshace el círculo, y todos danzan confusamente mezclados como se les antoja. Entonces se ve brillar la fuerza y destreza de cada uno: los buenos danzantes repiten á competencia unos de otros aquellos saltos peligrosos, que en nuestros teatros excitan el *bravo*, *bravo*, con tanta razon como el *ho*, *ho*, en los desiertos del Africa. Y en efecto, Señora, ¿os parecen mas bárbaros estos bayles de los Hotentotes, que nuestras tumultuosas contradanzas, que solo pueden ser recomendables por las libertades que proporcionan? ¿Os parece mas racional el ridículo minué, que con su seriedad y vueltas insignificantes solo puede servir para excitar la risa ó los bostezos de todo el que lo mire con ojos imparciales? ¿Los saltos de los Salvages os parecen mas brutales que los de nuestros grotescos, tan neciamente aplaudidos en nuestros teatros?

Los principales instrumentos de los Hotentotes son el Goura, el Junjun, el Rabuquin, y el Romelpot. El Goura tiene la forma de un arco, y es del mismo tamaño que el que usan para la caza. Tiene una cuerda,

que en el un extremo se asegura en una pluma abierta y extendida, en forma de triangulo isosceles prolongado, que tendrá unas dos pulgadas de largo. Esta cuerda puede estirarse mas ó menos á arbitrio del músico; y quando tocan muchos Gouras juntos, jamas estan acordes. Este instrumento, que se presumiria ser de cuerda, es no obstante de ayre; y para tocarle aplican la boca á la extremidad en que está la pluma, y respirando ó aspirando le hacen producir sonidos bastante melodiosos. Pero los Salvages no saben seguir ninguna sonata, y toda su armonía se reduce á sonidos aislados sin ningun concierto.

El Goura muda de nombre quando le toca una muger, porque estas le manejan de distinto modo, y entonces le llaman Junjun. La muger sentada en tierra, le pone perpendicular delante de sí, del mismo modo que entre nosotros el harpa, y al mismo tiempo que con la boca sopla sobre la pluma, golpea sobre la cuerda en varios parages con una varita de cinco ó seis pulgadas, lo qual produce alguna variedad en la armonía, pero es preciso aplicar cerca el oido para distinguir bien los sonidos.

El Rabuquin es una tabla triangular, sobre la qual ponen tres cuerdas asidas á un extremo, y elevadas sobre un puente, las quales se estiran ó afloxan por medio de cla-

vijas, como nuestros instrumentos de Europa. El Rabuquin no es mas que una guitarra de tres cuerdas, de la qual otro qualquiera sacaria alguna ventaja, pero los Hotentotes no hacen mas que puntearla sin arte ni concierto.

El Ramelpot es un tambor, formado de un tronco de arbol hueco de dos ó tres pies de largo: á una de las extremidades atan una piel de cordero bien curtida, y le tocan con los puños ó con un palo. Este instrumento hace mucho ruido, aunque poco agradable. Me he extendido mas de lo acostumbrado en la descripcion de estos instrumentos, porque todo contribuye á dar idea del caracter y costumbres de esta nacion. Como estos Salvages tienen una vida tan sencilla y natural, no necesitan de nuestras armoniosas orchêstras para excitarse á las vivas demostraciones del placer y regocijo: la modulacion limitada y monótona de su música le basta, y aun yo creo que sin ella no dexaria de danzar y saltar con el mayor placer.

Uno de nuestros autores modernos, que se ha propuesto estudiar los hombres al mismo tiempo que describe los lugares en su obra intitulada *Eleccion de lecturas Geográficas*, observa con mucho juicio y sagacidad, que en una nacion civilizada la danza y el canto son dos artes; pero que en lo interior de los desiertos son casi unos signos naturales

de la concordia, de la amistad y del placer. Nosotros, añade este sabio, aprendemos de nuestros maestros á soltar nuestra voz y mover nuestros miembros en cadencia: el Salvage no tiene mas maestro que su pasion, su corazon y la naturaleza. Nosotros fingimos ó remedamos lo que él siente: y así el Salvage quando bayla, está contento y feliz.

Ya os he dicho, que los Hotentes nunca se juntan para divertirse sino por la noche; las ocupaciones del dia no les dexan tiempo para otra cosa. Cada qual tiene sus obligaciones que le ocupan todo el dia: deben velar sobre sus ganados esparcidos por los campos, no solamente para que no se descarrien, sino tambien para defenderlos de las fieras, que continuamente los andan rondando. Es preciso abrevarlos y ordeñarlos dos veces al dia: deben hacer sus esteras, recoger leña seca para encender hogueras por la noche á fin de espantar á las fieras: tienen que buscar su comida, y raices. Estas últimas ocupaciones son peculiares de las mugeres; los hombres por su parte van á caza, y á registrar las redes y trampas que arman contra las fieras en varios parages, fabrican las flechas y todos los instrumentos de que necesitan; y aunque estos y todas sus manufacturas son imperfectas y groseras, exîgen mucho tiempo y trabajo, porque carecen de una infinidad de instrumentos necesarios para

abreviar el trabajo, y siempre es mas admirable en ellos la paciencia que la destreza.

Seria muy estraño que esta nacion, en medio de la qual he vivido por tanto tiempo, hubiese tenido bastante disimulo para ocultarse de mí en tanto extremo, que ni en sus discursos ni en sus acciones hubiese yo observado alguna de las supersticiones que otros les atribuyen. Yo no creo que sean actos de religion ciertas abstinencias que ellos mismos se imponen, y que parecen muy naturales y sencillas luego que se exâminan con algun cuidado. Por exemplo, jamas comen liebre ni una especie de gazela, llamada *Duykers*: la liebre es para ellos un animal feo, que les causa hastío: la carne del Duykers es muy negra, y ademas estos dos animales son en extremo flacos, razon suficiente para que aborrezcan su carne. Pero la prueba mas convincente de que no se abstienen de ella por motivo de religion, es que en tiempo de mucha escasez los he visto comerla sin el menor escrúpulo, y tenerse por felices de encontrarla. Porque un Holandes haga ascos de un plato de caracoles ó de ranas, ¿se deberá inferir que su abstinencia procede de un decreto de su Consistorio?

Antes de anunciar como un rito esencial de todos los Hotentotes la ceremonia de cortarse un phalange de la mano ó del pie, an-

tes de atribuirles la semicastracion por el mismo motivo, hubiera sido muy justo informarse de la verdad de estos hechos. Kolbe los habia oido contar como otros muchos, pero jamas se tomó el trabajo de averiguarlos en su origen, lo qual da á entender bastante quando atribuye estos usos indistintamente á todos los Hotentotes, asercion igualmente falsa que todas las demas de este autor. El Doctor Sparmann cae tambien en otro error, quando afirma contra Kolbe, que la semicastracion no se practica en ninguna parte. Sin embargo, estas dos ceremonias se practican aun ahora en dos tribus situadas al norte del Cabo, baxo los 28 grados de latitud, es á saber, los Geissiqueses y los Coraqueses; y seguramente el viagero sedentario Kolbe no penetró jamas á aquel pais si no fue en sueños.

El Doctor Sparmann se dexó tambien engañar, quando hablando de los Gonaqueses se inclina á creer que se circuncidan. Los Colonos me lo habian asegurado como á él, y esto para mí fue un motivo de dudar de este hecho: pero yo que he tenido mas proporcion que ningun otro hasta ahora para asegurarme de este hecho tan importante, protesto que al contrario esta nacion, y todos los Hotentotes sin excepcion, tienen el prepucio de un tamaño desmesurado, caracter que los distingue bastante de los

otros Salvages, y que hasta ahora no se habia notado por ningun Viagero.

Lo mismo digo de aquel delantal natural de las Hotentotas, de que tanto se ha hablado: y al contrario, ha habido quien lo ha negado absolutamente á todas ellas, aunque es una moda en algunas tribus, de que hablaré mas adelante. Digo que es una moda, porque bien lejos de ser un efecto natural, necesitan de mucho artificio para lograr esta indecencia asquerosa, que solo prueba lo desatinado de los caprichos humanos, ridículos y absurdos en todos los paises del mundo.

Algunos autores antiguos escribieron que los Hotentotes duermen amontonados en una misma choza, y que no reconocen las diferencias de la edad, ni el horror de mezclarse con los parientes mas cercanos. A la verdad, estos Salvages no tienen aposentos separados para la hermana, para el hermano, para la madre, para los hijos, porque estan reducidos á la estrechez de lo puramente preciso; pero inferir de aquí que viven todos baxo un mismo techo, y en un mismo lecho á modo de bestias, es una calumnia injuriosa á la especie humana. Solamente un escritor mal informado, ó maligno puede autorizar estas horribles é infames sospechas. Los Hotentotes viven juntos, pero jamas se ha notado en ellos ninguno de

estos excesos: no son brutos, ni torpes; el verdadero monstruo es el que ve los delitos en todas las partes en que los supone.

Yo he visitado muchos aduares de Salvages, y en todos no he hallado mas que pudor, modestia y recato en las mugeres, y aun puedo añadir en los hombres. Kolbe, á quien tantas veces he citado, hace obsequio á la verdad quando confiesa que en vista de la desnudez de los Hotentotes seria un juicio errado el creer que tienen tan poco pudor como vestido: y que le costó mucho trabajo encontrar hombres, que aun con el cebo de los regalos consintiesen en quitarse sus jakales para convencerse por sus propios ojos si estaban circuncidados.

Os he dicho antes que el trato con los Blancos es lo que ha corrompido las costumbres de los Hotentotes de las Colonias: los del desierto quizá se dexarán corromper con el tiempo, si por su desgracia llegan á tratar freqüentemente con los Holandeses. Quando Mr. Forster en su viage al rededor del Mundo nos dice que las mugeres de la isla de Pasquas eran unas rameras disolutas, no nos oculta que sus marineros se abandonaban con ellas á los mas torpes excesos. Pero era preciso añadir que las mugeres Salvages una vez corrompidas por los Blancos, se abandonan á todos sus

caprichos, quizá por temor de sus malos tratamientos.

Siempre que he hablado de este asunto con las mugeres Salvages, á fin de instruirme, he oido que á todas mis preguntas respondian uniformemente. "¿Acaso nos crees "semejantes á las bestias? Solamente las bes- "tias son capaces de hacer lo que dices." Quizá puedo engañarme, pero creo que en medio de la ceguedad en que viven estos Salvages, conservan las ideas de virtud que el Criador imprimió en sus almas. Estos pobres Salvages no reciben la menor instruccion acerca de la religion, ni de las buenas costumbres: los Holandeses, que son los tiranos de estas regiones, no permiten que lleguen á ellos las luces del Evangelio, las quales harian sin duda los mas rápidos y sólidos progresos, mediante el favor Divino, en atencion á su caracter dulce y humano, á su deseo de instruirse, á su buena razon natural, y principalmente porque no estan corrompidos con ninguna superticion que les impida abrazar la verdad. Pero estos intereses espirituales no entran en los cálculos de comerciantes avaros, y sí el corromperlos para esclavizarlos.

Un Fisonómico, ó mas bien un incrédulo moderno divertiria á una tertulia de sus semejantes, señalando al Hotentote en la cadena de los seres un lugar entre el

Orang-Outan y el Hombre. Yo detesto este modo impío de pensar; las qualidades apreciables que en ellos he observado, me los hacen mas dignos de ser llamados hombres que los filosofastros que así piensan. Es verdad que su fisonomía es muy diferente de la nuestra: la gran prominencia de los juanetes del rostro los hace muy feos, porque como esta parte es muy ancha, y al contrario la barbilla muy estrecha, baxando en disminucion, hace parecer su cabeza muy desproporcionada, y demasiado pequeña para su cuerpo, que es grueso, alto y fornido. La nariz chata, no tiene á veces mas que seis lineas de elevacion, pero los agujeros de ella estan muy abiertos, y regularmente exceden en altura á la punta de la nariz. Su boca es grande, y guarnecida de dientes pequeños, bien esmaltados y muy blancos; sus ojos, que son muy bellos y rasgados, se inclinan algo hácia la nariz como los de los Chinos. Sus cabellos á la vista y al tacto parecen lana; son cortos, rizados, y de un color de ébano: en todo el cuerpo tienen poco pelo, y aun este se lo arrancan; sus cejas son poco pobladas: no les nace barba sino en el bigote y en la punta de la barbilla, y cuidan de arrancársela segun va naciendo. Esto les da un aspecto afeminado, que junto con la dulzura natural de su caracter, les quita aquella

fiereza comun á todos los Salvages. Por lo que hace á las proporciones del cuerpo, el Hotentote es muy bien formado: su continente es grave y ayroso: todos su movimientos son desembarazados, muy diferentes en esto de los Salvages de la America meridional, que parecen abortos de la naturaleza.

Las mugeres tienen la misma fisonomía que los hombres, aunque sus facciones son mas finas: son igualmente bien formadas; la garganta y el pecho tienen la mayor gracia; sus manos son pequeñas, y los pies bien modelados, aunque no usan de sandalias. El metal de su voz es dulce, y su idioma pronunciado por ellas, tiene bastante gracia: quando hablan, hacen varios movimientos y gesticulaciones, que dan á sus manos y brazos nuevas gracias.

El Hotentote, naturalmente tímido, es tambien muy poco activo: su genio flemático y silencioso le da un aspecto de reservado, que aun se le nota en los momentos de su mayor regocijo, siendo así que al contrario todas las naciones negras ó de color bazo, se entregan á las diversiones con la alegría mas franca, y desembarazada.

Una apathia profunda los inclina á la inaccion y á la pereza: la guarda de sus ganados, y el cuidado de su subsistencia es su único afan: no se entregan á la caza

como aficionados á ella, sino como hombres atormentados del hambre. Por lo demas, olvidándose de lo pasado, y sin cuidarse de lo por venir, solamente lo presente les mueve é interesa. Pero á pesar de esto, los Hotentotes son buenos, serviciales, y los mas hospitalarios del mundo: qualquiera que viage entre ellos está seguro de encontrar posada y comida. Si el Viagero tiene que hacer un camino largo, y ellos conocen que no encontrará pronto otros aduares, le proveen segun sus haberes de todo lo que puede necesitar hasta llegar á su destino.

Antes de que llegasen al Cabo los Europeos, los Hotentotes no conocian el comercio, y quizá no se usaban entre ellos los cambios de unos géneros por otros; pero luego que vieron el tabaco, aguardiente y quincalla, tomaron parte bien pronto en los misterios mercantiles. Estos objetos que al principio no eran mas que unas novedades agradables, con el tiempo se hicieron de necesidad. Los Hotentotes de las Colonias son los que se las llevan; porque es necesario advertir, que por mas aficionados que sean á estas vagatelas, no se tomarán el trabajo de andar una legua para ir á buscarlas por sí mismos, y preferirian el pasarse sin ellas: leccion muy útil para aquellos que pasan su vida en continua agitacion buscando ob-

jetos quiméricos, y de ninguna necesidad.

Tales son los Hotentotes, ó á lo menos tales me han parecido con toda la inocencia de costumbres y de la vida pastoril: me parecia que veia á aquellos hombres de la edad de oro. Un rasgo sublime que pongo aquí, aunque pertenece á mi segundo viage mucho mas al norte del Cabo, y hácia la Costa de Oeste, acabará de daros idea de esta nacion. Una tribu bastante numerosa de Kaminukeses habia venido á visitar mi campamento con aquella confianza que inspiran las rectas intenciones, y que tienen siempre los hombres quando no han sido engañados por sus semejantes. Viéndome precisado á economizar mis provisiones, me era imposible regalar á tanta gente con aguardiente. No podia mostrarme generoso sin imprudencia; por lo que hice dar un vaso al Caudillo, y á aquellos que por su edad y presencia me parecieron mas respetables. ¡Pero qué recursos no halla la beneficencia quando quiere comunicarse! ¡Quál fue mi asombro, quando advirtiendo que conservaban el licor sin tragarlo, los ví que fueron acercándose á sus compañeros que no habian recibido aguardiente, y se lo distribuian de boca en boca del mismo modo que las palomas dan de comer á sus pichones! No puedo negarlo; esta accion me dexó pasmado: y á vista de esta escena ¿qué corazon ha-

bria tan duro que pudiese reprimir las lágrimas de ternura? Lleno de admiracion y de respeto, me arrojé á los brazos del Caudillo, que como los demas habia repartido su porcion, inundandó con mis lágrimas su venerable rostro. Corrompidos petimetres, entregaos á todas las gesticulaciones del asco y la nausea: los males de estómago, los vapores, y todos los miasmas de una salud débil, frutos ordinarios de una vida consumida ya á los treinta años, no ofrecian ningun asco ni repugnancia á mis angelicales Kaminukeses en esta comunicacion tan dulce y fraternal.

Jamas puedo acordarme sin ternura de este pueblo respetable, y de otros muchos, en los quales he visto repetir la misma ceremonia, y quando al separarnos los veia retirarse satisfechos y tranquilos, no podia menos de envidiar su felicidad, y desearles la eterna.

Es muy injusto acusar á los Hotentotes de crueles: solamente son vengativos. Como los Salvages son muy sensibles, es preciso que no puedan olvidarse del mal que se les hace, y que rechacen la fuerza con la fuerza. A esto se debe atribuir la muerte del célebre Capitan Cook: quiero creer, que el conocimiento de la superioridad de sus fuerzas y su caracter altivo no le precipitasen alguna vez en ningun exceso; pero el deseo ardiente de ven-

garse de la tripulacion indisciplinada de sus embarcaciones, armó contra él á los isleños Salvages. Sus marineros perseguian a las mugeres de aquellos isleños, y se apoderaban de ellas donde quiera que las encontraban; esto bastaba para irritar á los Salvages; no hay cosa capaz de detener á estos hombres ultrajados: en medio del estruendo y estragos que hacia en ellos la artillería de las embarcaciones, reconocen al Capitan, y le hacen pedazos á vista de sus mismos soldados, por no haber sabido reprimir á tiempo su insolencia, y para vengar la muerte de uno de sus caudillos.

El primer afecto que se debe imprimir á los Salvages, quando se viaja entre ellos, es la confianza: para ganarla, conviene ser humano, benéfico, no abusar jamas de su debilidad, no inspirarles ningun temor, ni mostrar que se les teme: todo lo otorgan, quando nada se les exîge. Es preciso tener mucha cuenta consigo mismo, para no dexarse llevar de la pasion, y no solicitar á sus mugeres, observando la mas severa continencia con ellas. Si son zelosos, se hacen enemigos implacables; si no lo son, la complacencia que usan con el Viagero les da cierta igualdad con éste, y se pierde en su concepto aquella superioridad que al principio los habia alucinado. Aunque la pasion de los zelos no fuese general en todos los pueblos

siempre hay algunos individuos que estan sujetos á ella; y se ha observado con razon que las naciones menos zelosas son las mas disolutas y corrompidas.

Para inspirar á los Salvages una idea ventajosa de sí mismo, conviene que la superioridad en la fuerza sea siempre la última facultad que se emplee para acreditarse con ellos, porque esta inspira temor, y es muy natural desconfiar de una persona á quien se teme. Al mismo tiempo que se tomen todas las precauciones necesarias para no ser sorprendido, se debe conservar un aspecto sereno y tranquilo, no emplear las armas sino para hacerles algun servicio, ya procurándoles caza, ya destruyendo las fieras, enemigas de sus ganados. De este modo se logra no salir de un aduar sin sentimiento de los que le habitan, y que muchos de ellos acompañen al Viagero hasta encontrar otro, en donde con los buenos informes de los que sirven de guia se encuentra el mismo amor, y todos los obsequios de la mas segura hospitalidad.

Con estos principios pacificos, tan propios de mi caracter, he atravesado una pequeña porcion de aquella inmensa parte del mundo, y hubiera recorrido toda el Africa, sino me hubieran detenido otros obstáculos insuperables á todo mi zelo y fuerzas. Por estas mismas máxîmas siempre me negué á

llevar conmigo á ningun Europeo para estos viages, por mas instancias que me hicieron algunos en varias ocasiones: yo estaba muy seguro del buen efecto de mi modo de pensar, y sabia los medios de evitar los peligros que pudieran ocurrirme: pero si hubiera llevado en mi compañía á otros iguales mios, no podia lisonjearme de obligarlos á que siguiesen mi exemplo y máxîmas en las situaciones peligrosas, y en tales casos la necedad de uno solo podria perdernos á todos. Si yo me perdia por mi propio consejo, no tenia á quien echar la culpa de mi error.

Se representa á los Hotentotes como una nacion miserable y pobre, supersticiosa y feroz, indolente y excesivamente sucia, en fin los deprimen de todos modos. Aun quando en estas aserciones vagas y ligeras hubiese alguna que se acercase á la verdad, seria mejor, para suprimir la exâgeracion, atenerse á los cuentos absurdos de aquellos fastidiosos Colónos, que se divierten en engañar á los extrangeros por lo mismo que desean instruirse con sus relaciones: convendria hablar de lo que cada uno haya observado, y no afirmar mas de lo que hubiese visto. De este modo, por exemplo, en la obra del Doctor Sparmann, muy apreciable por muchos respetos, las observaciones importantes y bien descritas no se hallarian confundidas con una infinidad de cuentos apócri-

fos de cacerías de leones, de elefantes, &c. mas inverosímiles y absurdas unas que otras. Entonces no se hubiera hecho mencion del Unicornio, dibujado por un Colono sobre no sé que roca desierta: tambien hubiera evitado el substituir la forma quadrada á la redonda de las chozas de los Cafres, á quienes jamas visitó. Debo confesar en obsequio de este sabio, que su candor y probidad le presentaban todas estas cosas como incontextables, luego que se las contaba algun Colono: particularmente Juan Kock á quien celebra por observador hábil y juicioso, no esperaba sin duda los elogios excesivos que le prodiga á vista de una Ciudad y toda una Colonia que los reprueba, y que por solo este hecho no duda comparar la obra de Kolbe con la del Doctor Sparmann, incomparablemente mas útil por todos títulos.

Yo aprecio la verdad, quando la encuentro en el Doctor Sparmann, y atribuyo á su observador los errores y mentiras que me ofenden. Pero quando este autor afirma que nunca ha visto á los Hotentotes limpiarse ni labarse, y de aquí concluye su extremada suciedad, veo aquí un modo de razonar muy inexâcto: porque si yo al contrario afirmase, que no he visto tal inmundicia en los Hotentotes, esta asercion negativa á nadie persuadiria, y no aclararia la qüestion.

Nadie ha negado á los Hotentotes una qüalidad que poseen todos sin excepcion, que es ser los mejores nadadores que se conocen, así hombres como mugeres y niños. En otra carta os referí haber visto á las Gonaquesas bañarse y nadar como peces, y de esta costumbre que practican muchas veces al dia se infiere, que observan cierta limpieza y aseo, que no dexa al polvo ni á las unturas corroerles la piel, como asegura Sparmann.

El esmero de las Gonaquesas en ataviarse prueba bastante bien que gustan del aseo: lo mas que se puede decir es que tienen mal gusto, y aun para afirmar esto, seria preciso averiguar si el unto con que se frotan la piel no es para defenderse de las injurias de aquel clima. Sus vestidos, á la verdad, no se componen sino de pieles, pero antes de emplearlas en este uso, las limpian y curten con la mayor proligidad.

El Hotentote no es pobre ni miserable: no es pobre, porque sus deseos no exceden jamas de lo puramente necesario, y esto lo adquieren por lo regular. La miseria es un punto de comparacion, que él no conoce ni puede concebir: como la perfecta uniformidad y unos mismos recursos hacen la suerte de todos perfectamente igual, quando reyna la abundancia, todos son felices; en tiempo de escasez, todos padecen las mismas privaciones. La contraposicion de la riqueza

conducida en carros de oro, con la miseria cubierta de andrajos y arrastrando por el suelo, no puede afligir sus corazones, y como no hay grados de comparacion entre ellos, estan muy lejos de la idea de la miseria, y de la mortificacion que resulta de este cotejo.

Faltaria una cosa muy esencial á las noticias que os he dado de los habitantes de esta parte del Globo, si no os hablase de una tercera especie de Africanos, que se puede llamar compuesta, que apenas tiene un siglo de antigüedad, y de la qual ningun Viagero ha hecho mencion. Esta nueva especie con el tiempo acabará con las antiguas, y la época de su poder acarreará grandes novedades en la Colonia, y acelerará su ruina. La multiplicacion de estos individuos, que puede ser inmensa, deberia causar sobresalto á la política Holandesa; pero esta duerme, y se cuida poco de las funestas conseqüencias de su inaccion.

Hablo de los hijos naturales procedidos de la mezcla de los Blancos con las Hotentotas, y de éstas con los Negros: los llaman comunmente *Basters* en el Cabo, y esta denominacion pertenece mas propiamente á los primeros, porque los segundos son menos numerosos. Las Hotentotas no se abandonan facilmente á los Negros, á los quales desprecian, porque como ellas dicen, se venden como bestias; y por otra parte se tienen

por honradas de tener comercio con los Blancos. La casta que proviene de estas últimas uniones es la que se multiplica considerablemente: estos individuos son libres como los Hotentotes, pero se tienen por superiores á ellos. El caracter de estos mestizos participa mas del Europeo que del Hotentote: tienen mas valor y energía que estos últimos: no aborrecen el trabajo, y al mismo tiempo son mas perversos. Es cosa muy comun verlos asesinar á los amos á quienes sirven, y son los primeros maquinadores de todas las traiciones que se cometen diariamente contra los habitantes. Los Hotentotes demasiado humanos y apáthicos no tienen la osadia necesaria para encargarse de la execucion de empresas atroces: los peores tratamientos no son capaces de inspirarles semejantes deseos. En una palabra, el Colono que no tiene mas que Hotentotes en su servicio, puede dormir tranquilo, bien seguro de que si le amenaza algun peligro, será avisado con tiempo.

El Baster-Blanco es bien formado y robusto: su color es mas claro que el de los Hotentotes: sus cabellos son negros, mas largos y menos crespos. La comunicacion de estas mugeres con los Blancos produce hijos aun mas blancos, cuyo pelo es menos rizado que el de los primeros; y aunque procediendo así en estas convinaciones, al cabo hay muy

poca diferencia entre la blancura de color y cabellos de los Europeos, la prominencia de los juanetes de la cara siempre subsiste, y este es un caracter indeleble, que se reconoce hasta la quarta generacion.

La mezcla de las Hotentotas con los Negros produce individuos muy superiores á los que acabo de describir: su estatura es mas bella y distinguida, su figura es mas agradable: su color es un medio entre el negro del padre y el color bazo de la madre: sus qüalidades fisicas y morales son tambien muy diferentes. Son buscados con preferencia para el trabajo; pero lo que los hace mas estimables, es que juntan con una actividad muy grande el mérito de una fidelidad, que jamas falta, y que no se halla en ningun Baster-Blanco. Por desgracia, esta casta es poco numerosa por la repugnancia que tienen las Hotentotas á los Negros. El Gobierno Holandés deberia fomentar la propagacion de esta especie tan útil, y reprimir la de los Basters, pero ningun cuidado se pone en esto; la casta de los Basters blancos se aumenta considerablemente cada dia, y se puede preveer que con el tiempo será la que domine en el Cabo de Buena Esperanza.

El Baster-blanco, al mismo tiempo que es de una índole perversa, es atrevido, vengativo, pérfido y activo: y de estas qüalidades es fácil preveer lo mucho que se debe

temer de la suerte de aquel establecimiento quando lleguen á dominar en la Colonia.

Como yo me habia propuesto desde el principio detenerme por mucho tiempo en este país, mi primer cuidado fue estudiar la lengua de los Salvages, en lo que adelanté mas de lo que pensaba. Esta lengua es muy pobre, y no tiene palabras para expresar las ideas abstractas y metafisicas: no es susceptible de ningun adorno, no tiene sintaxis exâcta, y su pronunciacion es muy dificil. Se pronuncia con tres especies de chasquidos de la lengua, mas ó menos guturales y fuertes. De suerte que una misma palabra pronunciada con uno de los tres, significa cosas diferentes. Por aquí podeis hacer juicio de las muchas dificultades que hube de vencer para lograr hablarla corrientemente; pero me recompensó bien este trabajo el placer que despues tuve en tratar familiarmente con los Hotentotes sin necesidad de intérprete, instruyéndome de este modo fundamentalmente en sus costumbres, usos y caracter. Generalmente hablando, la lengua Hotentota es muy expresiva, y como estos Salvages, quando hablan, siempre gesticulan, y expresan con sus acciones todo lo que dicen, basta tener un conocimiento superficial de su lengua para entenderlos en las cosas mas importantes.

Despues de esta digresion, que me ha

parecido necesaria para establecer la verdadera idea que se debe formar de esta nacion calumniada y desfigurada por todos los Viageros anteriores; proseguiré en otra carta la relacion de mi viage y aventuras por áquellos paises.



CARTA LXXXII.

La Cafreria.

Ya habian pasado tres semanas despues que despaché á Hans con algunos Hotentotes para tratar con el Rey Faró, sin haber tenido noticia de ellos, aunque Hans me habia dicho que no tardaria una semana en traerme la respuesta. No podia menos de estar con mucha inquietud sobre la causa de aquella tardanza, pero la ocultaba con cuidado á los mios, que siempre habian mirado con horror mi intento de penetrar en la Cafreria. Muchas veces sorprendia á mis Hotentotes hablando de este asunto, y aunque censuraban mi proyecto, siempre se manifestaban afectos á mi persona, temiendo los peligros á que yo queria exponerme. No dudaban en llamarme temerario, que haciendo poco caso de mi vida, queria tambien exponerlos á ellos al mismo riesgo. Conocí

que todos estaban resueltos á dexarme si persistia en mi resolucion, y su única dificultad era el modo de executarlo, sobre lo qual habia diversidad de pareceres. Me acusaban de haber sacrificado á mis Enviados: á la verdad, la tardanza en su vuelta era muy extraordinaria, pues segun lo que me habia dicho Hans, la mitad del tiempo bastaba para que hubiesen ya vuelto. Aunque yo no habia perdido del todo mis esperanzas, no sabia que resolucion debia tomar: mi fiel Klaas me aconsejaba que esperase todavia, y dexase marcharse á los rebeldes que estaban mas inquietos é impacientes.

Cansado de esperar, y temiendo que los Cafres viniesen á asaltarme, estaba en fin resuelto á abandonar á Koks-Kraal, lugar que habia señalado á mis mensagaros, quando vimos á lo lejos á uno de los guardas de mis ganados correr hácia el campamento lleno de espanto y sin aliento. Díxome que habia descubierto al otro lado del rio una tropa considerable de Cafres que se disponian á pasarle. Esta noticia asustó á toda mi gente, y yo mismo no dexé de temer mucho de aquella tropa: despaché inmediatamente á quatro Hotentotes con fusiles á las órdenes de Klaas para que recogiesen el ganado, encargándoles que sin descubrirse reconociesen el número de los Cafres, y procurasen penetrar por sus movimientos las

intenciones que traian. Encargué particularmente á Klaas, que si reconocia á mis mensageros, me lo advirtiese con una descarga de fusiles; y en caso contrario, se mantuviese en emboscada, y me avisase con uno de los suyos. Entretanto preparé todas mis armas, resuelto á no ser el primero en empezar las hostilidades, pero sí á resistir á pie firme á toda invasion de los enemigos. La superioridad de mis armas me daba la mayor seguridad de rechazar á los Salvages, por muchos que fuesen; pero hubiera sido para mí el mayor sentimiento verme precisado á llegar á las manos contra los Cafres, antes de haberles explicado la pureza de mis intenciones.

Las tristes reflexîones que yo hacia al ver desvanecidas de un golpe todas mis esperanzas, fueron disipadas por una descarga de fusiles que hizo Klaas, la qual fue una señal de alegría general para todos los mios. A poco tiempo ví á lo lejos venir á mi fiel Klaas sin dar ninguna muestra de temor: poco despues vimos venir por el mismo camino á toda la tropa de los Cafres marchando con mucha serenidad y en buen órden. Mis Hotentotes mezclados con los Cafres me anunciaban su buena inteligencia, y entre ellos reconocí á Hans.

Luego que los Cafres llegaron á tiro de azagaya, se detuvieron todos, y Hans se

dirigió á mí: díxome en breves palabras, que podia viajar libremente á la Cafreria, en donde seria respetado como amigo: que la nacion de donde venia, deseaba con ansia verme, y que podia hacer juicio de sus buenas intenciones por la confianza con que muchos de ellos venian á visitarme. Por lo que hace á la tardanza, que nos habia costado tantos sustos, Hans me dixo que no habia encontrado al Rey Faró, quien se habia retirado á mas de treinta leguas de distancia de su residencia; que despues de haberse detenido por algun tiempo, esperando que volviese, habia resuelto ir á buscarle, pero que le dixeron que este Caudillo se habia retirado aun mas adentro, sin que se supiese de cierto su paradero. En fin, no sabiendo que partido tomar, habia resuelto volverse á mi campo; pero que en vista de sus ventajosos informes de mi caracter, los Cafres habian querido acompañarle para asegurarme del afecto general del pais, en donde convencidos de que yo no podia ser un Colono, me recibirian como á un amigo y como á un protector.

Estos Cafres contaban con que yo los vengaria de un Colono de Bruintjes-Hoogte, de quien me dieron las mas amargas quejas, y cuyo nombre les causaba el mayor horror. En efecto, despues tuve varias noticias de la vida de este malvado asesino, cuyo

nombre omito aquí por consideraciones particulares, pero es muy conocido de todos los Colonos del Cabo. En vano le ha intimado varias veces el Gobierno que compareciese en su Tribunal para dar cuenta de su conducta; porque atrincherado en unos lugares donde no tienen fuerza las leyes, ha despreciado las órdenes del Gobierno, sirviéndole éstas solamente de estímulo para nuevos atentados.

Sin dar lugar á mas discursos, mandé que se acercasen los Cafres: luego que Hans les hizo una seña con la mano, al punto me hallé rodeado de ellos. Eran en todos diez y nueve hombres con cinco mugeres y dos niños: saludáronme unos tras otros con el *tabé* acostumbrado, y yo les correspondí igualmente. No comprehendí bien su lengua, porque en su pronunciacion no advertí los chasquidos de lengua usados por los Hotentotes; ademas de esto, todos hablaban á un tiempo, y con la mayor precipitacion y volubilidad de lengua; de suerte que como yo estaba acostumbrado al habla lenta y reposada de los Hotentotes, no pude comprehender palabra de toda aquella confusa algaravía.

No podia yo adivinar lo que se decian los Cafres unos á otros; pero advertí que observaban con mucha atencion mi campamento, mi persona y todo lo que veian,

pasando rapidamente de un objeto á otro, y mostrando la mayor admiracion. Dicen que la admiracion es hija de la ignorancia; pero la ignorancia no supone incapacidad. Esta reflexîon conviene á los Cafres, pues seguramente no se les puede acusar de ineptitud; y exceden mucho á los Hotentotes en la sagacidad é industria. Hans les habia ponderado mucho mis fusiles y pistolas de dos tiros, y deseosos de exâminar este prodigio, me rogaron les mostrase mis armas. Híceles traer, y se las entregué sin mostrar la menor desconfianza: pasáronlas de mano en mano, fueron exâminadas con la mayor prolixidad, pero su curiosidad exîgia aun algo mas: yo esperaba me hiciesen esta demanda, y la casualidad me sirvió oportunamente. Pasaron junto á mí unas golondrinas, y disparando los dos golpes uno tras otro, derribé dos de ellas. Esta accion repentina, pero tranquila, los dexó llenos de admiracion, concibiendo de mí y de mis armas el mas alto concepto. Aprovechéme de este momento para hacerles conocer mi superioridad, y les pregunté si con sus azagayas podrian hacer lo mismo: respondiéronme, que sus armas eran incapaces de alcanzar á las aves al vuelo; pero uno de ellos me dió á entender que se atrevia á traspasar con su azagaya á qualquier quadrúpedo á la carrera. Observé con atencion á este Cafre,

que era un joven perfectamente formado, y de la figura mas interesante: dixéronme que tenia fama de ser uno de los mas diestros en lanzar la azagaya y la maza corta, de que hacen los Cafres el mismo uso que de la azagaya. Para experimentar su destreza, hice traer un carnero: soltáronle en presencia del Cafre, y corriendo tras él, le atravesó de un golpe, dexándole muerto en el sitio. Yo quedé muy satisfecho de su agilidad y de la destreza con que habia lanzado su azagaya, y le dí los mayores elogios. En varias otras ocasiones me convencí de que los Cafres no necesitan mas que de un Caudillo habil que los disciplinase bien, para acabar con todos los Colonos y Hotentotes: pero la superioridad de nuestras armas hará inutil su valor y destreza, en tanto que no tengan mas armas que la azagaya.

Mucho sentimiento me causaba el no poder explicarme directamente con estos Salvages; la tardanza de la interpretacion y la poca inteligencia de Hans, que era nuestro intérprete, me causaban la mayor impaciencia. Por otra parte, los Cafres, mas vivos y francos que los Hotentotes, me excedian en prontitud, y desde que habian llegado no habia tenido tiempo mas que para responder á sus preguntas, con que sin cesar me importunaban. Como son mas próvidos que los Hotentotes, y no quieren vi-

vir al acaso por lo que hace á su sustento, habian traido consigo algunos bueyes destinados para su comida, y otros quatro para conducir á cuestas todo su vagage. Tampoco se habian olvidado de traer muchos de aquellos canastillos que habia admirado entre los Gonaqueses, con los quales trataban de hacer varios cambios con nosotros. Traian tambien algunas vacas con sus becerros para no carecer de leche, con todo lo qual esta caravana venia surtida de todo lo necesario para su regalo, suntuosidad que no se encontrará en muchos de nuestros paises de Europa.

Señalé á cierta distancia de mi campo el sitio en que deseaba se fixasen, y mas feliz ó mejor obedecido que Idomenéo quando edificaba la Ciudad de Salento, en medio quarto de hora ví elevarse á mi vista su pequeña Colonia. Se encendió fuego, hicieron trozos el carnero muerto por el Cafre, le asaron, y en breve tiempo no quedó de él mas que la piel. Para obligar mas á mis Cafres por medio del interes, que es el movil poderoso de todos los hombres, distribuí entre ellos tabaco, y algunas bujerias, que recibieron con mucho contento, y al punto empezaron á hacer uso de mi regalo.

Pero lo que mas les llevaba la atencion, y que me hubieran hurtado con mas gusto, era el hierro: lo miraban con la mayor an-

sia, lo ponderaban excesivamente, y parecia lo apreciaban sobre todas las cosas. No apartaban la vista de las hachas, azadones, y demas instrumentos de hierro que estaban á la vista, codiciándolos con una especie de impaciencia, de suerte que solo les faltaba echar mano de ellos. Yo estaba tan acostumbrado al modo de tratar con Salvages, y los temia tan poco, que aun quando no estubiera tan bien armado y defendido, no hubiera recelado abandonarles estos objetos; pero me eran tan indispensables, que me fue imposible hacer este sacrificio de generosidad. Para quitarles todo deseo de ellos, ó á lo menos para disminuir su ardor, mandé retirar de su vista todos aquellos instrumentos. Segun lo que me habian contado de estos Salvages, relativamente á sus armas, era muy peligroso excitar por mas tiempo su codicia, porque les podia sugerir pensamientos muy perjudiciales á mi seguridad é ideas, apoderándose de ellos por astucia sino podian por fuerza. Tal es en general el caracter de los Salvages; piensan que nadie tiene derecho de apropiarse lo que conviene á todos. En los viages del Capitan Cook por el mar del Sur habreis observado, que este célebre Marino y todas las personas de su tripulacion jamas saltaban en tierra, sin perder algunas alhajas: los isleños iban á hurtarlas hasta á los mismos navios: robaban á los cazadores sus

armas, á los marineros sus vestidos, &c. El Naturalista Forster cuenta del Doctor Sparmann, que despues de haberle hurtado su espada, perdió tambien en la misma excursion las dos terceras partes de su vestido. Los Cafres y los Hotentotes no han llegado aun á este grado de sutileza, pero no dexan de usar de algunas raterias: para vivir con ellos es preciso usar de tolerancia en esta parte, ó guardarlo todo con el mayor cuidado.

Yo hacia observar con mucha atencion todas las acciones y palabras de los Cafres: los Hotentotes venian á cada instante á contarme anécdotas, que manifestaban no se hallaban muy contentos con los nuevos huespedes, y que los miraban con envidia y aversion. Culpé entonces mi inadvertencia é insconsideracion en haber dado motivo á esta enemistad, quando fuí á pedir socorro á los Colonos, pues lo que oyeron entonces mis Hotentotes acerca de los Cafres, fue causa de su descontento, y de que no hubiese buena armonía entre unos y otros.

Por lo que hacia al momento actual, no veía yo ningun motivo de sobresalto, porque eramos muy superiores en número y en fuerzas en caso de tener que recurrir á la violencia, que es el último medio que se debe usar con Salvages. Pero no por eso me descuidaba en tomar todas las precauciones ne-

cesarias, y en usar de la debida severidad, ya para contener á los mios en su deber, ya para quitar á mis huespedes toda idea de ataque ó engaño. A excepcion de dos cazadores que enviaba todos los dias para proveernos de caza, y de otros quatro que iban á guardar los ganados, todos los demas Hotentotes no se apartaban de mi vista, y yo mismo me mantenia fixo en el campamento. Pasaba los dias enteros entre los Cafres, conversando con ellos, con el auxîlio de mi intérprete, á fin de instruirme en todo lo perteneciente á esta nacion, menos conocida que los Hotentotes. Al cabo de una semana, no habiendo experimentado mas que buena fé y probidad en estos Salvages, disminuí algun tanto mis precauciones, y obligué con mi exemplo á que los mios los tratasen con franqueza. La costumbre de conversar con ellos me facilitó el poder entenderlos y comunicarme sin intérprete. No cesaban de rogarme que los siguiese hasta su país; yo tenia mucho deseo de condescender con su peticion, pero jamas habia resuelto marchar en compañía de ellos, por las razones que despues os diré. Quando me instaban sobre este punto, me excusaba diciéndoles, que me era imposible partir con la prontitud que deseaban; que me habian informado que su país estaba lleno de montañas y de bosques intransitables, y que por consiguiente no po-

dria llevar conmigo mis bueyes ni mis carros. Esta última reflexîon era dirigida á observar la impresion que les hacia, para conocer sus intenciones; pero aunque al proponerla observé con mucha atencion los rostros de todos ellos, ví que no les causaba ningun sentimiento, y que contentos con la palabra que les daba de visitar su país, nada se cuidaban de que no llevase conmigo los objetos que yo maliciaba tentarian su codicia, y podrian exponerme á peligro.

Pero al mismo tiempo que los colmaba de caricias, regalos y promesas, veía en sus discursos y ademanes el espíritu de venganza que los animaba contra los Colonos, y que fundaban en mí todas sus esperanzas. Manifestaban el gran concepto que habian formado de mis fuerzas y de mi deseo de servirlos: el nombre del feroz Colono de Bruintjes-Hoogte resonaba continuamente en sus labios: uno de los Cafres se daba golpes de furor en la cabeza, contándome que entre otras víctimas su muger preñada y dos hijos suyos habian sido degollados por la mano propia de aquel Colono, y que la sed de sangre era el único motivo que arrastraba á aquel monstruo á cometer delitos, en lo qual hallaba la mayor complacencia. Por mas estraña que parezca la siguiente anécdota, os la referiré en los mismos términos con que me la contaron.

En un tiempo en que los Colonos y los Cafres vivian en buena inteligencia, y no tenian motivo para temerse ni perseguirse, el tigre de Bruintjes-Hoogte, á quien no agradaba esta buena armonía, con la intencion de excitar el fuego de la guerra, y las antiguas semillas de discordia, imaginó comprar en la Ciudad algunos fusiles viejos, que estaban inservibles. Logró facilmente cambiarlos con los Cafres por otros objetos, pero antes habia cargado aquellos cañones de pólvora y metralla hasta la boca, tapándoles el oido. Los infelices Salvages que no conocen el mecanismo de estas armas, se las llevaron á su país, y se pusieron á formar de ellas sus azagayas. Encienden su hoguera, echan en ella los fatales cañones, se enciende la pólvora, y rebientan en mil pedazos, matando ó estropeando á todos los que estaban cerca de aquel parage. Uno de los testigos que me citaron de este suceso, de cuya verdad me aseguraron todos, me mostraba las cicatrices de las heridas que habia recibido en aquella terrible experiencia, de las quales estaba cubierto todo su cuerpo.

Un hecho de esta naturaleza basta para justificar el odio implacable de los Cafres contra los Colonos, el qual fermenta en sus corazones y lo comunican á sus hijos desde la niñez, exâgerándoles la crueldad con que los tratarán los Blancos, é infundiéndoles el ma-

yor horror contra ellos. Si los Cafres, acosados de persecuciones, continuamente maltratados y robados, se han arrojado á cometer las crueldades mas atroces, los Colonos deben atribuirse la culpa á sí mismos, pues ellos les han dado el exemplo, y los han conducido á la desesperacion mas rabiosa.

El odio de los Cafres se extiende tambien sobre una parte de los Hotentotes, á quienes la pérfida política de los Colonos ha pervertido, y les ha hecho tomar parte en sus conjuraciones, para disminuir los peligros, á que los expone el modo de hacer la guerra de los Cafres, y para oponerles fuerzas iguales; pero todas estas precauciones á veces no bastan contra la sagacidad y activa vigilancia de los Cafres. Los Hotentotes demasiado tímidos y mal armados para presentarse á cuerpo descubierto, solo confian en la astucia: encargándose de hacer de espias, van ocultamente á reconocer los lugares ocupados por los enemigos, principalmente los parages en que tienen depositadas sus riquezas; pero la vigilancia de los Cafres descubre por lo comun á estos espias, y los asesinan.

Quanto mas iba estudiando á esta nacion tan calumniada, iba formando de ella la misma opinion que de los Hotentotes, y siguiendo siempre mis principios y modo de pensar sobre los Salvages, no hallaba nin-

gun peligro que temer de su parte. Volví por consiguiente á mis antiguas ocupaciones, acompañándome en la caza alternativamente mis huespedes, y principalmente el jóven que mató el carnero, el qual me daba el placer y diversion de ver derribar con su terrible azagaya quantos quadrúpedos le salian al paso. En una de nuestras cacerias me ayudó á matar un hipopótamo macho, del mayor tamaño, y el único que encontramos. No hallé en éste el gusto que me habia deleytado tanto en la hembra que fue la primera de esta especie que matamos, como ya os dixe en otra carta: dixéronme que esto consistia en ser muy viejo, y añadieron que la carne de las hembras es siempre mas delicada que la de los machos. Su sebo era mas duro, y sobre todo tenia un sabor rancio, insufrible para qualquier otro que un Hotentote. Los Cafres que no gustan tanto de la grasa como los Hotentotes, despreciaron la carne del hipopótamo, prefiriendo la de sus bueyes: tambien hacian poco caso de la de carnero, por lo qual no crian de estos animales.

Al principio no habia observado bien los bueyes que habian traido, porque desde que amanecia se descarriaban por los bosques y campos, y no los recogian hasta por la noche; pero un dia, habiendo ido muy temprano á su kraal, quedé muy admirado al primer aspecto de algunos de estos animales.

Apenas pude reconocerlos por bueyes ó vacas, no precisamente porque fuesen infinitamente mas pequeños que los nuestros, pues veía en ellos los mismos caractéres primordiales, sino por causa de la variedad de sus contornos, y de la multiplicidad de sus hastas, que se semejaban mucho á aquellos litófitos marinos conocidos por los Naturalistas con el nombre de *hastas de ciervo*. Creyendo al pronto, que estas concreciones, de que yo no tenia la menor idea, eran una variedad de la especie, quedé muy desengañado quando me dixeron, que era un efecto de su industria, que por medio de ciertas maniobras, que ellos solos saben, multiplicaban no solamente sus cuernos, sino que les daban todas las formas que les sugeria su imaginacion. Se ofrecieron á trabajar en mi presencia, si queria saber su método, el qual me pareció tan nuevo y raro, que me resolví á aprenderlo.

Cogen al animal desde su edad mas tierna, y luego que empiezan á apuntarle los cuernos, los hienden verticalmente en dos partes, de suerte que con el tiempo tienen estos animales quatro hastas bien distinguidas. Quando quieren que tenga seis ó mas cuernos, cruzan las hendiduras con una sierra ó algun otro instrumento sutil, y lo consiguen facilmente. Despues para que una parte del cuerno, ó todo él forme un círculo

perfecto, raen parte de su grueso junto á la punta, que procuran no tocar; esta amputacion renovada freqüentemente, y con mucha paciencia, precisa al cuerno á encorbarse, y juntándose la punta con la raiz, forma un círculo perfecto. Como la incision determina siempre una curvatura mas ó menos grande, es fácil conocer que por este medio pueden hacer todas las variaciones que les inspire su capricho. Pero es preciso haber nacido Cafre con toda su paciencia y gusto, para sujetarse á estas operaciones tan prolixas, cuyo efecto en aquel pais quizá no será mas que inutil, pero en otras partes seria perjudicial; porque el asta desfigurada y debilitada de esta suerte, quedaria sin fuerza, y no podrian defenderse estos animales de los lobos y demas fieras.

Mientras que yo estaba exâminando los bueyes y utensilios de los Cafres, y les hacia mil preguntas sobre sus costumbres, usos y modo de vivir, oí á lo lejos un ruido sordo, que me pareció estraño: preguntándoles la causa, me dixeron que unos Cafres se ocupaban en forjar pedazos de hierro viejo para hacer azagayas junto á un peñasco cercano. Deseoso de saber como executaban esta maniobra, y de ver si me habian hurtado algunos pedazos de hierro, rogué á dos Cafres me conduxesen á aquel parage. Esta visita impensada que me proporcionó la oca-

sion de enseñar á los Cafres el uso y construccion del instrumento mas necesario para aquella operacion, tendrá quizá consegüencias muy notables en lo sucesivo, y por consiguiente debo referiros por menor esta aventura.

Los Cafres trabajan por sí mismos sus azagayas, pero como no conocen en el hierro mas propiedad que su maleabilidad, no llega su industria á saberle fundir, por lo qual necesitan de hierro ya trabajado, y emplean para esto los cañones viejos de fusil, y demas hierro viejo que pueden adquirir. Hacen azagayas de dos especies: las unas tienen el hierro redondo y liso; las otras que son las mas temibles, tienen el hierro quadrado, y en los quatro ángulos forman puntas encorbadas, unas hácia arriba, otras hácia abaxo, de suerte que al entrar en el cuerpo y al sacarlas, despedazan la carne. Causa admiracion su paciencia al ver que sin mas instrumentos que un pedazo de granito, ó un peñasco que les sirve de yunque, y con otra piedra que hace oficio de martillo, trabajan unas piezas tan perfectas como si hubieran pasado por la lima del artífice mas diestro: y yo desafiaria al mas habil Europeo á que con estos instrumentos solos trabajase una pieza que se acercase á la mas imperfecta que hacen estos Salvages.

Mis Cafres estaban reunidos al rededor de una hoguera que habian encendido junto á un peñasco de granito: sacaron de la hoguera una barra de hierro bastante gruesa, y bien encendida: la pusieron sobre la piedra que les servia de yunque, y empezaron á machacarla con unas piedras muy duras, y de una forma muy apta para manejarlas, executando esta maniobra con bastante destreza. Lo que me pareció mas extraordinario fue su fuelle, y esto me proporcionó la ocasion de darles una leccion muy util, de que es regular se hayan aprovechado. Su fuelle era muy imperfecto, pues no era mas que una piel de carnero bien cosida, atada por los quatro pies, y puesto un cañon á la parte del cuello: el que soplaba, arrimaba el cañon al fuego con una mano, y con la otra acercaba ó alejaba la extremidad opuesta del pellejo. Este método tan fatigoso no podia dar al fuego la necesaria actividad para encender el hierro, pero lo suplian á costa de trabajo y paciencia. Compadecíme de su afan, y la gran fatiga que les costaba esta maniobra aumentó el placer que me prometia de enseñarles inmediatamente otro método mas facil. Costóme mucho trabajo el hacerles comprehender la gran ventaja de los fuelles de Europa, y persuadido de que lo poco que habian comprehendido de mi demostracion, se les olvidaria

muy pronto, determiné darles una leccion práctica. Despaché á uno de mis Hotentotes al campamento para que me traxese todos los instrumentos y materiales necesarios para formar un fuelle, el qual formé lo mejor que pude delante de ellos, y me puse al punto á soplar con él. Seria preciso haber visto la atencion que pusieron aquellos Salvages á todas mis operaciones, y la impaciencia que manifestaban por ver el fin á que se dirigian, para formar una cabal idea de su asombro, quando vieron que con un movimiento muy facil, y con una sola mano daba yo la mayor actividad á su fuego. Todos levantaron el grito de alegría quando vieron el efecto de mi máquina: eché en el fuego algunos pedazos de hierro, y logré ponerlos encendidos en tres minutos, lo que ellos no hubieran podido conseguir en media hora con su ímprobo trabajo. Su admiracion fue entonces excesiva: parecian delirantes; saltaban al rededor del fuelle, le iban probando todos, y expresaban su regocijo con grandes palmadas. Me suplicaron les regalase aquella maquina maravillosa, y esperaban con inquietud mi respuesta, dudando que yo pudiese resolverme ó cederles un mueble, para ellos mas precioso que todos los tesoros. No me hice de rogar, y me felicité de haber tenido esta ocasion de serles util con tanta ventaja mia, pues segu-

ramente formarian de mí mas alto concepto por esta invencion, que si los hubiera aterrado con la ostentacion de los estragos que causa la artillería. No habria para mí mayor placer que el saber se han aprovechado de mi instruccion para formar fuelles y perfeccionarlos, y que conservan la memoria del estrangero que les dió la primera idea de un instrumento tan esencial.

Los Cafres viven tan familiarmente en medio de sus ganados, y los tratan con tanta dulzura, que obedecen puntualmente á su voz. Como los bueyes jamas son atormentados ni maltratados por sus conductores, estos animales pacíficos nunca hacen uso de sus armas. El que cuida de su manejo no tiene necesidad ni aun de atar á las vacas para ordeñarlas; pero si éstas por instinto natural retienen su leche para sus becerros, el medio de que se sirven los Cafres para obligarlas á soltar la leche, es muy sencillo, y menos asqueroso que el de los Hotentotes. Atan una traba á un pie trasero de la vaca, y un hombre robusto tira de la pierna hácia atras con fuerza: la vaca precisada por esta postura violenta, dexa correr la leche, que otra persona recoge al punto, y lo mismo se practica con las vacas que han perdido sus becerros. Esta diferencia que hay entre las vacas de África y de Europa en poder retener la leche á su arbitrio, puede

provenir de la especie ó del clima; pero lo cierto es que es un hecho constante, y que el medio de que usan los Cafres, es necesario y generalmente usado entre estos Salvages.

Recogen la leche en los cestillos de que os he hablado, los quales son una manufactura peculiar de las mugeres: su capacidad es arbitraria segun el gusto de cada uno, pero la forma es siempre la misma. Como son muy ligeros, y no corren peligro de romperse, son sin duda muy preferibles á nuestras vasijas, de qualquier materia que sean. Las mugeres que habian venido á mi campamento, no se habian olvidado de traer consigo los instrumentos y juncos para no estar ociosas; yo me divertia mucho en verselos trabajar, y luego que estaban concluidos, me los daban en cambio de varias buxerías.

Antes de echar leche en estos cestillos, cuidaban de labarlos bien; lo qual executaban no por la limpieza, sino para que se cerrase mas su texido; porque no debo omitir los defectos de estos Salvages, por mas prendado que esté de sus buenas propiedades. Los Cafres acostumbran constantemente fregar sus vasijas con su propia orina, y quando no tienen agua á mano, no se toman el trabajo de ir á buscarla.

Esta costumbre que practicaban á mis propios ojos, me causaba mucho asco: cuida-

ban los Cafres de traerme todas las noches un cestillo de leche, de la qual se aprovechaban mis Hotentotes y mi Kees, que no eran tan delicados como su amo. Sin embargo, estaba con el mayor cuidado que mis huespedes no conociesen la repugnancia invencible que yo tenia á este regalo diario, y hubiera preferido el exponerme á todas las resultas de mi viage bebiendo la leche, mas bien que el afligirlos ó humillarlos con un desprecio. He llevado siempre por máxîma el no despreciar ni contradecir los usos y costumbres de los varios paises en que me he hallado, porque ninguna cosa ofende mas á un pueblo, que el ver censurar ó ridiculizar sus usos y costumbres; y en efecto no hay cosa mas indecente y grosera que la manía de los petimetres Franceses, que nada hallan bueno sino lo que se practica en su pais. Un hombre sensato jamas debe impugnar ni reprobar abiertamente los usos de los paises en que se halla: por mas ridículos que le parezcan, debe manifestar que los respeta, porque no tiene derecho para contradecirlos: esta conducta grangea á todo Viagero un buen acogimiento en todas partes. Pero principalmente quando se viaja por naciones Salvages, es indispensable observar estas máxîmas, porque de lo contrario se podrian seguir conseqüencias algo mas temibles que el ser despreciado. Yo de mí sé

decir, que en Inglaterra no hallo cosa superior al rosbif y al puding: entre los Lapones sorberia aceyte de ballena, y entre los Hotentotes contento con sus asados y fritadas, me olvidé facilmente del pan, y hallé que el trigo es cosa bien indiferente parà el hombre.

Aunque los Cafres aman mucho á sus ganados, tienen un afecto tan predominante á sus perros que llega á pasion. Cuidan de estos animales con el esmero mas extremado, y mutuamente tienen en ellos los mas fieles amigos. Mis perros nunca estuvieron tan acariciados y bien alimentados como durante el tiempo de la permanencia de los Cafres en mi campo. Principalmente mi gran alano era para ellos un objeto de la mayor admiracion, ponderándome que no se podia hallar animal mas bello: le estimaban tanto, que qualquiera de ellos me ofrecia por él doce bueyes: es verdad que el tal perro era el mas fuerte y hermoso de todos quantos habia en la Colonia.

Mis perros pasaban la mayor parte del dia en las chozas de los Cafres, y estos buenos hombres les dexaban tranquilamente beberse la leche de sus cestillos, sin atreverse á tocarla hasta que estos parasítos sedientos estuviesen hartos: de suerte que estos animales nos hubieran sido enteramente inútiles si hubiesemos tenido alguna pendencia con aquellos Salva-

ges. Se habian aficionado tanto á los Cafres, y estaban tan olvidados de mis Hotentotes, que quando alguno de éstos volvia algo tarde al campo, tenia que gritar á sus compañeros que detuviesen á los perros, por temor de ser acometido, y quizá despedazado por ellos.

A la menor señal de peligro yo hubiera hecho atar á todos mis perros; pero como no veia en los Cafres el menor motivo para desconfiar de ellos, no quise privarlos del gusto de divertirse con mis perros. Pero este modo de pensar no era comun entre mis Hotentotes, por mas que yo me esforzaba en sosegar su terror pánico: siempre estaban en continuo sobresalto, y muy alerta: todos mis consejos y toda la franqueza de los Cafres no pudieron desarraigar el terror que se les habia infundido contra ellos. Decian que la Cafreria era el sepulcro que yo mismo me labraba por mi mano, y como no querian ser participantes de mi imprudencia y de mi muerte, estaban resueltos á abandonarme. Ningunas amenazas de castigar á los cobardes desertores fueron capaces de disuadirlos. Esta mudanza me parecia muy estraña: es verdad que en otra ocasion habia experimentado tambien la misma obstinacion y resistencia, pero entonces tenian fundamento para temer por las preocupaciones que les habian inspirado los Colonos contra los Cafres,

y actualmente el haber conocido el caracter y costumbres de estos Salvages debia quitarles toda preocupacion contra ellos. Así que, debia haber otros motivos de tan dura obstinacion, las quales conocí muy tarde.

Sin embargo, resuelto á seguir mi idea, y no queriendo que unos hombres hasta entonces tan sumisos, me diesen la ley, y se alabasen de haber embarazado mi proyecto, formaba varios planes para la execucion de mi intento. Parecióme que podia contar con la fidelidad de Klaas y de otros cinco Hotentotes, á los quales añadiria al primo de Narina y á otros dos Gonaqueses que me habian dado pruebas de valor y fidelidad. Determinado á executar este proyecto, me pareció conveniente tenerlo oculto hasta la partida de los Cafres, á quienes no queria comunicar mi intento.

Pero un secreto que hasta entoces se habia ocultado á mi vigilancia, vino á manifestarme el motivo de la obstinacion de los inios: Klaas viniendo un dia de cazar, entró en mi tienda y me advirtió que quatro Hotentotes Basters estaban ocultos en mi campo, y que sospechaba eran espias enviados por los Colonos de Bruintjes-Hoogte. Añadió, que habia inferido de la conversacion con aquellos malvados, que los Colonos habian tenido noticia de la llegada de los Cafres á mi campo; que murmuraban de que

yo hubiese recibido con tanto cariño á sus enemigos mortales, y estrañaban mucho mi conducta. Advirtióme que viviese muy alerta, y me guardase de uno de mis Hotentotes, que creia tenia inteligencias secretas con los quatro emisarios.

Irritado de la osadia de aquellos infames, mandé que los trajesen á mi presencia: por su aspecto tímido y turbado conocí claramente que eran culpados. Pregunteles con un tono muy irritado, ¿cómo habian tenido osadia para introducirse en mi campo sin mi noticia? Esta pregunta, la cólera que manifestaba en mi aspecto, y la amenaza de castigarlos, les causó tal pasmo que nada pudieron responder. Viendo su turbacion, añadí, que los consideraba por espias, y que eran dignos de castigo; pero que no queriendo usar con ellos de rigor, podrian volver á decir á los que los habian enviado, todo lo que habian visto en mi campo: que yo, como dueño absoluto de mi voluntad, no tenia que dar cuenta á nadie de mi conducta; que yo era amigo de todos los hombres, y abominaba de los traidores; que no tenia motivo para aborrecer ni maltratar á los Cafres que me rodeaban, y á quienes haria todo el bien que pudiese; que respondia de su conducta, y los tomaba baxo de mi proteccion por todo el tiempo que se mantuviesen en mi compañía; pero que la misma justi-

cia que me obligaba á ampararlos, me pondria las armas en la mano contra ellos, si intentasen la cosa mas mínima contra los Colonos, y que estaba bien informado de la conducta de unos y otros para creer que estos Salvages, que no respiraban sino paz y reposo, no serian los primeros que empezasen las hostilidades.

Despues de este discurso, pronunciado con toda mi energía, mandé á los quatro Basters que se marchasen al punto, haciendo que los acompañasen quatro fusileros hasta que los perdiesen de vista, advirtiéndoles que si volvian á mi campo con qualquier pretexto que fuese, los perseguiria como á bestias feroces, no solo á ellos sino á todos los que manifestasen iguales intenciones. Estas amenazas hicieron alguna impresion en mis Hotentotes, que habian acudido á mi tienda: despues los reprendí agriamente por haberme ocultado aquel secreto de las espias, declarándoles que haria castigar y arrojar de mi campo á qualquiera que dirigiese sus pasos hacia el parage en que se hallaban los Colonos, con quienes no queria tener ninguna comunicacion: al Hotentote confidente de los Basters le traté con la mayor aspereza, y le mandé que no se moviese de su puesto sin mi órden.

Los Cafres, testigos de esta escena, no comprendieron qual era el motivo de mi có-

sera, y mostraban bastante inquietud; pero luego que Hans les explicó todo lo que habia pasado, quedaron sosegados. Solamente les causó mucho sobresalto el saber que los Colonos se hallaban tan cerca de nosotros, temiendo que avisados por los quatro espias vendrian á acabar con ellos. Yo procuré sosegar sus temores, prometiéndoles toda proteccion, pero no pude disipar sus sospechas de que los habia hecho venir á mi campo para entregarlos en manos de sus enemigos. Hans que me comunicó este modo de pensar de los Cafres, me dixo que estaban resueltos á volverse, y que me suplicaban por su medio les diese algun hierro viejo en trueque de algunos bueyes. Respóndile, que no podia concéderles esto, por no dar motivo á los Colonos de publicar que yo habia dado armas á sus enemigos; pero que á excepcion del hierro, todo lo que tenia en mi campo estaba á su disposicion, de lo qual les daria pruebas antes que se marchasen. A pesar de esta negativa los Cafres repitieron sus instancias, pero yo me obstiné en mi primer intento, porque conocia que los Colonos se aprovecharian de este pretexto para calumniarme y vengarse del desprecio que muchas veces les habia mostrado por su crueldad.

Nuestras continuas cacerias, y este disturbio habian interrumpido mis conversaciones familiares y pacíficas con los Cafres. De-

seoso de instruirme aun mas, volví á entablarlas, y ellos se prestaron con aquella cordialidad que les habia inspirado mi franqueza y beneficios. El saber que estaba tan cerca su partida, me obligó á ser mas curioso en informarme de todo lo perteneciente á esta nacion. No me habia olvidado de los infelices náufragantes; hice á los Cafres muchas preguntas sobre ellos, pero no pudieron darme noticia cierta, porque como vivian tan distantes del mar, nada sabian de positivo sobre aquellos desgraciados. A la verdad, varios efectos del navio destrozado habian llegado á sus manos, porque los Cafres de otros aduares les habian trocado algunas piezas de hierro y otras vagatelas: uno de ellos me mostró una moneda de plata que traia colgada al cuello; otro llevaba colgada una llavecita; otros me hicieron una descripcion harto confusa de una alhaja, cuyos pedazos habian repartido entre sí; yo comprendí que seria un relox, y mostrándoles el mio, al punto dixeron todos que era lo mismo. Añadieron que los mejores efectos del navio habian quedado en poder de los Cafres cercanos al mar: por lo que hace á los hombres que habian escapado del naufragio, habian oido decir, que unos habian sido encontrados muertos en la playa, y que los otros mas felices se habian acogido á un país habitado por Blancos.

Siempre concluian las conversaciones de mis Cafres con súplicas é instancias para que marchase con ellos. Esto aun quando me hubiera agradado, siempre seria una imprudencia, porque aunque los juzgase incapaces de engañarme, de robarme, y de conspirar contra mi vida, no queria yo que fuesen testigos de los disturbios que esta partida ocasionaria entre los mios, haciéndoles ver que no podia llevar conmigo mas que ocho hombres, porque los demas no querian seguirme. Al contrario, deseaba mucho que quando volviesen á su país, pudiesen informar á los suyos de nuestro crecido número, y que nos hallabamos en estado de no temer á nadie, para evitar que les ocurriese algun mal pensamiento, quando me viesen ir acompañado de tan pocos. El espíritu de venganza que anima á los Cafres contra los Blancos, podia inspirarles la idea de venir á robar mi campo, mientras que yo estuviese en su país.

En fin, al cabo de algunos dias, vinieron todos los Cafres á decirme que lo tenian todo dispuesto para marchar aquel mismo dia: repitieronme sus protextas de agradecimiento y de amistad, y me prometieron que por donde quiera que pasasen, su primer cuidado seria publicar lo que habian visto en mi campamento, y los muchos beneficios que de mi habian recibido: me asegu-

raron que los regalos con que los habia colmado, excitarian la codicia de los otros, y que todas las tribus desearian con ánsia que fuese á visitarlas. La descripcion que me ofrecieron hacer de mi campo, de mi persona, y particularmente de mi barba, debia servir de señal á los que no me conocian, para que me recibiesen de muy distinto modo que á un Colono. Despues volviendo la vista como de concierto hácia mi tienda, sobre la qual tremolaba una bandera, me preguntaron si la llevaria conmigo, para que la descubriesen á lo lejos, y habiéndoles respondido que sí, levantaron todos el grito de alegría. Despues de los *tabés* acostumbrados, los acompañé hasta el rio, que pasamos todos á nado, juntamente con sus bestias, y quando llegaron á la otra orilla, los saludé con una descarga general de toda mi fusileria: despues de lo qual los perdí bien pronto de vista.

CARTA LXXXIII.

Continuacion de la Cafreria.

Luego que se marcharon los Cafres, creí que mis Hotentotes harian algunas reflexîones sobre la tranquilidad y buena fe con que habian vivido entre nosotros por tanto tiempo, y conociendo el ningun fundamento que tenian para su horror á los Cafres, consentirian en acompañarme. Para darles tiempo de reflexîonar, y que no se obstinasen mas en su negativa por mis instancias, resolví partir inmediatamente á hacer una visita al respetable Haabas. Durante la mansion de los Cafres en mi campo, no habian venido á él mas que dos Gonaqueses, y me parecia que ya me descuidaba en renovar mi amistad con mis buenos vecinos, y participarles todo lo que habia pasado despues de nuestra separacion. Marché yo solo á su kraal, y quando me hubieron reconocido, fue extremada su alegría: todos se amontonaban al rededor de mí, llamándose unos á otros, y acudiendo de todas partes. Haabas me comunicó sus recelos y los de su aduar, mientras habian permanecido los Cafres en mi campo: preguntóme repetidas veces si estos tenian no-

ticia del sitio en que estaba su kraal: procuré disipar todos sus temores, diciéndole que me habian asegurado los mismos Cafres, que no tenian ningun motivo de odio contra los Gonaqueses, de quienes sabian que no tenian ninguna comunicacion con los Colonos ni con los Hotentotes; que ademas ignoraban el parage en que se hallaba su aduar, pero que seria conveniente, para que se sosegasen del todo, el levantar su kraal, y establecerse en otro sitio. Haabas abrazó al punto este consejo, diciendo que no se fiaba de las promesas de los Cafres, pues no hacia mucho tiempo que le habian precisado á venir á las manos con ellos, y que seria muy acertado tomar todas las precauciones necesarias para evitar el mismo peligro. Como tenia en mí tanta confianza, no dudó en pedirme parecer sobre el sitio en donde debia establecerse, y por mi consejo tomó al punto la resolucion de retirarse hácia las montañas del O., y alejarse del territorio de los Cafres, que se extiende hácia el Nordeste.

Las riberas del rio Sudag eran antiguamente los límites de los Cafres, que tenian sus habitaciones principales junto á Bruinjes-Hogte, y de ellas se descubren todavía algunos vestigios. Las órdenes expresas y la intencion del Gobierno Holandés, que queria vivir en paz con estos Salvages, eran que respetasen siempre como sagrados es-

tos límites; pero los Colonos que no tienen mas miras que su propio interés, hallando las tierras de los Cafres superiores á las suyas, han ido apoderándose poco á poco de ellas, haciendo retirar á esta nacion mas allá del rio Groot-Vis: las órdenes del Gobierno, cada dia mas despreciadas, han quedado inutiles; y la grande lejanía de aquellos lugares ha hecho tolerar estos abusos, que por esta razon se han hecho cada dia mas freqüentes.

Antes de separarme de Haabas, le rogué procurase persuadir á algunos de los suyos me acompañasen á la Cafreria; uno solo de ellos se ofreció al principio, pero al cabo se negó á hacerlo. Para no dar ningun motivo de queja á aquellos buenos Gonaqueses repitiendo mis instancias, me marché, dexando dicho me buscasen en mi campo los que se determinasen á acompañarme.

No podia llevar conmigo mis carros, porque no podia contar mas que con ocho hombres, á lo mas, que quisiesen hacer este viage. Mil obstáculos se oponian á mi resolucion, y se habia apoderado de mí una profunda tristeza: mi ánimo se hallaba abatido y fatigado al ver la obstinacion de los mios. Antes de separarme de Haabas pregunté por el enfermo, y me dixo que solo se habia logrado mantenerle con mas aseo y limpieza, pero que proseguian sus dolo-

res, y se desesperaba de su vida. Pregunté tambien por Narina, que estaba ausente con su madre: sospecho que alguno de ellos habia ido á buscarla, y esto mismo me obligó á apresurar mi partida, despidiéndome de Haabas, quizá para siempre.

Quando volví á mi tienda, hice venir á mi presencia á todos mis Hotentotes, exâminándolos uno por uno, para sabèr de su propia boca las intenciones de cada qual, y averiguar si habia entre ellos algunos sediciosos que fomentasen la desobediencia. Sus respuestas fueron uniformes, y todos fundaban su resistencia en el terror que les causaba mi temeridad: aunque yo sentí mucho esta obstinacion, no tuve por conveniente reprenderlos, porque todavía los amaba mucho, y conocí que solo el miedo les habia trastornado la cabeza. No querian, me dixeron, ir á un pais, de donde jamas habian visto volver á ningun Blanco ni Hotentote. En vez de irritarme contra ellos, les encargué permaneciesen fieles, y que durante mi ausencia no se olvidasen de las obligaciones debidas á un amo que los habia tratado con tanto amor. En sus ademanes y rostros conocí la tierna impresion que les habian causado estas últimas palabras, y me persuadí que no habria cosa á que no se resolviesen por complacerme, excepto este fatal viage, al qual tenian una repugnan-

cia insensible: prometíles igual amor en lo venidero, y me encerré solo en mi tienda. Ocupé parte de la noche en arreglar mi plan, para executarlo con la mayor precaucion y prontitud posibles; y al dia siguiente llamé á los ocho Hotentotes con quienes contaba para mi viage. Repetíles, que en fin estaba resuelto á marchar con ellos, si es que pensaban acompañarme, y para disipar todo su recelo, les dixe que no era mi ánimo internarme mucho en la Cafreria, y que solo llegaria á aquellos parages en que no hallase ningun obstáculo; que pues no podiamos probablemente encontrar al Rey Faró, segun lo que habian dicho los mensageros, tenia intencion de ir solamente á visitar á los Cafres que me esperaban con tanta impaciencia, y despues dirigirme hácia el Este para acercarnos al mar, donde podriamos encontrar el navio que habia naufragado. Todos confirmaron la promesa que me habian hecho al principio: despues volviéndome á un Hotentote anciano, llamado Swanepoel, de cuya fidelidad y prudencia tenia las mayores pruebas, le dixe que considerándole como á otro yo; le confiaba toda mi autoridad, durante mi ausencia, y le suplicaba cuidase de mi campo con la mayor vigilancia, procurando mantener el buen órden, ya que no podia contar con los demas.

En esto llgaron tres Gonaqueses á mi

campo, resueltos á acompañarme en mi viage, y ya no traté mas que de hacer los preparativos para mi marcha, señalándola para el dia siguiente. Cargué de provisiones, de municiones, de quincalla, y de otros efectos que eran indispensables para mis intentos; mis compañeros por su parte, armados de fusiles, y bien provistos de aguardiente y tabaco; y todo dispuesto, marchamos el dia señalado. Antes de partir, hice una exôrtacion amorosa á los que dexaba en mi campo, sin darles muestra del menor descontento, y aun fingí que aprobaba sus razones. Por lo que hace á la inquietud que mostraban acerca de la seguridad de mi persona, les dixe que tenia la mayor confianza en los que me acompañaban: les encargué la mayor obediencia al prudente anciano Swanepoel, á quien confiaba toda mi autoridad: prometíles que á mi vuelta recompensaria á cada qual, segun su conducta, y en fin para desvanecer toda idea de resentimiento de una parte y otra, hice repartirles aguardiente, y todos brindaron por la felicidad de mi viage. Despedíme aparte del buen Swanepoel, diciéndole que me esperase en aquel sitio por espacio de tres semanas; que si no volvia en este término, ó corriese algun peligro mi campo, se retirase con todos mis carros y efectos á Camdebo su patria: pero que en caso de que yo

pereciese, ó no se tuviese noticia de mí por mucho tiempo, marchase á la Ciudad del Cabo con toda mi gente, y entregase todos mis haberes á mi amigo el Fiscal Boers. El sensible anciano no pudo contener sus lágrimas y sollozos al oir estas últimas palabras: consolele lo mejor que pude, prometiéndole que procuraria no exponerme á peligro, y dexándole envuelto en llanto, marché á alcanzar á mis caballos, bueyes y perros.

Ya Kees se habia adelantado á toda la comitiva: yo con mis ocho Hotentotes, uno de los quales llevaba mi bandera, seguí mi camino, y bien pronto perdí de vista mi campo. Nos fue preciso subir rio arriba mas de legua y media para vadearle, y pasamos felizmente á la otra orilla. Dexando este rio, dirigimos nuestro camino hácia el Nordeste, pues segun las noticias que me habia dado Hans, de este modo lograba internarme en el centro de la Cafreria. Caminabamos siempre debaxo de árboles de una misma especie, que eran la *Mimosa Nilótica*, de que está cubierto todo aquel pais: la yerba muy alta nos fatigaba en extremo, y principalmente á mis compañeros, porque como á la sazon estaba seca, á cada paso les ensangrentaba las piernas, y para defenderse, hubieron de hacerse botines de pieles; pero estas mismas yerbas eran un regalo para mis bueyes, los quales de paso

la iban paciendo, sin necesidad de baxar la cabeza. Continuamente encontrabamos gazelas de varias especies, y yo maté una abutarda de una especie nueva. Caminamos así por espacio de cinco horas con un calor excesivo, que nos obligó á hacer alto, porque aunque caminabamos por entre árboles, son tan pequeñas y claras las hojas de la Mimosa, que su sombra nos defendia muy poco del ardor del sol.

Yo habia observado en el camino, que mi mono se paraba muchas veces en estos árboles, y arrancando las espinas de que estan cubiertos, se las comia con mucho placer: como tenia experiencia de su buen gusto, quise participar con él de este regalo. Las espinas mas verdes, las únicas que se pueden comer, de dos ó tres pulgadas de largo, son tan tiernas, y se rompen como los esparragos. Engañéme en mi esperanza: al principio me agradaron por su sabor azucarado, pero despues dexaban en la boca un olor á ajos tan fuerte, que me abrasaba la boca, y no habria segador que pudiese sufrirlo: las bayas de este arbol, que eran preferidas por mi Kees, producian en mi paladar el mismo efecto. Este olor era tan fuerte, que desde lejos la orina del mono me hacia conocer que habia comido de la Mimosa.

Sobre estos árboles encontré una oruga

mágnifica, y del mayor tamaño. Su cuerpo estaba rodeado de listas de un color negro de terciopelo sobre un fondo verde muy bello. La mariposa que de ella sale, es no menos hermosa y brillante: tiene las alas casi del todo blancas con algunas listas y manchas pardas: su cuerpo está cubierto de un vello muy crecido que parece algodon. En lo sucesivo observé várias veces, que quando la Mimosa está en flor, que regularmente es por Enero, sus flores estan cubiertas de gran cantidad de insectos de varias especies; por lo que en aquellos paises se encuentra grande abundancia de individuos de esta clase de historia natural, y por consigüiente una infinidad de páxaros de diferentes especies, atraidos por estos insectos de que se alimentan.

Aquella tarde tuvimos una furiosa tempestad con un aguacero, que nos hizo pasar una noche muy incómoda. Hans me habia advertido que estabamos poco distantes de un aduar de Cafres destruido por los Colonos; y como ya se habia disipado el nublado, continué mi camino hasta que el cansancio de mis bueyes me obligó á detenerme. Divertimonos en cazar lo restante del dia, y pasamos tranquilamente la noche: el rugido de algunos leones que se oian á lo lejos en las montañas, no nos causaba ya sobresalto, por las precauciones que habiamos tomado.

Al dia siguiente llegamos al aduar destruido de los Cafres, en el qual no encontramos ningun habitante: la mayor parte de las chozas estaban aun enteras, solamente habian quemado algunas: siete ú ocho de ellas estaban muy juntas y como agrupadas, las demas que serian unas sesenta, estaban esparcidas por varias partes en la extension de una media legua. Allí fue donde observé por la primera vez que los Cafres son algo cultivadores, sembrando una especie de panizo, conocido con el nombre de *trigo Cafre*: para la mayor facilidad del cultivo, cada qual escoge el terreno que mejor le parece, y coloca su choza en el centro, y por esta causa los *kraales* de los Cafres no estan reunidos en un mismo sitio como los de los Hotentotes y Gonaqueses. Es probable que los de este aduar destruido habian sido sorprendidos por los Colonos, porque encontramos por todas partes cadáveres y miembros esparcidos, que las fieras habian medio devorado. Varios campos de trigo se hallaban en estado de segarlos; pero las muchas gazelas que habian acudido, los habian estropeado mucho, y mis bueyes acabaron de asolarlos.

Sentamos aquí nuestro campo, y mis Hotentotes se acomodaron en las siete chozas que estaban juntas: el sitio me pareció agradable, y resuelto á pasar allí algunos

dias, hice cortar ramas de árboles con las quales cubrí mi tienda. Cerca de allí corria un arroyuelo de agua muy cristalina: las Mimosas nos procuraban alguna sombra, y quando picaba mucho el sol, teniamos á cien pasos de nuestro campo un bosque inmenso de soberbios árboles, adonde iba á pasearme durante el ardor del sol: las muchas sendas que se cruzaban, me hicieron conocer que aquel sitio habia sido muy frecuentado.

Aquí encontré un arbol muy particular, llamado *Stinl-Hout*, ó madera hedionda, de que estaba cubierto el bosque En el Cabo es muy estimado para todo género de muebles, pues ademas de ser susceptible su madera del mas bello pulimento, tiene la ventaja de ser inaccesible á la carcoma. Con el tiempo adquiere esta madera un color castaño muy bello, con unas betas mas ó menos claras que hacen muy buena vista. Llamanla *madera hedionda*, porque quando no está bien seca, exhala un hedor á excrementos que causa nauseas; pero á proporcion que va secándose, pierde este olor, hasta que desaparece. Este arbol, así como todos los de madera muy compacta, crece con mucha lentitud, y en su altura y grueso excede á las mayores encinas.

Observé otro arbol, llamado Geele-Hout, ó madera amarilla, que no es tan estimado como el primero, pero su bello color le ha-

ce muy apreciable para todo género de muebles. Otro llamado Roye-Hout, ó madera roxa, pudiera servir para tintes, como el palo de Campeche, cuyo color tiene: su fruta del mismo color es del tamaño de una azeytuna gruesa; quando está madura, tiene un sabor agradable, y se extrae de ella una especie de aguardiente.

No hago mencion de otros muchos árboles y plantas raras que observé aquí, por no fastidiaros con su enumeracion; este país proporcionaria á los Bótanicos nuevas especies para enriquecer esta ciencia. Ví tambien en este bosque dos especies de gazelas, una aguila pequeña con un gran penacho en la cabeza, y otras aves raras y curiosas.

Nada de particular nos sucedió en este acampamento: todas las noches experimentabamos una tempestad, que nos incomodaba poco, porque teniamos adonde acogernos, y duraba pocas horas; pero al cabo de quatro dias levantamos el campo, y proseguimos nuestro viage. Mis Hotentotes segun su costumbre de dar á los lugares el nombre de algun suceso notable, llamaron al kraal que dexabamos, *campo de la mortandad*, por el estrago que habian hecho los Colonos en los Cafres. Dirigimos derechamente hácia el Este, y atravesamos un terreno, cuya yerba habia sido quemada: la nueva que iba retoñando nos proporcionó una alfombra de-

liciosa para caminar. A cada paso encontrabamos gazelas, y como llevabamos abundancia de provisiones, no disparabamos contra ellas: estos animales se reunian en tropas, y se quedaban parados mirándonos pasar: el calor era tan excesivo, y la transpiracion tan abundante en estas gazelas, que se formaba una nube de vapores sobre aquellas manadas inumerables. De camino maté tantas perdices que bastaron para comer toda mi gente, y no paramos hasta despues de cinco horas de fatigas. Sobrevino la tempestad acostumbrada, y nos sirvió pára refrescarnos: todo este país estaba lleno de huellas de bueyes, aunque algo antiguas: yo estrañaba que un terreno tan ameno estuviese enteramente desierto, sin que se encontrase un solo Cafre; pero Hans me dixo, que el espanto habia sido general, y que todos se habian retirado tierra adentro. Yo desconfiaba de encontrar ningun kraal, aunque habiamos andado ya mas de treinta léguas, á no ser que encontrasemos algunas èspias, que para seguridad de los aduares, rondasen por las cercanias.

Siguiendo nuestro camino, vimos una tropa de gazelas perseguida de diez y siete perros salvagès, y aunque piqué á mi caballo para alcanzarlos, perdí bien pronto de vista á todos estos animales. En esto se levantó á veinte pasos de mí una abestruz; presumien-

do que estaria empollando sus huevos, fuí al parage de donde se habia levantado, y encontré once huevos aun calientes, y otros quatro apartados á dos ó tres pies del nido. Acudieron mis compañeros, y rompiendo un huevo de los calientes, hallamos que el pollo estaba enteramente formado, y pronto para romper la cáscara. Yo creí que todos los huevos estarian empollados, pero uno de mis Gonaqueses me aseguró que los quatro, que estaban separados del nido, estarian frescos, y que podia comerlos como un gran regalo. De este Gonaqués supe un hecho, que ignoraban mis Hotentotes, igualmente que los Naturalistas, puesto que ninguno lo refiere; es á saber, que la abestruz coloca siempre á corta distancia de su nido cierto número de huevos, proporcionado á los que destina para la incubacion: estos huevos, como no son cubiertos por las abestruces, se conservan frescos por mucho tiempo, y el instinto de las madres los destina para el primer alimento de sus pollos. Repetidas experiencias me han convencido de la verdad de este hecho, y siempre que encontraba nidos de abestruces, veia huevos separados de él como en este primero.

Luego que hicimos alto junto á una laguna formada de las aguas de las tempestades, cada qual guisó los huevos de la abestruz á su modo: á uno que destinaron para

mí, le rompieron la cáscara, é introduciendo en él un poco de manteca, lo pusieron á asar entre el rescoldo: meneando y revolviendo uno y otro con una cuchara de madera, me hicieron un plato delicioso, que equivaldria á dos docenas de huevos de gallina, del qual á pesar de la voracidad de mi apetito, y de lo delicado de su gusto no pude comer mas que la mitad. Mis compañeros, sacando los pollos de los huevos que les habian tocado, hacian de lo demas sus tortillas, que me causaban asco, creyendo que estarian corrompidos; pero habiéndolas probado, no hallé ninguna diferencia en el gusto del que yo habia comido.

Por la noche tuvimos un gran sobresalto: el continuo ladrar de nuestros perros nos hizo estar alerta, y lo que mas temor nos causaba era que no percibiamos ningun ruido que pudiese excitar tanto ardor en los perros. No pudiendo provenir de ninguna fiera, la qual precisamente se hubiera descubierto al cabo de algun tiempo, sospechamos que seria alguna emboscada de Salvages. Amaneció, pero no se sosegaron nuestros temores: registramos todo el terreno y no pudimos hallar rastro de persona humana. No pudiendo averiguar la causa de la inquietud de nuestros perros, proseguimos nuestro camino, sin sucedernos cosa particular.

Hans me habia advertido, que á cosa de tres leguas de allí encontrariamos el aduar de los Cafres, que habian ido á visitarme, y yo deseaba mucho verle, porque era uno de los mas antiguos; y como aquel sitio era muy cómodo, siempre habia estado habitado por Salvages, cuya tribu debia ser numerosa. Para evitar todo peligro, mandé que nadie disparase ningun tiro á la caza, y tomando varias precauciones para no ser sorprendidos, descansamos aquella noche. Nuestro sueño no fue interrumpido: al amanecer, Hans marchó delante con dos de mis Hotentotes, citándolos yo para un sitio distante una legua del kraal, y mandándoles que viniesen á darme parte de todo lo que ocurriese. Al cabo de dos horas volvieron muy tristes á participarme que habian hallado el aduar en muy buen estado, pero que estaba absolutamente abandonado como los otros: entonces proseguí mi camino, y tomamos posesion de aquel nuevo imperio. El kraal era grande y espacioso: hallamos mas de cien chozas muy antiguas y de construccion sólida, repartidas del modo ordinario: los habitantes sin duda se habian sobresaltado sin fundamento, pues no encontramos ningun estrago ni cadaver. Habian dexado en una de estas chozas dos azagayas, cuyo hierro estaba amohecido, y en otra un delantal de muger, algunos instrumentos de madera para la labranza, y

otras vagatelas de poca importancia, todo lo qual me apropié. Los sembrados de trigo no presentaban, como los del otro aduar, el aspecto de la desolacion, al contrario parecia que la cosecha se habia cogido con mucha tranquilidad. Resolvimos detenernos allí dos ó otres dias, para enviar algunos emisarios á lo lejos, y exâminar si en las cercanías encontrabamos algunos Cafres. Yo sabia muy bien que dirigiéndome hácia el Norte, iria á parar al centro de la Cafreria, lo que siempre procuraba evitar, prefiriendo el llegar por largos rodeos, no arriesgándome sino á proporcion de los peligros que advirtiese, y de los conocimientos que adquiriese en el camino.

Todas nuestras pesquisas y astucias fueron inutiles, y por ninguna parte pudimos distinguir á ningun Cafre. No disimularé que segun mis preocupaciones, y las ideas del luxo de los Monarcas Asiáticos habia pensado que encontraria alguna imagen de aquella pompa en los estados de un Rey de los Cafres. Esto me habia inspirado al principio el mas vivo deseo de ver al Rey Faró; pero mi curiosidad no tenia ya el mismo motivo, desde que los Cafres que habian ido á visitarme á mi campo, me dixeron que este hombre sin ninguna comitiva particular habitaba como qualquier otro de

sus subditos una choza, que no era mayor ni mejor adornada que las demas: que podia, como otro qualquiera, llegar á la mayor pobreza, si se introducia alguna epidemia en sus ganados: que sus subditos no le pagaban ningun tributo ni impuesto, y que no tenia derecho para apropiarse la menor cosa de ellos: en una palabra, que este Rey no era mas que un simple Caudillo como el de los Hotentotes: que la unica diferencia entre este Caudillo y los otros, era que éste mandaba á una nacion mas numerosa, y que su empleo era hereditario; pero que privado por otra parte de toda decoracion exterior, y de todo el aparato del trono, no tenia mas que un poder muy limitado.

En virtud de estos informes mi imaginacion habia rebaxado mucho las ideas brillantes que al principio se habia formado del Rey de los Cafres: no pudiendo pues adelantar nada con verle, y desconfiando de poder encontrarle, todos mis deseos se dirigian hácia el navio naufragado. Segun la relacion de mis Cafres, no habia desesperado de salir con mi intento; dirigia mis pasos hácia la costa, lisongeándome con la esperanza quimérica de que podria tener noticias mas positivas de aquellos infelices.

No encontramos por todas partes mas que chozas desiertas ; ningun habitante , ni huellas humanas se ofrecieron á nuestra vista : al contrario , el búfalo , la gazela , y todo género de caza abundaban en los parages por donde pasabamos , lo qual prueba mejor que todos los discursos , que los Cafres no son tan cazadores como los Hotentotes , que no se alimentan de esperanzas como éstos , y que cuentan mas con sus sembrados y ganados , que con los recursos de su habilidad y destreza en el manejo de la azagaya y maza corta. Varios elefantes que descubriamos , no nos dieron lugar para acercanos á tiro. Desde mi partida de Kokskraal habia yo formado una coleccion tan considerable de aves , que ya no sabia donde colocarla , aunque me embarazaba más por su volumen que por su peso.

Al cabo de unos ocho dias atravesamos el rio que habiamos seguido hasta allí para evitar las montañas estériles y muy escarpadas , que se presentaban á nuestra vista. Despues nos vimos obligados á torcer hácia el Sur , porque no encontrando ningun camino practicado , las circunstancias y el terreno determinaban unicamente nuestra marcha.

Es probable que no exîstia ningun Cafre en todo el terreno que habiamos an-

dado hasta entonces, porque los fusilazos que disparabamos de quando en quando, ya en el camino, ya en nuestros campamentos, debieran haberlos descubierto, y atraerlos hácia nosotros, supuesto que son tan poco tímidos. Pero no todos eramos de un mismo parecer sobre este particular, que era el asunto de nuestras conversaciones: unos pretendian que habia Cafres, pero que hallándose con pocas fuerzas no se atrevian á presentarse; otros sostenian que no los habia, supuesto que no nos habian asaltado; pero quando se trataba de la conducta que debiamos observar si los encontrabamos, todos disparataban formando los planes de defensa mas ridículos é impracticables. Yo solo era de parecer, que debiamos recibir la primera descarga del enemigo sin corresponder, y procurar por medios de dulzura llegar á explicarnos antes de servirnos de nuestras armas, que nos darian seguramente la victoria, si nos veiamos precisados á recurrir á ellas. Yo no dudaba que este medio surtiria buen efecto si nos atacaban de dia, pero si lo hacian de noche, era cosa muy diferente. Con las miras prudentes de acomodarme con los Cafres, veia en tal caso dificultades insuperables; y á fin de evitar toda desgracia, habia tomado el partido de que durmiésemos siempre á cincuenta pasos

de mi tienda, sobre la qual cuidaba de dexar tremolar mi bandera, que se descubria desde muy lejos: este ardid á lo menos nos ponia á cubierto de la primera sorpresa.

No se interrumpian por eso nuestras cacerías y excursiones: el agua cada dia era menos abundante, y yo empezaba á concebir grandes temores. Un dia que estaba nublado, lo qual nos proporcionó una marcha cómoda y agradable de seis horas, observé que mi Kees se paró de repente, y dirigiendo la vista y la nariz hácia el lado de la costa, arrancó á correr seguido de todos mis perros, sin que ninguno de ellos ladrase: admirado yo de un movimiento tan nuevo y estraño, sin advertir nada que pudiese atraerlos con tanta singularidad, metí piernas á mi caballo para alcanzarlos. ¡Quál fue mi admiracion quando los hallé al rededor de una cristalina fuente, que distaba unos trescientos pasos del lugar de donde habian arrancado! Hice señal á mi gente para que se acercasen, y nos acampamos cerca de aquella fuente prodigiosa, que inmediatamente recibió el nombre del admirable Kees que la habia descubierto.

No omitiré ocasion ninguna de hacer mencion de los grandes servicios que me hizo varias veces el maravilloso instinto de

los animales que llevaba conmigo, pues me han librado de varias situaciones peligrosas, en que sin duda hubiera perecido. Jamas he dudado que el Criador dió á los hombres facultades superiores á los brutos, aun para estos descubrimientos; yo mismo (y creo que no dudareis de mi veracidad) despues de haber pasado cinco ó seis meses en los desiertos y bosques, quando á imitacion de mis Salvages, volvia el rostro á una y otra parte, habia logrado llegar á sentir y adivinar como ellos, ya un rio, ya una laguna, y jamas dexabamos de descubrirla.

Resuelto á pasar la noche junto á la fuente de Kees, hice descargar todos mis vagages. Antes de anochecer hubo un fuerte aguacero que duró poco, y apenas cesó, nos pusimos á cazar. A pocos pasos de mi campamento, vi levantarse dos serpientes de un color amarillo dorado, muy comunes en las Colonias, conocidas con el nombre de *Kooper-Capel* (1). Luego que me vieron levantaron sus cuellos erguidos, hinchándolos

(1) Esta es quizá la especie de serpientes que designa Mr. Paterson con el nombre de *serpiente amarilla*, como se verá al fin de este Quaderno. La descripcion que hace de ella Mr. Vaillant hace sospechar que Paterson no la habia visto, y que es fábula lo de la bolsa de veneno que dice tiene en la boca.

prodigiosamente, y silvando de un modo terrible. Yo sabia que la picadura de estos reptiles es mortal, y que la propiedad que tienen de lanzarse los hace mucho mas temibles: disparé un tiro, y maté á una de ellas, la otra se metió en un agujero. Cogí la serpiente muerta, que tenia cinco pies y tres pulgadas de largo, con nueve pulgadas de circunferencia en su mayor grueso. Ademas de una infinidad de dientecillos muy agudos y dificiles de distinguir, que guarnecian su boca, tenia á cada lado de la mandíbula superior un aguijon de cinco lineas de largo, que podia alargar ó retirar á su arbitrio como las garras de un gato. Mis Hotentotes la arrancaron uno de los aguijones, y como yo gustaba de oirlos discurrir sobre la historia natural, (quizá porque encontraba mas verdad en sus toscos discursos, fundados en la experiencia, que en las ingeniosas especulaciones de nuestros sabios) les hice sobre esta serpiente varias preguntas, á las quales respondieron de un modo mas satisfactorio de lo que yo esperaba. Hiciéronme observar entre otras cosas, que aquel aguijon hueco era el conductor que derramaba el veneno en la herida que hacian. Lo mismo sucede, si no me engaño, con la serpiente llamada *bociminga*, ó serpiente de cascabel, que se encuentra con

mucha freqüencia en la América meridional.

En esta ocasion observé el grande horror que tienen los monos á estas serpientes: no era posible hacer á Kees que se acercase á esta serpiente, aunque habia espirado del todo: para divertirme, logré atársela á la cola, y entonces como á cada movimiento suyo la serpiente se movia igualmente, es facil de conocer que saltos daria el pobre mono, y que furor mostraria mientras tuvo atado á la cola á aquel fatal enemigo.

Luego que cerró la noche, advertimos á lo lejos una hoguera, que segun podiamos conjeturar, debia de estar sobre la cumbre de alguna montaña á cosa de tres leguas de distancia. A pesar de esta distancia, de la qual no teniamos certeza, mis Hotentotes creian descubrir las sombras de algunos hombres que cruzaban por delante de la hoguera, y mi anteojo me convenció bien pronto de que tenian razon. ¿Pero serian Cafres? ¿Serian aquellos feroces Bossismanes, enemigos comunes de todos los hombres, ladrones de oficio, con los quales no hay que esperar ningun convenio? Esta ultima opinion se nos hizo mas probable, porque los Cafres nunca habitan en las cumbres de los montes; por lo qual tomamos la precaucion de apagar nuestras hogueras, y pasamos lo

restante de la noche no sin alguna inquietud.

Nuestro primer cuidado al amanecer fue el descubrir mas positivamente el lugar de la hoguera, y quienes eran los que la habian encendido. Pareciónos que el fuego estaba ya apagado, porque no descubriamos humo por ninguna parte, y como no teniamos punto fixo á donde dirigirnos, nos exponiamos al peligro de meternos en algunos desfiladeros donde podiamos perecer facilmente. Sin embargo, como mis Hotentotes, bien persuadidos de que no eran Cafres, motraban menos repugnancia de proseguir el camino hácia aquella parte, resueltos á todo lo que pudiese suceder, levantamos al punto el campo, y marchamos hácia las montañas.

Tuvimos que atravesar un bosque muy espeso de Mimosas, y dimos un largo rodeo para evitar otro igual que se nos presentaba á la vista: cubiertos de sudor y polvo nos detuvimos al cabo de seis horas de una marcha muy penosa, junto á una laguna que por fortuna encontramos. Uno de mis perros que se habia fatigado mucho siguiendo la caza, estuvo á pique de perecer, y á no haber sido por uno de mis Hotentotes que se arrojó al agua y le sacó, sin duda hubiera muerto. Refiero esta cir-

cunstancia, que por lo menos os parecerá indiferente, para prueba de un hecho, que solamente he observado en Africa. Luego que un perro muy sufocado se arroja al agua, muere poco despues, si no se le socorre á tiempo. En una cacería que hice con Mr. Boers, un gran lebrel iba delante de nosotros como unos cien pasos: metióse en un arroyo que debiamos atravesar despues de él, y quando llegamos, acababa de espirar.

Luego que descansamos un poco, envié algunos Hotentotes á descubrir hácia el lugar de la hoguera que tanto nos habia sobresaltado la noche anterior. En menos de una hora tuve noticia de sus pesquisas, pues llegó uno de ellos corriendo á decirme, que habian descubierto una tropa de Cafres que iban caminando. Al punto nos conduxo á Hans y á mí por rodeos y atajos, poniéndonos en un sitio desde donde nos convencimos de la verdad de su relacion: vimos en efecto diez Cafres que conducian tranquilamente unas vacas, y como nada debiamos temer de tan corto número, nos pusimos en un parage cercano donde nos pudiesen ver. El primer movimiento de los Cafres al vernos con nuestros fusiles, fue echar á huir; pero gritándoles Hans en su lengua, que podian acercarse con confianza, se detuvieron.

Marchó á hablarles; y luego que les persuadió que yo era amigo de los Cafres, se acercaron á mí todos: recibilos con mucho cariño, presentándoles la mano, y saludándoles con el *tabé*: su miedo se desvaneció luego que vieron mi barba, porque ya tenian noticia de mí por los Cafres que me habian visitado en Koks-kraal. Uno de ellos era conocido de Hans, que le habia tratado en su país: lleveles á todos á mi campamento, y les regalé tabaco y aguardiente. Señalarónme mi bandera, para darme á entender que se hallaban bien informados de mis circunstancias, y estrañaron no ver todos mis carros y gente; pero no conviniendo darles á entender la causa verdadera de esta falta, les dixe que no habia intentado mas que hacer una corta excursion por su país, para tomar lengua, y poder recorrerle despues con mas facilidad.

Mostraron mucha ánsia por saber en donde se hallaban actualmente los Colonos, y si los buscaban todavía, en una palabra, quales eran sus intentos. Sobre esto les dixe lo que convenia: yo habia visto á todos los Colonos retirados en Bruintjes-Hoogte manteniéndose sobre la defensiva con no menos temor de los Cafres, que el de éstos respecto de ellos. Mis nuevos huespedes me informaron, que para llegar á los aduares de su nacion

mas cercanos tenian que andar todavía cinco jornadas largas ; y así calculando la distancia entre los Colonos y los Cafres, que me parecia de unas 60 leguas, podia sin engañarlos disminuir su temor, y hacerles creer, que los Colonos no estaban en disposicion de ir á buscarlos. Esto sosegó sus recelos: los pobres Cafres no podian menos de excitar mi compasion considerando su infelicidad. Jamas habian sido tan molestados, como lo eran á la sazon : ademas de las pérdidas que habian padecido de hombres y ganados por parte de los Colonos, padecian tambien grandes daños por parte de los Tambukis, nacion vecina, que aprovechándose de su infeliz situacion, se introducian en varios cantones de la Cafreria, y degollaban á todos los que encontraban. Así, oprimidos por ambas partes, y sin tener fuerzas para defenderse de estos dos enemigos, se retiraban lo mas que podian, internándose hácia el Norte. Otro tercer enemigo, que eran los Bossismanes, no menos terrible que los otros dos, los asesinaba y robaba donde quiera que los encontraba.

Segun lo que estos Cafres me refirieron, estrañaba que se hubiesen alejado tanto de sus aduares, vagueando al acaso, sin saber adonde dirigirse : dixerónme que al tiempo de la primera invasion de los Blancos, ha-

bian hecho retirar precipitadamente y con la mayor confusion todos sus ganados ya hácia la costa del mar, ya á otros parages escabrosos de la Cafreria; pero que no oyendo ya hablar de nuevas hostilidades, se habian arriesgado á ir á buscar sus ganados dispersos. En efecto, habian recogido unas treinta reses, y preguntándoles por la hoguera que habiamos visto, me dixeron que ellos la habian encendido, pero que no habian descubierto las nuestras, lo qual los hubiera inquietado mucho. Hiceles algunas preguntas sobre el navío que habia naufragado, y no hicieron mas que repetirme lo que me habian dicho los otros, esto es, que efectivamente habia perecido en las costas de la Cafreria. Segun estas noticias juzgué que esta desgracia habria sucedido mas allá del pais de los Tambukis á la altura de Madagascar hácia el canal de Mozambique. Añadieron, que sin saber las demas dificultades que se podian encontrar, pasados sus límites, para llegar á aquel parage, era preciso atravesar varios rios y entre otros uno demasiado ancho para poder pasarle á nado, ó bien subir mucho hácia el Norte para encontrar un vado. Añadieron que se habian visto muchos Blancos entre los Tambukis; que ellos mismos habian trocado algunas mercaderías con los mismos Tambukis, y principalmente cla-

vos sacados del navío naufragado; pero que como al presente estaban en guerra con aquella nacion, no podian adquirir por su medio el hierro de que tenian tanta necesidad; y seguidamente me suplicaron les diese alguna porcion de este metal, estrivillo comun de estos infelices, en lo que no podia complacerlos.

Para suavizar la dureza de esta negativa les repartí todo lo que llevaba conmigo, ya de quincalla, ya de tabaco: rogáronme aceptase un par de sus bueyes, pero les respondí que lejos de pensar en disminuir el corto número de su ganado, desearia hallarme en otra situacion para aumentarlo. Esta generosidad les hizo la mayor impresion, porque miran á todos los Blancos como á los hombres mas perversos y malignos del universo. Con aquella timidez ingenua que aun teme ofender al mismo á quien alaba, me dixeron con las expresiones mas enérgicas, que yo me parecia al único *hombre de bien* de mi especie, que habian conocido. Hábian visto á este *hombre de bien* algunos años antes junto al rio de los Bossismanes, quando ellos habitaban allí, antes de que los Colonos los arrojasen de aquel parage; y me dixeron que era un hombre, que viajaba como yo, por pura curiosidad. No me costó dificultad el conocer que habla-

ban del Coronel Gordon: mostraron la mayor alegría quando les dixe que era amigo mio, y me encargaron, que quando volviese al Cabo, le hablase á su favor, para que se interesase con el Gobierno, haciéndole una relacion verdadera de su miseria y del cruel abandono en que los habian puesto sus perseguidores.

Pasé todo aquel dia conversando con mis Cafres instruyéndome en todo lo que podia interesarme sobre sus costumbres, usos, religion, y modo de vivir. Hallé que todas sus respuestas eran conformes con lo que me habian dicho los primeros que traté en Kokskraal, y me referian con igual ingenuidad y candor las cosas que les hacian poco honor, como las favorables. Aun mis Hotentotes los hallaban tan pacíficos y seguros, que me suplicaron les permitiese permanecer entre ellos aquella noche.

Luego que amaneció, mientras que los Cafres hacian sus preparativos para marcharse, junté á mis Hotentotes para discurrir con ellos. Las reflexîones que esta familiaridad con unos Salvages á quienes temen mas que á las fieras, les habria sugerido, y las conversaciones mutuas que habian tenido, luego que yo me retiré, habian acabado de resolverme. No queriendo dexarles el mérito del partido mas prudente que debiamos tomar en

las actuales circunstancias, y deseando inspirarles ideas de prudencia y serenidad, que me serian útiles para mis proyectos ulteriores, les dixe, que segun lo que habian oido decir á los Cafres sobre las dificultades de pasar adelante, con peligro de ser acometidos por los Tambukis y Bossismanes, que recorrian la Cafreria, habia resuelto volverme á Koks-kraal; pero que permitia me dixesen libremente su parecer. Conocí que esta proposicion les habia agradado en extremo: despues les declaré, que en llegando á Koks-kraal, no me detendria mas tiempo que el necesario para arreglar mis colecciones, y volverme al Cabo.

Antes de separarme de mis Cafres, repartí entre ellos y mis Hotentotes casi todo el tabaco, sin reservar mas que el preciso hasta volver á mi campamento, y despidiéndonos, ellos tomaron el camino hácia el Norte, y nosotros hácia el Sur.

Resolví dirigir mi marcha hácia el Ouest, bien seguro de que encontraria el rio Groot-Vis, y siguiendo su corriente podiamos llegar en breves dias á nuestro campamento. En efecto al cabo de tres dias, en que no nos sucedió ninguna cosa notable, llegamos á la deseada orilla del Groot-Vis. Esta marcha tan precipitada habia fatigado á nuestros vagages y á nosotros mismos; y así para

descansar, y ver si descubria alguna cosa en sus cercanias, determiné descansar allí un dia. No pasabamos ningun cuidado por lo que hace al agua, la qual no podia faltarnos hasta llegar á nuestro campo, pero no sabiamos quanto tiempo gastariamos en llegar á él siguiendo su curso, pues seria posible que las altas montañas y otras circunstancias del terreno precisasen á este rio á dar largos rodeos antes de desembocar en el mar. Acordabame de haber leido, que los rios, quando corren por lo interior de las tierras á larga distancia del mar, siguen una direccion casi recta; pero quando se acercan al mar, van formando varios giros y rodeos, por lo que presumia podiamos detenernos demasiado en nuestra marcha. Sin embargo, seguimos la corriente del Groot-Vis sin ningun embarazo por espacio de tres dias, y al quarto descubrimos la alta montaña que estaba próxîma á nuestro campo Esta vista excitó grandes gritos de alegría: ibamos á hallar en breve á nuestros compañeros, ganados, y todo lo que poseiamos! Con estos alegres pensamientos aceleramos el paso, y llegamos por la noche algo tarde á nuestro campo sin que nos hubiesen descubierto. Todo estaba en el mayor sosiego; pero no pude gozar del placer de sorprender con mi impensada venida á mis gentes,

porque el ladrido de los perros los puso á todos alerta: acudieron á ver la causa, reconocieronnos por la voz, y corrieron á abrazarnos con las mayores demostraciones de regocijo: hasta los animales parecia que participaban de la comun alegría, y principalmente no podiamos desprendernos de los perros, que nos aturdian con sus saltos y ladridos. Pero lo que mas me sorprendió fue el ver que mi familia se habia aumentado considerablemente, porque luego que yo me ausenté, una porcion de Gonaqueses separándose de su aduar, habian venido á establecerse en el parage en que estuvieron alojados los Cafres, y habian construido otras nuevas chozas. Dixerónme, y yo lo conocí por el órden admirable que reynaba en mi campamento, que todo habia estado tranquilo durante mi ausencia, y que todas sus conversaciones habian sido sobre nosotros. El honrado Swanepoel me dió muy buenos informes de la conducta de cada uno de ellos: dixome, que habiéndose pasado los primeros quince dias sin tener noticias de mí, no habia podido menos de concebir algunos recelos, y que habia temido no volveria á verme hasta el Cabo, creyendo que á no ser que yo encontrase obstáculos insuperables, proseguiria adelante hasta que me faltasen municiones.

No puedo negar, que habiendo estado privado por espacio de un mes de las comodidades de mi campo, experimenté la mayor alegría al verme en él. ¡Qué satisfaccion no fue la mia al ver la fidelidad y afecto de aquellos buenos Hotentotes tan tímidos y débiles, á quienes yo habia dexado abandonados á sus propias fuerzas! Debiendo darles alguna prueba de mi agradecimiento, anuncié en alta voz, *que era Sábado*, y esta declaracion que corrió bien pronto de boca en boca, acabó de dar el mayor realce al regocijo de los mios. Esta circunstancia exîge una explicacion, y voy á darosla con el mayor gusto, porque el recuerdo de estos momentos deliciosos, en que gocé en medio de aquellos desiertos de unos placeres desconocidos de los hombres en sociedad, no se aparta de mi memoria, y hace que en medio de las comodidades de la vida urbana eche menos la tranquilidad de ánimo que allí gocé.

Al marchar del Cabo, me olvidé de llevar un almanaque, sin embargo, para fixar el tiempo, y que mi dìario fuese exâcto, señalé treinta dias á cada mes. Como no dexaba pasar ninguno, sin anotarlo en mis apuntamientos, me era muy indiferente el distinguir las semanas, y conocer cada dia por su nombre; pero habia establecido re-

partir á mis Hotentotes sus raciones de tabaco todos los Sábados. Si alguna vez, por no tomarme la molestia de consultar mi diario, les preguntaba en que dia estabamos, ya sabia qual habia de ser su respuesta, pues segun su cómputo, siempre era Sábado, de suerte, que cotejando mi diario al cabo de quince meses de viaje, hallé que siete ú ocho de estos Sábados no tenian semana.

Vime, pues, como antes, rodeado de mi numerosa familia, y mientras que todos hasta las Gonaquesas fumaban su pipa al rededor de una grande hoguera, y se saboreaban con su doble racion de aguardiente, yo volví á mi antiguo régimen de la crema y del thé, que nunca me faltó mientras estuve en mi campo.

Hableles al dia siguiente del camino que pensaba tomar para volver al Cabo: ya estaban todos informados de esta resolucion, porque antes de volver á mi campo, habia dicho á mis compañeros, que no me detendria en Koks-kraal mas que el tiempo necesario para preparar nuestros vagages, y que nos dirigiriamos hácia las montañas de la nieve, torciendo aun mas hácia el Oueste, para volver al Cabo. Yo sabia que este plan á nadie agradaria, porque al atravesar aquellos desiertos áridos y secos, cada uno de nosotros debia recelar varias desgracias;

pero deseando yo con impaciencia reconocer las curiosidades naturales de aquel pais, habia resuelto irrevocablemente atravesarle á toda costa. Así que la declaracion que hice entonces á mis compañeros fue una astucia, para que desde luego se acomodasen á mis ideas, lo qual seria fácil á los fieles Hotentotes y Gonaqueses que me habian seguido á la Cafreria, y quando estos volviesen á mi campo, darian parte á sus compañeros de mi resolucion, y les persuadirian á no oponer ninguna resistencia.

En efecto, luego que yo les propuse el plan de mi viage, no experimenté la repugnancia que habia recelado: conocí que toda mi gente cansada de tantas fatigas llevaba á bien que tomasemos qualquier camino, con tal que nos conduxese al Cabo. Sin embargo, el tránsito por las montañas de Sneuw-Bergen, guarida de los Bossismanes, hacia temblar á algunos de mis compañeros, aun los mas alentados. Fixé mi partida para dentro de ocho dias á fin de tener tiempo para componer mis carros, lo qual exîgia bastante tiempo: tambien era necesario gastar algunos dias en arreglar y colocar mis colecciones, principalmente la que habia hecho en la Cafreria, y apuntar en mi diario las observaciones que habia hecho sobre esta nacion. Mis Hotentotes se

emplearon todo este tiempo en los trabajos que yo les habia mandado, para habilitar mis carros, y yo me encerré en mi tienda, para formar la relacion de mi viage, mientras las especies se conservaban frescas en mi memoria (1).

Antes de concluir esta carta, quiero comunicaros las noticias que he adquirido acerca de los venenos del reino animal y vegetal que produce esta parte del Africa, de los quales hacen un cruel uso algunos de sus habitantes, como ya os he insinuado. Como esta es una de las partes mas interesantes de la historia natural, añadiré aquí algunos hechos, que he tenido ocasion de observar durante mi mansion en el Africa y en las Indias Orientales, en donde como es notorio, así el reino animal como el

(1) Para completar todo lo perteneciente á estos paises, he tenido por conveniente añadir lo siguiente, que he sacado del viage de Mr. Paterson al país de los Hotentotes, y á la Cafreria en los años 1777, 78 y 79. Este viage de Paterson es un itinerario seco y estéril, del qual no he podido sacar ninguna noticia importante acerca de los usos y costumbres de estos Salvages, pues unicamente ocupado en buscar objetos de Botánica, apenas hace mencion de los hombres; lo poco que dice, es muy vago, y nada añade á las curiosas é interesantes noticias de Mr. Vaillant. . . . .

vegetal abundan en producciones dañosas á la naturaleza humana.

La *serpiente de cuernos* ó *cerasta* es la mas venenosa de todos los reptiles: es de color pardo, y tendrá como unas diez y ocho pulgadas de largo. Su cabeza es muy aplastada, y demasiado grande á proporcion de su cuerpo. Encima de los ojos tiene unas escamas pequeñas, que los naturales del país en que se encuentran estos animales, llaman cuernos, y de aquí la han dado el nombre.

Esta serpiente, tan justamente temible, porque su picadura siempre es mortal, abunda en el país de los Bossismanes, y Namaqueses (1) que prefieren su veneno á todos los otros, para envenenar sus saetas. Los Bossismanes no crian ganados, y se mantienen unicamente de lo que cazan ó roban, por lo qual se aprovechan del medio que les ofrece la naturaleza en estas serpientes de cuernos para duplicar las causas de la muerte en sus saetas, á fin de asegurar mejor su presa y defenderse de sus enemigos, que lo son todos los habitantes del país. Quando se ven aquejados del hambre, ba-

(1) Paterson llama *Boshmans* á los que Vaillant Bossismanes, y da el nombre de *Nimiquas* á los que Vaillant llama *Namaqueses*.

xan freqüentemente de sus montañas para robar los ganados de los Hotentotes y de los Colonos ; á no ser por sus saetas envenenadas les seria imposible resistir á los que los persiguen, pero con estas armas regularmente matan á sus enemigos, ó les hacen unas heridas de que curan con mucha dificultad.

Los Bossismanes preparan este veneno machacando toda la serpiente, hasta que la reducen á una masa consistente, semejante á una goma, y entonces pegan un poco de esta masa con unos nervios sutiles á la punta de sus saetas, en cuyos ángulos hacen unas puntas encorbadas, para que al entrar en el cuerpo y al sacarlas, despedacen la carne, y se comunique mejor el veneno.

No contentos con emplear así este veneno, lo mezclan á veces con otros, y hacen una composicion que llaman *veneno podrido*, el qual produce inmediatamente la gangrena, segun me han asegurado, pero causando poco dolor. Una Holandesa, que se dirigia hácia el Cabo, habiendo sido acometida por una quadrilla de Bossismanes para robarla sus ganados, fue herida en un hombro con una flecha envenenada: el efecto del veneno fue tan pronto, que antes de que esta muger llegase al Cabo,

la gangrena la habia corrompido todo el hombro y el pecho, de suerte que fue imposible curarla. Este hecho y algunos otros de la misma especie, han llegado á mi noticia por relacion de varios Colonos, de cuya verdad no salgo por fiador, pero puedo asegurar que en el Cabo nadie pone la menor duda en la rápida actividad de este veneno. Muchos Hotentotes mueren de la picadura de las serpientes, pero yo he visto algunos que habian sanado, aunque segun me dixeron, no usan de otro método para curarse, que el cauterizar con fuego inmediatamente todo el lugar de la herida.

La serpiente llamada en este pais *Kouseband* es uno de los reptiles mas venenosos de esta parte del Africa, principalmente es muy peligrosa para los Viageros, porque como es del color de la tierra, es muy dificil de percibir. Esta serpiente es delgada, y no tiene mas de diez y ocho pulgadas de largo: yo presumo que es la misma que la que en las Indias Orientales llaman Coura-Manila. Dicen que su picadura mata de repente; pero como en cada vez que pica pierde parte de su veneno, hay ocasiones en que estas picaduras no son tan mortales. Yo tuve la ocasion de ver en los baños calientes de las cercanías del

Cabo, un Colono que habia sido mordido en el pie por una de estas serpientes: á poco de haber sido mordido, metió el pie en agua fria, muy impregnada de sal, y sintió mucho alivio. Quando yo le ví, hacia dos años que cojeaba por causa de aquella picadura, y quando hacia algo de exercicio se le hinchaba la pierna considerablemente; pero el uso de los baños calientes le hacia experimentar un alivio momentaneo.

La *serpiente amarilla*, que no se distingue sino en el color de la *Coura-Capela* de las Indias Orientales, es tambien muy comun en esta parte de Africa. Pero aunque es muy venenosa, es menos temible que las otras, porque su tamaño y su color brillante la hacen distinguir desde lejos: esta serpiente tiene desde quatro hasta ocho pies de largo. Por lo comun se la encuentra en los agujeros de las ratas, porque se alimenta principalmente de estos animales, y despues de haberlos devorado, se anida en sus madrigueras: por lo qual los Viageros deben cuidar de no dormir en los parages donde haya de estas madrigueras de ratas.

Los Hotentotes se aprovechan del veneno de la serpiente amarilla, arrancándola una bolsita que tiene en la boca, la

qual contiene un licor con que untan los nervios sutiles que atan á las puntas de sus flechas.

La *culebra hinchada*, que ha recibido este nombre por la facilidad que tiene para hincharse con tanto exceso, que suele tener un pie de circunferencia, es de un color pardo, y tendrá como unos tres pies de largo. Ademas de ser mas gruesa que todas las serpientes de estas regiones, tiene una cabeza enorme y aplastada: los dientes que contienen su veneno, son cortos, y tienen una pulgada de largo. La culebra hinchada es muy temible para los animales: uno de mis caballos fue mordido en la boca por uno de estos reptiles, y murió al cabo de dos dias.

La culebra llamada *iaculo* por los antiguos, porque tiene la propiedad de lanzarse como una saeta, es muy peligrosa, pero poco comun. Su color es negro con manchas blancas; tiene tres ó quatro pies de largo, y un grueso proporcionado. El Coronel Gordon me contó que el año de 1775 vió á dos esclavos jóvenes que corrian perseguidos por una de estas serpientes, y que al punto que iba á lanzarse á ellos, la mató de un balazo por medio del cuerpo.

La *serpiente nocturna*, que es la mas be-

lla de todas, no tiene mas que unas veinte pulgadas de largo, y es en extremo delgada. Está cubierta su piel de anillos negros, roxos y amarillos, y por la noche mirada de cerca, parece de fuego. Los Hotentotes la llaman *matadora de hombres*, por el mucho estrago que hace con su veneno.

He aquí las seis especies de serpientes que he visto en este pais, y creo que aun habrá otras que no he podido observar: los Colonos me hablaron de otra que llaman *Spoog-Slang*, esto es, *serpiente escupidora*, porque dicen que lanza su veneno, y que se vuelven ciegos los que son tocados de él.

El *escorpion negro* es casi tan venenoso como qualquier serpiente: yo ví en las cercanías del Cabo á un Colono que habia sido picado en el pie por uno de estos animales, y murió en muy pocas horas. El Doctor Syde, Médico del Cabo, que habia visto á muchos picados de escorpiones, habia experimentado no hay mejor remedio contra su veneno que el aceyte. Los Hotentotes ponen la parte picada por el escorpion junto al fuego lo mas cerca que pueden aguantar, y afirman que este cauterio es el remedio mas seguro.

No debo omitir una anécdota acerca de la picadura de las serpientes que observé en la India Oriental. Una brigada se alo-

jó en Bengala en unas casas que hacia mucho tiempo no se habitaban: bien pronto se encontró á algunos soldados muertos, sin que se pudiese sospechar la causa, pero luego se descubrió que habian sido mordidos por serpientes. Buscándolas, se halló gran número de ellas en los agujeros de las paredes, que eran de tierra, y mataron muchas de ellas. Los soldados pusieron despues muchos ajos y cebollas en sus quartos, y no volvieron á ver mas serpientes.

Es muy necesario para los Viageros el llevar varios antídotos contra las picaduras de los animales venenosos, porque corren mucho peligro en semejantes paises. Como regularmente tienen que dormir muchas veces en el suelo, corren riesgo de ser mordidos por estos animales, porque acuden al calor del hombre que duerme, y al revolverse es muy facil apoyarse sobre las serpientes que irritadas pican: yo he visto á veces algunas de estas serpientes en las camas.

Aunque hay pocos paises en el mundo en donde se hallen tantas yerbas venenosas como en esta parte de Africa, los Viageros no deben tener tanto miedo á los vegetales como á los animales, porque es muy facil evitar el peligro de aquellos. Yo no

conozco mas que quatro plantas, que se emplean comunmente para la destruccion de los hombres y animales.

La primera es una grande planta bulbosa llamada, *amarillis disticha*: la llaman tambien *veneno rabioso*, por las violentas convulsiones que causa en los animales heridos con flechas untadas con este veneno. He aquí como le preparan los Hotentotes: cogen la cebolla ó bulba al tiempo que empiezan á brotar las hojas, y cortándola transversalmente, extraen un licor espeso, que exponen al sol hasta que adquiera la consistencia de una goma. Ya he dicho el modo con que impregnan sus flechas con sus venenos por medio de los hilitos de nervios que atan á sus puntas. Los cazadores se valen de la *amarillis disticha* quando quieren matar animales, cuya carne han de comer: estos animales así heridos pueden correr aun muchas millas, y á veces no mueren hasta el dia siguiente, aunque el veneno haya penetrado en las partes musculares de su cuerpo. Los ganados son muy aficionados á las hojas tiernas de la *amarillis disticha*, y mueren muy pronto, por lo que se cuida de apartarlos de los parages en que se cria esta planta.

La segunda planta venenosa es una especie de *euphorbia*, que se cria en el pais

de los Bossismanes, y en el de los grandes Namaqueses. Su goma sirve para envenenar las flechas; pero emplean mas comunmente esta misma planta para envenenar las fuentes adonde van á beber las fieras; por lo que el Viagero que discurra por estos paises debe exâminar bien el agua que bebe. Esta *euphorbia* crece hasta la altura de quince ó veinte pies, y produce muchos ramos guarnecidos de espinas muy fuertes. Los naturales de este pais cortan la quantidad de ramas que creen necesaria para los animales que quieren destruir, y las ponen en un hoyo que abren de intento, al qual conducen el agua, cuidando de cubrir el manantial. Los animales no pueden menos de acudir á beber en estos charcos emponzoñados, porque se encuentra muy poca agua en aquellos parages.

El unico animal que he visto emponzoñado de esta suerte, era una zebra: apenas se habia apartado una milla del charco en que habia bebido, cayó muerta. Los Hotentotes me aseguraron que todos los animales que bebiesen de aquella agua, moririan del mismo modo, y que sin embargo su carne se podia comer sin ningun peligro.

El tercer veneno vegetal se saca de una especie de Rh*us*, que no se halla sino por la parte del rio de Orange. Dicen que este

veneno es muy activo: los que le preparan tienen gran cuidado de taparse los ojos, porque si tocase en ellos la menor gota, quedarian ciegos sin remedio. De este veneno hacen uso tambien para untar las flechas.

En fin, la quarta especie de veneno vegetal es una nuez que produce un pequeño arbusto, á la qual llaman *veneno de lobos*, porque sirve principalmente para matar á las fieras, y es el único veneno de que usan los Colonos del Cabo. Despues de haber tostado estas nueces, como se hace con el café, las muelen hasta reducirlas á polvo, y con él rocían algunos pedazos de carne, ó algun animal muerto, que arrojan por los campos. Las fieras acuden por lo regular á devorarlos, y se las encuentra muertas al dia siguiente.

Fin del Quaderno XX.



EL VIAGERO UNIVERSAL.

QUADERNO VEINTE Y UNO.

CARTA LXXXIV.

Continuacion de la Cafreria.

Si he de juzgar de los Cafres por los que he visto, son generalmente de estatura mas alta que los Hotentotes, y aun que los Gonaqueses. Seméjanse mucho mas á estos últimos, pero son mas robustos, valientes y atrevidos: su figura es tambien mas agradable: no se observa en su fisonomía aquella prominencia de los juanetes de la cara, ni aquella estrechez de la barbilla, que hacen tan desagradable el rostro de los Hotentotes. Tampoco tienen la cara ancha y aplastada, ni los bezos gruesos como los Negros de Mozambique, sus vecinos: una fisonomía redonda, la nariz no muy chata, la frente espaciosa, y los ojos grandes, les dan un aspecto agradable y franco; y si nuestras preocupaciones nos permitiesen prescindir del color, he visto mugeres entre los

Cafres, que pudieran pasar por bellas al lado de las mas lindas Europeas. No se afean el rostro, arrancándose el pelo de las cejas como los Hotentotes, pero se pintan mucho el cuerpo, principalmente la cara: sus cabellos muy crespos, jamas estan grasientos; pero se untan lo restante del cuerpo con grasa, para conservar la suavidad del cutis, y la agilidad.

Por lo que hace á los adornos, los hombres son generalmente mas esmerados que las mugeres: gustan mucho de las sartas de cuentas de vidrio, y de los anillos de cobre: casi siempre van adornados con brazaletes de marfil en los brazos y en las piernas. Para hacer estos brazaletes de los colmillos del elefante, cortan varias rodajas de ellos por la parte que tienen hueca, dexando á estos anillos naturales mas ó menos grueso: por consiguiente no necesitan mas que de pulirlos por lo exterior; y como estos grandes anillos no pueden abrirse, es preciso que pueda pasar por ellos la mano para meterlos en los brazos, por lo que siempre les vienen muy holgados, y se mueven continuamente unos sobre otros. Quando se ponen á los niños de estos anillos mas estrechos, se va llenando el hueco al paso que van creciendo, de suerte que con el tiempo les vienen muy ajustados, y esta circunstancia es un luxo que lisonjea mu-

cho á los que han llevado este adorno desde su juventud ó niñez. Tambien hacen collares de huesos de animales ensartados, á los quales saben dar la mayor blancura y el mejor pulimento: algunos se contentan con el hueso entero de una canilla de carnero, y este adorno hace muy buen efecto, colgándole sobre su pecho, así como un lunar en el rostro de una muger hermosa: los Gonaqueses usan del mismo adorno. A veces substituyen á este hueso un cuerno de gazela, ó alguna otra cosa, segun su capricho; y creo que se verian en sus adornos tantas variedades y extravagancias como en Europa, si tuvieran los mismos medios y arbitrios para variarlos: son bastante constantes en sus trages, porque no pueden variar con otras telas las pieles con que se cubren. Parece que son menos recatados que los Hotentotes, porque no usan de jakales para cubrir sus vergüenzas; la bolsa de piel que se ponen en aquella parte, no contribuye nada á su decencia, y parece que mas bien lo llevan para defenderse de los mosquitos é insectos, que por otra causa, pues no les importa que se les caiga. Ví un Cafre que en lugar de esta bolsa de cuero llevaba un estuche de madera labrada, moda nueva y ridícula que habia traido de un pueblo de Negros distante de la Cafreria. En la estacion de los

grandes calores los Cafres van siempre desnudos, sin conservar mas que sus adornos: en tiempo de frio llevan un kros de piel de becerro ó de buey, que llega hasta el suelo.

Lo mas particular, que quizá no se verifica en ninguna otra parte del mundo, mereciendo por esto particular atencion, es que las Cafresas no se cuidan absolutamente del adorno. Quizá esto consistirá en que como son mas bellas y bien formadas en comparacion de las demas Salvages, tendrán la presuncion de creer que no necesitan de estos adornos, los quales se suelen emplear mas bien para ocultar imperfecciones que para dar realce á la hermosura: qualquiera que sea la causa de este abandono, lo cierto es que no se ve en ellas el aparato para ataviarse que en las Hotentotas. No usan tampoco brazaletes de cobre: sus pequeños delantales, que son aun mas cortos que los de las Gonaquesas, estan adornados con algunas sartas de vidrio, á lo qual se reduce todo su luxo. La piel que las Hotentotas llevan pendiente de la cintura, sube en las Cafresas hasta debaxo de los sobacos, se la aseguran al pecho, y las cubre esta parte. Llevan tambien como los hombres, sus kros ó mantos de pieles, pero siempre raidos, y no lo usan sino en tiempo de frio ó de llu-

vias. Estas pieles son tan suaves como nuestras mas finas telas, y las curten lo mismo que los Hotentotes. En ningun tiempo ni estacion se cubren la cabeza ninguno de los dos sexôs : alguna vez he visto una pluma enlazada en sus cabellos, pero este adorno es muy raro.

Las precauciones de las Cafresas en sus partos é incomodidades periódicas son del todo semejantes á las de las Gonaquesas y Hotentotas. Sus ocupaciones diarias se reducen á labrar vasos de barro, que trabajan con igual destreza que sus maridos : las que estuvieron en mi campamento, habiendo encontrado en aquel terreno una arcilla propia para esta manufactura, se aprovecharon de la ocasion para hacer cazuelas y otras vasijas para su uso. Quando se marcharon no se descuidaron en llevar gran porcion de aquella arcilla, cargando de ella sus bueyes. Las mugeres son tambien, como ya he dicho, las que fabrican aquellos cestillos tan singulares : ademas de esto, preparan los campos para sembrarlos, removiendo la tierra con una especie de palas de madera.

Las chozas de los Cafres, mas espaciosas y elevadas que las de los Hotentotes, tienen tambien la forma mas regular, que viene á ser una media naranja perfectamente redonda. Las hacen de ramas enlazadas

y unidas, porque deben durar mucho tiempo; despues las cubren por dentro y fuera con una especie de argamasa bien mezclada y batida. Estas chozas tienen un aspecto de aséo, que no se advierte en las de los Hotentotes: la única puerta qúe hay en ellas, es tan estrecha y baxa, que es preciso entrar arrastrando en ellas. Esta costumbre me pareció al principio extravagante, y mas absurda que la de los Hotentotes; pero como estas chozas no sirven mas que para pasar la noche, es así mas facil defenderse dentro de ellas de las fieras, y de sus enemigos. El suelo está cubierto de la misma argamasa que las paredes; en el centro hacen un hogar redondo, y rodeado de un cerco de barro, de tres ó quatro pulgadas de alto, para contener el fuego, y preservar la choza de incendios. Al rededor de la cabaña abren un canal de pie y medio de ancho con igual profundidad, destinado para que en él se recoja el agua, y por este medio las chozas estan preservadas de toda humedad. Yo he visto en diferentes Cantones mas de setecientas chozas, y jamas he observado ni una sola quadrada como algunos han escrito: no hay duda que os importará poco el saber si las chozas de estos Salvages son quadradas ó redondas; pero he tenido por conveniente hacer esta observacion contra los

que afirman lo contrario, para que conozcais que no vieron muchas cosas de las que describen.

Como las tierras de los Cafres son mucho mas fértiles que las de los Hotentotes, ya por su naturaleza y posicion, ya por los muchos arroyos que las riegan, de aquí es que los Cafres no solo son pastores, sino tambien labradores, en los quales oficios se ocupan quando los dexan tranquilos. El territorio en que nacen es el mismo en que mueren, sin mudarse de un parage á otro, como los pueblos puramente pastores, á no ser que sean acometidos, no solo por sus crueles perseguidores, sino tambien por alguna de aquellas plagas desoladoras, que destruyen hombres y animales, y que en breve tiempo cubren de luto todo un pais. Una habitacion agradable y sólida, situada junto á un arroyo, en medio de un campo desmontado, que han heredado de sus padres, basta para enriquecer el idioma Cafre con el dulce nombre de patria, que no conocerá jamas el indolente y errante Hotentote.

Sin embargo, he hecho una observacion, que aunque parezca estraña, no dexa de ser cierta y general. A pesar de los montes y bosques soberbios que cubren la Cafreria; á pesar de los magníficos pastos que se elevan hasta cubrir los ganados que

en ellos pacen ; á pesar de los rios y arroyos que se cruzan en todas direcciones para hacer aquellos campos fértiles y amenos, los bueyes , vacas , y casi todos los animales son allí mas pequeños que los de los Hotentotes. Esta diferencia proviene sin duda de la naturaleza de la yerba : yo he hecho esta observacion no solo en los animales domésticos de los Cantones que he visitado , sino tambien en los salvages , los quales he visto constantemente mas pequeños que los que he observado en los paises secos y áridos. En mi viage á los Namaqueses , que no habitan sino sobre peñas , y en un terreno el mas ingrato quizá de toda la Africa , he notado que tienen los bueyes mas grandes y hermosos que he visto , y hasta los elefantes é hipopótamos eran mas grandes que en ninguna otra parte. El poco pasto que se encuentra en estos parages detestables , es de un gusto muy dulce y suave : està qualidad de las plantas se distingue facilmente , para cuya averiguacion me valia de un medio infalible al llegar á un nuevo Canton. Quando mi ganado volvia de pacer , hacia yo juicio de lo ácido de las yerbas por el ansia con que se esparcia por el campo , para buscar por todas partes los huesos que mis perros habian abandonado , y royéndolos se aliviaban de la dentera que la acrimonia de las yerbas

les habia causado. Por esta causa jamas echabamos al fuego los huesos ; y quando estos faltaban, veiamos que iban á roer la leña seca, las piedras, y á falta de todo esto, unos á otros se roian los cuernos : quando los pastos eran dulces, nada de esto hàcian.

Una industria mas perfeccionada, algunas artes de primera necesidad, un poco de cultura, y algunas ceremonias religiosas manifiestan que los Cafres son una nacion mas civilizada que las del Sur. Practican generalmente la circuncision, sea que la hayan conservado de pueblos antiguos, de quienes han degenerado, sea que la hayan recibido de alguna otra nacion vecina : lo cierto es que no conservan memoria del origen de esta ceremonia, y quando se les pregunta sobre esto, no saben dar razon, bien que aseguran no la practican por motivo de religion. Tienen una opinion muy alta del supremo Criador de todas las cosas, y de su poder : creen que hay otra vida, y que en ella los buenos son premiados y los malos castigados : pero no tienen idea de la creacion : piensan que el mundo siempre ha exîstido, y que durará eternamente. Por lo demas no tienen ningun culto exterior, ni sacerdotes, y ellos mismos instruyen á sus hijos. Pero no les faltan impostores con el título de mágicos, á quienes temen y respetan mucho, como en todas las naciones ignorantes. Es gran lás-

tima, que su situacion y circunstancias actuales no les puedan proporcionar la instruccion en nuestra santa Religion, que creo no hallaria por su parte obstáculos para comunicarles sus luces!

Los Cafres son gobernados por una especie de Rey, que viene á ser un simple caudillo: su poder, como ya he dicho, es muy limitado, y como no percibe ningunos tributos ni rentas, no puede mantener tropas. Se le considera como á un padre; no le reverencian ni le temen, pero le aman. Regularmente es mas pobre que la mayor parte de sus subditos, porque como puede tener todas las mugeres que quiere, la manutencion de éstas agota su tesoro, que consiste en sus ganados y cosecha. Su choza no es mas alta ni mejor adornada que las demas: junto á ella tiene su familia y su harem, lo qual compone un grupo de 12 á 15 chozas: las tierras que las rodean, son las que él cultiva por lo comun. Es costumbre general el recoger cada qual su propia cosecha, y disponer de ella á su arbitrio: los granos son el alimento mas apreciable de los Cafres, y para comerlos, los muelen entre dos piedras. Esta es la razon de ocupar tanto terreno un aduar de Cafres, porque como cada uno quiere tener á mano las producciones de su campo, establecen sus chozas en medio de ellos, y por poco nume-

rosa que sea la tribu, ocupa mas de una legua quadrada, lo que no sucede entre los Hotentotes ni Gonaqueses.

Esta distancia entre unos aduares y otros exîge que se elijan caudillos para cada uno de ellos, y el Rey es el que los nombra. Quando tiene que comunicarles alguna cosa importante, los convoca y les da sus órdenes, las quales son comunicadas por los caudillos á cada uno de sus aduares.

Las armas de los Cafres, que son la lanza ó azagaya, manifiestan que tienen un caracter intrépido y elevado: desprecian y tienen por indignas de su valor las saetas envenenadas, de que tanto uso hacen sus vecinos: buscan siempre á sus enemigos cara á cara, y no pueden manejar su azagaya sino á cuerpo descubierto. Al contrario, el Hotentote escondido detras de una peña, ó de un matorral, envia la muerte sin exponerse á recibirla: es como un tigre pérfido, que se arroja á traicion sobre su presa: el Cafre es semejante al leon, que anuncia su venida con rugidos, se presenta, acomete, y perece, si no es vencedor. La desigualdad de las armas no les hace titubear, y su valor suple por todo. En la guerra llevan unos escudos de cerca de tres pies de alto, hechos de la parte mas gruesa de la piel de búfalo, y esto les basta para defenderse de las saetas envenenadas y de las aza-

gayas, pero es muy débil defensa contra las balas. Manejan tambien los Cafres con mucha destreza otra arma no menos temible que la azagaya, la qual es una maza de dos pies y medio de largo, hecha de una sola pieza de madera ó de alguna raiz de tres ó quatro pulgadas de diámetro en su mayor grueso, y que va en disminucion hácia uno de los extremos: hieren con ellas de golpe, ó las arrojan al enemigo á distancia de quince ó veinte pies: rara vez yerran el tiro, y he visto á uno de estos Salvages matar con una maza á una perdiz al levantar el vuelo.

El poder soberano es hereditario en la familia del Rey, y siempre le sucede el primogénito; pero á falta de herederos varones, heredan no los hermanos del Rey difunto, sino sus sobrinos mas cercanos. En caso que el Soberano no tuviese hijos ni sobrinos, se elegiria el Rey entre los caudillos de las varias tribus: á veces ha habido sediciones para esta eleccion, y de aquí se han originado escenas sangrientas.

La poligamia es usada estre los Cafres: sus casamientos son aun mas sencillos que entre los Hotentotes. Los padres del novio se dan siempre por contentos de la eleccion de muger que hace: los de la novia suelen ser algo mas escrupulosos, pero rara vez ponen grandes dificultades. La boda se celebra con banquetes y regocijos: duran los

bayles por semanas enteras, mas ó menos, segun las riquezas de las dos familas. Estas fiestas no se hacen sino en las primeras bodas; las demas se hacen, por decirlo asi, á la sordina.

Los Cafres no son mas diestros en la música, ni tienen otros instrumentos, que los Hotentotes: solamente ví entre ellos una especie de flauta muy grosera que no merece atencion. Sus danzas son tambien tan sencillas, y de la misma naturaleza que las de los Hotentotes, excepto que no observé en ellos aquella especie de paso Inglés.

Quando muere el padre, los hijos varones y la madre reparten entre sí la herencia; las hijas nada heredan, y permanecen con su madre ó hermanos hasta que encuentran marido. Quando se casan en vida de sus padres, no llevan mas de dote que algunas cabezas de ganado, á proporcion de las riquezas de unos y otros.

Regularmente no entierran á los muertos: los cadáveres son transportados fuera del kraal por la familia, y los echan en un hoyo abierto y comun para toda la tribu, adonde acuden las fieras para devorarlos. Los honores de la sepultura no se conceden sino al Rey, y á los caudillos de cada tribu: cubren sus cadáveres con un monton de piedras en forma redonda, y de aquí proviene aquella multitud de montecillos que se

veían antiguamente colocados en una misma línea en las cercanias de Bruintjes-Hoogte, dominio antiguo de los Cafres.

No he podido conocer el caracter de los Cafres relativamente al amor, y no sé si son zelosos: lo único que puedo decir es, que no conocen esta pasion sino relativamente á sus semejantes, pues ceden voluntariamente sus mugeres á qualquier Blanco que las apetece, mediante una corta recompensa. Hans me dixo varias veces que todas las que habian venido á mi campo, estaban á mi disposicion: ellas me hacian delante de sus maridos varias caricias para atraerme, y éstos nada estrañaban sino la frialdad y sequedad con que yo rechazaba constantemente sus solicitaciones.

No quiero detenerme mas en especificar otras particularidades menudas: lo dicho basta para mostrar hasta que grado se diferencia una nacion de otra vecina, quando no hay entre las dos mas comunicacion que la que proporcionan las guerras sangrientas, y las eternas enemistades.



CARTA LXXXV.

Continuacion de los Hotentotes.

Llegó en fin el dia señalado para nuestra partida: exâminé con cuidado mis carros y ganados: arreglé mis nuevas colecciones, y me dispuse para la marcha. Esta noticia de mi partida se habia esparcido entre nuestros vecinos los Gonaqueses: bien pronto ví llegar á mi campo toda la tribu: Haabas venia delante, y le seguian hombres, mugeres y niños, á despedirse de nosotros, y pasar en nuestra compañía dos dias, en lo qual tuve un placer increible. El buen Haabas me presentó quatro ó cinco Gonaqueses de otra tribu, distinta de la suya, que habiendo oido hablar de mí, habia diputado á estos quatro para que me suplicasen fuese á visitar su kraal. Respóndiles que por entonces no podia ser, por tenerlo todo dispuesto para mi viage, pero que quando volviese á aquel país, tendría presente su convite y los visitaría.

Durante este espacio de los dos dias, todos los Gonaqueses y Hotentotes se entregaron á todo género de diversiones y regocijos: no se escaseó mi aguardiente, ni el aguamiel que Haabas habia hecho prevenir

y traer consigo. Pero la bella Narina y su hermana no participaban de la comun alegría, ni de estas inocentes orgias: principalmente Narina estaba cubierta de melancolía, y la tristeza la desfiguraba el semblante. Procuré consolarla lo mejor que pude: la colmé de regalos, y añadí otros muchos para su madre, hermana, y todos sus amigos; en una palabra, me deshice entonces de todas mis bujerias y alhajas. Pero el adorno no era lo que ocupaba en este momento el corazon de Narina.... Yo regalé á Haabas y á los demas de su tribu todo lo que pude darles sin privarme de todo recurso para lo restante de mi viage: principalmente les repartí tabaco con profusion, sin reservar mas que lo preciso para los mios, durante mi vuelta.

Despues llamando á Haabas á parte le exhorté con la mayor ternura á que siguiese mis consejos para salvar su tribu: procuré persuadirle, que la aparente tranquilidad de los Colonos reunidos en un mismo parage ocultaba alguna nueva traicion; y como su kraal estaba precisamente situado entre los Colonos y los Cafres, serian los suyos víctimas de unos y otros. Prometióme alejarse de allí luego que yo hubiese partido, lo que no habia hecho antes, por tener el placer de despedirse de mí; pero añadió, que si llegaba á serenarse la guerra, vendria á

establecerse en mi mismo campamento en memoria de su amigo y bienhechor.

Quando llegó el punto de mi partida, no podré pintar la consternacion de aquellos pobres Gonaqueses: pareciales que quedaban abandonados, y que ya lo habian perdido todo, perdiéndome. Tampoco podré pintar lo que pasaba en mi interior: habia dado la señal de marchar: toda mi gente, carros y ganados iban ya marchando: yo seguia el ultimo con paso lento, llevando mi caballo de la brida. No volví la cabeza atrás, ni pude pronunciar una sola palabra, desahogando con lágrimas la opresion de mi corazon. ¡Oh, mis buenos amigos, ya no volveré á veros jamas, pero será eterna en mí vuestra memoria!

El calor era excesivo, y sin embargo caminamos seis leguas largas, deteniéndonos á la una del dia en un kraal horriblemente destruido: sus tristes habitantes probablemente habian sido sorprendidos y asesinados en aquel mismo parage, pues el suelo estaba cubierto de huesos humanos y de pedazos de cadáveres, del qual horrible espectáculo nos apresuramos á huir. Prosiguiendo nuestro camino, llegamos á las quatro de la tarde á una habitacion abandonada, donde resolvi pasar la noche; pero apenas entramos en ella, sentimos todos una picazon extraordinaria en todo el cuerpo, y descubriéndome

yo el pecho, le hallé cubierto de un enjambre de pulgas, por lo qual hubimos de proseguir adelante hasta la orilla de un arroyo cristalino y ameno, en el qual me arrojé al punto, sin esperar á desnudarme, para aliviarme de aquellos insectos devoradores. Todo mi cuerpo estaba cribado de picaduras, y al salir del baño, Klaas me aconsejó que me frotase todo el cuerpo al modo de los Hotentotes, y habiendo consentido en ello, experimenté el mayor alivio. Os refiero estas menudas circunstancias, para que veais que el uso de frotarse los Salvages con grasa y otros ingredientes no es efecto de un puro capricho, propio de su poca limpieza, sino que la necesidad se lo ha dictado, no solo para conservar la piel flexîble á pesar del ardor del sol y del polvo, sino tambien para defenderse de los insectos. En efecto, mis Hotentotes, en virtud de sus untos, habian sido muy poco incomodados de las pulgas.

Proseguimos nuestro camino sin que nos sucediese cosa particular en los dias siguientes: como era el tiempo en que las Mimosas estaban en flor, y llenas de insectos, acudian á devorarlos infinidad de aves, con las quales aumenté mi coleccion con especies raras y nuevas. Entre otras muchas, distingui una especie de mirlo, cuyo vientre era de color anaranjado, que ademas del pla-

cer de su descubrimiento, me proporcionó la ocasion de conocer la simplicidad de los Hotentotes.

Uno de ellos, llamado Pit, fue el primero que me traxo una de estas aves que era hembra: mandé á este cazador que volviese inmediatamente al parage en que la habia muerto, creyendo que encontraria sin duda al macho; pero el Hotentote me suplicó le dispensase de esta comision. Yo insisti, pero me respondió con rostro afligido, y tono lastimero, que seguramente le sucederia alguna desgracia: que apenas habia muerto á la hembra, el macho le habia seguido repitiéndole sin cesar, *Pit-me wrou, Pit-me wrou.* Debo advertiros que estas dos palabras son en efecto los gritos de este páxaro, lo qual observé mas adelante en varias ocasiones que tuve proporcion de matar algunos de estos mirlos. Las sílabas que pronuncia y que habian causado el mayor asombro á mi Hotentote, son tres palabras Holandesas, que significan, *Pit, ó piedra, mi muger*, y la rara casualidad de su nombre le habia hecho creer, que el páxaro llamándole por su nombre, le pedia su muger. No me fue posible tranquilizar la imaginacion del pobre Pit, el qual se negó constantemente á disparar contra aquellas aves; y si le hubiera sucedido alguna desgracia en el camino, él y sus compa-

ñeros no hubieran dexado de atribuirla á la muerte del mirlo. He aqui, Señora, como se establecen las preocupaciones entre los hombres de todos los paises del mundo.

En un bosque que atravesamos, encontré gran cantidad de una especie de monos cercopithecos con el rostro negro, pero no podia alcanzar á tiro á ninguno, porque saltando de arbol en arbol, de repente desaparecian de mi vista. Sin embargo, una mañana vi unos treinta de ellos sentados sobre las ramas de un arbol, presentando sus vientres blancos á los primeros rayos del sol. El arbol que habian escogido para esto, se hallaba bastante aislado, para que la sombra de los otros no les impidiese el sol: acerqueme con silencio por entre unos matorrales, y corri hácia el arbol antes que pudiesen baxarse. Yo estaba seguro de que ninguno de ellos se habia escapado, pero por mas vueltas que di al arbol, exâminando con la mayor atencion sus ramas, no pude descubrir á ninguno. Senteme á cierta distancia del arbol, atisvando á ver si observaba algun movimiento: al cabo de largo rato vi que uno de ellos alargaba la cabeza para registrar si me habia marchado: disparele un tiro, y cayó muerto. Crei que á este ruido toda la tropa se espantaria, y echarian á huir, pero nada de eso; por mas de media hora que estuve en espera,

ninguno se movió. Cansado de esperar, disparé á vulto hácia las ramas, y cayeron muertos otros dos ; otro que quedó herido, se dexó colgar asido con la cola de una rama, y le acabé de matar de otro tiro. Contento con mi caza, recogi los quatro monos, y apenas me hube retirado á alguna distancia, los vi descolgarse todos del arbol, y escapar con gran precipitacion hácia el bosque, dando grandes gritos. Algunos de ellos iban cogeando, y se arrastraban con trabajo, porque sin duda habian sido heridos, pero no vi que los sanos cargasen con los estropeados, como han escrito algunos Viageros.

Vuelto á mi tienda, exâminé aquellos monos, que son de mediano tamaño: su pelo, que es bastante largo, tiene un viso verdoso: tienen el vientre blanco, y el rostro enteramente negro. Sus nalgas son callosas; esta parte desnuda, asi como las de la generacion del macho, son de un color azul muy bello. Quando yo estaba exâminando estos monos, entró mi Kees en la tienda: creí que iba á dar grandes gritos al ver á sus semejantes, aunque de especie diferente de la suya, pero vi que no temia tanto á los muertos como á los vivos. Mostró quedar asombrado ; despues los fue mirando uno por uno, los volvió y revolvió de un lado á otro, como me habia visto hacer. Juzgué que

mi Kees queria meterse á naturalista, y seguramente no scria el primer mono que lo hubiese hecho, pero otro motivo mas urgente le obligaba á hacer sus investigaciones. Habia descubierto tesoros al tocar las bolsas de la boca de los quatro monos, y le vi irles abriendo las bocas y sacarles las almendras que tenian depositadas en ellas, trasladándolas á la suya.

Detuveme algunos dias en este campo, que era muy ameno, y prosiguiendo mi viage, encontramos unos Hotentotes Salvages, que conducian algunos carneros, y se dirigian hácia su aduar: al cabo de algunos dias que nos detuvimos para componer uno de nuestros carros, pasamos el rio Klein-Vis el dia primero del año de 1782. Los Hotentotes que nada entienden del año solar, están muy lejos de observar ninguna ceremonia en el dia en que empieza para nosotros, como se practíca en los pueblos civilizados, y asi no hubo cumplimientos falsos entre mi gènte.

Al dia siguiente, mientras estabamos componiendo una rueda de un carro, vi á mis Hotentotes hacer grandes demostraciones de alegria: preguntándoles la causa, me mostraron á lo lejos una nube que se dirigia hácia nosotros. No comprendi yo la razón de regocijarse tanto por aquel fenómeno, hasta que la nube estuvo cerca de

nosotros, y vi que se componia de millones de langostas que pasaban á otro país. Habianme hablado de la emigracion de estos insectos, que se juntan todos los años en vandadas inumerables, y pasan de los lugares en que nacen á otros paises lejanos, causando los mayores estragos en los sembrados; pero como esta era la primera vez que las veía, me causó admiracion su increible multitud que obscurecia el ayre: formaban una columna que tendria de dos á tres mil pies de ancho, y habiendo sacado yo mi relox, observé que tardaron mas de una hora en pasar. Volaban tan apretadas, que caian como granizo pelotones de ellas ahogadas; mi Kees las devoraba con mucho placer, y hacia gran provision de ellas. Mis Hotentotes recogieron tambien gran porcion de langostas, como un gran regalo, y me ponderaron tanto su excelente sabor, que al fin me resolví á probarlas. Pero si es cierto, como aseguran, que en Grecia estaban siempre provistos los mercados públicos de estos insectos, que eran la delicia de los golosos de aquel tiempo, confieso de mí que hubiera hecho muy mal papel entre aquellos *achridóphagos*, á no ser que la naturaleza me diese con el gusto de los Griegos una constitucion diferente.

El dia 3 de Enero, dexando á nuestras espaldas la cordillera de montañas de Bruint-

jes Hoogte, descubrimos al norte las de Sneuwberg, que eran las que buscabamos. Aunque era entonces la estacion de los mayores calores, descubriamos todavia nieve en los valles y ondonadas de la cumbre de aquellas formidables montañas. Mientras que yo me divertia en exâminarlas con el anteojo, mis Hotentotes me participaron, que descubrian á lo lejos á un Blanco, lo qual me inspiró el mayor interés, por no haber visto en tanto tiempo á ninguno de aquel color. Este hombre habia hecho un viage muy largo únicamente con el fin de coger sal en un lago situado cerca del rio Swart-Kops: alcancele y estuvimos conversando por algun tiempo. No podia contener sus lágrimas al contarme, que al principio de la guerra de los Cafres, contra los quales jamas habia querido coligarse con los otros Colonos, habian tenido la desgracia, él, su muger, un hijo único y algunos Hotentotes, de ser acometidos de noche por los Cafres, á quienes él siempre habia procurado no agraviar: que en aquella confusion cada quàl habia escapado por donde mejor pudo, ocultándose entre la maleza, pero que habiendo amanecido, encontró á su hijo atravesado de varias lanzadas. La relacion de este desgraciado padre me penetró el corazon de dolor; no me cansé en vanos consuelos; mi aspecto triste y mi melancólico

silencio expresaban mejor mi sentimiento, que todo lo que pudiera haberle dicho. Confesóme sin embargo, que el ódio de los Cafres era fundado; pero que habia sido harta desgracia suya, que los efectos no hubiesen recaido unicamente sobre los verdaderos culpados. Obliguéle á pasar la noche en mi compañía, y le regalé lo mejor que pude.

Proseguimos nuestro camino dirigiéndonos hácia las montañas nevadas ó Sneuwberg, y entre otras singularidades que encontramos de paso, observé que mientras mas nos acercabamos á ellas, era mas intolerable el calor, del qual fenómeno qualquier fisico os explicará la causa. En el corto espacio de pais que acababamos de andar, no habiamos encontrado mas que una manada de gazelas, pero tan numerosa, que ocupaba toda la llanura: era una emigracion de estos animales, cuyo principio ni fin no pudimos descubrir, porque nos hallabamos en la estacion en que estos animales abandonan las tierras secas y pedregosas de la punta de Africa para retirarse hácia el norte, ya á la Cafreria, ya á otros paises frondosos y frescos. El calcular su número en 20, 30 ó 50[2], seria no decir nada que se acerque á la verdad; es preciso haber visto la emigracion de estos animales para creer su inmenso número: nosotros marchabamos por

medio de ellos, sin que se espantasen mucho, pues eran tan poco medrosas, que desde mi carro maté tres de ellas, y sin mucho trabajo hubieramos podido hacer provision para un exército numeroso. La retirada de estas gazelas nos pronosticaba, con mas seguridad que todos los almanakes del mundo, la sequedad del pais que ellas abandonaban, y nosotros ibamos á recorrer.

En una de nuestras marchas por la noche causó la mayor confusion y desórden en mi caravana la invasion de dos leones, que nos seguian: yo retrocedí, y descubriéndolos sobre un cerrillo, disparé contra ellos juntamente con mis cazadores, sin mas efecto que el auyentarlos. Habiendo encendido nuestras hogueras, pasamos la noche tranquilamente: la experiencia de mas de un año de viage por aquellos desiertos habia enseñado á mis ganados y bestias de carga, que al abrigo de las hogueras nada tenian que temer de las fieras, á las quales mostraban tanto temor al principio. Al dia siguiente fui á registrar el parage en que habia disparado á los dos leones; observé las huellas de un leon y las de su hembra, porque las de ésta siempre son mas pequeñas, y siguiendo el rastro por un rodeo, ví que habian rondado muy cerca de nosotros, lo qual me sirvió de aviso para no volver á caminar de noche por aquellos parages, que

segun despues he sabido son los mas peligrosos del Africa.

Ya no veiamos los paises amenos y deliciosos de la Cafreria ; habian ya desaparecido de nuestra vista aquellos abundantes pastos y selvas magníficas, en que nuestra vista se recreaba. Peñascos amontonados y arenales áridos se presentaban todos los dias baxo nuevas y espantosas formas: nos veiamos rodeados por todas partes de rocas escarpadas, cuyas puntas se elevaban de mil maneras extraordinarias, y sus picos inclinados y como pendientes sobre nuestras cabezas nos inspiraban un profundo terror, que nos sugeria las ideas mas melancólicas y los mas tristes recuerdos. Como me habian informado que los Bossismanes tenian sus guaridas en estas montañas terribles, en compañía de los leones y otras fieras, tomé todas las precauciones necesarias para no ser sorprendido.

Mis cazadores que se habian alejado mucho en seguimiento de un rhinoceronte que descubrimos y no pudimos alcanzar, me dixeron que habian encontrado un aduar de Hotentotes Salvages, situado al pie de la montaña. Marché á reconocerle, acompañado de tres cazadores, y á la mitad del camino encontramos cinco de ellos que venian á visitarme á mi campamento. Volviéronse conmigo para conducirme á su kraal,

y apenas llegamos, los niños y muchachos que me vieron, escaparon huyendo y dando grandes alharidos. Este espanto no me pareció natural: quando habia entrado por la primera vez en los aduares de Haabas y de otros Salvages, las mugeres y muchachos, á la verdad, se habian escondido al principio, pero sin mostrar terror ni miedo, y luego se familiarizaban con mi vista. Preguntándoles la causa de este espanto, me dixeron, que hacia poco tiempo que se habian establecido en aquel parage; que habian padecido en Cambdebo su patria mil persecuciones de parte de los Colonos, y que animados contra los Blancos de un ódio cruel y sanguinario, inspiraban á sus hijos este horror, para que se aumentase con la edad, y que se alegraban del ensayo que habian visto en ellos del buen efecto de sus lecciones de venganza. Por lo que hace á los hombres, me recibieron con alegría, sin mostrar el menor recelo, porque desde el dia anterior sabian que iria á visitarlos. El aduar no pasaba de unas ciento y treinta personas; en el camino habia encontrado sus ganados, que se reducian á unas cien cabezas de ganado bacuno, y unas trescientas de lanar, lo qual me indicaba su pobreza. Encontré en efecto á estos miserables ocupados en secar al sol sobre esteras gran porcion de langostas,

á las quales quitaban las alas y pies: como el monton de estas provisiones estaba en su mayor fermentacion, tuve que dirigirme hácia la parte de donde corria el viento, para evitar el hedor pestífero que exâlaban.

No hacia medio año que estos infelices se habian refugiado en este lugar, huyendo de las crueldades de los Colonos, y sin saberlo, se habian expuesto á mayores peligros: ademas de los terribles Bossismanes, que podian descubrirlos á cada momento, tenian que defenderse de las fieras, y particularmente de los perros salvages que les destruian sus ganados. Diles algunos consejos para su seguridad, y juntamente algunos regalos, concertando que al dia siguiente me llevarian algunos carneros, trocándolos por géneros de que tenian necesidad. Quando me disponia para volverme á mi campamento, tuve que meterme en una de sus chozas, para ponerme á cubierto de una horrible tempestad, que descargó de repente sobre nosotros, y duró tres horas largas. A pesar del abrigo de la choza, quedé inundado, y el kraal estuvo á pique de ser arrebatado por los torrentes, que precipitándose de las montañas arrastraban consigo arenas abrasadas, árboles arrancados, piedras y pedazos de terreno desmoronados. El sitio que yo ocupaba, estaba mas bien defendido: desde allí con el agua

hasta la rodilla contemplaba con asombro las cascadas y columnas de agua que se despeñaban con espantoso estruendo de la cumbre de las montañas, y chocándose unas contra otras en su caida, se precipitaban sobre la tierra, formando cúmulos de vapores y espuma. Las riberas de un rio seco que tenia á mi vista, desaparecieron en un momento, y se convirtió en un mar: dexé que se pasase la mayor furia de la tempestad; y receloso de lo que podia haber sucedido en mi campamento, me puse en camino: la lluvia prosiguió toda la noche por intervalos, y como las inundaciones se habian aumentado, los Hotentotes no pudieron venir al dia siguiente á mi campo, pero lo hicieron el dia despues unos veinte de ellos y algunas mugeres que me traxeron algunas reses: yo repartí entre ellos algunas buxerías, y principalmente abundancia de tabaco, que preferian á todo. Esta prodigalidad, que tan poco me costaba, me la recompensaron con otros once carneros.

Un dia que tenia en mi campo muchos de estos huespedes, uno de mis pastores vino á avisarme, que algunos Bossismanes baxando de las montañas se habian acercado demasiado á los ganados; pero que ellos los habian contenido con algunos fusilazos. Klaas y yo montamos á caballo, seguidos de quatro cazadores, y no tardamos en descubrir

trece de aquellos vandidos; pero la rapidez de nuestra carrera y nuestro denuedo los obligó bien pronto á huir. Corrimos á ellos á rienda suelta, disparándoles algunos balazos, pero no pudimos llegar á tiro; sin embargo, me dí por contento con haberlos espantado. Los vimos que por sendas diferentes se emboscaron en la montaña, y desaparecieron todos: yo admiraba la agilidad con que trepaban por las peñas mas escarpadas, á manera de monos; pero no quise tener la imprudencia de perseguirlos hasta sus guaridas, porque sin duda hubieramos perecido. Iban del todo desnudos, y por las huellas conocí que llevaban sandalias. Este ataque nos hizo aumentar nuestras precauciones, y principalmente mis Hotentotes doblaron su vigilancia, porque temen mas á un Bossisman que á un leon.

El calor era tan excesivo, que nada bastaba para defendernos de él: en esta ocasion me fue de mucho refrigerio mi barba larga, mojándola continuamente, y lo mismo mi sombrero chambergo, que humedecia con freqüencia. La sed me devoraba sobre todo, y como la quantidad del agua que bebia, en vez de refrescarme, aumentaba mi calor, tuve que imitar el modo de beber de los perros á lengüetadas; la corta cantidad de agua que bebia de este modo,

bastaba para apagar la sed, y no me incomodaba.

Mientras que permaneciamos acampados en aquel sitio, los leones nos inquietaron poco: los continuos fusilazos que disparabamos por el dia, los hacia alejarse; por la noche los oiamos rugir, pero no se atrevian á acercarse. Las panteras se presentaban tambien al salir el sol y al ponerse, pero á lo lejos; por la noche se acercaban mas, pero nuestros perros nos avisaban con tiempo, y las auyentabamos. Solamente la necesidad es lo que hace atrevidas á las fieras, que naturalmente temen al hombre, y yo creo que se ha exâgerado mucho el peligro que se corre quando se está cercano á ellas: rara vez se encuentra á estos animales en los bosques, porque las dos únicas especies de gazelas, que en ellas se encuentran, no abundan tanto, que basten á satisfacer su voracidad. Prefieren perseguir á las manadas que emigran de un país á otro, y entonces pueden hacer un horrible estrago.

Mis vecinos los Hotentotes, viéndome dispuesto á subir la montaña de Sneuwberg, me aconsejaron que fuese bien prevenido, y no me detuviese mucho, porque los Bosismanes tenian allí mucha gente. Mi intencion no era conducir hasta las cumbres á toda mi caravana; este proyecto insensato

hubiera sido impracticable; limitándome á exâminar algunas de sus cimas con algunos de mis cazadores, durante el dia, me acerqué á la falda lo mas que pude, y establecí mi campamento á trescientos pasos del aduar de los Hotentotes. Esperaba hallar en la eminencia un volcan considerable, que me habian dicho arrojaba llamas y humo, pero no ví cosa que se pareciese á este fenómeno. Con mi anteojo descubrí un país inmenso, que se extendia hácia el norte sin mas límites que el horizonte. Hallaba freqüentemente sobre las cimas de los picos mas elevados, montones de guijarros y de arena: busqué en vano algunas conchas, pero no encontré fragmentos, ni aun rastro de cosa perteneciente á la conchiologia. Sin embargo, aumenté mi coleccion de aves con algunas nuevas especies curiosas, que maté en aquellas alturas.

En todas mis excursiones, que concluia siempre al ponerse el sol, no descubrí Bosismanes mas que una vez: eran tres que atravesaban las faldas de una montaña opuesta á la que nosotros ocupabamos. No se cuidaron de venir á embestirnos, pues no llevabamos cosa que pudiese tentar su codicia, y quizá eran del número de los que habiamos perseguido. Estos vandidos no son, como falsamente han escrito algunos, una nacion salvage particular, que sea natural de

los lugares en que se les encuentra: esta palabra Holandesa *Bossismanes* quiere decir *hombres de los bosques*; y este es el nombre con que los Holandeses, así en Africa como en América, designan á todos los foragidos, que desertan de las Colonias, para librarse del castigo debido á sus delitos; en una palabra, son lo mismo que los que en las islas Francesas se llaman *Negros Marrones*. Así que, lejos de formar los Bossismanes una nacion aparte, como modernamente se ha escrito, no son mas que una tropa colecticia de Mulatos, Negros, Mestizos de todas especies, y algunos Hotentotes y Basters, todos los quales diferenciándose en el color y rostro, se semejan en la maldad: son unos verdaderos vandidos, que viven de robos, sin ningun órden, abandonados á todos los excesos de la miseria y de la desesperacion. Se retiran y pasan su vida en los montes mas escarpados, y en las cabernas mas inaccesibles: desde aquellas alturas estan atalayando á los caminantes y á los ganados descarriados: se arrojan de improviso sobre los caserios y rebaños, degollándolo todo sin distincion, y retirándose con su presa. Pero como los traidores son siempre cobardes, y la presencia de un hombre denodado basta á veces para intimidar á una tropa de estos vandidos, evitan asaltar las habitaciones en que saben está el dueño. El artificio y la as-

tucia, recursos comunes de los cobardes y viles, son los únicos medios que suelen emplear en sus expediciones. En los parages donde las huellas de sus pies bien impresas podrian dar indicio á los Colonos, para que los persiguiesen por el rastro, usan de un ardid particular para ocultar su marcha: si van descalzos, caminan hácia atras, y si llevan sandalias se las calzan al reves. Quando roban una manada considerable de reses vivas, la dividen en varias porciones baxo la conducta de algunos de ellos, á quienes hacen tomar diferentes caminos, y de este modo, si son perseguidos, logran salvar la mayor parte del robo.

Confunden tambien con los Bossismanes á una nacion realmente distinta de los Hotentotes, aunque su pronunciacion tiene algo de comun con la de éstos, pero es diferente, y tiene modismos peculiares. En algunos Cantones se les conoce con el nombre de *Hotentotes Chinos*, porque su color se acerca mucho al de los Chinos que hay en el Cabo, y son como éstos de mediana estatura. Considerada la afinidad de la lengua, me parece que esta nacion, así como los Namaqueses grandes y pequeños, es una casta particular de Hotentotes: y aunque los Colonos confunden á los primeros baxo el nombre general de Bossismanes, lo cierto es, que los Salvages del desierto, que no tienen

ninguna comunicacion con las posesiones Holandesas, no los conocen sino con el nombre de Huzuana.

Esta nacion, como quiera que se la llame, habitaba antiguamente el Camdebo, el Bocque-Weld, y el Rogge-Weld, pero las usurpaciones de los Colonos los han precisado, así como á los demas Salvages, á huir y refugiarse muy lejos: al presente habitan el espacioso país comprendido entre los Cafres y los grandes Namaqueses. De todas las naciones, á quienes la avaricia de los Colonos ha maltratado, ninguna conserva un resentimiento mas cruel, el qual los obliga á tener siempre en la boca la terrible palabra *venganza*, y quando encuentran la ocasion, procuran satisfacer su odio contra los Blancos.

Un dia vino á visitarme uno de mis Hotentotes, que por una casualidad habia descubierto en una Hotentota de aquella tribu una singularidad que no se obsèrva en las demas. Deseando yo convencerme de un hecho de historia natural, sobre el qual hay tantas opiniones, quise exâminar por mis ojos á la Hotentota; pero ni mis súplicas, ni los muchos regalos que la ofrecí, pudieron reducirla á que consintiese en satisfacer mi curiosidad. Al fin los repetidos ruegos de sus parientes vencieron su obstinada repugnancia, para que permitiese la quitasen su

jakal, tapándose ella el rostro con ambas manos por un breve momento en que estuve observando aquella rareza. Vengan ahora los libertinos á querer persuadir que el pudor es una preocupacion, producida por la educacion Europea: yo quisiera que los hombres corrompidos que así pretenden destruir este fuerte antemural de la virtud, hubiesen visto la confusion y vergüenza de esta Hotentota, con lo qual se convencerian de que el pudor es una virtud infundida por el supremo Autor de todo bien, y que todos sus impios sofismas no podrán arrancarla del corazon humano, aunque logren privar de todo pudor á algunos infelices individuos que se dexen seducir y corromper hasta este extremo.

Para destruir la opinion comun de que la naturaleza ha dado á las Hotentotas un delantal natural para ocultar el signo de su sexô, un Autor moderno ha afirmado que esto no era mas que una prolongacion de las ninfas, lo qual habia dado motivo á este error. A fin de confirmar esta errada opinion, atribuye este efecto al calor del clima, á la vida ociosa, á la grasa de que se alimentan las Hotentotas &c. Seria muy prolixo el alegar las sólidas objeciones que hay contra esta opinion: lo cierto es, que si alguna de estas causas ó todas ellas pudiesen producir este raro fenómeno, seria general en todas

las Hotentotas, lo qual es falso, pues en el largo discurso de mis viages y estancia entre los Hotentotes, solamente lo he observado en dos mugeres. No nos fatiguemos, pues, en buscar causas imaginarias para explicar este fenómeno, que no es otra cosa que un capricho de algunas Hotentotas, el qual las ha hecho prolongar, no las ninfas sino los labios, por los mismos medios con que otros Salvages se prolongan las orejas.

Luego que hube concluido mis observaciones y exâminado varios sitios de aquellas montañas, me dí priesa á volver al Cabo, antes que el calor secase los pastos y las pocas aguas estancadas que habia en el desierto que debiamos atravesar. La tribu de Hotentotes nos acompañó para ayudarnos á pasar el rio Juben, y nos sirvieron de mucho para esta dificil operacion: yo les recompensé generosamente sus servicios, y nos separamos al otro lado de este rio.

En el camino encontramos á una tropa de Hotentotes, que iba á juntarse con la tribu que nos habia acompañado: estos nos dixeron, que el país estaba infestado de Bosismanes, lo qual nos obligó á caminar con mas precaucion. Un dia que yo me habia separado para cazar con uno de los mas diestros tiradores, sorprendimos de repente á un Salvage, que andaba buscando nidos

de hormigas, comida que estos hombres estiman mucho. A penas nos descubrió, cogió su arco y aljaba y echó á huir; pero apretando yo á mi caballo le alcancé pronto. Conocí en su confusion y terror que era Bossisman, y aunque pudiera haber castigado en él las atrocidades de esta gente, tuve por mas conveniente perdonarle la vida. Despues que conoció que yo no queria hacerle daño, respondió temblando á algunas preguntas que le hice quejándome de la falta de caza en los parages por donde acababa de pasar. El Bossisman me indicó los lugares en que la encontraria; y despues mandé al Hotentote que me habia alcanzado, le diese parte de su tabaco, y encargándole que él y sus compañeros tuviesen en lo sucesivo mejor conducta, volví la brida al caballo para continuar mi caza. Apenas me alejé como unos cincuenta pasos, quedándose atras mi Hotentote para ayudar al Bossisman á encender su pipa, quando oí que me llamaba á grandes gritos. Vuelvo precipitadamente hácia él, y le veo luchando con el Bossisman, que con una flecha en la mano, hacia los mayores esfuerzos por herirle en la cabeza; el pobre Hotentote tenia el rostro cubierto de sangre. Salto del caballo, arrebatado de cólera, y echando mano de mi fusil, de un culatazo que le dí en el pecho, derribé al traidor en tierra, y mi Hotentote lleno de

furor, cogió su fusil, y acabó de matar á aquel infame asesino. Mi Hotentote horrorizado de su herida, esperaba morir por causa del veneno: el malvado al punto que iban á separarse, le habia herido con la flecha envenenada en la nariz: al principio me pareció peligrosa la herida, pero despues observé que no habia pasado de la superficie, y que solamente habia penetrado la punta de la flecha que no está envenenada, porque el veneno está empapado en unos hilos que estan á la parte inferior del hierro. Labéle la herida con orines, y arrancándome algunos pedazos de mi camisa, se los apliqué mojados en alkali-volatil, de que llevaba un frasquito siempre conmigo. Por mas que procuraba consolar á aquel infelíz persuadiéndole que no corria ningun peligro, no pude disuadirle por el pronto, hasta que el efecto le desengañó. Volví á mi campo, con el mayor sobresalto por el peligro en que me habia visto, pues si el traidor hubiera muerto á mi Hotentote, seguramente se hubiera apoderado de su fusil, y esperándome en alguna emboscada, pudiera haberme asesinado á su salvo. Despues que lo reflexîoné bien, conocí que habia sido gran fortuna mia, que el Bossisman hubiese intentado aquella maldad, que le costó la vida: pues si hubiera vuelto á los suyos, y les hubiese avisado del sitio en que nos ha-

llabamos, no hay duda que nos hubieran acometido á traycion, y hubieramos perecido á sus manos.

Al dia siguiente, habiéndonos puesto en marcha, descubri un nido de abestruz, mayor de lo acostumbrado, que contenia treinta y ocho huevos en un monton, y otros trece distribuidos algo mas lejos, cada uno en un hoyo. Observé que eran de tamaño muy desigual entre sí, y con la curiosidad de averiguar el modo de incubar de estas aves, me embosqué en un matorral á tiro de fusil, desde donde descubria el nido. A poco tiempo vi venir una hembra, que se puso sobre los huevos, y durante el resto del dia que permanecí emboscado en observacion, vinieron sucesivamente otras tres hembras, relevándose unas á otras: una sola permaneció sobre los huevos un quarto de hora, esperándola á su lado otra que habia venido despues. Al ponerse el sol, vino un macho que se puso tambien á empollar los huevos: esta particularidad de las abestruces, que se reunen para empollar en comun sus huevos, merece la atencion de los naturalistas.

Volviendo del nido á mi campo, mis perros levantaron y persiguieron á una liebre, la qual fue á esconderse en las madrigueras de un cerrillo que estaba al paso. Empeñeme en descubrir la liebre, y derriban-

do las piedras que formaban aquella elevacion, no podré expresar el asombro que me causó quando descubri que era un sepulcro de un Hotentote, y que la liebre estaba metida en la cavidad de un esqueleto. Cogi la liebre viva y la solté, lo qual agradó mucho á mis Hotentotes, creyendo que lo hábia hecho por respeto al sepulcro del Hotentote: volvimos á cubrir con piedras y tierra el esqueleto, y ocupamos lo restante del dia en la caza.

Al cabo de algunos dias llegamos á una habitacion ocupada por dos hermanos Negros libres, uno de los quales estaba casado con una mulata: recibieronme con las mayores demostraciones de alegria, y me ofrecieron todos sus haberes. Es preciso ser ingenuo: confieso de mí, que oprimido el corazon con varios sentimientos, recibí con frialdad todos sus obsequios. Veia ya los usos y modales de la sociedad: volvia á ver campos cultivados, muebles, arreglo económico; en una palabra, entraba de nuevo en habitaciones. Tantas comodidades me eran grabosas: volvia mi vista errante hácia los paises que acababa de recorrer, dando sollozos y suspiros: todo huia de mi vista: los torrentes, las montañas, las florestas magestuosas, los caminos intransitables, los aduares salvages, todo desaparecia, todo lo echaba menos, hasta las bestias feroces á

quienes en este momento de delirio atribuia cierta benevolencia hácia mí, producida por el hábito. No sé si estas estravagancias son comunes á los demas hombres: de mí sé decir, que la costumbre y la propension natural me habian transformado en placeres las mas crueles fatigas, en diversiones los mayores peligros, y en espectáculos deliciosos los objetos mas espantosos y terribles.

Prosiguiendo nuestro camino, encontré dos habitantes de Cambdebo, que venian del Cabo: ya hacia mas de un año que no habia tenido noticia de esta ciudad ni de mis conocidos. Tuve el mayor placer en saber que con el socorro de la Francia la Colonia habia sido libertada de toda invasion de los Ingleses, y que permanecia en poder de los Holandeses; pero al mismo tiempo no puedo ponderar la afliccion que me causó el saber que mi amigo y bienhechor Mr. Boers se hallaba enfermo de peligro, y casi desauciado. Esta noticia me acabó de llenar de amargura, y aceleré mi viage todo lo posible. Atravesamos un país el mas árido y penoso de quantos habiamos visto, y al cabo de muchos dias de marcha en que padecimos toda la desesperacion del hambre y la sed, llegamos á la Colonia, en donde tuve el imponderable placer de abrazar á mi amigo Boers ya sano y restablecido. Todas las ideas quiméricas que me habian afligido al

salir del país de los Salvages, desaparecieron: y recobrando la razon su imperio, me hizo conocer, que no habiendo yo nacido para aquella vida errante y precaria, tenia otras obligaciones mas dulces que cumplir, y hallaba otros hombres mas dignos de mi amor y amistad. Despedí á mis Hotentotes, pagándoles generosamente su salario concertado, y los dexé apalabrados para intentar en otra ocasion un nuevo viage.



CARTA LXXXVI.

Continuacion de la Cafreria.

Como he resuelto, Señora, detenerme algunos meses en esta ciudad del Cabo, para descansar de tantas fatigas, arreglar mis colecciones de historia natural, y prepararme para nuevos viages, destinaré parte de este tiempo á extender y coordinar mis relaciones, cuyo extracto os iré remitiendo.

Esta porcion del Africa, que está situada al Sur de la linea, es sin duda la parte menos conocida de los Europeos: ni la infatigable ambicion de los Romanos, ni las empresas atrevidas del comercio han podido hasta ahora superar ciertos obstáculos, ni pasar de ciertos límites. Los Romanos contentos con haber sojuzgado las provincias que estan á las orillas del Mediterraneo y del mar Roxo, consideraron lo restante del Africa como un vasto desierto, inutil para su gloria, y no se cuidaron de sacarla de su antigua obscuridad.

Los Arabes animados por largo tiempo del furor de las conquistas, no extendieron sus armas en estas regiones mas allá que

sus primeros conquistadores, no recorriendo mas que el espacio de seis grados de N. á S. En el siglo XVI la mitad de esta parte del Globo fue conocida por Juan Leon: despues se ha descubierto gran parte de la otra mitad, pero aun queda mucho por descubrir. El comercio y la industria á veces han hecho descubrimientos que habian sido despreciados por la ambicion: de esto nos ofrece un exemplo el Africa, pero por desgracia, este exemplo es limitado. La codicia que tantas veces ha excitado á algunas naciones de Europa á recorrer los mares buscando regiones nuevas y muchas veces imaginarias, no ha pasado de las costas del Africa. El oro en polvo, ó hablando con mas propiedad, las partículas de oro que los rios acarrean de las montañas, el marfil, y sobre todo el cruel tráfico de los infelices Negros atraen á los Ingleses y Holandeses á aquellas costas; pero su curiosidad no se extiende mas allá de la orilla en que comercian, y lo interior del país, que no ofrece sino ganancias inciertas, fatigas y peligros muy formidables, es despreciado, porque es desconocido.

Pero si la ambicion no ha movido á los conquistadores á extender su Imperio por los inmensos desiertos del Africa, y el ansia insaciable de riquezas no ha inducido á los comerciantes á penetrar en aquellos paises abra-

sados, cuya apariencia exterior no presenta una recompensa del peligro de exponerse á las fieras y á los reptiles venenosos; no han faltado otros hombres que por motivos mas nobles han vencido todos estos obstáculos, y han encontrado una justa recompensa de sus trabajos. El admirador de la naturaleza entra aquí en un vasto campo de descubrimientos: halla objetos capaces de interesar á todo hombre de gusto; y en fin descubre en el Hotentote y en el Cafre la sencillez primitiva del hombre, y virtudes que apenas se hallan en los pueblos civilizados.

He querido haceros esta advertencia para que os convenzais de que no es un puro capricho el que me ha conducido á estas regiones, y me las hace tan apreciables. Otros muchos sabios me han precedido en esta loable empresa, y entre otros he trabado amistad en el Cabo con Mr. William Patterson, sabio Inglés, que ha hecho quatro viages al país de los Hotentotes y á la Cafreria. Ha tenido la bondad de comunicarme la relacion de sus viages, y de ella os extractaré algunas particularidades que yo no he podido observar por mí mismo.

»Viajando por la Cafreria, dice Mr. Patterson, descubrimos unas hogueras, y algunas manadas de ganado, y nuestras guias nos dixeron que allí habia un aduar de Cafres. A las ocho de la mañana encontramos

tres Cafres que se mostraron muy asombrados de nuestra vista, porque sin duda eramos los primeros Blancos que habian visto: echaron á huir, y pusieron en consternacion á todo el aduar. Sin embargo, quando llegamos, aquellos buenos hombres, fieles á su invariable costumbre de exercer la hospitalidad, vinieron á ofrecernos leche, y un novillo muy gordo. El aduar se componia de unas cincuenta chozas, construidas á la orilla de un ameno rio, que los Cafres llaman Mugu Ranie. Tenian un xefe de quien eran las manadas de ganado que habiamos visto, y todos los habitantes, que serian unos trescientos, eran súbditos suyos. Se mantienen de leche ó de caza, y no les es permitido matar ninguna res: juntamente tienen huertas, y sembrados de grano, cuyo cultivo está á cargo de las mugeres, cuidando los hombres de apacentar los ganados.

»De aduar en aduar fuimos acompañados por los Cafres hasta que llegamos á la residencia del que es xefe de todos, ó Rey: su casa estaba situada á la orilla de un hermoso rio, que llaman Becha-Cum, esto es, el rio de leche, porque es costumbre general de esta nacion el establecer sus aduares á las orillas de los rios. El Rey tenia para el gasto de su casa un rebaño de cien vacas, y su familia se componia de unos veinte criados que siempre acompañaban al Rey.

Mostró al principio algun recelo por nuestra venida, y despues que en media hora no dexó nos acercasemos, concurrió gran número de Cafres á juntarse con él, los quales le acompañaron hasta su choza. Inmediatamente despues envió uno de sus criados, para convidarnos á que nos acercasemos: yo le ofrecí algunas cuentas de vidrio que admitió sin ceremonia; presentele tambien tabaco, pero mostró que preferia el suyo por ser mas floxo. Por su parte me ofreció una manada de bueyes, y habiendo yo rehusado admitirlos, se mostró vivamente ofendido, y me preguntó repetidas veces: *¿pues qué juicio haceis de nuestro país?* Sin embargo, como yo deseaba desenojarle, admití un buey, el qual maté al punto de un balazo con gran admiracion de unos seiscientos Cafres que se hallaban presentes, y que sin duda no habian oido disparar ninguna arma de fuego. Distribuimos entre el Rey y su comitiva parte de la carne, y para nosotros hicimos cocer una porcion de ella, cuyo gusto era muy superior al del buey de las cercanías del Cabo. El Rey estaba todavia descontento por lo poco que habia admitido de él; por lo qual le pedí algunos canastillos, los quales me dió juntamente con dos azagayas. El Rey que se llamaba Khuta, me instó para que permaneciese en su compañía por muchos dias,

lo qual no pude admitir, y solamente le prometí que me esperaria hasta la mañana siguiente. Como hacia mucho calor, preferimos el dormir á cielo raso, mas bien que en chozas, y durante la noche observé que habia dos centinelas á la puerta de la choza del Rey, que se mudaban de dos en dos horas.

„La amenidad del país nos convidaba á penetrar mas adelante; pero nos detuvo el paso un rio que los naturales llaman Kys-Coma, por lo que hubimos de retroceder. Este pais abunda de una especie de palmas, que tienen unos veinte pies de alto, de la qual hacen pan los Cafres y Hotentotes. Para este fin cogen la medúla, la qual dexan fermentar por algunos dias, y quando está ya agria, la amasan y la cuecen en unos hornillos hechos para este intento. Hacen tambien pan con el trigo del país, que es semejante al de Guinea, pero emplean la mayor parte de este trigo en hacer un licor, que llaman *pombie*, el qual es muy fuerte y embriaga.

„Los Cafres generalmente hablando, tienen de cinco á seis pies de alto: son bien proporcionados, y el modo con que pelean contra los leones y demas fieras, prueba su gran valor. Esta nacion está dividida al presente en dos partidos: los que habitan hácia el norte tienen por Xefe ó Rey á Chata-Bea

ó Tambuki, á quien han dado este nombre, porque su madre es Hotentota de la raza que los Cafres llaman Tambukies. Faroa su padre, tuvo otro hijo llamado Dsirika, el qual reclamó la herencia y autoridad de su padre, porque su madre era Cafresa: por este motivo los dos hermanos se hicieron guerra, y Chata-Bea se vió precisado á retirarse con los suyos á cien millas al norte de Khuta, dondè vive al presente, habiendo formado alianza con los Hotentotes.

»Los Cafres tienen el color tan negro como el cuerbo, y los dientes blancos como el marfil: los dos sexôs se visten igualmente de pieles de buey, que hacen tan suaves como el paño. Los hombres se adornan las cabezas con plumas, melenas de leones, y otros atavios que les sugiere el capricho. Son en extremo aficionados á los perros, y suelen dar por uno un par de bueyes. Su principal cuidado son los ganados, y los acostumbran á responder y á gobernarse por sus silvidos, para lo qual hacen silvatos de hueso ó de marfil. Quando quieren recoger el ganado, tocan el silvato, y es gusto ver venir corriendo á esta señal todo el ganado.

»El temperamento de la Cafreria es muy vario: no llueve sino en el estío, y siempre con tempestad de truenos y relampagos; pero el terreno está bien regado por

muchos rios que baxan de las montañas situadas al norte, y por gran número de fuentes que brotan en el mismo terreno, y cuya agua es excelente. En fin, todo lo que observé en este país manifiesta que es superior á todos los que conocemos en Africa. Los bosques estan llenos de singular variedad de plantas, de las quales algunas crecen así como los árboles, á muy grande altura. Estos bosques son freqüentados por los elefantes, rhinocerontes y búfalos: se halla tambien en ellos gran variedad de aves y mariposas de extremada belleza."

No quiero, Señora, molestaros con un extracto mas prolixo de la relacion de Mr. Paterson, la qual se reduce á un diario instructivo sin duda para los Botánicos y los Geógrafos, pero de muy poco interés para el comun de los lectores: en otra carta os hice la descripcion que este Autor ha hecho de los venenos así del reyno animal como del vegetal, sobre los quales yo no habia podido hacer ningunas observaciones.

No debo omitir el particular instinto de unas aves llamadas *Loxîas*, que he observado en estas regiones. En varias ocasiones os hecho mencion de la *Mimosa*, arbol que abunda particularmente en la tierra de los Namaqueses. Esta planta debe causar admiracion á los Viageros, no solo por su extraordinaria altura, sino tambien por

los varios usos á que está destinada por la naturaleza. Produce gran cantidad de goma clara y transparente, que los naturales del país tienen por un manjar excelente. Sus hojas y tallos son el principal alimento de las Girafas, y sus ramas sirven de asilo á las *Loxîas*, aves que siempre andan en vandadas, y que para anidar prefieren la Mimosa, porque lo liso de su corteza impide la subida á las serpientes y á otros inumerables reptiles, que infestan estas regiones, y juntamente porque el gran tamaño de estos árboles ofrece un vasto recinto á esta Colonia que se multiplica prodigiosamente.

El modo con que las Loxîas construyen su nido, es en extremo curioso, y hay nidos que contienen hasta novecientos páxaros. Se puede decir que todos ellos habitan baxo un mismo techo, porque la parte superior es enteramente semejante al techo de una casa, cubierta de paja ó carrizo. La industria de las Loxîas es igual á la de las abejas: se las ve todo el dia ocupadas en acarrear una especie de yerba particular y muy fina, que las sirve para fabricar su nido, y para hacer los reparos y aumentos necesarios. Aunque no he tenido tiempo suficiente para observar por mi mismo si ensanchan el nido á proporcion que se aumenta la familia, no puedo dudar de este

hecho en vista del gran número de árboles que he visto derribados por el peso de estos nidos, y otros cuyas copas y ramas estaban enteramente cubiertas de ellos. Quando se cae el arbol, que sostiene estas ciudades aereas, las Loxîas se ven precisadas á construir otras nuevas.

Tuve la curiosidad de deshacer uno de estos nidos abandonados, y encontré que la estructura interior es tan ingeniosa como la exterior. Tenia muchas entradas, cada una de las quales conducia á una calle muy regular, y á los dos lados de ella estaban los alojamientos ó nichos, distantes uno de otro como dos pulgadas. La yerba de que se valen las Loxîas para la construccion de sus nidos, se llama la yerba de los Bossismanes, y presumo que estas aves se alimentan con su simiente ó grana: sin embargo, encontré muchas reliquias de insectos en el nido que exâminé.

Varias veces os he hecho mencion de Mr. Sparmann, célebre Sueco que ha hecho algunos viages por lo interior de estos paises, y ha publicado una relacion de ellos muy interesante, principalmente para la Botánica. En el Cabo tuve la proporcion de tratar á este sabio, y ví con gusto confirmadas mis observaciones en todo lo que Mr. Sparmann pudo observar por sí mismo: pero no tuvo la debida precaucion para exâminar con

su acostumbrada crítica las relaciones falsas que le comunicaban los Colonos. Para completar esta relacion del Cabo de Buena Esperanza, voy á haceros un extracto de lo mas curioso que he hallado en el viage de Sparmann.

„En el invierno que pasé en Falsebay, dice este Viagero, ví un gran concurso de navíos de varias naciones, Ingleses, Franceses, y particularmente Holandeses que estaban anclados en la bahía de Simon. Los principales oficiales y pasageros estaban alojados juntos, de suerte que á la hora de comer oí hablar á un tiempo casi todas las lenguas de Europa, juntamente con las que se usan en el comercio de la India, esto es, la Malaya, y un Portugués corrompido, lo qual formaba una confusion semejante á la de la torre de Babel. La diversidád en las costumbres y modales era aun mas estraña; y entre otras lo que mas excitó mi curiosidad fue que al acabar la comida, mientras que las demas naciones estaban en los postres, los Holandeses se calaron sus sombreros, y encendieron sus pipas. Preguntándoles yo, si no tenian esto por grosería, me respondieron que el tabaco era el postre mas exquisito, y que esta era costumbre general en toda la India. Observé en efecto en el Cabo, que los Holandeses tienen siempre puesto el sombrero, aun-

que sea en una visita de cumplimiento, sin que se tenga por grosería.

»Muchas veces nos honraron con su compañía algunas Señoras Inglesas, que competian con los hombres en beber y fumar. Algunas de ellas volvian de la India á Europa, y otras venian de Inglaterra á ver á sus maridos empleados en la India. Tambien habia algunas solteras que iban á buscar maridos á la India, y rara es la que hace al viage en vano, porque siempre encuentran gran número de solteros, que despues de haberse enriquecido en aquellas partes desean casarse, pero no tienen resolucion para ir á Europa á escoger una esposa, ni para casarse con las del país, cuyo color bazo y demas imperfecciones tienen muy poco atractivo para la mayor parte de los Europeos.

»Una de estas Señoritas se habia embarcado destinada para muger de un Gobernador; pero quando llegó á su destino, reusó casarse con él, alegando por motivo, que en el discurso del viage habia dado palabra al Capitan del navío. Este tuvo la vileza de negarse á cumplir su palabra, á pesar de los recelos que tenia la Señorita de que su trato habia tenido resultas serias. El Gobernador correspondió á la franqueza de la Señorita con una conducta muy generosa, pues no llevó á mal que hubiese pre-

ferido al Capitan del navío, mas jóven y conocido de ella, y despues de haber hecho los mayores esfuerzos para que este cumpliese su palabra, no tuvo dificultad en casarse con aquella Señorita.

„En Falsebay se pescan varias especies de peces, pero el que mas me sorprendió fue una trimielga ó rémora, llamada en latin *torpedo*, por el entorpecimiento ó convulsion que causa á los que la tocan. Todos los que hicieron la prueba de tocarla, experimentaron una conmocion eléctrica. De las experiencias que varios sabios han hecho con este pez, resulta que este efecto de entorpecer ó conmover fuertemente al que le toca, es producido por la propiedad eléctrica que posee.

„En una de las excursiones que hice por el país de Paarl, encontré una alqueria, gobernada por un Hanoveriano, á cuyas órdenes habia unos doce esclavos. Felicitándole yo, porque su dulzura y humanidad con los esclavos le tendrian bien seguro del peligro de ser robado y asesinado por los esclavos, como sucede continuamente á muchos Colonos; „bien puede ser, me respondió, pero á pesar de mi bondad, continuamente andan rondando por este país muchos esclavos fugitivos, que roban las alquerias y matan á los Colonos, procurando atraer á su partido á los esclavos. Tambien sucede con freqüencia, que los Negros se vuelven furiosos

por la noche, y asesinan á sus amos; pero si no pueden llegar á éstos, emplean su furor contra algunos de sus compañeros, y á veces contra sí mismos. Yo hago aquí las veces de mi amo, y me veo precisado á castigarlos siempre que hacen alguna falta, y estos esclavos son muy vengativos, principalmente los Buguneses, que sufren con la mayor impaciencia qualquier castigo por justo que sea. Para evitar zelos, riñas y muertes, mi amo no permite que resida aquí ninguna esclava, pero creo que no lo acierta. Como los esclavos estan aquí aislados, son haraganes y perezosos. La memoria de su libertad y las privaciones que aquí padecen los excitan en el silencio de la noche, quando el tumulto y los trabajos del dia han cesado, y por consiguiente no tienen objeto que los distraiga de sus meditaciones. Entonces sucede con freqüencia, que se arrojan furiosos contra sus amos, compañeros, y contra sí mismos, quando no encuentran otro objeto en que poder satisfacer su venganza. Ved aquí el origen de las crueldades tan freqüentes que se ven en toda esta Colonia." Qué reflexîones os pudiera hacer aquí sobre la esclavitud de los pobres Negros!

„Acompañábame en este viage un buen Hotentote, cuya fidelidad y sencillez me tenian muy prendado. Hablele algunas veces de religion, y me aseguró que yo era el

primero que le habia hablado de este asunto; pero que él era tan estúpido (epiteto que se daba á sí mismo) que nada podia comprehender. Bien sé, añadió, que los Blancos se juntan en las Iglesias, pero nadie me ha dicho, ni yo he preguntado para que se juntan. Mostró la mayor docilidad en creer todo lo que yo le decia; y su única respuesta á todo lo que yo le explicaba, era, *eso bien puede ser verdad.* Manifestaba el mayor horror al vicio, y gran veneracion á todo lo bueno, y me pareció que tenia las mejores disposiciones para ser instruido; pero como el instruir en la religion á estos infelices, no produce ninguna ganancia á los Holandeses, los dexan abandonados á su ceguedad."

El principal origen de todos los errores que se leen en varios Viageros acerca de los habitantes de esta parte del mundo, consiste en no haber distinguido con particularidad las varias castas de sus habitantes: y de aquí ha procedido la confusion que se advierte en la descripcion de las costumbres de los Hotentotes, por no haber distinguido á los Salvages de los que viven entre los Colonos. Aunque ya os he hablado largamente de todas estas varias castas de habitantes del Cabo, me parece conveniente para vuestra mas cabal instruccion añadir las observaciones que Mr. Sparmann ha hecho so-

bre este particular, extractándolas de su viage.

„Hay otra especie de Hotentotes, dice este sabio Viagero, llamada por los Holandeses *Bossismanes*, ú *hombres de los bosques*, porque siempre habitan en los bosques y en las montañas. Estos Bossismanes, principalmente los de Camdebo y de Snewberg, son enemigos declarados de la vida pastoral: su máxîma fundamental es vivir del robo y de la caza, y no conservar en su poder ningun animal vivo por espacio de una noche. Este caracter los hace odiosos á todos los demas habitantes, por lo qual los persiguen y exterminan como á fieras, cuyas costumbres han adoptado: sin embargo, suelen conservar á algunos, para servirse de ellos como esclavos. Sus armas son saetas envenenadas, las quales disparan con mucho acierto: y de este modo, emboscados entre la maleza, estan seguros de matar sin ningun peligro, no solo á los hombres, sino tambien á las fieras mas terribles.

„Las habitaciones de estos Salvages no son mas agradables que sus costumbres y máxîmas, pues á modo de fieras, no tienen mas guarida que los matorrales y las cabernas de los peñascos. La mayor parte de ellos andan desnudos, pero los que pueden adquirir alguna piel de animal, se cubren con ella desde los hombros hasta las pantorrillas, y las llevan así hasta que se les caen á pe-

dazos. Quando no encuentran caza, se alimentan de yerbas y raices, á las quales añaden otros manjares aun mas miserables, como son orugas, hormigas blancas, langostas, culebras y cierta especie de arañas. Todo esto les proporciona un alimento tan escaso y poco nutritivo, que parecen esqueletos vivos: padecen continuàmente un hambre insaciable, y quando encuentran ocasion, jamas se sacian, devorándolo todo con ánsia increible: quando sus estómagos no pueden contener la gran cantidad de alimento que devoran, se descargan de él, y vuelven á comenzar á tragar con el mismo apetito.

»El modo que tienen los Colonos para proveerse de estos esclavos, es muy fácil. Se reunen muchos de las alquerias inmediatas, y acompañados de sus Hotentotes libres y de sus esclavos, van á hacer una caceria de Bossismanes. Se esparcen por el país que habitan estos Salvages, y regularmente los descubren por el humo de las hogueras que encienden: suelen encontrarlos en quadrillas desde diez hasta cincuenta personas, entre grandes y pequeños. Los Colonos no tienen reparo en acometer á estas quadrillas por la noche con cinco ó seis hombres, para lo qual colocados á cierta distancia de la habitacion de estos Salvages, disparan algunos fusilazos. Este ruido repentino causa tal consternacion á aquellos hombres estúpidos, que

apenas hay alguno que se atreva á huir: y echándose los Colonos de repente sobre ellos, los prenden sin ninguna resistencia. Sin embargo, procuran al principio tratarlos con dulzura, mezclando las mas alhagueñas promesas con las amenazas, y para atraerlos procuran repartirles en abundancia carne de caza. Seducidos con este atractivo, y con el tabaco que les dan, se dexan conducir con alegría á las alquerias de los Colonos. Despues todo su alimento se reduce á una moderada porcion de suero y un potage de varias legumbres, lo qual basta para que los Bossismanes engorden en poco tiempo: pero lo mas insufrible para estos Salvages son los malos tratamientos de palabra, llamándolos *diablos*, y otros epitetos ignominiosos, á lo qual añaden los Colonos palos y golpes por el menor descuido, ó indicio de pereza, vicio que les es natural, y que se les arraiga con la costumbre. Entonces los Bossismanes detestando toda especie de trabajo, y haciéndose mas perezosos por la gordura que han adquirido, acostumbrados por otra parte á una vida ociosa é independiente, conocen la pérdida de su libertad, y procuran recobrarla escapándose. Pero lo que parece increible es que quando alguno de estos miserables se escapa, jamas se lleva ninguna cosa que no le pertenezca.

„Este exemplo de moderacion en unos

Salvages para con sus opresores, me fue confirmado y ponderado por todos los Colonos unanimemente, aunque yo no podia conciliarlo con las ideas que tenia del corazon humano. Quizá los contendrá el temor de que si vuelven á cogerlos, padecerian un castigo muy riguroso; pero tambien puede proceder esta conducta de una propension natural á la justicia, ó de otro principio que ignoramos. Como quiera que sea, lo cierto es que los esclavos de esta especie no son en extremo violentos ni vengativos: como carecen de las necesidades y de los deseos que atormentan á los demas hombres, son poco inclinados al robo, exceptuando el tabaco, el aguardiente y los víveres.

»Es preciso confesar que algunos Colonos tratan á sus esclavos con dulzura, y los alimentan bien. El principal cargo de estos es guardar los ganados, y en esta ocupacion tienen todo el ocio necesario para embriagarse con el humo del tabaco; esta embriaguez les causa unas sensaciones tan agradables, como las que experimentan los Turcos y otras naciones con el opio. Los Colonos van á cazar esclavos no solo al país de los Bossismanes, sino tambien al de los Hotentotes, que viven tranquilamente en sus aduares, y se mantienen con el producto de sus ganados y de la caza. Executan esta crueldad con una alegría que causa horror: van

como á una caceria divertida á romper los lazos entre los padres, esposos y hermanos: no contentos con haber arrancado á una infeliz muger de los brazos de su marido, hacen todo lo posible para robarla sus hijos; teniendo por cierto, que la madre los seguirá, y jamas se separará de ellos, sirviéndose aquellos hombres crueles de la ternura maternal para asegurar la cadena de la esclavitud en sus pobres madres. Sin embargo, algunas de éstas se escapan, pero se quedan escondidas en las cercanías esperando la ocasion de poder salvar á sus hijos, y este amor tan ardiente es causa de que perezcan de hambre ó sean devoradas por las fieras. Los Colonos que saben esta costumbre de las Hotentotas, envian á buscarlas por las cercanías, y por lo comun las vuelven á coger, agravándolas el yugo de la esclavitud.

„Aunque los Bossismanes no tienen religion, creen sin embargo en la magia, y por consiguiente en los malos genios, á quienes atribuyen un poder muy grande, pero no los adoran. Les atribuyen todas las desgracias que les suceden, entre las quales cuentan siempre el frio, la llubia, y los truenos. Varios Colonos me han asegurado que sus esclavos Bossismanes tienen por costumbre maldecir á los truenos y relámpagos, amenazándolos y desafiándolos. En vano se les representa, que sin la llubia todo se se-

caria, y no tendrian de que alimentarse: el buen Hotentote que me acompañó en mi viage á Zwellendam persistió, á pesar de todas mis razones, en creer obstinadamente que la lluvia siempre es un mal, y que seria un gran bien el que jamas lloviese. Un error como este tan arraigado en unos hombres que por otra parte tienen bastante penetracion é ingenio, debe tenerse por efecto de la preocupacion de la niñez.

„Aunque los Hotentotes no son naturalmente frioleros, sin embargo aman el calor, y no muestran la menor desazon en los dias mas ardientes del estío; y lo que es mas particular, los veía mantenerse junto á sus hogueras con mucho placer en los dias de mas calor.

„Estos Hotentotes medio civilizados tienen mucha fe en los impostores de ambos sexôs, que se fingen mágicos ó hechiceros, y acuden á ellos para que los libren de la lluvia y de los truenos. Estos embaucadores lo prometen todo con la mayor confianza, y les pagan bien; y quando no se verifica el alivio del mal, por exemplo, quando prosigue lloviendo ó tronando contra lo que ellos habian prometido, alegan por excusa que otro hechicero, ó mas hábil ó mas bien pagado que ellos, hace inútiles sus operaciones. Muchos de estos infelices creen que todas sus enfermedades les vienen de hechizos, y que

no pueden ser curados sino por magia: los pretendidos mágicos por su parte no omiten medio alguno para acreditar estas falsas opiniones, administrando á los enfermos remedios exteriores é interiores. Uno de sus remedios es hacer tender al enfermo boca abaxo, y sentándose el impostor sobre su espalda, le pellizca y golpea en las espaldas, despues de lo qual le muestra un huesecillo, que aparenta sacarle de la nariz, orejas, ó alguna otra parte del cuerpo, á manera de nuestros jugadores de manos, y asegura que con sus conjuros lo han hecho salir de las entrañas. Si muere el enfermo, sus parientes se lamentan de la desgracia de haber sido encantado tan fuertemente, que la habilidad del mágico no ha bastado para salvarle. No me queda duda de que estos absurdos han sido introducidos entre los Hotentotes de la Colonia por algunos esclavos Asiáticos, ó por algunos impostores de otros paises; pues la natural sencillez de la nacion Hotentota no me parece capaz de semejantes imposturas, y en efecto no se halla el menor rastro de estas supersticiones en los Hotentotes libres de los desiertos que no tienen comunicacion con la Colonia.

„Uno de estos supuestos mágicos fue llevado por una tropa de Hotentotes á la caza de leones, para que emplease contra ellos sus hechizos; pero el primer leon que se pre-

sentó, hizo pedazos al pobre mágico; sin que esta desgracia sirviese para desengañar á los Hotentotes, pues persistieron en que algun otro mágico, mas sabio y enemigo del difunto, le habia acarreado aquella desgracia. He aquí como los impostores saben sacar partido de todos los accidentes, para acreditar sus engaños entre la gente sencilla.

„Aunque estos Hotentotes son supersticiosos, no parece que tienen ningun miedo en la obscuridad de la noche: sin embargo, observé que tienen alguna idea de otra vida, pues quando muere algun pariente ó amigo, dirigen á su cadáver varias reprensiones por haberse separado de ellos tan pronto. Al mismo tiempo les advierten, que en adelante se porten bien, en lo qual les quieren dar á entender, que no vengan á incomodarlos, y que no favorezcan á los hechiceros, para hacer mal á los que viven; error que me parece les habrá sido inspirado por algun Aleman, pues todo el mundo sabe los absurdos que en varios paises de la Alemania se creen acerca de los Vampiros.

„Un Hotentote que me acompañó en una de mis excursiones, era una especie de filósofo, que no creía en el poder de los mágicos, bien que no estaba corrompido con el trato de los de la Colonia. Contóme que uno de estos impostores habia ido muchas

veces á su kraal, y que en una de estas ocasiones acercándose á su choza, les habia dicho como por inspiracion. „Los lobos hacen „mucho estrago en vuestros ganados, y se„ñaladamente han cogido tal y tal res; aun „hará mayores estragos, si no vais pronto „á ahuyentarlos." Al punto todo el kraal acudió al socorro de sus ganados, y hallaron que era cierto lo que habia dicho el adivino, en vista de lo qual concibieron de él la mas alta opinion, y le pagaron el aviso con mucha generosidad. Pero poco tiempo despues se supo, que el estrago no habia sido causado por los lobos, sino por algunos Hotentotes de las cercanías, que estaban de acuerdo con el supuesto adivino, con lo qual se desengañáron del todo.

„Prosiguiendo nuestro camino, llegamos á una habitacion, donde no encontramos mas que algunos esclavos, encargados del cuidado de ella, y tan miserables, que no pudieron ofrecernos mas que agua, y un poco de pan negro y crudo. Trabamos conversacion con el mas anciano que era el capataz de los demas, el qual nos hizo la pintura mas lastimosa del modo con que los Colonos tratan á sus esclavos. Despues de la vida mas trabajosa y miserable, el premio que se da á aquellos infelices en su vejez, es abandonarlos para que perezcan de hambre, de suerte que envidian la suerte de los que mue-

ren en la juventud abrumados del trabajo. Dixele que en Europa no hay esclavos, y al oir esta noticia mostró el mayor regocijo por saber que hay paises en que se respeta la dignidad del hombre.

»Aquí fue donde ví por la primera vez uno de aquellos animales, que los Hotentotes y los Colonos llaman *Quaga*, el qual es una especie de caballo salvage, que se parece mucho á la Zebra, pero tiene las orejas mas cortas, y carece de rayas en las piernas delanteras, sobre el lomo, y en todo el quarto de atras. El Quaga que ví en aquel parage, habia sido cogido muy jóven, y era tan manso que se dexaba acariciar. Me dixeron, que no temia á las hienas, y que perseguia á este animal feroz siempre que se presentaba, por lo que no podian encontrar guarda mas seguro para defender sus ganados, y le enviaban á pacer juntamente con sus caballos para que los defendiese de las hienas. Yo creo que se podria hacer de los Quagas excelentes caballos para todos los usos, y si los Colonos se tomasen el trabajo de domesticarlos, y de multiplicar su especie, tendrian en este animal un nuevo auxîlio para sus necesidades. Lo mismo digo de las Zebras, y estas dos especies de animales, tan faciles de adquirir en el Cabo, serian mucho mas utiles que los caballos, porque se mantienen con muy poca costa, por

estar acostumbrados á los pastos secos y desabridos de aquel país.

»Aun mas me admiré, quando vi en esta granja algunos Hotentotes, que marchaban cavalgados en bueyes, atravesando montes y valles á un paso muy veloz. Dixeronme, que si queria esperarme, los veria volver á galope, porque iban á una alqueria cercana á beber el producto de algunas apuestas, porque en ella habia un Colono que tenia la malignidad de excitar á estos pobres Hotentotes á todos los excesos y desordenes de la embriaguez. De estos Salvages me dixeron los Colonos, que tratan muy mal á los animales, y principalmente á los bueyes en que cavalgan, lo qual sin duda han aprendido de los mismos Colonos. Sus bueyes de silla deben ser adestrados quando aun son becerros; para este efecto les horadan la ternilla de la nariz, atravesando por el agugero un tarugo de madera, á cuyas dos puntas atan los cordeles que les sirven de brida. La silla no es mas que una piel de carnero doblada, cinchada con un cordel. Los Colonos los llaman *bueyes de carga*, porque sirven tambien para conducir todo genero de cargas sobre la espalda.

»Por orden del Gobierno Holandés está prohibido á todo Hotentote poseer un caballo. Dixeronme que un Hotentote muy apasionado á la caza acostumbró á uno de sus

bueyes á correr con tanta ligereza, que alcanzaba á la carrera á los gamos. Otra ley del Gobierno prohibe á los Colonos el comprar ó adquirir de qualquier modo ningun animal perteneciente á algun Hotentote, baxo la pena de ser azotados y marcados. La causa de esta prohibicion es porque como el Gobierno necesita de estos animales, ha querido reservarse la gran ganancia de este tráfico; porque un Hotentote por un vaso de aguardiente y un trozo de tabaco, ó por algunas cuentas de vidrio, que no valdran un real, da un buey, ó qualquiera otra res. El motivo de venderlos tan varatos es que el factor del Gobierno es el único comprador, y por otra parte les da á entender que esto es una especie de tributo impuesto cada tres años á la nacion Hotentota.

„A mediodia fuimos á visitar un kraal de Hotentotes, que nós recibieron con mucho agrado, y nos convidaron á beber leche. Era preciso tener demasiada sed ó curiosidad, para atreverse á probar aquel brebage: una Hotentota abrió un gran saco, hecho de la piel entera de un buey sin destezar y con el pelo por dentro, y con un cucharon de madera sacó de él leche, la qual probamos por curiosidad, aunque era capaz de causar asco al hombre de estómago mas fuerte. Nos aseguraron con mucha formalidad, que la leche dulce es mas sana,

y que mezclando asi todos los dias la leche fresca con la rancia, se mantenia siempre buena sin necesidad de cuidar de ella, ni de limpiar el saco. La leche tenia un gusto muy avinagrado; y en recompensa de su regalo les dimos un trozo de tabaco, con que quedaron en extremo contentos.

»A algunos tiros de fusil de aquel parage se veía una choza de figura cónica y mas espaciosa que las otras, en donde nos dixeron que vivia un Capitan Hotentote. Pregunté á uno de aquellos Hotentotes, si estaba sujeto á su mando, y me respondió riendose, que la autoridad de un Capitan Hotentote no se extiende mas allá de su familia: que el nombre de Capitan es un título vano, sin ninguna realidad, el qual conceden los Holandeses á los que se distinguen por su fidelidad hácia ellos, haciendo traycion á sus compatriotas: que dan al tal Capitan un baston con puño de cobre, exîgiendo de él, que les sirva de espia, para buscar y prender á los desertores. Hicimos una visita á este Capitan, cuya confianza nos grangeamos con un poco de tabaco, y entonces se nos quejó amargamente de los Colonos, que cada dia les van usurpando sus tierras, obligándolos á retirarse á los desiertos. Habia yo oido decir, que entre los Hotentotes el hijo menor era el principal, ó por mejor decir, el único heredero: este Ca-

pitan me confirmó la exîstencia de esta singular ley, asegurándome que despues de su muerte todo su ganado con el título y baston de Capitan pasarian al menor de sus hijos.

„En una de mis excursiones por el país de los Hotentotes Gonaqueses, ví por la primera vez una manada de cerdos en su estado salvage. No es menester mas que ver los colmillos de este animal para conocer que es muy terrible: tienen quatro colmillos; los dos que les salen de la mandíbula inferior se encorban como astas sobre el hocico, y parecen de un bello marfil, y el animal se sirve de ellos para defenderse, y para socabar la tierra. Los Hotentotes me dixeron, que temian mas á un cerdo salvage que á un leon en tierra llana; porque aunque el cerdo es pequeño, se lanza contra el hombre como un rayo, le derriba, y despedaza con sus colmillos antes de poder herirle. Tienen sus guaridas debaxo de tierra, y la entrada es muy estrecha: el cuerpo de este animal es pequeño respecto de la cabeza. Es muy expuesto perseguirle á caballo, porque se revuelve de pronto, hiere las piernas del caballo, y derribándole mata de dos ó tres golpes al caballo y al ginete. La manada de cerdos que vi, se componia de cerdas con sus hijuelos; perseguílos para ver si podia matar algun marranillo, pero me cansé en

vano, porque todos desaparecieron de repente. Sin embargo, esta caza me proporcionó una sorpresa agradable: las cabezas de las cerdas, que hasta entonces me habian parecido de un tamaño regular, me parecieron de repente monstruosas y disformes. Esta singularidad me pareció tanto mas estraña, por quanto ocupado yo en conducir mi caballo por entre unos matorrales, no habia podido observar como se habia executado aquella transformacion: pero al cabo ví que las Cerdas al huir habian cogido sus hijuelos en la boca, y entonces comprehendí la causa de haber desaparecido éstos de repente, y de la monstruosidad de las cabezas de las madres. Yo no pude comprehender como se asen los hijos á las cabezas de las madres, ni como éstas pueden conducirlos así sin herirlos con los colmillos, ni hacerles el menor daño, pues observé que no gruñian.

»A poca distancia de este parage encontramos una tropa de Hotentotes Cafres, cuyo lenguage participaba mas del Cafre que del Hotentote; pero no tenian los bezos gruesos, ni la robustez de cuerpo, ni el garbo, ni el color negro de los Cafres. Tampoco eran de un color tan bazo como mis Hoen totes: el iris de sus ojós era de un color pardo obscuro, casi tan negro como la pupila. Tenian muchos ganados, y mos-

traron que pasaban una vida muy feliz á su modo. Luego que volvieron sus ganados de pacer, nos causó la mayor diversion ver como ordeñaban sus vacas, cuyo exercicio alternaban con danzas y canciones. Jamas habiamos visto mayor felicidad y contento que el que manifestaban estos Salvages en medio de aquel desierto, y nos parecieron un modelo natural de la felicidad de la vida pastoril del siglo de oro, que tanto celebran los poetas. Recibiéronnos con la mayor sancillez y franqueza, de lo qual inferimos la bondad de su caracter, y que eran unos hombres aun no corrompidos, ni degenerados. Nos presentaron leche, y no reusaron danzar luego que se lo insinuamos. Estas danzas no manifestaban ningun arte ni agilidad, pues no consistian mas que en un movimiento moderado de los pies, al mismo tiempo que uno de ellos movia una varita que tenia en la mano. Igual sencillez observamos en sus canciones, cantando una muger á solo las primeras palabras, y repitiendo despues todos juntos el estrivillo. Es preciso confesar, que este concierto no lisonjearia mucho á los oidos de un músico Europeo; pero lo cierto es que nada tenia de desagradable, é inspiraba alegría.

»Tienen tambien otra danza, que consiste en asirse todos de la mano, y dar vueltas al rededor de dos ó tres personas colo-

cadas en el centro, y cuyos movimientos eran mas acelerados. Nosotros no podiamos contener la risa al ver el movimiento de las cabecitas de los niños metidos en los sacos que llevaban sus madres á la espalda, las quales baylaban con las demas. A cada instante nos parecia que iban á caerse, ó desnucarse; pero lo mas estraño es que lejos de incomodar á aquellas criaturas el violento exercicio que les hacia inclinar la cabeza ya á un lado ya á otro, ya fuera ya dentro del saco, observamos que tenian en ello el mayor placer, y lloraban con toda su fuerza, quando las madres cansadas de baylar los dexaban en tierra, ó se salian de la danza.

»Un solo Hotentote está encargado del gobierno del *kraal*, segun me dixeron: me le mostraron, y no observé en su aspecto y modales ninguna muestra de preeminencia ó de autoridad, al contrario advertí que se hallaba mas embarazado que los demas para ordeñar sus vacas, porque era el mas rico en ganados de todos. Ví tambien otro Hotentote, que por su charlatanería y gesticulaciones me pareció hombre de importancia, y era el hechicero ó bufon del kraal. En virtud de este oficio, era el maestro de la danza, el médico de los hombres y de los ganados, y en todo un solemne charlatan, que con sus bufonadas y gesticulaciones ridícu-

las procuraba distinguirse de los demas, y los excitaba á danzar. Como sé que aun en las Sociedades mas civilizadas de Europa hay charlatanes, que por varios medios logran vivir en la opulencia á costa de la necedad del vulgo, no me causó admiracion que en aquella Sociedad de Salvages se hallase uno mas astuto que los demas, el qual con sus imposturas habia adquirido un ganado mas numeroso que los otros. Dixéronme que quando curaba, ó se suponia haber curado una vaca, por exemplo, quando la sacaba de un parto trabajoso, le daban una ternera, y en los banquetes siempre se le daba la mejor presa.

„En estas danzas suelen cometerse algunos excesos entre la gente jóven, pero hay una ley, por la qual toda soltera que en conseqüencia de estas danzas resultare preñada, es condenada á muerte con su amante, á no ser que los ancianos de la familia tengan por mas conveniente casarlos. En este último caso deben entregar un buey ó una vaca en satisfaccion de su delito para un banquete á toda la Sociedad.

„Por las mañanas siempre nos despertaba la algazara de los Hotentotes, que empezaban el dia con canciones y danzas del mismo modo que lo hacian por la noche. Despues muchos de ellos vinieron á registrar mi carro: uno de ellos me preguntó si mi

carro habia salido de la tierra en el mismo estado de perfeccion en que le veia; la qual pregunta no sé si debo atribuirla á su simplicidad, ó que quisiese lisonjearme con esta expresion. Para distraerlos de sus importunidades y continuas peticiones, les mostré mi relox, dándoles á entender que yo tambien entendia de magia, y para darles una prueba, los desafié á que cogiesen con los dedos una gota de azogue que vacié en su presencia. Hicieron los mayores esfuerzos para este efecto, dando grandes carcajadas, y motejándose mutuamente por su poca habilidad; y quando se dieron por vencidos, me froté ocultamente los dedos con grasa, y cogiendo una bolita del azogue, la dividí en varias partículas, repartiéndolas entre ellos, con lo qual se aumentó su admiracion. Tambien hice alarde en su presencia de las propiedades de una aguja que llevaba tocada á la piedra iman, todo lo qual hice para causarles respeto, y reprimir los efectos que pudiera haber producido su codicia de hierro, tabaco y aguardiente. Acordéme de la astucia de un General Europeo que en América para intimidar á los naturales, y contenerlos en su deber, prendió fuego delante de ellos á un poco de aguardiente, que ellos tenian por agua natural, amenazándoles que del mismo modo pegaria fuego á todos sus rios, y

los quemaria ; pero yo no tuve necesidad de recurrir á esta impostura , porque aquellos Salvages se hallaban ya bastante asombrados con los prodigios que me habian visto executar.

„Despues que hubimos exâminado bien las costumbres de estos Hotentotes-Cafres, proseguimos nuestro camino , y á la primera jornada que hicimos, oimos grandes rugidos de leones. Mis Hotentotes me dixeron que las hogueras son el remedio mas seguro contra estos animales, así como contra otras fieras , bien que quando estan muy hambrientos , se lanzan contra estos pobres Salvages , sentados al rededor de sus hogueras , y cogiendo á uno de ellos , escapan con la presa. Me contaron que el leon no mata al punto al hombre que tiene debaxo de sí , á no ser que éste haga resistencia ; pero al cabo de un rato le da el golpe de gracia en el pecho , dando al mismo tiempo un rugido espantoso. Desde que se usan las armas de fuego en esta parte de Africa, los leones no son tan atrevidos como antiguamente , y se ha observado que siempre se tiran mas bien contra los Salvages, que contra los Colonos , cuyas armas de fuego han aprendido á temer. Tampoco acomete á los ganados , á no estar muy hambriento , en cuyo caso no teme ningun peligro : el modo de coger su presa es lan-

lanzarse contra ella de un salto desde el lugar en que está emboscado. Si por casualidad yerra el golpe, todos los Hotentotes me aseguraron que no hace mas esfuerzos, y dexa escapar la presa sin perseguirla, volviéndese como avergonzado hácia su emboscada muy despacio, como si fuese midiendo la distancia del salto. Sin embargo, me dixeron que se ha visto á un leon ir siguiendo á una gazela á carrera tendida. El leon se pone regularmente en espera cerca de los rios y charcos, adonde acuden á beber los demas animales.

„De varias relaciones que me han contado los Colonos y Hotentotes acerca del leon, he inferido que este rey de los animales es muy cobarde, ó á lo menos su valor no iguala á su fuerza, pues si fuera tan osado como otras fieras, serian mas freqüentes y sangrientos sus estragos. Hay muchos exemplares de Hotentotes y Colonos, que se han hallado en las garras del leon, y no han sido despedazados, al mismo tiempo que en otras ocasiones da este animal pruebas de su gran ferocidad, principalmente contra los demas animales. Esta conducta irregular y caprichosa puede haber dado motivo á la opinion de la generosidad del leon para con los hombres; pero yo no puedo sufrir que este bello nombre, consagrado á la virtud, se prostituya á una fiera,

incapaz de perdonar, sino quando la domina el temor ó alguna otra causa que no conocemos. Si el leon no es igualmente cruel en todas las ocasiones, si no mata, como el lobo, el tigre &c. toda la caza que encuentra, es porque mientras mata uno ó dos animales, los demas se escapan, y en estando saciado, ó teniendo la caza necesaria para satisfacer su hambre, su pereza natural no le permite perseguir á los demas. En esto se parece al gato, que aunque se halle entre una manada de ratones, y pueda hacer grande estrago en ellos, se contenta con coger uno, y retirarse á devorarlo á su placer. El leon y el gato tienen ademas otras propiedades semejantes entre sí; y una de ellas es el estarse durmiendo, ó en inaccion la mayor parte de su vida, á no ser que el hambre los aqueje, y obligue á ponerse en movimiento, sin que contradiga á este hecho el exercicio continuo en que muchas veces vemos á los leones encerrados en jaulas, pues esto procede de su estado de esclavitud, ó de la inquietud que les causa la vista de los hombres.

Quando volviamos hácia Agter Bruintjes-Hoogte encontramos dos grandes leones, que estaban en un valle á distancia de unos trescientos pasos de nosotros, y al punto que nos vieron, echaron á huir. Corrimos tras ellos dando grandes gritos, por ver si nos

hacian cara, pero ellos aceleraron el paso. Corrian con un movimiento obliquo, á modo del paso de los gatos, dando algunos saltos de quando en quando: llevaban el cuello algo levantado, y nos miraban de través. Solo uno de ellos tenia melena, y por consiguiente serian macho y hembra, aunque ambos eran de igual tamaño, y nos parecieron tan altos y mas largos que nuestros caballos. Estos y las gazelas que encontramos al paso, no dieron ningunas muestras de temor: de lo qual inferimos, que como el leon no acomete á los animales á cara descubierta, parece que solamente temen sus asechanzas, ó que el terror que muestran los animales quando el leon está cerca, es producido por sus rugidos espantosos ó por los halitos que salen de su cuerpo, contra los quales la naturaleza les ha dado un horror invencible."

Hasta aquí llega la relacion del Doctor Sparmann, de cuyo viage no he podido extractar ninguna otra cosa digna de vuestra atencion; pues aunque sus observaciones propias son muy útiles para los Botánicos, Naturalistas y Geógrafos, todo lo que refiere acerca del caracter, usos y costumbres de los Salvages está tomado de las fábulas que le contaron los Colonos, en las quales no halló el menor rastro de verdad.



CARTA LXXXVII.

Viage á los Namaqueses.

Ya es razon, Señora, que os dé cuenta del segundo viage que he hecho para exâminar las costumbres de los Salvages Namaqueses, de que ya os he hecho mencion. Me detuve algunos meses en el Cabo para hacer mis preparativos, y algunas excursiones por aquellas cercanías, cuya relacion omito porque ya os he hablado en general de este país. Luego que tuve dispuestas todas mis cosas, volví á llamar á mi fiel Klaas, y juntando algunos otros Hotentotes y Salvages, me puse otra vez en camino hácia el país de los Namaqueses.

No quiero afligiros con la relacion de los inmensos trabajos que padecí en este segundo viage, que me pusieron á pique de perecer con toda mi caravana de sed y miseria; desgracia que debo atribuir á mi docilidad en haber dado oidos á los consejos de algunos Colonos, para que dilatase mi viage por algun tiempo, por lo que salí en la estacion mas impropia para viajar.

Llegué al cabo de infinitas fatigas al país de los pequeños Namaqueses, que se extien-

de en longitud desde las montañas de Camis hasta el mar Occidental, y en latitud desde el Namero hasta la ribera del Rio-Grande. Segun las noticias que adquirí, el número de los habitantes de este país ascenderá, á lo mas, á unas seis mil almas, divididas en varios aduares; pero las invasiones y estragos muy freqüentes de los Bossismanes disminuyen anualmente este número, y quizá con el tiempo quedará extinguida esta nacion, como ha sucedido á otras muchas del Africa meridional.

Los pequeños Namaqueses, aunque de bastante buena estatura, son mas baxos que los Cafres y los Gonaqueses, y este hecho con otros me ha dado fundamento para afirmar, que las naciones del Este en la parte meridional del Africa son muy superiores en las qualidades morales y fisicas á los del Oueste, al paso que los animales de estas últimas regiones exceden infinitamente en corpulencia y vigor á los de las primeras.

El primer aduar considerable que vimos de los pequeños Namaqueses se componia de unas cincuenta á sesenta chozas, separadas en tres divisiones: al acercarnos, se reunieron todos sus habitantes, de suerte que jamas habia yo visto tan crecido número de Salvages juntos. Acercáronse á mí, y todos querian á competencia reconocerme, hablando todos á un tiempo con un tono de afecto,

que aunque yo no entendia la lengua, me interesaba mucho. Entre este confuso tumulto se distinguia la voz de una vieja Hotentota, llamada Kakoes, que pasaba por hechicera: abrieron el paso todos, y se acercó á mí, dando horribles gritos, que me causaron algun sobresalto, porque recelé que intentaba amotinar á todos los Salvages contra mí. Pero quién lo hubiera creido! aquellos bramidos eran una expresion de la alegría que la causaba mi presencia. Acercándose á mí, me cogió asperamente la cara con sus dos manos, y me abrazó con la misma dureza: á estas demostraciones de cariño añadió otras, con varios saltos, pernadas y locuras. Ya me hablaba con una energia y volubilidad increibles; ya dirigiendo á los Salvages su discurso, sin que yo comprendiese palabra, me señalaba con el dedo, y venia á ponerme la mano sobre mi pecho. En fin me pidió por señas, que la diese aguardiente: dila un gran vaso, que ella apuró de un trago, y con este se aumentaron sus extravagancias: danzaba, cantaba, reia, y lloraba todo á un tiempo, y de quando en quando me presentaba el vaso para que se lo llenase. Repitió tantas veces los brindis, que al cabo la faltó la voz y el movimiento, y fue preciso retirar á la supuesta hechicera á su choza.

Como yo no habia observado en Kakoes

mas que locura y beodez, quise saber por qué medios se habia adquirido la fama de hechicerá, y ví que su ciencia no tenia mas fundamento que la ignorancia, las preocupaciones, y una credulidad absurda de aquellos Salvages. Lo mas particular es, que esta falsa opinion del poder mágico de esta vieja fatua era de la mayor utilidad al aduar, porque teniendo por seguro el lugar que ella habitaba contra los ataques de las fieras y de los Bossismanes, se habian reunido allí todos los Salvages de las cercanías, y por esta razon era tan numeroso y opulento aquel aduar. El gran número de gente y las precauciones que tomaban los defendian de los estragos de las fieras: los Bossismanes habian concebido tanto miedo del supuesto poder de Kakoes, que no se atrevian á exercer sus latrocinios por aquellos parages; y habia adquirido sobre ellos tal predominio, que quando llegaba á su noticia algun robo que hubiesen hecho, marchaba sola á buscarlos en sus guaridas, y amenazándolos con su cólera, los obligaba á restituir lo que hubiesen robado. Este hecho, y otros infinitos que he observado en mis viages os harán conocer, Señora, la necedad de algunos de nuestros filosofos reformadores, que siempre estan declamando contra las preocupaciones. Quisiera que me dixesen de buena fe, si el desengaño de esta preocupacion produciria

tantas ventajas á estos Salvages como la misma preocupacion.

Kolbe afirma que los pequeños Namaqueses practican la circuncision, y que se cortan un testículo, ceremonia que él y otros Viageros describen menudamente como si la hubiesen presenciado: pero yo puedo asegurar, que estos Salvages jamas practican la semicastracion, la qual no se usa sino entre los Geisiqueses, nacion situada mas al Este á orillas del Rio-Grande. Por lo que hace á la circuncision, tampoco la practican estos Namaqueses. Mis Hotentotes é intérprete, que se habian familiarizado con las Namaquesas, me aseguraron que era muy comun en ellas la ridícula moda del pretendido delantal natural, de que ya os he hablado en otra carta; pero aunque intenté certificarme por mis ojos, se negaron obstinadamente á satisfacer mi curiosidad, y yo respetando tanto pudor, me contenté con creer á tantos testimonios nada sospechosos.

Este país es poco fértil, y esta falta obliga á los habitantes á mudar con freqüencia de domicilio, por lo que estos Namaqueses son los mas errantes de todas estas naciones. En el Cabo se cree, aunque sin pruebas, que en este país hay minas de oro; pero yo no hallé el menor rastro de ellas, ni muestra alguna de este cruel metal en los aduares. No es lo mismo por lo que hace

al cobre, pues por todas partes ví brazaletes, collares y pendientes de este metal, algunos de los quales me parecieron trabajados por Europeos, pero otros muchos manifestaban claramente que eran obra de los mismos Salvages.

Por lo que hace al modo de usar de estos adornos, es el mismo entre los Namaqueses que entre los demas Salvages; pero observé entre ellos algunas extravagancias muy singulares. Ví algunos que llevaban en una oreja seis pendientes de una misma forma, y en la otra nada llevaban: otros tenian un brazo enteramente cubierto de brazaletes desde la muñeca hasta el codo, y el otro brazo enteramente desnudo: en fin, ví personas que llevaban el un lado de la cara pintado con varios colores y divisiones, y el otro con otro diseño y colores diferentes. Observé en general entre estos Namaqueses mucha aficion á los adornos, porque sus mantos y todos sus vestidos estaban muy cubiertos de cuentas de vidrio y de cobre, adornando tambien con sartas de ellas sus cabellos, que engrasan de un modo muy asqueroso. Los que llevaban el cabello tan emplastado de grasa amasada con polvos encarnados, que parecia un casquete, estaban tan ufanos como nuestros petimetres quando llevan la cabeza bien cargada de sus ridículos polvos y pomadas, y para mí tan necio

es el orgullo de los unos como el de los otros. Las mugeres usan de unos *muyd-kros*, ó delantales para cubrir las vergüenzas, muy cargados de sartas de cuentas, que cuelgan hasta los pies, y en todo lo demas van vestidas como las Hotentotas, de que he hablado. Como las esteras son muy raras en este país, por no haber materiales para fabricarlas, la mayor parte de las chozas estaban cubiertas de pieles de animales, particularmente de bueyes y carneros.

Despues que nos detuvimos aquí algunos dias, proseguimos nuestro camino, y al cabo de algunas jornadas llegamos á un kraal de los grandes Namaqueses. El caudillo del aduar salió á recibirme acompañado de algunas mugeres, y de gran parte de los hombres de su kraal: todos eran altos, y tenian una fisonomía dulce, pero fria y flemática: todos sus movimientos, gestos, y miradas anunciaban la misma frialdad, y bien pronto me convencí de que esta fria lentitud no se reducia solamente á su exterior, sino tambien se extendia á sus afectos y pensamientos. Jamas responden inmediatamente á ninguna pregunta que se les haga: se mantienen por largo rato en silencio, reflexîonando con gravedad, y hablan con mucha lentitud y pausa.

Este carácter tranquílo é inalterable es en general muy ageno del de los Salvages, prin-

cipalmente de los Gonaqueses y Cafres, pero hacia un singular contraste con el de las mugeres del aduar, cuyo aspecto jovial anunciaba una extremada viveza, y sobre todo manifestaban ser muy risueñas. No sé que motivo puede haber producido en los grandes Namaqueses este carácter tan triste; pues no puede ser efecto de una causa fisica, supuesto que sus mugeres son tan absolutamente distintas de ellos en esta parte.

Pregunté al caudillo, si me queria vender algunos bueyes: estuvo pensando por algun rato; dirigió algunas palabras á los suyos, y despues me respondió secamente, que tenian pocos bueyes. Para obligarle, le di un poco de tabaco, que al punto puso en su pipa; lo probó; ponderó su bondad, y para que participasen los principales del aduar, hizo que pasase la pipa de mano en mano. Procuré grangearme la amistad de las mugeres con algunos regalos, y en cambio nos proveyeron abundantemente de leche, prometiéndome que obligarian á sus maridos á que me vendiesen los bueyes que necesitaba para mis carros. Aquella noche hubo bayle, y estuvieron danzando toda la noche: las jóvenes Namaquesas son muy bien hechas, bastante lindas y muy amorosas. Pero en obsequio de la verdad debo añadir, que aunque las solteras eran muy libres, las casadas al contrario eran muy reservadas y modestas,

y esta es una diferencia característica que distingue á los grandes Namaqueses de la nacion Hotentota en general.

Al dia siguiente, una muger que me habia prometido dos bueyes, me traxo tres, á cuya generosidad correspondí con un gran regalo de sartas de vidrio, brazaletes, tabaco, y otras bujerias. Con este cebo acudieron otras muchas trayéndome bueyes, de suerte que antes de la noche ya tenia once de ellos, y un toro, que reservé para un amigo mio de la Colonia, por ser en ella muy estimados los toros Namaqueses. Antes de marchar de este aduar, el caudillo me regaló con su ayre frio un carnero muy gordo.

Prosiguiendo nuestro camino, llegamos á un valle, en donde encontramos muchos ganados, cuyos guardas al vernos, echaron á huir precipitadamente. Asegurados por Klaas que los siguió á caballo con algunos Namaqueses, vinieron á encontrarme unos cincuenta Salvages sin armas en señal de confianza y amistad: entre ellos venia su caudillo, que en su aspecto me pareció enfermo, y en efecto me dixo que hacia dias que padecia una enfermedad crónica; pero esta no le impidió recibir con grandes demostraciones de alegria un vaso de aguardiente que le presenté. Bebió parte de él, y lo restante lo alargó á una de sus mugeres, por-

que tenia dos. Esta se hallaba preñada, y habia querido acompañar á su marido por la curiosidad de verme; hizome muchas caricias, y yo la hice un regalo.

Este aduar era uno de los mas numerosos de la nacion de los grandes Namaqueses: atravesé por su kraal con toda mi gente, y fuí á acamparme á algunas millas de allí. Resuelto á detenerme en este sitio algunos dias, para estudiar el carácter y costumbres de esta nacion, hice plantar mis tiendas.

Al dia siguiente vinieron algunos á visitar mi campo: por casualidad disparé mi fusil, y maté un páxaro, lo qual los llenó de asombro. Para sorprenderlos mas, hice plantar sobre su pie un grande anteojo que llevaba, y escogiendo al Salvage que me pareció mas atrevido, le hice que mirase por el anteojo. Como nosotros estamos acostumbrados á este prodigio del arte, no podemos formar idea del asombro y juntamente del placer que experimentó aquel Salvage al ver que una choza remota, á cuya puerta estaban jugando unos niños, estaba tan cerca de él, que casi le tocaba á los ojos, segun su opinion. Lo que mas me divertia era su confusion, quando separando la vista del anteojo, buscaba la choza, y decia á sus compañeros, que estaba allí dentro. Ellos pretendian desengañarle, pero él cada vez se

obstinaba mas, y gritaba que la choza estaba alli mismo; todos los demas quisieron hacer la experiencia, y torciendo yo con disimulo él tubo, les hacia váriar de perspectivas, con lo qual los tenia como encantados. Suponed, Señora, por un momento que nosotros no tuviesemos mas idea de los telescopios, que éstos Salvages, y en esta suposicion considerad qué efectos no nos causaria el ver por la primera vez acercarse tanto á nuestra vista unos objetos tan remotos. Esta escena tan divertida duró muchas horas, y me hizo conocer quán facilmente algunos charlatanes han podido pasar por encantadores en algunos pueblos de cortas luces y de ninguna malicia, como estos Salvages.

Esta noticia no podia menos de atraer á mi campo á todo el aduar, y efectivamente al otro dia vinieron todos hasta el caudillo con sus dos mugeres. La que antes me habia visitado, traia dos hijos mellizos de edad de quatro años; en el parto precedente habia parido otros dos, y esperaba parir pronto otros dos. Diles un buen regalo de aguardiente y tabaco, y despues que satisfice su curiosidad con mi anteojo, se volvieron llenos de admiracion á su kraal.

Mi intencion era verificar por mí mismo lo que se cuenta en el Cabo acerca de los Namaqueses, sobre cuyas costumbres, usos y

carácter habia oido contar las cosas mas prodigiosas. El autor de todas estas fábulas es Kolbe, y yo confieso de mí que en algunas le habia dado crédito. En consequëncia, quando empecé á viajar por estos paises, buscaba algun vestigio de aquella agricultura de los Hotentotes tan ponderada por Kolbe: queria ver alguno de aquellos casamientos solemnes, que un Sacerdote legitíma, rociando á los dos esposos con su orina: queria visitar sus cárceles públicas, asistir á las audiencias de sus tribunales, y á las sentencias de su Consejo Supremo: deseaba ver si por las fieras que habia destruido en el Africa, me admitirian en aquella orden de caballería, cuyo instituto, ceremonias, y pompa nos refiere Kolbe con tanta puntualidad. Pero todas estas brillantes quimèras han desaparecido de mi vista: religion, policía, leyes, táctica militar, tratados de paz, prisioneros, todas estas patrañas no han exîstido jamas sino en la imaginacion de este Autor, y en las tabernas, donde al referirlas, se burlan los Colonos del que tan simplemente los creyó.

Treinta ó quarenta años despues de la publicacion de este viage, el célebre La Caille fue al Cabo de Buena Esperanza, y descubrió muchas de las imposturas de Kolbe: los Viageros posteriores han hablado de este visionario con el desprecio que se merece.

Una de las negras calumnias que este Autor escribió contra estos Salvages, es que quando nacen dos mellizos, matan al uno; pero este cuento está falsificado por lo que he referido de los hijos del caudillo y por otros muchos hechos.

Ademas de esta impostura, me habian contado en el Cabo una fábula absurda sobre los Namaqueses, de cuya falsedad quedé tambien convencido. Dixeronme, que los Namaqueses por afecto particular á su hijo primogénito, le meten en un hoyo debaxo de su choza, y allí le ceban hasta que se pone tan gordo, que no puede tenerse sobre sus pies, y entonces le exponen á la admiracion de todo el aduar. Hice varias preguntas á los Namaqueses sobre esta costumbre, y sus respuestas fueron reirse y burlarse de mí.

Los grandes Namaqueses son mas altos que todos los demas Salvages de esta parte del Africa: quizá no seran mas altos que los Gonaqueses, aunque lo parecen, porque lo flaco y delgado de sus cuerpos y piernas, y los mantos que les llegan desde los hombros hasta el suelo, les dan la apariencia de mas altos. Su color no es tan obscuro como el de los Cafres, y su rostro es mas agradable que el de los Hotentotes, porque no tienen la nariz tan chata, y carecen de prominencias en la cara; pero su fisonomía,

fria y sin expresion, su aspecto flemático, é insensible, les da un carácter particular que los distingue facilmente. Siempre que los miraba me parecia que veía unas de aquellas figuras góticas, que suelen ponerse en las puertas de algunas Iglesias.

Ya he dicho, que las mugeres no participan de esta tranquila apathia, pues son vivas, alegres, juguetonas, risueñas, y de una pasta en todo diferente. Es facil de concebir, que á pesar de humores tan diversos, los matrimonios pueden ser felices y vivir en paz; lo mas estraño es, que unos hombres tan tristes engendren unas hijas tan alegres, y que unas mugeres tan vivas paran unos hijos tan apáthicos.

El kros ó manto no se distingue nada del de los Hotentotes en la forma, solo que es mas largo: muchos de ellos los hacen de pieles de hienas, ó jakales, quando pueden haberlas á la mano. Por lo que hace á los adornos, se reducen á sartas de vidrio, y á láminas de cobre, que compran á los Hotentotes de la Colonia. Ademas se adornan la cabeza con una costra de grasa muy espesa, mezclada con polvos de varias maderas aromáticas. Muchos de ellos se labran el rostro, los brazos y aun el cuerpo: pero esto último no es tan comun entre los grandes Namaqueses, como entre otros pueblos mas al norte.

Por lo que hace á la religion, culto, templos, ideas espirituales, son como todos los otros Salvages de esta parte de Africa, es decir, que no tienen ninguna idea de estas verdades tan importantes.

Toda su moral se reduce al único principio de no hacer mal á nadie, y procurar hacer todo el bien que pueden, principalmente á los de su aduar.

Por lo que he dicho del caracter flemático de los grandes Namaqueses, se puede hacer juicio que no son guerreros; sin embargo, tienen, así como sus vecinos, azagayas y saetas envenenadas, las quales armas saben manejar bien. Tienen bueyes de guerra, que son muy temibles en los combates, y favorables á la cobardía é inaccion de los combatientes. Ademas usan de una defensa, que no se conoce entre sus vecinos, y es un escudo grande de la altura de un hombre, detras del qual pueden ocultarse. Pero fuera de que su caracter natural les impide ofender á nadie, ni darse por ofendidos, son realmente cobardes y tímidos; para hacerles temblar basta solo el pronunciar el nombre de *Huzuana*; nombre de una nacion vecina, valerosa, y guerrera, que se distingue de las demas naciones Africanas en caractéres muy particulares, de la qual hablaré mas adelante.

Los Namaqueses, á pesar de su frial-

dad, no son insensibles á los placeres, y aun buscan con anhelo los que sin causarles mucha pena, les proporcionan sensaciones agradables que los saquen de aquella indolencia. Todas las noches, despues que se encendian las hogueras de mi campo, acudian unas quarenta personas entre hombres y mugeres, y meclándose con mis Hotentotes, se sentaban al rededor del fuego. Allí guardaban un profundo silencio por algun rato; en fin, alguno de ellos tomaba la palabra, contaba alguna historieta, y estaba hablando horas enteras. Yo no entendia bastante la lengua para comprehender toda su relacion; pero por mayor veia que todos sus cuentos trataban de algun suceso honorífico para su nacion, y los héroes de estas aventuras regularmente eran fieras, leones, ó algun Huzuana. De quando en quando interrumpian al orador las mugeres con sus grandes carcajadas: los hombres sin tomar parte en esta alegría, razonaban gravemente sobre las relaciones que acababan de oir. Por lo que á mí hace, me divertia infinito con aquellos quadros grotescos; y las mugeres que me veian reir, y que sabian que no entendia bien lo que se contaba, redoblaban sus carcajadas hasta quedar rendidas.

Sus instrumentos de música son lo mismo que entre los Hotentotes, pero sus danzas son muy diferentes, y participan del

caracter de la nacion. Si nuestro rostro ha recibido del Criador unas facciones que pueden expresar nuestras pasiones, nuestro cuerpo tiene tambien actitudes y movimientos, que pintan nuestra índole y caracter. La danza del Namaqués es tan fria como él: en ella no se advierte alegría ni gracia; y á no ser por la excesiva alegría de las mugeres, pareceria una danza de muertos. Estos hombres pesados, para quienes la danza es una fatiga, no muestran ardor sino en las apuestas, en los juegos de combinacion y de suerte, y en todos los exercicios sedentarios, que exîgen la mayor paciencia y reflexîon, de la qual son mas capaces que de movimiento.

Uno de sus juegos favoritos es el que llaman *el tigre y los corderos*; os diré poco mas ó menos en lo que consiste, porque jamas he podido comprehenderlo bastante para explicarlo con toda claridad. Describen en el suelo un quadrilongo, y abren una porcion de agujeros de dos ó tres pulgadas de hondo: los agujeros estan en fila, pero no hay número fixo, pues he visto desde el número de 20 hasta el de 40. Para jugar, tienen segun el número de los agujeros, un número determinado de tabas de carnero, que representan á los corderos: algunos de los agujeros tienen tambien el nombre de *corderos*, y van metiendo en ellos las tabas:

los que quedan vacíos, se llaman *tigres.* El jugador empieza sacando algunos *corderos* de sus agujeros, y los mete en otros agujeros de *tigre.* No comprehendí en que consistia la habilidad del jugador, pero ví que ponian mucha atencion en los agujeros que ocupaban ó desocupaban.

Tienen otro juego mucho mas facil, porque es puramente de suerte, y por lo mismo muy peligroso, porque los Namaqueses en extremo apasionados á él, exponen á veces sus ganados, y todo lo que poseen. Las Mimosas de aquel país producen una especie de habas, que son el principal alimento de las Girafas: cogen una porcion de estas habas, y en una de las caras imprimen alguna señal. El juego se reduce á agitarlas entre las manos, tirarlas al suelo, y exâminar si es mayor el número de las caras señaladas que las lisas. Este juego, muy propio para agradar á personas indolentes, y de ingenio muy corto, porque no exîge trabajo, ni combinaciones, fue muy del agrado de mis Hotentotes, y se entregaron á él con tanto furor, que en todo el dia no hacian mas que jugar, y despues de haber perdido todo lo que tenian, jugaban tambien las raciones de tabaco y de aguardiente, que les habian de tocar en los dias siguientes. Las resultas de este vicio que toleré al principio, fueron como en nuestros paises civi-

lizados, el hacerse ladrones quando ya no tenian que jugar. Para evitar que me robasen, restablecí el equilibrio en sus bienes, haciendo restituir á cada uno lo que habia perdido, y como la vil esperanza de ganar es lo único que mueve á todos los jugadores del mundo, mis Hotentotes perdieron la aficion al juego quando vieron que nada adelantaban con ganar. ¡Qué felicidad seria la nuestra, Señora, si con igual facilidad se pudiese desterrar de entre nosotros esta pasion tan perjudicial al Estado, tan infame é indigna de un hombre de bien, pues no puede serlo ningun jugador!

Uno de mis Hotentotes vino á pedirme un favor: queria regalar una vaca á un Namaqués: ya tenia alguna cosa para comprarla, pero faltándole lo restante, me suplicó le adelantase á cuenta de su salario alguna quincalla, para completar el precio de la vaca. Antes de consentir en una peticion, que suponia un gran servicio hecho á mi Hotentote por el Namaqués, quise saber la causa, y averigüé que mi Hotentote se habia enamorado de una hija del Namaqués, y habiéndosela pedido por muger con la condicion de darle una vaca, habia consentido en ello. Así se hacen los casamientos entre todos estos Salvages Africanos: quando los dos esposos estan de acuerdo, no se necesita mas que de comprar la novia á sus pa-

dres con algun regalo. En varias ocasiones habian causado gran desórden entre mis Hotentotes las mugeres advenedizas, por lo que cuidaba mucho de evitar que tuviesen con ellas ningun comercio; pero las casadas, como era la de mi fiel Klaas, y algunas otras me eran de la mayor utilidad, ya porque contenian á sus maridos, ya porque servian para ordeñar las vacas y cabras, y para cuidar de la cocina y de mi ropa. Por consiguiente tuve mucho placer en conceder á mi Hotentote lo que pedia, y poco despues le ví venir á mi campo con su esposa, que era una jóven muy linda de unos diez y seis á diez y siete años. Otros dos Hotentotes imitaron su exemplo, y las tres jóvenes Namaquesas me fueron muy útiles en todo mi viage: me acompañaron constantemente hasta mi vuelta al Cabo, separándose entonces de mí para retirarse con sus maridos á un aduar que habian elegido.

El anhelo con que me veian recoger insectos, de que abunda mucho esta region, habia movido á algunos Namaqueses á contribuir al aumento de mi coleccion. Una muger me traxo un magnífico escarabajo, el mas bello que he visto, y que creo es desconocido en todos los gavinetes de Europa. Estando contemplándole con la mayor atencion, sentí todo el rostro bañado de un licor caustico de un olor muy fuerte á alkali, y este

rociada se hizo con una explosion tan fuerte, que se pudo oir á alguna distancia. Algo de este licor me tocó en un ojo, causándome dolores muy agudos, y estuve á pique de perderlo: en todas las partes donde tocó el tal licor, me causó un dolor como si me hubiera quemado, y el cutis se puso de un color muy moreno; que no se me quitó hasta al cabo de mucho tiempo. Esto no causará admiracion á los que saben que hay otros muchos insectos que tienen esta propiedad de lanzar cierto humor contra sus enemigos: pero como este escarabajo es muy grande, y habita en un país muy caliente, no es estraño que sea mayor la abundancia del licor, y el efecto de este veneno.

Determiné en fin, proseguir mi viage con animo de visitar un aduar de Koraqueses, que distaba unas quince leguas mas allá al Nord-Oueste. Doce Namaqueses me acompañaron, y entre ellos algunas mugeres para servirme de guias; y antes de llegar al aduar, envié á algunos delante para avisarles de mi venida. Este es un medio muy seguro para ser bien recibido entre los Salvages, por mas feroces que sean; bien que debo decir en abono de estos Africanos, que á medida que distan de la Colonia, son mas humanos y sincéros. Los que por su lejanía no conocen á los Colonos, tienen una sencillez que encanta, sin mostrar mas reserva que la pro-

pia de todo racional para librarse de los peligros, y asegurar su conservacion. Es verdad que su caracter es mas apáthico, y su talento mas limitado, pero como al mismo tiempo no tienen motivos para engañar ni ser engañados, no necesitan de la mentira ni la conocen.

Los Koraqueses llegaron á mi campo despues de mediodia en número de treinta entre hombres y mugeres, trayendo algunos bueyes para conducir los víveres que les habia pedido. Pasaron la noche en mi campo, y al dia siguiente marchamos todos juntos á su kraal, atravesando una llanura la mas árida y abrasada que he visto. Los Hotentotes de la Colonia, acostumbrados al clima templado del Cabo, naturalmente floxos y cobardes, no podian sufrir los calores de la zona torrida, á la qual ya tocabamos. La sed era terrible, y á pesar de todas mis exôrtaciones, quando encontraban algun charco de agua salobre, bebian hasta mas no poder, lo qual les ocasionaba diarreas, y una floxedad increible. A este motivo de inquietud se añadió otro: al acercarme al kraal, todos los habitantes del aduar salieron á encontrarme, pero tumultuariamente y sin caudillo, porque el último habia muerto poco tiempo antes, y desde entonces, el aduar estaba en la mayor confusion y desórden. Se habian juntado para nombrar su-

cesor, pero el elegido reusó aceptar, por lo que el aduar se habia dividido en dos facciones, una de los hombres y otra de las mugeres, cada una de las quales habia nombrado su caudillo. De esta triple eleccion habian nacido las discordias y disensiones: todos los dias habia riñas, y la sangre que se derramaba, servia para exâltar sus odios. Estos se echaron de ver, luego que toda la tropa llegó á mi presencia: todos ellos, así los que me habian acompañado, como los que habian quedado en el kraal, no trataron mas que de su disputa, procurando que yo tomase algun partido, sin embargo de que nada entendia de su lengua. Al ver el ardor que manifestaban, parecia que en su eleccion se interesaba el bien del universo: todos hablaban á un tiempo, y en medio de aquel horrible alboroto les centelleaban los ojos de furor, y se amenazaban unos á otros con la muerte.

Esta guerra civil entre Salvages era para mí un espectáculo nuevo, y aunque en la apariencia tenia mucho de horrible, sin embargo ofreció abundante materia para mis reflexîones. A la verdad, la esperanza de arreglar aquella competencia con equidad me recompensaba del disgusto de verme constituido árbitro supremo en una causa tan árdua: era preciso que tuviese yo mi poco de vanidad al verme en el caso de ser el fun-

dador ó el restaurador del mayor poder que un hombre puede dar á otro hombre. Yo habia sabido por medio de mis intérpretes, que el difunto habia dexado varios hijos en edad de sucederle, y estos hijos habian sido del todo olvidados, á pesar de todas las maravillas que nos cuenta Kolbe sobre el órden de las sucesiones entre los Salvages del Africa, y de la herencia de la corona en las familias reynantes. El partido que me dictaba la prudencia, era esperar el suceso, y aprovecharme de las circunstancias que se me presentasen favorables.

Rodeado de esta multitud furiosa yo marchaba con ella tranquilamente á pie y sin armas, y al llegar al kraal hice plantar mi tienda, como si hubiera estado entre mis parientes y amigos. Todos aquellos objetos nuevos, carros, fusiles, caballos, tenian asombrados á los Salvages, y todos miraban con estupidez y en silencio: la cólera, el odio y las pasiones violentas estaban como dormidas, habiendo cedido á aquel asombro y estupidez extática. Ninguna cosa deseaba yo mas que esta situacion tranquila, y procuré dilatarla, para sacar ventaja de ella. Los niños naturalmente son curiosos; todo lo que ven, los arrebata; y en este punto los Salvages no son mas que unos grandes niños. Todo querian exâminarlo y palparlo, y yo les permití que así lo hiciesen; pero mi per-

sona era lo que mas excitaba su curiosidad. No se cansaban de mirar mis vestidos : me quitaban el sombrero para observar mis cabellos y barba, pasmándose de ver que eran largos y lisos.

Esta comedia ridícula duró hasta la noche, habiendo yo hecho todo lo posible por prolongarla: en fin, quando llegó el momento de separarnos, hice decir á toda la quadrilla, que si al dia siguiente dos horas despues de salir el sol, no se habian conformado en la eleccion de un caudillo, me marcharia al punto de entre ellos. Al mismo tiempo añadí, que si venian á presentarme el nuevo caudillo, elegido unanimemente, le colmaria de regalos, y sobre todo le daria una distincion que le elevase sobre todos sus semejantes, y haria aquel aduar el mas célebre de todos. Pero quál fue mi sorpresa, quando supe que yo era el elegido! Sin embargo me aproveché de esta circunstancia para restablecer la tranquilidad, y consentí en ello, con tal que me prometiesen que se sujetarian á que yo les diese un caudillo digno de mandarlos y de hacerlos felices. Habia tomado secretamente por medio de mis intérpretes los informes necesarios para el mejor acierto, no deseando mas que averiguar la inclinacion de la mayor parte de ellos, y por este medio me acreditaba de hombre inspirado. Logré lo que

pretendia: me nombraron á un tal Haripa, y Haripa fue proclamado por mí.

Los Salvages tienen las pasiones violentas: su cólera es terrible, pero de corta duracion, y bien pronto vuelven á su dulzura natural. Esto lo experimenté aquel dia: ya se habia sosegado la efervescencia de aquella gente, y se retiraron tranquilamente con ánimo de obedecerme. No sé si las mugeres se concertaron entre sí, ni si mi eleccion fue de su gusto: pero al dia siguiente á la hora señalada, todo el aduar vino á mi campo trayendo á su frente al caudillo Haripa, el qual era un hombre como de unos quarenta años, alto, bien formado, y fuerte, y por consiguiente destinado por la naturaleza para mandar á aquella turba de hombres débiles.

Antes de proceder á su inauguracion, quise saber, si todos se conformaban en reconocerle, sin que ninguno protestase contra su eleccion. En vista de la seguridad que me dieron de la unanimidad de la eleccion, hice que Klaas se acercase: este llevaba en la mano una gorra de granadero, que me habia dado el Coronel Gordon, con una gran placa de cobre dorada con las armas de Holanda, que eran un leon rapante, teniendo en una mano siete flechas, y en la otra una espada. Este símbolo no podia menos de agradar á los Salvages, pues les presentaba la

imágen del animal mas terrible de su país, y las armas de que ellos usan. Mostreselo todo con aparato, y manifestaron su admiracion con todo género de ademanes, creyendo que en virtud de mi poder superior yo habia hecho toda aquella obra por la noche para obsequiarlos.

Despues de este preliminar, intimé silencio, y mandando al caudillo que se acercase, le puse la gorra en la cabeza con mucha pompa. Al mismo tiempo adorné su jakal con varias sartas de cuentas de vidrio: le puse un cinturon de cuentas muy gruesas de abalorio, y le adorné los brazos con varios brazaletes de laton; en fin le colgué al cuello un candado pequeño de cobre, que representaba una mariposa, cuya llave se me habia perdido. Estos candados, hechos en forma de animales de todas especies, son muy comunes en el Cabo adonde los traen de la China.

Durante la ceremonia de la instalacion, todo el aduar, mudo é inmobil de admiracion, estaba como en éxtasis: el mismo Haripa, aunque lleno de un gozo inexplicable, no se atrevia á hacer el menor movimiento, y observaba una gravedad risible. En fin, concluida su inauguracion, le presenté un espejo, para que tuviese el placer de contemplar su figura: despues le presenté á su pueblo, que manifestó su regocijo con gritos y aplausos interminables.

Ved aquí, Señora, lo poco que me costó el restablecer la paz entre esta gente, y el impedir que se destruyesen con una guerra civil; y creo, segun es vuestra sensibilidad y amor al género humano, que me envidiareis esta ocasion de hacer bien á los hombres. Desde este punto se restableció la concordia; la alegría fue general; las danzas duraron por tres dias y tres noches sin cesar. Para celebrar el banquete, mataron varios carneros, y dos bueyes; magnificencia extraordinaria y verdaderamente asombrosa en unos pueblos, que quando dan una hija por una vaca, creen haber hecho un trato muy ganancioso.

El motivo de estimar tanto los Koraqueses su ganado vacuno, es porque en él consisten todas sus riquezas; sin embargo, no hacen tráfico de estos ganados, porque como estan muy distantes de la Colonia, no pueden tener ninguna relacion de comercio con los Colonos, y solamente trafican entre sí, y con sus vecinos. De aquí es, que quando quise adquirir algunos bueyes para mis carros, los compré por un precio que me causaba rubor: un buey no me costaba mas que un clavo, ó un pedazo pequeño de hierro, y los que tenian la felicidad de tratar conmigo, se aplaudian mucho de lo gananciosos que habian quedado. Éstoy seguro de que si yo hubiese querido tentarlos con

exponer á su vista algunas bujerias, hubiera podido llevarme todos los ganados del aduar. Esto me hace acordarme de algunos Indios que habia visto en Surinam, y que por la mañana, olvidando que por la noche tendrian que acostarse, vendian su hamaca por un cabo de vela encendida. Estos mismos hombres nada darian por un caxon de velas, pero el resplandor de la vela encendida los seducia, como vemos en los niños, que por tener en el momento lo que les agrada, ofrecen y entregan todo lo que tienen á la mano. Por este mismo espíritu de puerilidad el Salvage coge y se apropia sin reparo todo lo que le agrada: los Koraqueses intentaban llevarse algunas de mis alhajas á mi vista, y para asegurarme de sus inocentes rapiñas tenia que apartar de su vista todo lo que podia tentar su codicia.

Esta nacion es alta de cuerpo, mucho mas que los Hotentotes de la Colonia. Los mios no les llegaban mas que al hombro, sobrepujándoles los Koraqueses en toda la cabeza. A pesar de esta diferencia en la estatura, y de tener el color mas negro, juntamente con no tener juanetes en el rostro, creo que son descendientes de Hotentotes, á lo menos tienen la misma lengua y usos que los Namaqueses, sus vecinos, cuyo origen es Hotentote. Su trage es lo mismo que el de los Namaqueses, distinguiéndose solamen-

te en la materia, que regularmente es de pieles de hienas ó jakales, animales que se encuentra con freqüencia en estos países ingratos. Por lo que hace á las pieles de búfalos y de girafas, que son demasiado gruesas para servir de vestidos, las emplean en cubrir las chozas. Como la sequedad del país hace que sean muy raros los manantiales y charcos, los Koraqueses no han podido habitarle sin haber hallado un medio para suplir la escasez de agua. Para este efecto abren en tierra una especie de cisterna, ó mas bien un verdadero pozo, al qual baxan por unos escalones, y esta es la única nacion Africana, en que he observado este género de industria. Como estos pozos tienen siempre poca agua, y es preciso economizarla, cuidan de impedir se acerquen á ellos hasta las aves, para lo qual cierran la entrada con ramas ó piedras, de suerte que á no tener noticia de ellos, es imposible encontrarlos. Todos los dias baxan á ellos para sacar el agua que es necesaria para el consumo de los hombres y de los ganados: la cogen con una especie de horteras de madera, y la echan en pieles de búfalo ó de girafa, á las quales dan una forma propia para contener el agua; pero la reparten con mucha economía, y nunca sacan mas que la absolutamente precisa. A pesar de esta severa economía, los pozos se secan con freqüencia, y entonces el

aduar tiene que trasladarse á otra parte, por lo que entre todas las naciones del Ouest del Africa, ninguna emigra tanto como esta.

De esta vida errante resulta, que los Koraqueses mudando con tanta freqüencia de paises, y por consiguiente variando continuamente de vecinos, deben adoptar en cierto modo los usos de las naciones, en cuyas cercanías se establecen. De aquí procede, que en los aduares, unos se untan con grasa como los Hotentotes, al paso que otros se labran el rostro, el pecho y los brazos al modo de los Cafres. Pero es de advertir que los colores que estos últimos emplean no son unos mismos en todos ellos, pues cada qual adopta los que mas le agradan, y regularmente los varian cada dia, lo qual hace que los habitantes de un aduar parecen distintos de los de otro, y da á todos juntos un aspecto de una fiesta de máscaras de carnaval.

Como me costaba mucha dificultad encontrar caza suficiente para alimentar á mi familia, Haripa en extremo agradecido á mis favores y que por este motivo me acompañaba á todas partes, me prometió, que si yo queria cazar á su modo, me proporcionaria el matar sin moverme de mi puesto, mas caza que la que podia necesitar toda mi gente por espacio de una luna. Parecióme exâgeracion, pero como era facil verificarlo, y al mismo tiempo aprender este modo de cazar, consenti en que se hiciese el ensayo.

Al dia siguiente al amanecer, este caudillo envió cincuenta hombres á ojear por los cerros y alturas situadas al sur del kraal: al mediodia vino uno de los ojeadores á avisar, que habian reunido muchas tropas de gazelas, y que de estas manadas esparcidas se habia formado una tropa inmensa, que se dirigia hácia la llanura, y no tardaria en asomar. Al punto marché con Haripa, el qual me colocó en un desfiladero, por donde preveia que habia de pasar la manada, y en efecto á breve rato vimos levantarse una nube de polvo, causada por las gazelas, que iban acercándose á nosotros. Entonces me dixo Haripa, que me tendiese en tierra boca abaxo; él hizo lo mismo, y en esta postura esperamos la caza. Las gazelas venian corriendo, dirigiéndose hácia nosotros; no pudiendo espantarse de nosotros por la postura que teniamos, pasaron de largo sin desordenarse; pero quando hubieron pasado unas mil de ellas, se levantó, y empezó á disparar contra ellas diciéndome que hiciese lo mismo. Conocí bien, que comunicado ya el movimiento á toda la tropa, las últimas gazelas seguirian á las otras, y que con el miedo que llevaban, precipitándose hácia el parage en que estabamos, ni aun nos distinguirian. Preveía tambien, que los Salvages hiriéndolas sin estruendo con sus flechas, no arriesgaban el espantarlas, pero el ruido de mi fusil podia hacerlas retro-

ceder, ó torcer el camino. Este recelo, aunque fundado, no se verificó, pues por mas tiros que disparé en todas direcciones, la columna de gazelas no se desordenó, y prosiguió su marcha como antes, sin causar otro efecto mis tiros que el hacerlas huir con mas precipitacion. Yo disparaba sin cesar á aquel monton confuso, y de cada balazo atravesaba muchas reses: pudiera haber muerto mucho mayor número, pero dexé de hacerlo, porque tan gran cantidad de caza me hubiera sido del todo inútil.

Cada vez que disparaba un tiro, todas á un mismo tiempo blanqueaban sus ancas, y todos aquellos millares de cuerpos roxos, que huian delante de mí, no me presentaban mas que una capa blanca como la nieve, la qual desaparecia al punto. He observado en otras muchas partes esta singular propiedad de esta especie de gazelas, que mudan á su arbitrio el color de sus ancas, haciéndola convertir de roxo en blanco. Este fenómeno parece á primera vista un prodigio, pero es muy facil de concebir el modo con que se executa. El pelo muy largo y espeso que cubre las ancas de la gazela, llamada *Spring-bock* por los Holandeses, tiene en la superficie la punta roxiza, pero en lo interior es blanco, cuyo color se oculta quando el pelo esta tendido. Este pelo se halla situado en aquel parage sobre un texido de fibras musculares, por medio de las quales

el animal puede á su arbitrio extender ó encoger la piel de sus ancas, de modo que por este movimiento de contraccion se descubre el color blanco que estaba oculto.

Otro hecho no tan facil de explicar es la multiplicacion prodigiosa de estas gazelas en unos paises tan infestados de fieras. Ya habia yo encontrado en otras ocasiones tropas numerosas de gazelas, pero al ver esta no pude concebir, como pueden mantenerse en un país tan árido y falto de agua, bastando ella sola para apurar los pastos y agotar las fuentes del país mas abundante. Pero ademas de que estas gazelas no padecen la necesidad de beber, es preciso suponer que habitan en paises mas fértiles, que este en que yo me hallaba; y en efecto, en aquellas cercanías hay cantones muy diferentes. Para que podais formar alguna idea del número de esta manada, basta decir que á pesar de la velocidad de su carrera, tardaron tres quartos de hora en desfilar por donde yo estaba.

En ninguna parte he visto cabras de mejor raza que entre los Koraqueses, y como son tan necesarios estos animales para un Viagero por la abundancia de leche, y porque aguantan increiblemente la sed y el hambre, compré algunas de ellas á costa de algunos clavos y pedacitos de hierro. Por igual precio compré tambien unos veinte bueyes para tirar de mis carros: estos Salva-

ges, asi como los Cafres, prefieren el hierro á todas las cosas, y con mas razon que nosotros el oro, pues les sirve para hacer sus armas, con las quales defienden sus ganados de las fieras, y se proveen de caza, con lo que tienen todo lo necesario para la vida. A pesar de su aficion á las cuentas de vidrio y á los brazaletes de cobre, no hacian caso de estos objetos en comparacion del hierro, y creo que por el hierro de una llanta de mi carro, me hubieran dado un hato de cien bueyes.

Aunque yo deseaba volver al rio de Orange, á cuya orilla habia dexado algunos de mis Hotentotes con mis colecciones al cuidado del fiel Swanepoel, un nuevo proyecto me obligaba á pasar adelante. Habia oido hablar muchas veces de una nacion valerosa y guerrera, generalmente temida de todos los Salvages de aquellos paises, llamada *Huzuana.* Como vive en las cercanías de los Bossismanes al Este, muchas veces los confunden con estos; pero fuera de que se distinguen de los Bossismanes en la lengua, carácter, y costumbres, los Huzuanas son pastores emigrantes, y pasando en sus emigraciones de un mar á otro, cierran, por decirlo asi, esta parte de Africa, siendo como una barrera en su anchura. Una nacion tan diferente de todas las que yo habia visto hasta entonces, merecia ser conocida: mi intencion era trabar amistad con ella, porque es-

ta amistad me era absolutamente necesaria, ya quisiese proseguir mi camino adelante, ya volviese al Cabo, para empezar de nuevo mi viage.

No podia internarme hasta aquella nacion, sin atravesar por entre otros aduares de Salvages, para lo qual muchos de los del kraal de Haripa se ofrecieron á acompañarme. No admiti mas que quatro de ellos, y despedi á los grandes Namaqueses que hasta entonces me habian acompañado. Haripa vino á despedirse de mí con todo aparato: y habiéndome puesto en camino, llegué á un rio, que los naturales llaman *Rio de los peces*.

Aunque apenas habiamos andado una jornada, observé que las producciones y animales eran ya diferentes. Hay climas peculiares para las varias producciones de la naturaleza: no empecé á encontrar girafas hasta los 28 grados de latitud; y en este parage del *rio de los peces*, que está á los 25, hallé una especie de asno salvage de color de perla. A este animal llaman los grandes Namaqueses *zebra blanca*, pero es un asno salvage, porque en vez de las listas blancas y negras de la zebra, su piel es de un mismo color de perla. Por lo demas no he visto en el Africa animal mas receloso y salvage que este asno, pues aunque por todas partes veía tropas de ellos, no pude acercarme á tiro para matar alguno, y solo logré traer una piel que encontré en un aduar de Salvages. He aquí,

pues, tres especies distintas de asnos salvages en el Africa, la *zebra*, *el quaga*, y este asno sin manchas ni rayas.

En este delicioso país tuve el gusto de matar un rhinoceronte, y observar de cerca este monstruoso animal: tambien encontré, ademas de mil yerbas y flores deliciosas y raras, una azucena la mas bella y magnífica que jamas he visto, la qual es absolutamente desconocida de nuestros jardineros y Botánicos. Dexando con mucho sentimiento este país tan ameno, nos pusimos en camino para visitar un aduar de Kabobiqueses: quise, segun mi costumbre, que Klaas y algunos de mis Hotentotes se adelantasen, para advertir á aquellos Salvages mi venida, pero ya se habian adelantado algunos Koraqueses á dar este aviso.

En efecto los Kabobiqueses me estaban esperando con una impaciencia de niños: todo lo que les habian dicho de mí, habia sido exâgerado con entusiasmo, y su imaginacion les habia hecho aumentar las exâgeraciones. Luego que me descubrieron, corrieron á mí con el mayor desórden, hombres y mugeres, y rodeandome me exâminaban y palpaban con la inocencia mas pueril. Creian que mi vestido era una piel, suponiéndome un animal cubierto de un pelo tan largo como mi barba, pero al separar mi ropa del pecho, y ver el color blanco de mi carne, quedaban llenos de asombro. Yo dexaba que satisfaciesen su curiosidad,

divirtiéndome mucho con sus ademanes de admiracion. En medio de esta curiosidad incómoda descubria yo el principio constante que en otras partes habia observado, esto es, el carácter sencillo, dulce y confiado de los Salvages: y en efecto no habian pasado 24 horas, quando ya era yo amigo de todas las personas del aduar. Los niños que á mi primera vista se escondian detrás de sus madres, y gritaban quando yo los acariciaba, se familiarizaron conmigo.

El caudillo del aduar me manifestaba el mayor afecto: era un hombre de edad madura, y de una corpulencia magestuosa. Llevaba sobre los hombros un largo manto, que arrastraba hasta el suelo, formado de quatro pieles de jakales, y guarnecido en los extremos de piel de hiena. Observé, que le faltaban dos articulaciones en el dedo meñique de la izquierda: preguntéle el motivo, y me respondió, que habiendo tenido en su niñez una grave enfermedad, le habian hecho aquella amputacion para curarle. Pero aunque satisfizo á mi pregunta, conoci que no le habia agradado, y se mostraba inquieto, quando en el discurso de la conversacion yo le miraba á la mano izquierda. Confieso que extrañé mucho esta costumbre bárbara, la qual era contraria á lo que habia experimentado hasta entonces, pues no habia visto ningun Salvage contrahecho ni mutilado en la parte mas mínima.

Quisiera yo haberle hecho mas preguntas sobre otros muchos objetos y costumbres que me parecian singulares, pero las dificultades se aumentaban al paso que iba internándome en aquel país. Los Kabobiqueses tenian una lengua particular, y aunque en ella se observaba el chasquido de la lengua de los Hotentotes, solamente la entendian los Koraqueses, que por su cercanía tenian algun trato con ellos. Lo mismo sucedia con la lengua de los Koraqueses, respecto de los Namaqueses sus vecinos: por esta razon, quando el Caudillo del kraal de los Kabobiqueses queria decirme algo, dirigia la palabra á los Koraqueses, éstos lo decian en su lengua á los Namaqueses, y éstos traduciéndolo en su lengua lo repetian á los Hotentotes, que la entendian: de este modo cada pregunta y respuesta debia pasar por quatro lenguas diferentes, y el resultado me hacia conocer que las ideas llegaban á mí muy alteradas. Lo mas sensible era, que los Namaqueses entendian muy mal la lengua de los Koraqueses, y habia disputas entre ellos sobre la explicacion de lo que querian decir.

Este inconveniente era irremediable, y lo peor era, que debia aumentarse á proporcion que me internase en el país; pues si desde el país de los pequeños Namaqueses hasta el aduar Kabobiqués habia encontrado quatro lenguas diferentes, ¿qué seria quando hubiese andado algunos centenares de leguas mas? Sin embargo, estas dificul-

tades no me arredraban, pues siempre me quedaba el recurso de la madre de las lenguas, que son los signos naturales para expresar las cosas necesarias.

Como esta carta va ya demasiado larga, reservo para otra el referiros lo que observé en este aduar de Kabobiqueses; y espero no llevareis á mal, Señora, que os hable tan por menor de todas estas castas de Salvages. En las demas cartas que os he dirigido sobre otros pueblos civilizados, habreis observado que no me he detenido en caracterizar á una nacion numerosa tanto como en estos paises para referir las costumbres de un solo aduar; pero esta mayor prolixidad es indispensable, quando se trata de unos hombres tan originales, como son estos Salvages del Africa Meridional, que hasta ahora no han sido conocidos, ó se ha hablado de ellos de memoria, fundándose en las falsas relaciones de los Colonos y de los Viageros que jamas los han visto.

Fin del Quaderno XXI.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO VII.

QUADERNO DIEZ Y NUEVE.

CARTA LXXVII.

Cabo de Buena Esperanza.

CARTA LXXVIII.

Continuacion del Cabo de Buena Esperanza.

CARTA LXXIX.

País de los Hotentotes.

CARTA LXXX.

Continuacion de los Hotentotes.

Fin del Quaderno XIX.

QUADERNO VEINTE.

CARTA LXXXI.

Continuacion de los Hotentotes.

CARTA LXXXII.

La Cafreria.

CARTA LXXXIII.

Continuacion de la Cafreria.

Fin del Quaderno XX.

QUADERNO VEINTE Y UNO.

CARTA LXXXIV.

Continuacion de la Cafreria.

CARTA LXXXV.

Continuacion de los Hotentotes.

CARTA LXXXVI.

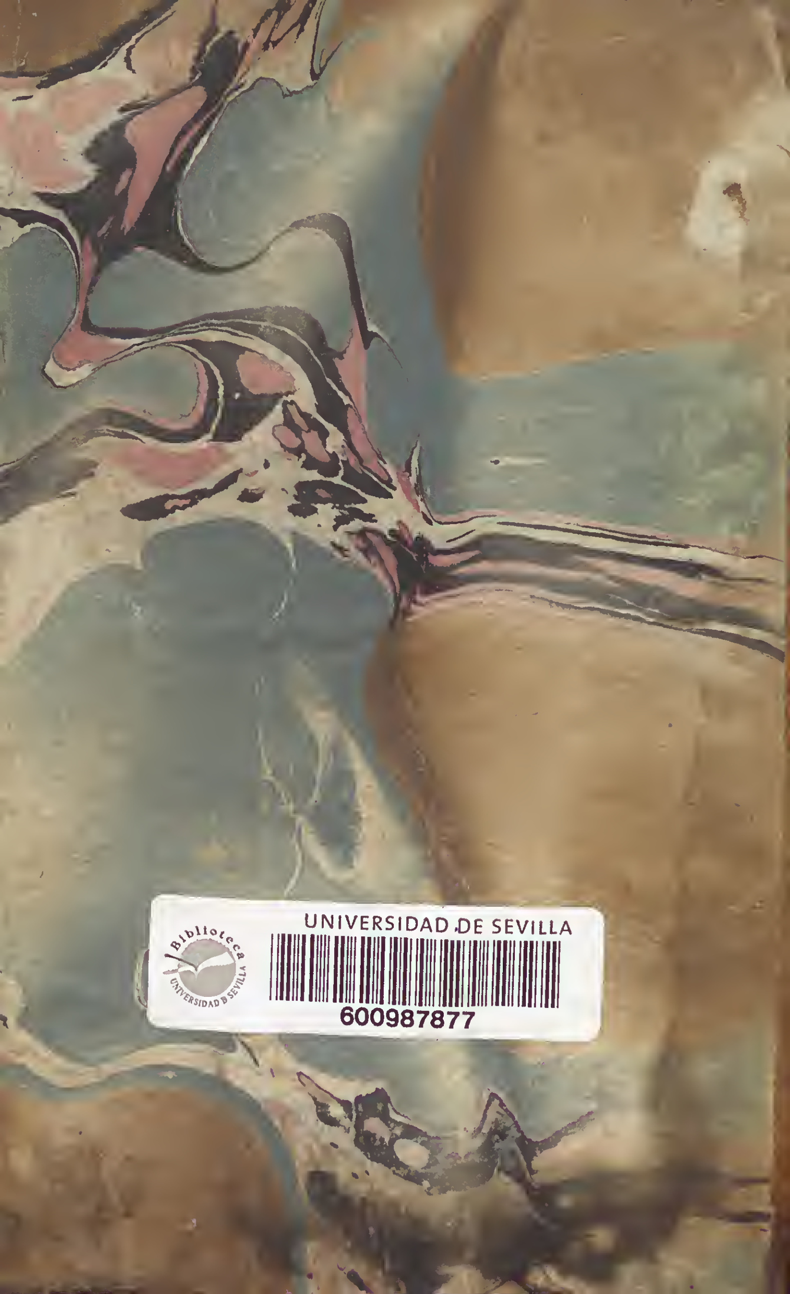
Continuacion de la Cafreria.

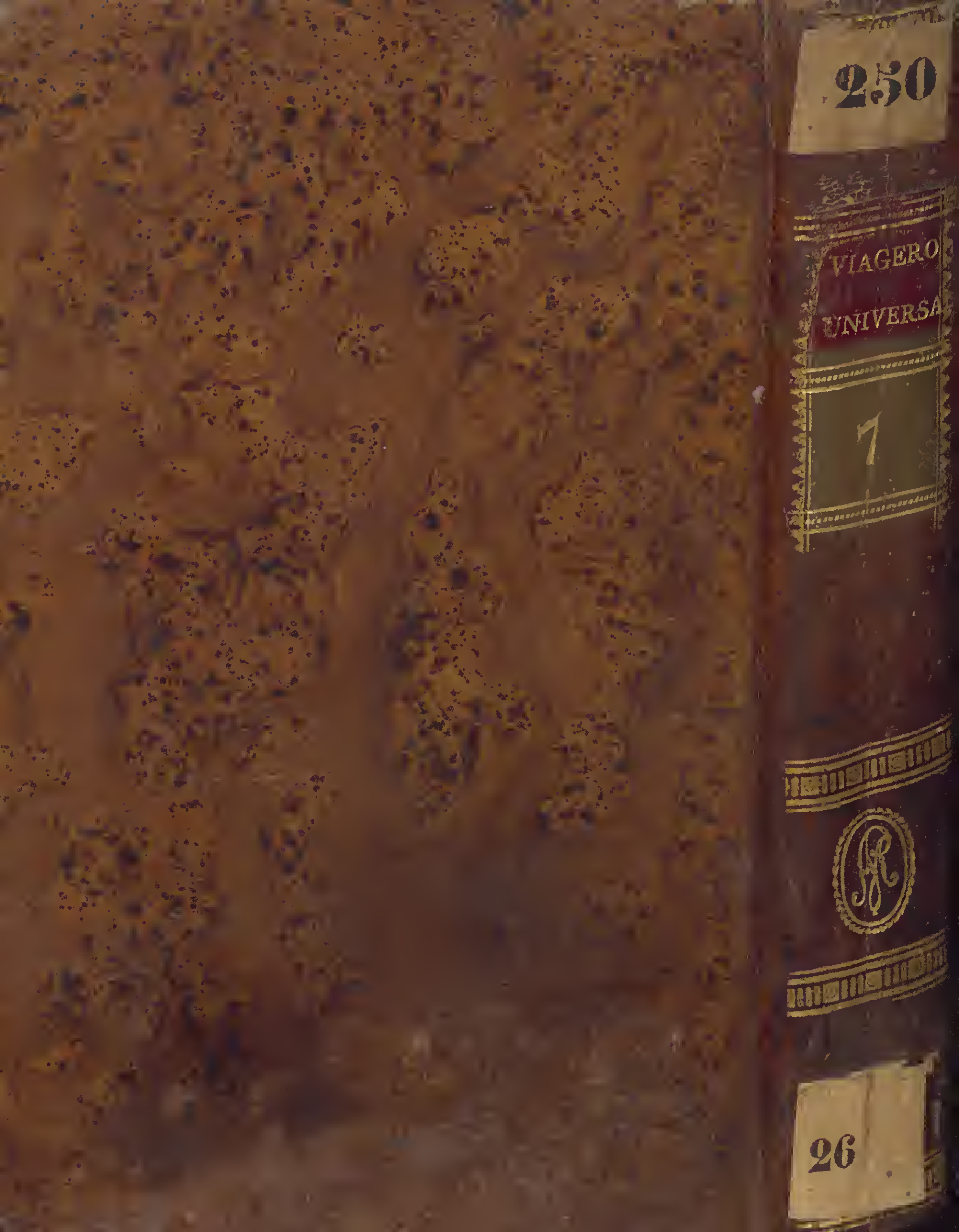
CARTA LXXXIX.

Viage á los Namaqueses.

FIN.




Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600987877


250
VIAGERO
UNIVERSA
7
26